



CRISTALES
EN EL
CIELO DE
MANHATTAN

YOLANDA CRUZ

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Cita

Agradecimientos

Coney Island, julio de 1971

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

[Capítulo XX](#)
[Capítulo XXI](#)
[Capítulo XXII](#)
[Capítulo XXIII](#)
[Capítulo XXIV](#)
[Capítulo XXV](#)
[Capítulo XXVI](#)
[Capítulo XXVII](#)
[Capítulo XXVIII](#)
[Capítulo XXIX](#)
[Capítulo XXX](#)
[Capítulo XXXI](#)
[Capítulo XXXII](#)
[Capítulo XXXIII](#)
[Capítulo XXXIV](#)
[Capítulo XXXV](#)
[Capítulo XXXVI](#)
[Capítulo XXXVII](#)
[Capítulo XXXVIII](#)
[Capítulo XXXIX](#)
[Capítulo LX](#)
[Capítulo XLI](#)
[Capítulo XLII](#)
[Capítulo XLIII](#)
[Capítulo XLIV](#)
[Capítulo XLV](#)
[Dedicatoria](#)
[Biografía](#)
[Créditos](#)
[Click](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Cuando John Lennon tenía cinco años, le pregunto a su madre: «Mamá, ¿cuál es la moraleja de la vida?». Y su madre le respondió: «Ser feliz».

Otro día en la escuela, la maestra dijo: «Usted no entiende la tarea». Y John Lennon dijo: «y usted no entiende la vida».

«La vida es aquello que te va sucediendo mientras estás ocupado haciendo otros planes».

John Lennon

Agradecimientos

A mis familiares y amigos que me animan a seguir escribiendo.

Y en especial a mi editora, Adelaida Herrera, por confiar en mí y apoyarme. Sin ella, esta novela no habría salido a la luz.

Coney Island, julio de 1971

Necesitaba saborear la soledad, encontrar a esa niña que un día vivió en ella y que se había perdido en algún lugar de su paso por la vida, truncada por los desaciertos... Aquella que había crecido rápido y buscando algo mejor tropezaba a cada paso...

Respiró el aroma a salitre, rodeada de kilómetros de playas, de arenas blancas y suaves dunas, e imaginó que no había nadie más, solo ella entre el océano y la bahía. Contempló el amanecer, una de las vistas más espectaculares que la naturaleza nos regala cada día y que pasa inadvertida ante las miradas que ignoran su grandiosidad. El mar estaba en calma y el sol inundaba el paisaje con una luminosidad mágica, regalándoles una sinfonía de colores a sus sentidos. Las gaviotas, libres, adornaban el cielo con sus movimientos rítmicos, y parecían jugar al compás de sus graznidos.

Visualizó su paso por la vida, como imágenes en blanco y negro que se precipitaban sin compás ni concierto: no había muchos momentos felices. Pero sonrió al mar, al sol, al aire que respiraba en ese preciso instante. Solo deseaba contemplar la belleza que había a su alrededor, sentir el calor del sol que poco a poco le reconfortaba la piel, el cuerpo. Sentía paz.

I

Andrea Doria, 19 de julio de 1956

El arte de destilar los pétalos de rosa es árabe, aunque fueron los franceses quienes comenzaron a elaborarla. Pero lo más curioso de todo fue el apartado donde hablaban de las rosas y sus usos en gastronomía. Jamás he comido nada que lleve rosas, y cuando se lo pregunté a mi madre, me dijo que estaba loca..., pues hay una mermelada hecha a base de pétalos de rosas, manzana y limón. Me llamó tanto la atención que copié la receta. ¡Quién sabe, tal vez algún día me dé por cocinarla!

Sara dejó de leer el diario, se sentía cautivada por los recuerdos, y cuando lo hacía perdía la noción del tiempo. Lo cerró y guardó en su preciada caja de los secretos, una de madera con mariposas y flores talladas. Sentía dolor por aquella niña que se había perdido entre sus páginas y que en esos momentos navegaba prisionera en un lujoso buque destino a Nueva York. Nadie la esperaba, todo era incertidumbre, desasosiego, y se alejaba de cuanto amaba inexorablemente. Le había dicho adiós a su amiga Julia, a su pequeña, con prisas, miedo, sin poder contemplar sus sonrisas, ni sus dulces miradas; simplemente la arrancaron de ellas.

Miró a Leo: dormía profundamente, y sin dejar de observarle guardó la caja en una bolsa. Él no debería encontrarla jamás, tenía que darse prisa o correría un grave peligro. Salió de puntillas de la suite que ocupaban en el *Andrea Doria* decidida a llevársela a Marcial.

Había elegido un bikini rosa con escote en forma de corazón, sin tirantes, muy al estilo Marilyn, y un minúsculo pantalón blanco.

Reparó en sus sandalias, elegantes y cómodas. «Siempre que puedas calzar tacones, no lo dudes, niña, ¡póntelos!» Recordaba con una sonrisa de añoranza dibujada en su cara los consejos de su amiga Florence y los ponía en práctica; aunque aquellos años de libertad habían desaparecido y se habían difuminado en el tiempo. En esos momentos era esclava de sus errores.

La echaba mucho de menos. Florence no habría permitido esa extravagante boda con el italiano. Aunque, por desgracia, había fallecido poco antes de que ella le conociese y se dejase llevar por impulsos de niña caprichosa.

Su amigo y cómplice se alojaba en la suite contigua. Él había sido su mayor apoyo desde que Florence les dejó, sin despedirse, sin más, cuando sus ojos se cerraron para siempre, y en esos momentos Marcial la acompañaba en aquella extraña huida a Norteamérica.

Llamó a la puerta con dos toques de nudillos, y al instante oyó los agudos ladridos de su pequeña perrita Molly, un cachorro de bichón maltés.

—¿Eres tú, Sara? —La voz de Marcial se oyó al otro lado.

—¿Te he despertado? —preguntó al verle somnoliento y con el cabello alborotado. Marcial era muy coqueto, y jamás habría recibido a nadie luciendo ese aspecto, a no ser, por supuesto, que se tratase de ella.

—No, no me has despertado. Vamos, pasa, no te quedes ahí, ¡recta como una vela! ¿Qué llevas en esa bolsa a la que te aferras?

Sara la dejó sobre el velador y cogió en brazos a Molly.

—Necesito que la guardes, Marcial; aunque Leo no se interese por mis pertenencias, me da pánico que pueda descubrir ese diario.

—Sí, tienes razón, tampoco te hace bien escribir, ni leer sobre el pasado; debes mirar siempre hacia delante. —Marcial se atusaba el cabello frente al espejo.

—Es que no puedo evitarlo: al leerlo, revivo ese tiempo, y me quedo inmersa en Elisa..., echo tanto de menos a mi niña que me falta el aire.

Marcial la interrumpió. Sabía que acabaría llorando si no dejaba de hablar de su pequeña.

—¿Te digo algo?: ¡no soporto los barcos!, me mareo, ¡y muestro un aspecto lamentable! —Se reclinó sobre el sofá que había bajo la ventana.

Llevaba una bata de seda gris mal anudada, que permitía ver algún que otro michelín. Sara sonrió al verlo.

—Marcial, ¡significa tanto para mí que me acompañes!

—Lo sé, cielo, ¡ha sido un viaje tan repentino!; con Florence todo sería diferente, aunque reconozco que ella también era extraordinariamente imprevisible, pero de otro modo, con *glamour*. —Se levantó de repente agitado—. ¿Sabes que atravesaremos el estrecho?, que haremos escala en Gibraltar: ¡no soportaré tener cerca mi adorada España sin lanzarme por la borda! —Compuso la bata y volvió a sentarse.

—Marcial, no dejes de cometer errores, acabaré enloqueciendo. Y lo que más me entristece es que te arrastro en mi caída.

—No digas tonterías —respondió acariciando el rostro de Sara—. Sabes que nunca te dejaré; ya inventaremos algo para que nuestras vidas vuelvan a ser las de antes, y no te martirices por haber dejado a tu niña en Salamanca, está con Julia, tu mejor amiga, y sé que la recuperarás algún día. ¡Además, no pienso dejarte sola con esa escoria que tienes por marido!; por cierto, ¿aún duermes?

—Sí, anoche estuvo jugando en alguno de los salones de juego, o tal vez en todos, por no hablar de sus conquistas, que ya ni se oculta...

—Sí, es muy vicioso, aunque mejor para ti: mientras él picotea, te deja libre.

—En eso tienes razón. Pero ¿qué me dices de ese matrimonio?, los Parker: son un tanto extraños, ¿no te parece? Tras presentármelos, me explicó que los había conocido en uno de sus viajes a Nueva York y que tienen negocios en común; no sé qué planean, pero seguro que se trata de algo turbio. También se divierte escuchando las bobadas que dice la hija de los Parker, esa tal Margaret. Aunque, como dices, mientras disfruta de otras, me libero de su presencia.

—Y tú deberías hacer lo mismo, distraerte. —Marcial guardó la caja en el armario—. Y digo yo... Si has estado leyendo ese diario tuyo, ¿no has elegido aquella historia con el árabe?; ¿cómo se llamaba aquel tipo?

—¿Te refieres Kâmal Makîn? Sí, estaba loco por mí, me llamaba *dulce dama española*, y tenía unos ojos rasgados, negros, preciosos.

—Recuerdo que me contaste que era como el Doríforo de Policeto, aunque con una clara diferencia entre las piernas, algo así como «Las esculturas no tienen ese tamaño»; nos divertíamos tanto entonces... —sonrió.

—Pero entonces yo era libre y cometía locuras.

—Pues cada vez que puedas, haz algo, debes vivir, Sara, vivir.

—He de suponer, por tanto, que no te enfadarás si te cuento que desde que embarcamos me he cruzado en varias ocasiones con un joven guapísimo que tiene el cabello claro y unos ojos azules que quitan el hipo.

—¡No!, pero en el barco no, Sara: sería arriesgado, te vigilan —susurró.

—Tal vez, aunque a los hombres de Leo no les veo por ninguna parte y quiero ser esa Sara, la de mi diario, aunque solo sea por un día. ¡Ahora vístete!, demos un paseo y disfrutemos de este día tan magnífico.

Tomaron asiento en cubierta y pidieron el desayuno. El sol brillaba con todo su esplendor sobre un infinito mar azul y Sara perdió la mirada en el horizonte.

—Odio navegar, aunque reconozco que este barco tiene *glamour*, en especial las pinturas. ¡Rafael, Miguel Ángel! ¡Nunca hubiese imaginado que contemplaría obras de arte surcando el mar!, y sabes que he viajado mucho.

—Lo sé, aunque opino que es desmesurado. En cambio, las cosas simples me hipnotizan, como el brillo del sol en el agua: me da paz, son como espejos, trocitos de cristal en los que se refleja la luz y te dejas llevar por los recuerdos.

—¿Te he hablado de mi etapa en mi ciudad natal, Málaga? —preguntó Marcial jugueteando con el tenedor sobre los pequeños trozos de fruta; necesitaba distraerla y ella adoraba sus historias.

—Sí, y siempre te escucho hasta donde quieres contar...

—Me marché de allí por la gente, y mi familia, eso ya lo sabes, pues no aceptaban mi orientación sexual. Me querían, de eso estoy seguro, en especial mi hermana Carmen, que en más de una ocasión insistió en prestarme algún vestido suyo. No me entendía, no me gusta vestir como mujer. El resto de parientes me trataban como si estuviese enfermo o algo así, ¡una especie de bicho raro! —Agitó la mano—. En cierto modo me obligaban a fingir, pretendían que me comportase como un hombre más; ¿te he dicho alguna vez

que mi abuela Pepa decía que debía poner de mi parte, que todo se aprende y que casi todo tiene cura? ¡Una barbaridad!

Sara sonrió.

—Sí, me lo has contado, y nunca entenderé a las personas que van contra natura —añadió después de dar un sorbo al zumo de naranja.

—Hace años les visité, en compañía de Florence, y ¡me resultó todo tan anticuado! Mi abuela había fallecido y lo sentí muchísimo, por supuesto, después de todo ella no tenía culpa de tener un nieto marica y yo tampoco de serlo. Pero eso ha quedado atrás, prefiero conservar los recuerdos del mar, de los atardeceres y los interminables veranos en la playa: aquellos nunca se borrarán de mi memoria.

—Mi querido Marcial, ¡eres tan especial para mí!

—¿Sí?, lo sé —sonrió—. La primera vez que te vi estabas tan asustada como un corderillo; no hubiera imaginado que aquella niña que huía de su hogar muerta de miedo acabaría convirtiéndose en una chica atrevida y alegre; hasta que conociste a esa sabandija..., pero cambiemos de tema, y no te martirices. Como decía Florence, *carpe diem*. Acaba el desayuno y date un baño, anda; aguardaré tomando uno de esos exóticos zumos adornados con pequeñas sombrillas de colores.

—¡Está allí, Marcial, el joven del que te he hablado!, ¿le ves?

—¿Ese que acaba de salir de la piscina?: parece interesante, pero no debes...

Sara le hizo un guiño y fue a bañarse obviando los consejos de su amigo; ese día debía ser especial. Tocó el agua fría sin dejar de mirarle de reojo; estaba decidida a llamar su atención y a no marcharse de allí sin al menos escuchar su voz.

Le observaba desde el agua: tenía un bonito cuerpo bronceado y acababa de ponerse unas gafas de sol negras que le quedaban muy sexis. Sentado sobre la hamaca con un libro entre las manos, sospechaba que nunca repararía en ella, inmerso en una lectura que, a juzgar por el aspecto de la portada, no debía de ser nada interesante: *Bones of the Human Body*, pudo leer en inglés ('huesos del cuerpo humano'). Aguardó haciéndose la distraída, nadando sin dejar de mirarle, hasta que al cabo de un rato, aburrida de que no levantase la

mirada del dichoso libro, comenzó a toser.

—¿Se encuentra bien? —preguntó en inglés elevando las gafas por encima de sus ojos. Tenía la mirada más bonita que Sara había visto jamás.

—No es nada, gracias; he debido de tragar agua. —A Sara le resultó una excusa absurda, y pronunciada en inglés, le parecía la extravagancia más inverosímil de todas, pero cuando se proponía conseguir algo nada la detenía.

Salió por la escalerilla y le miró coqueta; entonces él sonrió.

—¿Hablas...?

—Español, soy española.

—Bien, conozco tu idioma. Pero... no te he visto antes, ¿verdad?, pues sin duda me acordaría —repuso en un perfecto castellano.

—No, no nos hemos visto nunca. —Sara sonrió y se alejó dándole la espalda; se había excitado y sonrojado, y hacía mucho tiempo que no le sucedía algo así, pero quería mirarle de nuevo: se detuvo y se giró.

Él aún la observaba y le dijo adiós con la mano. Supuso que habría parecido infantil y ridícula, pero no le preocupó.

—Marcial, levanta, ¡vamos! —Le tocó el hombro al llegar a su altura.

—¿Qué ocurre?, ¿te ha sentado mal el baño? —Cogió a Molly en brazos.

—No, vamos a ducharnos, y nos vemos a la hora del almuerzo; quiero irme de aquí enseguida. Es por ese joven: no ha sucedido nada, pero ha sido hablar con él y ponerme nerviosa. Después me he acordado de Leo y he comprendido que debía alejarme de la tentación. No me regañes. Dirás que nunca voy a madurar.

—¿Madurar? ¡Cada vez que coges ese diario te da por hacer algo!, y ya te he recordado que los hombres de Leo están por todas partes.

—No les he visto desde que zarpamos, andan relajados, y no he podido evitarlo; hay en sus ojos algo que no sabría explicar...

—Pero no eres libre, debes recordarlo. Menos mal que la familia de Leo ya está en América. Menuda es tu suegra, doña Francesca, ¡qué miedo! —Frunció el ceño.

—Sí, Marcial, lo sé, ¡pero es tan guapo! Tiene los ojos azules como el cielo.

—¡Baja de esa nube ya! —Chascó los dedos delante de sus ojos.

Durante el almuerzo, Sara observaba a Leo, que no dejaba de mirar a una mujer; suponía que tal vez se trataba de la actriz estadounidense Rosalind Russell. Había oído en alguna parte que viajaba en el *Doria*, aunque no estaba convencida de que fuese ella. En cualquier caso, era una mujer madura y radiante, una de esas vampiresas de Hollywood con curvas de infarto. Y deseó que Leo buscara alguna distracción de faldas y se olvidara de ella para siempre. Estaba obsesionado con dejarla embarazada, y sabía que, si algún día descubría que tomaba precauciones, sería capaz de matarla. Por suerte, Florence le había enseñado cómo unas píldoras para trastornos menstruales podían resultar muy eficaces para evitar un embarazo.

—*Bellisima Sara*, estás pensativa, ¿te ocurre algo, *amore mio*?

—No, estoy mareada y no tengo apetito, solo eso. Si me disculpas, voy a dar un paseo a Molly: me apetece caminar —repuso con una sonrisa para no molestarle.

—De acuerdo, pero no estés triste, estoy seguro de que este cambio de aires te sentará bien y pronto te quedarás embarazada —le susurró al oído—. Te esperaré tomando una copa en el bar, no tardes —pronunció sosteniéndole el brazo, y Sara le acercó la mejilla para que la besase; después le dio la espalda.

—Te vas a meter en un tremendo lío, lo veo venir. —Marcial corría tras ella con Molly en brazos.

—Este hombre tiene las ideas impresas en el cerebro. ¡Un hijo! Me lo recuerda cada día, en ese tono amenazador que me hace sentir su esclava.

—Mi pobre niña, ¿quién nos iba a decir que aquel elegante caballero que te deslumbró en Palermo era un vulgar mafioso?

—Imagino que mis amigas no le conocían bien, ni siquiera Nella, que fue quien me lo presentó. ¿O tal vez sí? No me extrañaría nada: eran todas unas arpías.

—Yo intuía que había gato encerrado en esa familia: son tan ¿estrambóticos?, todos viviendo juntos, gente extraña saliendo y entrando. ¡Esos hombres con caras de asesinos!, ¡miedo me dan!

—¡Calla, por favor! ¡Mira!, ¡está ahí!; sigue caminando, no te pares.

—¿Quién?

—Ese joven, inglés o americano, no lo sé; está hablando con el capitán.

—*La piu bella nave del mondo* —comentaba alguien de la tripulación.

—¿No es cierto, señorita? —El joven se detuvo y se dirigió a Sara.

—Disculpa, ¿me hablas a mí? Vas a perder de vista al grupo.

—Ahora les alcanzaré. Hablábamos del *Andrea Doria*; bromeaba con ellos, les molestaba diciéndoles que el Queen Elizabeth es más grande y el United States más rápido: cosas que te hace decir el aburrimiento, supongo.

—Y ha sido algo grosero por tu parte. —Le dedicó una bonita sonrisa.

—¿Eso crees?, pues según mis cálculos, este barco tardará uno o dos días más en cruzar el charco que la competencia anglosajona.

—Sin duda son impresionantes tus conocimientos matemáticos, pero has de reconocer que este barco es el más *chic* de los tres.

—Mi nombre es Paul —dijo tendiéndole la mano sin retirar la mirada de sus ojos verdes.

—Me llamo Sara, y él es mi amigo Marcial.

—Te recuerdo que Leo nos espera. —Marcial le hizo un guiño sin disimular.

—Lo sé —repuso molesta—. Paul, lo siento, debemos marcharnos.

—¿Tan pronto? ¿No os apetecería tomar un café?

—Ya le ha dicho mi amiga que su mari...

Sara le dio un pisotón a Marcial para hacerle callar.

—Tal vez nos veamos en otro momento; acostumbro a pasear de noche —contestó antes de decir adiós y alejarse.

—¡Estás completamente loca!, y me has hecho daño —repuso Marcial.

—Lo siento, pero es guapísimo, ¿no te parece?; deja que me distraiga un poco...

—Jamás he opinado sobre tus gustos ni tus escarceos amorosos, pero Leo..., ¿distraerte con él cerca?, ¿no te da miedo?

—Marcial, lo tengo desde el momento en que tuve conciencia de con quién me había casado. Pero necesito evadirme de la realidad, la vida resulta más llevadera cometiendo alguna locura, y por otro lado, el riesgo me produce placer, morboso tal vez, pero tengo que hacer algo que me recuerde que mi corazón late cada día.

—¡Estás delirando! ¿Sabes lo que dices? Sería firmar tu sentencia de muerte ¡y la mía! —gritó—. No en el barco, que aunque sea grande es un espacio limitado.

—Jamás permitiría que te hiciesen daño; tampoco a mi hija, ¿o crees que no pienso en Elisa cada día, y de lo que Leo sería capaz si conociese la verdad?

—¡Alto!, ¡para! Prohibido hablar de eso, en especial de la niña. Hay que pensar que al marcharnos también Leo se aleja de ella, y estoy seguro de que regresaremos a España pronto, y todo cambiará. ¡Válgame Dios! ¡Aquello es Gibraltar! Nunca he puesto mis pies en la roca: ¡es realmente majestuosa! —añadió colocando la mano a modo de visera, molesto por el sol.

—Yo la visité en una ocasión. Mi padre nos llevó y dimos un bonito paseo en barco. Mi madre se oponía: no le gustaba el mar, tampoco los pueblos; ¿te he dicho alguna vez que era demasiado estirada?

—Sí, querida, como un millón de veces. —Se puso las gafas de sol.

—Había delfines que nos seguían. Mi padre me contaba historias hermosas... ¿Pero qué miras? —preguntó extrañada.

—Es la primera vez que nombras a tus padres sin insultarles.

—No me he dado cuenta. Lo cierto es que no les he perdonado, nunca lo haré. Jamás comprenderé su crueldad, encerrarme por haberme quedado embarazada, y en especial, mentirme diciendo que mi hija había muerto; si no hubiese sido por Florence y por ti, no sé dónde estaría ahora. Marcial, quiero vivir: solo tengo veinticuatro años y me siento prisionera.

—Lo sé, bonita: la vida no te ha dado muchas oportunidades y no es justo. Pero no me recuerdes la edad, que soy muchísimo mayor: cuarenta y seis —sonrió.

—Ya, pero estás genial.

—¿Qué me decías de ese joven de ojos escandalosamente atractivos?

Leo pasaba horas en el salón de juego. Cada noche alardeaba de los casinos propiedad de la familia en Montecarlo, Saint Tropez y la Riviera

italiana; también de sus negocios en América. Aunque para los Di Benedetto la situación se había complicado debido a la fuerte oleada de fraude, estafa y robo que azotaba Palermo, y eran muchas las familias italianas que, como ellos, habían decidido huir a América.

Leo era el mayor de cinco hermanos, y a la edad de trece años ya había asumido el papel de capo tras el fallecimiento su padre, aunque en realidad era Francesca, su madre, quien orquestaba todo desde la sombra. En esos momentos nada le preocupaba; hacía algún tiempo que se había propuesto conquistar la ciudad de los rascacielos, y urdía un plan. Además de los negocios en común con Parker, el neoyorquino pretendía conquistar la alcaldía y él estaría a su lado, «la jugada perfecta», pensaba desde que embarcó en el *Doria* con la ambición tatuada en el cerebro. Codiciaba convertirse en uno de los hombres más importantes de la ciudad y nadie se lo impediría, ni siquiera su familia.

Como tenía por costumbre, aquella noche Sara se libraba una vez más de su presencia: Marcial se había convertido desde hacía tiempo en la excusa perfecta.

—¿Tardarás mucho en regresar? —preguntó Leo enarcando una ceja.

—No lo sé, una hora, tal vez algo más, ¿te molesta? —cuestionó sumisa.

—En absoluto. —La besó en los labios sosteniéndole el mentón, y durante unos segundos clavó la mirada en ella recordándole con aquel gesto que le pertenecía. Sara odiaba que la intimidase de ese modo; aunque sabía que con un poco de suerte, en el bar, y rodeado de mujeres, no la buscaría durante algunas horas.

Llevaba un vestido rojo que dejaba al descubierto su espalda, y mientras se alejaba de él sentía su penetrante mirada clavada sobre ella. Se abrió paso entre la gente y salió a cubierta: solo deseaba respirar.

II

Echada sobre la barandilla, sintió la liviandad de las pequeñas gotas de agua que acariciaban su cuerpo, llenándolo de frescor y cubriéndolo de sensaciones placenteras que disipaban su angustia. Cerró los ojos; en su vida todo andaba descolocado, y deseó olvidar quién era. Regresó a su infancia, junto a aquella niña que fue, aquella que se preguntaba por el color del amor; pero no tenía respuestas para ella. Siempre se equivocaba, «demasiadas veces», pensaba.

Paul estaba allí, sentado en un banco de cubierta: acababa de cerrar el libro que llevaba consigo y la observaba. Intuía que necesitaba estar a solas con sus pensamientos y decidió no molestarla, o se sentiría un ladrón de sueños.

Sara abrió los ojos, y al girarse le vio. Paul estaba allí y su mirada le transmitía paz, libertad. Su presencia le hizo olvidar quién era.

—Hola, Paul, no esperaba encontrarte aquí.

—Ya estaba cuando apareciste tú, pero se te veía tan pensativa que...

—Pues me has hecho un favor rescatándome de ciertos pensamientos.

—En ese caso, me alegro —sonrió, aunque no se levantó del asiento: temía asustarla o que pensase que la intimidaba. Y a Sara le sedujo su media sonrisa, su mirada; había algo en él especial que le hacía sentir bien, como si le conociese desde siempre—. ¿De dónde eres? —preguntó Sara tomando asiento a su lado.

—Nací en Washington, aunque he pasado la mayor parte de mi vida en un bonito lugar cerca de Nueva York. También he recorrido junto a mi

familia algunas ciudades, no solo de Estados Unidos.

—Y sin parecer indiscreta..., ¿puedo saber por qué viajabais tanto?

—Mi padre es militar y mi madre le seguía a todas partes arrastrándonos a mis hermanos y a mí de un lado a otro. Ahora yo he seguido sus pasos.

—¿En serio?, ¿eres militar?

—Me graduaré el próximo año; necesitaba un descanso y decidí visitar Europa.

—De modo que militar...

—En realidad me preparo para ser médico, aunque las costumbres de la familia pesan. Hace un momento pensaba en ello: en casa mi padre no me apoya, y créeme, es una constante pesadilla tenerle pegado a mi espalda todo el curso —sonrió.

—¿En serio se opone?, pues parece atrayente lo que haces; háblame de ello, si te apetece, por supuesto.

—Bueno, no hay mucho que contar que no sea monótono: estudiar y estudiar —sonrió—. Aunque en realidad el verano pasado tuve una experiencia interesante, en el Hospital Materno-Infantil Reina Sofía, en Asunción, Paraguay. Verás: los cadetes que deseamos formarnos como médicos solemos realizar pasantías en hospitales.

—¿En serio?, suena interesante.

—¿Te lo parece? A las chicas como tú no suelen atraerle ese tipo de asuntos.

—¿A las chicas como yo? ¿Qué clase de chica te parezco?

—No sé, eres elegante, vas bien vestida, y ese brazalete parece caro...

—Eres de los que opinan que las rubias somos tontas, ¿no es eso?

—En absoluto, no he querido decir eso.

—Bromeaba; continúa, por favor, me interesa, en serio.

—Pues el trabajo se centra en la reducción de riesgos ante ciertas enfermedades, por eso trabajamos en las comunidades que tienen mayor vulnerabilidad social. Acompañamos a verdaderos profesionales y se aprende mucho, más que con los libros: fue increíble.

—Tratáis de evitar el sufrimiento humano..., sin duda, elogiable —dijo pensativa, y entonces reparó en el libro que llevaba.

—¿Puedo...?

—Adelante, aunque no es divertido. —Paul observó sus preciosos ojos verdes y su mirada, perdida entre las imágenes de aquel libro—. Bien, háblame de ti ahora, ¿qué haces aquí? —preguntó curioso.

—No sé qué hago en este barco. Me limito a admirar la belleza de aquello con lo que voy tropezando; también sé que me aburro y no me apetece hablar de mí.

—De acuerdo, has sido franca y he captado el mensaje: nada de hablar sobre tu vida. Pero si te aburres..., ¿qué te gustaría hacer? —preguntó de repente.

—¿Hacer? —Sara enarcó una ceja extrañada, y le devolvió el libro.

—Sí, piensa algo, lo que te apetezca, e intentaré complacerte, y prometo no molestar: cuando decidas que te has cansado de mí, me marcharé —sonrió, y Sara se sintió cómoda a su lado. Los hombres no se dirigían a ella de ese modo tan natural y espontáneo, siempre buscaban algo más—. ¿En qué piensas? —añadió Paul.

—Nada, trataba de responder a tu pregunta y no sé qué me distraería.

—¿Qué solías hacer de niña en tu tiempo libre?

—No lo sé, jugaba con mi amiga Julia, cosas de niñas, supongo. —Y esbozó una sonrisa.

—¿Montabas en bici?, ¿subías montañas?, ¿a las canicas tal vez?

—No, nada de eso. —Paul le hacía sonreír, y sentirse relajada era una sensación nueva para ella, le gustaba.

—Bueno, aquí tampoco podemos hacer nada de eso. ¿Te has divertido alguna vez lanzando piedras al mar?, no hundirlas, solo que se deslicen sobre la superficie. No sabes lo que se aprende cuando estás aburrido.

Paul buscó en el interior de los maceteros de cubierta. Formaban un pasillo que conducía al jardín flotante del *Doria*, y a Sara no dejaba de sorprenderle.

—¿Hablas en serio? ¿Vas a lanzar piedras a la vista de todos?

—¿Por qué no?, no es nada malo. —Cogió las manos de Sara con delicadeza y puso las piedrecitas en ellas—. Verás, si las inclinas de este modo, llegarán más lejos. —Y le indicó la manera de hacerlo.

—Pero con esta oscuridad no conseguiré ver hasta dónde llegan, Paul.

—No siempre necesitamos ver; siente el sonido.

Paul le pidió que cerrase los ojos y se situó detrás de ella; no la rozaba, pero Sara notaba su presencia tan cerca que podía oír su respiración, advertir el calor de su cuerpo, su aroma, y le gustaba. Paul cogió la mano de Sara, y ella se sintió arropada, segura. Había conseguido estremecerla.

—¿Tienes frío?

—No, continúa, por favor, me gustaría aprender; nunca he hecho nada parecido.

—Ya verás, golpearán la superficie varias veces antes de hundirse para siempre —le dijo cerca del oído.

A Sara le resultaba divertido. No recordaba cuándo había dejado de jugar ni cuándo de ser niña, y deseó perderse con aquel desconocido.

—Sss, alguien se acerca —susurró Paul, y sin soltarle la mano se alejaron deprisa.

—Ha sido divertido, en especial que pudiesen pillarnos. Nos hemos comportado como unos críos y me ha gustado, en serio.

—Nunca deberíamos perder eso, nos hace sentir vivos. —Le hizo un guiño.

A Sara le resultaba muy sexi y no dejó de mirarle hasta que tomaron asiento en la zona de popa. Regresó entonces a la realidad, consciente de que se alejaba de Elisa, de un pasado al que necesitaba aferrarse, y que se escapaba como el agua entre los dedos.

—¿Viajas por placer?

—No, no viajo por placer, me siento obligada: mi vida es... complicada.

—No tienes por qué darme explicaciones si no te apetece —se apresuró a decir al verla melancólica.

—Y dime, ¿qué haces cada día, Paul?

—Nada divertido, te lo aseguro, como puedes imaginar: paso mi tiempo entre libros y entrenamientos duros. Vivo la mayor parte del año en West Point, una academia militar. Aunque dicho de ese modo debes de pensar que soy un bicho raro.

—¡No!, en absoluto —reaccionó de inmediato mirando sus ojos.

Continuaron conversando, y Sara, a medida que le prestaba atención, más se olvidaba del motivo por el que se encontraba en aquel barco. Le gustaba Paul: emanaba libertad, algo que añoraba desde hacía mucho tiempo.

—¿Me besarías, Paul? —soltó sin pensar, jugando a ser otra persona.

Él se había quedado perplejo. Jamás una chica le había pedido que la besase el primer día de conocerla. Pero no respondió: le apetecía desde hacía rato, así que acercó el rostro y la besó en los labios. Fue un beso dulce, tal vez demasiado fugaz para los deseos de Sara.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Paul con el rostro pegado a ella.

—¿Qué?

—Pedirme que te bese —le susurró en la boca.

—Lo siento, no sé... ¡Qué vergüenza!, pensarás que soy una golfa...

—No, en absoluto, aunque creía que bromeabas.

—Lo siento, he sido...

Paul la besó de nuevo. Y sintió su boca cálida, dulce. Se buscaron con la mirada y volvieron a besarse.

—¿Podríamos ir a un lugar más discreto? —preguntó Sara mirándole a los ojos.

—Por supuesto, viajo solo, pero... ¿hablas en serio?

—¿Por qué no?, eres una especie de... ¿psicópata? —sonrió.

A Paul le había resultado increíble la forma tan directa en que se lo había propuesto: le parecía una chica especial, diferente. Sara le observaba por el rabillo del ojo; le gustaba muchísimo: tenía un pequeño lunar en el mentón que le hacía irresistible, aunque no podía evitar sentirse descarada y atrevida; errores que, suponía, siempre le acompañarían.

—¿Es este tu camarote?

—Sí. —Paul cerró la puerta algo nervioso, aunque trató de disimularlo.

—No enciendas la luz: me gusta la claridad que entra a través de la ventana, es muy... sensual, ¿no te parece?

Paul no sabía bien cómo actuar. Jamás se había visto en una situación así y no quería dar la impresión de ser un chico inexperto y tampoco un oportunista. Se acercó a ella y la besó sujetándola por la cintura con delicadeza, casi sin rozarla. A Sara le gustó sentirle los labios, la lengua que

la inundaba sin asfixiarla, y comenzó a desabrocharle los botones de la camisa; le gustaba el aroma que desprendía, a limpio, cálido, deseaba sentirse libre en los brazos de ese desconocido y que le hiciese olvidar.

—¿Te parezco atrevida? —preguntó sin dejar de besarle.

—No me cuestiono nada —le susurró con la nariz pegada a la de ella. Sara volvió a besarle, y Paul tuvo una erección—. Aunque te resulte extraño, jamás he estado con una mujer...

—¿En serio? ¿Qué edad tienes? —interrogó clavando su mirada en él.

—Casi veintitrés —se apresuró a decir.

—¡Vaya!, qué extraño.

—No pienses que soy raro, es que no he conocido a nadie hasta ahora que me haya interesado como para..., ya sabes. ¿Recuerdas eso de que paso mi tiempo entre libros y entrenamientos?, pues créeme, en West Point no tenemos mucha vida aparte de eso, tampoco libertad para salir.

Sara había enmudecido: estaba yendo demasiado lejos. Ella había sido tan precoz en las relaciones sexuales que de repente sintió que estaba a años luz de él.

—No te disculpes, Paul, por favor. ¿Puedo sentarme? —preguntó dejando espacio entre ambos.

—Por supuesto, solo quería que lo supieses; ahora sí que pensarás que soy un bicho raro.

—¡No!, no se trata de eso; es que yo...

—No lo he hecho porque no he conocido a alguien especial; eso se sabe, me refiero a cuando conoces a la persona adecuada... Lo estoy estropeando más, ¿no es cierto? —Frunció el ceño.

—En absoluto, eres encantador. Solo que yo... no debería estar aquí.

—¿No irás a marcharte ahora, verdad? Me sentiría como un imbécil.

—Debo hacerlo. No es por ti, es que me he dejado llevar, y ha sido una torpeza. Créeme, mereces que tu primera vez sea con alguien especial, mejor que yo.

Paul la rodeó entre los brazos.

—¿Por qué dices eso? Nadie me ha sorprendido tanto como tú. Tal vez no he debido ser sincero, pero no puedo evitarlo.

—Gracias, Paul. No me pareces un crío, ni imbécil ni nada de eso, y es muy bonito lo que acabas de decir. Quedarme aquí es más que tentador, pero no me conoces. —Se levantó—. Has sido sincero y mereces que te corresponda. —Tomó aire antes de hablar—: Estoy casada y no he debido venir, perdóname, por favor.

—¿En serio estás casada? —se atrevió a preguntar sorprendido.

—La historia de mi vida es muy larga. Demasiado, diría yo.

—Si quieres puedes hablar de ello, sé escuchar, y prometo no volver a besarte, ni acariciarte, ni nada que se le parezca si tú no quieres. —Paul le mostró la palma de la mano en señal de promesa.

A Sara le pareció un chico increíble, además de extremadamente atractivo, y por eso temía cometer una locura. Le besó en los labios y salió de allí dejando perplejos sus bonitos ojos azules.

Caminaba por la cubierta del *Doria* acompañada de imágenes que acudían a su mente. Vio a Ernesto, de quien se había enamorado perdidamente, y al quedarse embarazada desapareció para siempre. Se suicidó poco tiempo después. Una relación corta y tormentosa de la que nació Elisa. Presentía que algún día estarían juntas para siempre y se aferraba a ese sentimiento.

Después había aparecido Leo, otro nombre que añadir a su lista de errores. No volvería a enamorarse. Secó sus lágrimas y guardó el pañuelo en el bolso, se miró en el pequeño espejo que llevaba y tomó aire antes de entrar en el bar.

III

La música sonaba fuerte: era jazz y le gustaba, aunque en ese momento nada le haría sentir bien. Leo estaba allí, como de costumbre rodeado de chicas, que al verla se retiraron espantadas como moscas.

—Leo, voy a descansar; sigue aquí si te apetece.

—¡Vamos!, tómate una copa con nosotros.

—Tal vez en otra ocasión, me duele la cabeza.

—Sara, ¡siéntate! —insistió alzando la voz.

—No, no puedes obligarme, disfruta de la velada —le pidió, y le dio la espalda.

—¿Qué te ocurre?, ¿no será por *queste ragazze*, no? —Leo trató de retenerla asiéndola con fuerza del brazo.

—Me haces daño, y sabes que no me preocupa que vayas con chicas o con putas, me da igual. —Se soltó de él y caminó deprisa. Él la siguió.

—Sara, no sabes cómo me enloquece tu presencia, *perdona mi* si te molesta que sea de este modo. *Mi sono comportato* como un loco, torpe. *Mia piccola* Sara.

—¡Déjame, por favor!, no trates de excusarte —le pidió al entrar en la habitación.

—Pero tú eres mi esposa, te deseo, hagamos el amor ahora. —A Leo su desdén le excitaba más—. *¿Hai intenzioni di darmi* un hijo? —Leo volvía a hacer la misma tediosa pregunta de siempre.

—¿Un hijo? Sabes que nunca podré dártelos, ¿tan difícil es de entender?

—Tonterías, excusas para rehuirme. —La rodeó con sus brazos y buscó

una boca que trataba de evitarle. La atraía hacia él con fuerza, bajándole la cremallera del vestido.

—Por favor, Leo, dejémoslo, no estoy de ánimo...

No había concluido la frase cuando él le rasgó el vestido empujándola, haciéndola caer sobre la cama. Se precipitó sobre ella y le bajó las bragas de manera brusca.

—Siempre te gustaron mis manos, mis dedos —le susurró en la boca mientras le acariciaba el sexo haciéndole daño.

—Por favor, Leo... —Sara estaba tan acostumbrada a que la forzase que no trataría de escapar; sabía que sería inútil.

Cerró los ojos con la certeza de que no duraría demasiado, y notó la lengua caliente y húmeda lamerle el vientre y ascender hasta los pechos. Le asqueaba.

Se había quitado el pantalón y estaba muy excitado, y la obligaba a acariciar el sexo. Gemía y le tiraba del cabello para verle el rostro, la boca.

—Vamos, Sara, me gusta tu lengua. —Sara se negaba a abrir la boca, pero él la obligó sujetándole el mentón con fuerza. Le repugnaba, y sintió deseos de morderle el pene y arrancárselo para siempre.

Leo disfrutaba, tenía la cabeza echada ligeramente hacia atrás y susurraba su nombre. Disfrutaba rozándolo contra los labios, el rostro. Le levantó el vestido rasgado y le acarició los muslos. Ella tenía los ojos cerrados y él la forzaba para que le diese la espalda. Lamió sus zonas íntimas a pesar de sus súplicas.

—Me gusta tu sabor, Sara, lo sabes *molto bene*, me vuelves loco.

Le gustaba hacérselo desde atrás y aferrarse a las redondeadas caderas de Sara, a los pechos; las manos le recorrían sin control el cuerpo. De una embestida la penetró. Era brusco y Sara ahogaba su dolor clavando el rostro en la almohada. Leo jadeaba y Sara percibía su pesada respiración sobre la nuca. Pensó en Paul: acababa de conocerle y le había hecho sentir especial, respetada, mujer. Lloraba en silencio por todo aquello de lo que no disfrutaría jamás, y contaba los minutos para que Leo acabase. Como de costumbre, pronto cayó desplomado sobre ella. Salió de su interior satisfecho de haber cumplido su deseo y se deslizó sobre el cuerpo de Sara como un reptil.

El semen le corría entre las piernas, y se levantó sin hacer ruido; necesitaba ducharse, quitárselo de encima. Abrió el grifo del agua caliente, secando las lágrimas que le bajaban por las mejillas. El agua templada le limpiaba el cuerpo, pero no la mente, y comenzó a restregarse con el jabón, tan fuerte que se hacía daño. No sabía cuánto tiempo duraría aquella pesadilla. Mientras se secaba le oyó roncar.

—Es igual que un cerdo —pronunció en voz baja. Y sintió ganas de asesinarle mientras dormía. Temía los sentimientos que Leo despertaba en ella.

A la mañana siguiente, un cosquilleo sobre la nariz la despertaba: era él, que le acariciaba el rostro con una rosa. Le había llevado el desayuno a la cama y ella debía fingir, solo de ese modo no la molestaría en exceso.

—Para la mía esposa, un *nutrizonale* desayuno. ¡Quién sabe!, ¡tal vez estés embarazada! En cuanto llegemos a América, te verán los mejores especialistas. —La besó en los labios y ella se los limpió cuando le dio la espalda.

—Sabes que de niña me dijeron que no podría tener hijos, ¡jamás!

—Tonterías. ¡Eres perfecta y estás pletórica! Solo hay que tener paciencia.

—¿Qué harás hoy, Leo?

—Me espera Parker. Voy a convertirme en el italiano más rico y famoso de América. ¿Estarás orgullosa de mí cuando lo consiga?

—Por supuesto. Aunque permíteme que no te acompañe: me aburren vuestros asuntos, son demasiado para mí. Si no te importa, iré a tomar el sol con Marcial.

—Pasas mucho tiempo junto a ese marica...

—No me gusta que te refieras a él de ese modo; sabes que es mi familia.

—¡No te ofendas!, es que algunas veces pienso que te mete *storie di rare* en la cabeza sobre mí. —Manoteaba tocándose las sienes.

—Tonterías, cálmate, él te admira, te quiere casi como a un hermano...

—«Me estoy convirtiendo en la reina de las mentiras», pensó antes de concluir la frase.

—De acuerdo, está bien, te veré después del almuerzo. —La besó y

deslizó el dedo índice por el escote—. Deberías sentirte afortunada, muchas *ragazze* sueñan con un marido como yo. —Le hizo un guiño y volvió a besarla, asfixiándola con la lengua apretada contra la suya. Después se miró al espejo y le dijo adiós.

Los días transcurrían monótonos. No había vuelto a ver a Paul, aunque suponía que era mejor de ese modo, porque cuando pensaba en él, un cosquilleo en el estómago le recordaba que estaba viva; un sentimiento ambivalente de placer y miedo.

—Te comprendo, eres muy joven, y ¿qué es la vida si te sientes muerta? —Marcial sonrió—. Así que adelante; si necesitas mi ayuda, sabes que la tienes.

—No se trata de sexo, Marcial. Estar a su lado es sencillo, ves la vida de color, no sé cómo explicarlo; pero lo más importante es que me siento respetada.

—Te entiendo. Una vez me enamoré, ¿nunca te he hablado de ello? Vayamos al salón principal, hay demasiado sol en cubierta y creo que me estoy arrugando, ¿no te parece? Mira mis ojos: ya empiezo a notar los efectos de la edad. Tomaremos unas copas bien cargadas de alcohol que nos sentarán bien.

Se acomodaron frente al impresionante mural de Salvatore Fiume, de 148 metros, que cubría una de las paredes del salón.

—Mira, Sara, esta estatua central en bronce pertenece al capitán Andrea Doria.

—¿Y...?

—Nada, dicen que fue famoso por derrotarnos a nosotros, los españoles, y por declarar la independencia de la República en Génova. Lo he leído esta misma tarde: sucedió en el siglo XVI.

—¿Tan interesante te ha parecido la noticia?

—En absoluto, es que cuando vi a ese hombre, ahí en mitad del salón, con ese mal color, me pregunté quién demonios sería, y mira por dónde, en uno

de esos folletos del barco me he enterado de la historia; y es que tiene el mismo aspecto que yo cuando me levanto por las mañanas, y anoche no dormí; el balanceo del barco me sugería un columpio. —Agitó su mano—. Pese a ello, nunca descuido mi imagen.

Trataba de distraerla con su cháchara a todas horas, porque no necesitaba preguntar para saber que en la vida de Sara todo estaba patas arriba.

—Mi pobre niña, ese hombre es repugnante, deberías abandonarle.

—Lo sé, pero me buscaría, y me encontraría. Espero que algún día se canse de mí y encuentre a alguien que me reemplace. Pero déjate de divagar y cuéntame esa historia tuya —añadió con una sonrisa.

—Pues... Me enamoré de un chico, que nunca se burlaba de mí en clase como el resto, y caminábamos de regreso a casa juntos. Se llamaba Alberto, era más bajo que yo, delgado, y tenía la mirada más triste que he visto nunca, pero a mí me gustaba a rabiar. Después comenzó a salir con una chica, aunque no dejaba de mirarme cuando se cruzaba conmigo. Pero ya sabes, la mayoría prefiere ocultar sus inclinaciones sexuales, siempre estaba ese miedo que nos paralizaba.

—Pero esa es una historia triste y necesito algo divertido.

—No, querida, tristes son las guerras. Tuve suerte de vivir con Florence; en España los de mi condición éramos perseguidos como criminales. Fue horrible, cruel. Nunca olvidaré el asesinato de Lorca, «por rojo y maricón», alegaron. Después de eso me fui a vivir con Florence a París.

Justo en el instante en que Marcial ponía punto y final a su historia, Paul se acercaba a ellos. Marcial se levantó de su asiento y les dejó a solas.

—Hola, Sara, ¿te importa que me sienta?

—¡En absoluto! —exclamó sorprendida al verle.

—No he podido evitar pensar en ti estos días, no me preguntes por qué. Sé que eres una mujer casada, lo dejaste claro, pero también sé que no eres feliz.

Sara estaba perpleja: su alma había sido desnudada en un segundo por un desconocido.

—Eres un grosero, no debes hablar así a alguien a quien no conoces. — Le miró a los ojos y no pudo continuar haciéndolo, pues la mirada de Paul la

desarmaba.

—Sara, no me juzgues, no soy uno de esos tipos que se aprovechan de determinadas situaciones; te digo lo que pienso, simplemente eso.

—¿Pero cómo te atreves?, no sabes nada de mi vida.

—Sin proponérmelo os vi hace un par de noches: te aburrías junto a tu marido mientras él flirteaba con otras mujeres, aunque eso no es asunto mío, por supuesto.

Sara no supo qué decir, estaba furiosa; tal y como la había descrito, se vio patética, ridícula; se levantó de su asiento y salió sin mirar atrás.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Marcial al abrir la puerta.

—Sé que no te dejo descansar, pero me he sentido extraña y no tengo a quién acudir más que a ti. Paul acaba de decirme que no amo a mi esposo, ¿tan obvio es?

—¡Oh, Sara!, eso se nota, cariño... ¿Qué tal si tomamos algo más fuerte que el vermut? Esta vida se hace insoportable. Aunque no creas que voy a darme al alcohol por ello. Anda, ponte cómoda; serviré un par de whiskies. ¿No te parece que el día está raro? —aventuró cambiando de conversación con la botella en la mano.

—¿Raro?, ¿en qué sentido?

—No sé, hay más niebla que de costumbre.

Y era cierto, pero una sola copa más fue suficiente para que Marcial comenzase a dar cabezadas. A Sara le resultaba muy tierno. Le colocó una almohada bajo la cabeza, despacio; él era lo único bueno que le quedaba, y le reconfortaba tenerle cerca.

Abrió el armario donde Marcial guardaba sus preciados secretos, tomó asiento con el diario entre las manos y abrió una página al azar.

Querido diario: hace dos días que visitamos el convento. Me trajo muchos recuerdos recorrer mi ciudad. El convento estaba a pocos kilómetros de allí.

Me pareció tan triste aquel precioso patio y sus flores y su fuente..., el sonido del agua... Otra vez su rumor me recordó al llanto de mi niña. Pero sí me alegró ver a sor María y a sor Isabel especialmente. Son muy buenas. Florence les dio un importante donativo para las obras sociales que realizan.

Aunque yo creo que lo hizo también con otra intención: ella es muy hábil y tal vez pensó que así les refrescaría la memoria...

Ellas no sabían nada de mi bebé. Después se acercó sor Ángeles. Me contó que la noche en la que mi niña nació, el médico comentó que le costaba respirar. No pude resistirlo y comencé a llorar sin consuelo... Me dieron agua fresca del pozo y me senté en el mismo banco en el que aquel día sor María me escuchó por primera vez. Sor Isabel me explicó que mis padres nos sacaron de allí a toda prisa, asegurando que llevaban a la pequeña al hospital. Y eso fue todo. Ya no supieron nada más, hasta que Florence se interesó por la niña... Fue muy triste oírlo.

Sara no pudo evitar llorar. Devolvió el diario al lugar que lo custodiaba como quien coge un fino cristal con temor a que se quiebre. Cerró la puerta despacio y regresó a su habitación. Halló una nota sobre la mesita de noche: Leo mentía argumentando que tenía una cita de negocios, y que estaba a punto de firmar un acuerdo muy interesante. Le pedía disculpas y le prometía recompensarla.

Dejó la nota y se tumbó abrazada a la almohada. Pensaba en Elisa, necesitaba aferrarse a sentimientos puros, a su niña, que era su anhelo: ella era real y representaba lo único hermoso de su paso por la tierra. Debería ser sigilosa, caminar de puntillas por la vida para protegerla.

Se sentía inmersa en una niebla espesa que la atrapaba, y diluía sus horas, sus días, su vida. Esa era la sensación que le invadía cuando miraba dentro de su ser. Y veía el rostro de su pequeña, tan cerca que creía poder tocarla..., pero no podía, y esa siempre sería su peor pesadilla.

IV

En algunas horas llegarían a su destino. Había decidido no molestar a Marcial y paseaba por cubierta; como en sus pensamientos también había niebla, se estremeció. Era como si flotase sobre una nube en mitad de ninguna parte. Se cubrió los hombros con un chal de organdí negro y miró hacia el cielo. Buscaba las estrellas ocultas, pero no se veían. «Mi padre decía que el destino estaba escrito en las estrellas», le había confesado una vez Florence.

Le pareció que el barco aminoraba la velocidad, y aun así, sintió el sonido cadente de las máquinas como el estribillo de una canción machacona que se repetía sin cesar. Había gente por todas partes, perros con dueños, niños jugando, madres molestas y parejas besándose. Pero nadie tenía prisa, y ella les observaba como si de una película a cámara lenta se tratara, en la que ella era la única persona que corría a toda velocidad por la vida. Pensó en Paul. Si fuese libre se daría la oportunidad de conocerle. Lo buscó con la mirada entre la gente sin darse cuenta. Él era como un soplo de aire fresco en su asfixiante vida.

Decidida, se dirigió al lugar donde habían lanzado piedras al mar; estaba allí, de espaldas a ella, y se estremeció al verle. Dudó: sabía que acercarse a él era una locura, pero una locura que deseaba probar, aunque después se arrepintiese.

—Hoy no se ven las estrellas —comentó en voz baja.

Él se giró de inmediato al oírla.

—Cierto, aunque acabo de ver una. —Le miró enarcando una ceja—. ¿Te

he parecido cursi? —preguntó con esa media sonrisa que seducía a Sara.

—En absoluto. ¿Te aburres?

—Ahora no... Pensaba en que pronto llegaremos a puerto, y continuarán nuestras vidas.

—Sí, Nueva York. Visité la ciudad en una ocasión, y es impresionante; ahora no sé cuánto tiempo pasaré en la ciudad de los sueños, o eso dicen, pero ¿y tú?

—Vivo a una hora de Nueva York; supongo que no volveré a verte.

—Tal vez sí; ¿quién sabe?

—Me gustaría. —Guardó silencio unos instantes—. Esta tarde no pretendía ofenderte.

—Olvídalo, es la constante en mi vida. —Le miró a los ojos, y supo que debía ser sincera—: Dijiste que no era feliz, y es obvio. Mi vida es muy complicada, pero no voy a pedirte que lo entiendas. Solo sé que desearía durante algunas horas olvidarme de esta realidad que me persigue allá donde voy, nada de reproches: necesito ser yo.

Paul la miró.

—Estás muy guapa esta noche. ¿Te apetece beber algo? —le preguntó mordiéndose ligeramente el labio inferior, y a Sara le conmovió el gesto.

—¿Por qué no? Aunque preferiría un lugar más discreto, no me malinterpretes.

—Por supuesto, no debo olvidar que estás casada. —Frunció el ceño—. ¿Nos vamos de aquí? —preguntó sin reservas; no le interesaba su vida, solo ellos dos en ese preciso instante, tal como ella necesitaba.

Sara sintió que Paul la rescataba de una vida que odiaba; deseaba escapar y le siguió a la habitación: lo habría seguido a cualquier parte.

Paul sirvió dos copas de champaña y la invitó a sentarse en un pequeño sofá junto a la cama.

—Por nosotros dos, aquí y ahora —susurró Paul. Sara se estremeció, bebió un sorbo y cerró los ojos unos segundos, y deseó guardar en la memoria aquel momento para siempre—. ¿Puedo preguntar en qué piensas?

—Cosas mías. Me gusta disfrutar de momentos como este; por breves que sean, los retengo y los atesoro, y cuando los necesito, los rescato. Es como

guardar en un cofre tus más preciadas pertenencias y tenerlas siempre a tu alcance.

—¿Te han dicho alguna vez que pareces mágica?

—Jamás —sonrió.

Paul sabía que le sería muy difícil controlarse; tenerla frente a él y no besarla, era uno de los mayores retos a los que se había enfrentado, pero estaba decidido a no hacer nada que ella no deseara.

—Y bien, ¿puedo preguntarte al menos por qué vas a Nueva York?

—Negocios: Leo tiene muchos que atender; también está su familia.

—¿Y Marcial?

—Él es la única persona que me queda. Hace años que le conozco. ¿Pero y tú?, ¿hay alguien especial en tu vida?

—No, creo que te lo dije.

—No exactamente. Me dijiste que no habías mantenido relaciones, no que no estuvieses enamorado o que hubiese alguien especial.

—Si esa persona existiese, ten la certeza de que no estaría contigo ahora, te lo aseguro. No va conmigo engañar a las mujeres; en realidad, no va conmigo engañar a nadie.

—Paul, no quiero que pienses mal de mí...

—Nunca lo haría —se apresuró a decir.

—Sabes que estoy casada, y sin embargo he venido a tu camarote.

—No voy a juzgarte, nada de reproches; pero no voy a negar que me atraes mucho y estoy convencido de que lo sabes. —La miró a los ojos y susurró acercando el rostro hacia ella—: Seré lo que quieras que sea.

—¿Qué piensas de mí? —preguntó desviando la mirada.

—Veo a una mujer muy hermosa y triste, demasiado triste, diría yo.

—Verás: te dije que mi vida es complicada, nunca ha sido fácil. De pequeña tuve cuanto deseé: era hija única y mis padres me criaron sin que nada me faltase. Pero era ingenua y caprichosa. Me enamoré de quien nunca debí hacerlo.

—¿Te refieres a tu marido?

—No, Leo fue después, y también me equivoqué: tropiezo demasiado.

Sara le habló de su vida, de sus desaciertos, errores y esperanzas; desnudó

sus sentimientos como nunca lo había hecho: era un extraño, pero le sentía tan cercano que no pudo evitar sincerarse con él, no se sentía vulnerable, sino que, por el contrario, mirarse en los ojos de él le producía placer. Paul le prestaba toda su atención, y mientras lo hacía, se quedaba atrapado en ella.

—¿Y tu hija, entonces?

—En España. Antes de saber que ella vivía, me casé con Leo, no sé por qué. Descubrí sus juegos sucios y comencé a mentirle; ahora soy esclava de tantos errores... No puedo decir que tengo una hija porque finjo ser estéril... Te parecerá una historia escabrosa, pero puedo asegurarte que es real.

—Al menos complicada sí que lo es.

—Vivo con miedo. Por eso ahora quiero soñar despierta.

—Habrá que buscar la solución, no puedes...

—Sss, no insistas. —Colocó el dedo índice sobre los labios de Paul y le besó.

—Siento que te haya sucedido todo eso. —La miró a los ojos—. Tranquilízate, déjame ayudarte.

—No, prométeme que no harás nada; no tengo derecho a involucrarte.

—Confía: todo tiene solución, aunque ahora no la veas.

—No digas nada, tan solo abrázame y forma parte de mi sueño.

—Pero tú eres real, Sara. Yo soy real.

Le miró a los ojos y se besaron. Sara se estremeció entre sus brazos. Paul representaba todo aquello que nunca formaría parte de su vida. No pretendía hacerle daño, pero necesitaba saborear la experiencia.

—¿Estás seguro de querer hacerlo? —preguntó clavando la mirada en él, temiendo que se arrepintiese. Enseguida comprendió que no era un niño, y que los ojos le brillaban, pero no por el deseo a lo desconocido, sino que había sinceridad en todo su ser, y Sara deseó perderse entre los brazos de Paul.

—Nada me apetece más, y me temo que tendrás que ayudarme. —Paul sostuvo la barbilla de Sara para buscar la mirada que lo había cautivado desde el primer momento en que la vio, y se fundieron en un beso cálido; había deseo, pero también respeto.

Cogidos de la mano se sentaron en la cama y ella le desabrochó uno a uno

los botones de la camisa, despacio. Acercó los labios a la piel bronceada, ardiente por el sol, y deseó embriagarse de su aroma a libertad.

Se desnudaron en la penumbra de la habitación, y se acariciaron descubriéndose. Paul le bajó la cremallera del vestido deslizando los dedos sobre la espalda, disfrutando de la suavidad de la piel, del dibujo de unas curvas increíbles.

Sara se desabrochó el sujetador y Paul bajó los tirantes acariciándole los hombros, besándolos, sintiendo el aroma dulce y templado de su cuerpo de mujer. Colocó las manos con delicadeza sobre los pechos, hipnotizado por el tacto esponjoso, acercó los labios, los besó con ternura y rozó con la lengua los pezones. Paul no quería cuestionarse si aquello era moralmente correcto: la deseaba y se dejó llevar.

—¿Sabes que eres preciosa? —susurró sin apartar la mirada de ella mientras le acariciaba despacio las piernas.

A ella le producía un cosquilleo que la excitaba muchísimo. Paul tenía los hombros rectos, anchos, fuertes; se asió a ellos atrayéndolo. Después, observando la sorpresa en el rostro de Paul, le bajó los calzoncillos, que dejaron libre una erección que deseaba probar; y saboreó su sexo, cada centímetro, y hacerlo le desencadenó la sensación de descubrir algo nuevo, desconocido e irresistible.

—¡Oh, me gusta! —susurró. Se endurecía en el interior de la boca de Sara y no podía creer el placer que experimentaba; le parecía increíble—. Eres fabulosa. Pero ven, necesito tenerte...

Sara se incorporó, deslizó las manos sobre el cuerpo de Paul, desde las caderas hasta el cuello, y subió a horcajadas sobre él. Le besó; notó la lengua enredada a la suya. Paul lo deseaba tanto como ella. Sentir la humedad de Sara le excitaba aún más; el roce de los cuerpos les llevaba al borde de una maravillosa locura. La miró a los ojos y la penetró buscándola, despacio.

—¡Oh, Sara! —gimió con fuerza cuando estuvo dentro de ella.

Sara se agitaba lentamente, oscilaba las caderas sintiéndole en su interior. Le parecía estar soñando, pero era real.

Entrelazaron las manos y se amaron. Era magia, pura alquimia. Sara tenía la sensación de que era su primera vez. Era sexo, pero no se trataba solo de

eso, era diferente, él formaba parte de ella.

Sara le acariciaba el torso, le resultaba tan sexi, hermoso y único que no podía parar, y estaba tan excitada que no controlaba sus movimientos: sabía que estaba a punto de tener un orgasmo; nunca había deseado a nadie de ese modo y quería controlarse para no dejarle atrás y saborear durante más tiempo ese dulce placer. Volvió a mirarle: él jadeaba clavando en ella la mirada, y el sonido de su voz la excitaba aún más.

Paul cerró los ojos y echó ligeramente la cabeza hacia atrás, tenía el cuerpo tenso. Durante unos segundos la apretó con fuerza, la respiración se le aceleraba. Sucedió: fue electrizante. Se buscaron con la mirada y una tímida sonrisa se dibujó en el rostro de Paul.

Sara se sentía como una niña que hace algo que desea e inmediatamente se avergüenza.

—Paul, ¿me creerías si te dijese que ha sido la experiencia más maravillosa de mi vida? —preguntó con la respiración entrecortada.

—No —respondió con una sonrisa.

—Créelo, tampoco miento. Ha sido como si no existiese nadie más que tú.

—Eso es porque soy la mitad que te faltaba —pronunció rotundo, y la besó. Acababa de conocerla, pero percibía que formaría parte de su vida para siempre. Disfrutaba de los labios, del sabor de la saliva, del aroma de ella. Observó que Sara había cerrado los ojos, deseando congelar ese momento.

—No sueñes, Sara. Ya conozco ese gesto tuyo, y puedo asegurarte que lo que acaba de suceder no formará parte de un recuerdo —susurró—. No buscaba esto, Sara, pero ahora que te he encontrado no voy a dejarte marchar. —Le acariciaba el cabello besándole los labios.

—No digas eso; vivamos este sueño, solo eso.

—Pues si se trata de un sueño, no pienso despertar.

—¿Puedo decirte algo y prometes no reírte de mí? —preguntó abrazada a él.

—Inténtalo.

—Tienes un sabor muy familiar: sabes a mermelada de pétalos de rosas.

—¿Qué? Jamás he oído nada parecido: ¡estás loca! —sonrió.

—Existe, no te rías de mí: sé cómo prepararla, y quizás algún día la cocine para ti. ¿Quién sabe? Pensaba que no podía existir ese fascinante aroma en ninguna otra parte que no fuese en esa deliciosa confitura; pero acabo de descubrir que tú sabes igual.

Paul sonrió y la rodeó con fuerza entre los brazos.

—¿Alguien te ha dicho que eres fantástica, especial y maravillosa?, aunque eso último que has dicho sobre mi olor sea un disparate. —Le revolvió el cabello.

—Solo tú me dices cosas hermosas.

Se abrazaron y a los pocos minutos se quedaron dormidos bajo la tenue luz del sol, que lentamente se iba perdiendo en el horizonte.

Un sonido intermitente de señales acústicas les había despertado, y Sara abrió los ojos alarmada mientras Paul le besaba los labios mordisqueándolos con los suyos, despacio.

—No te asustes, es por la típica niebla de julio, que suele cubrir la costa de Massachusetts —susurró acariciándole el rostro.

Sara le besó en los labios y se levantó con prisas.

—¡Ten calma!, seguro que tu marido todavía se estará divirtiendo.

—Debo buscar a Marcial; junto a él, Leo no se extrañará de mi retraso.

—No sé cómo puedes vivir de este modo. Te acompaño. —Se levantó de la cama.

—¡Estás loco!, no, nos veremos mañana. Por favor, ¡debes quedarte! —Le besó en los labios, y cerró la puerta guardando la imagen de su cuerpo desnudo.

Marcial acababa de despertar de la siesta cuando Sara entró en la habitación.

—¿Dónde has estado? ¡Me ha inquietado tanto estruendo de bocinas!

—Es por la niebla. ¿Has salido de aquí? ¿Te ha visto alguien?

—No, estoy algo mareado; justo ahora iba a buscarte. ¿Has estado con Paul, no es eso?: te lo noto en los ojos —sonrió—. ¡Mi niña!... Me alegro por

ti, aunque ahora lo más prudente sería que Leo no te viese con ese aspecto; deberías peinarte y pintarte los labios al menos.

Leo empezaba a impacientarse: acababa de preguntar a Pietro por ella y su guardaespaldas había sido poco preciso. Compartían mesa con Bonetto, un oficial de la tripulación, y la desconocida de curvas de infarto. La mujer, al ver a Sara, no tardó en despedirse.

—¡Sara!, ¿dónde andabas? —preguntó Leo contrariado.

—Leí tu nota: supuse que no acabarías tu reunión hasta tarde, y dado que Marcial se sentía indispuerto, decidí pasar la tarde con él.

—Bien, ¡sentaos!

—Parece que la tripulación está alerta; hay demasiada niebla, ¿no os parece? —comentó Parker.

—Es normal —le respondió Bonetto—. Nos acercamos al faro de Nantucket, y mañana temprano llegaremos a nuestro destino. Me consta que el capitán pretende hacerlo sin ningún tipo de retraso —sonrió.

Sara no tenía apetito, pensaba en Paul, en su cuerpo, amándola con una delicadeza que jamás había saboreado. Nadie le había hecho el amor de ese modo. De repente advirtió que Leo la observaba, y durante un instante esa mirada inquisitiva le recordó todo cuanto había dejado en el camino. Y vio a aquella muchacha inocente que soñaba una vida sin temor, llena de caricias y abrazos, amor y dulzura; ahora sabía lo que era, pero esas sensaciones no se proyectarían en su futuro, no junto a Leo.

Eran las once y diez de la noche cuando un brutal impacto sobrecogía al pasaje. El Stockholm, un elegante buque de pasajeros que había zarpado del puerto de Nueva York con destino a Gotemburgo, acababa de colisionar con el *Andrea Doria*, que navegaba entre bancos de niebla. Habían reducido la velocidad y realizado cambios de rumbo, pero el Stockholm inevitablemente perforaba con su afilada proa el costado de estribor del *Doria* a la altura de cubierta. En esos momentos nadie sabía qué sucedía, aunque temían lo peor. Marcial sujetaba a Sara del vestido, atrayéndola hacia él y arrastrándola hacia el suelo. Otras personas, en su atropellada huida, corrían en todas direcciones creando un desconcierto general.

—Dios mío, Marcial, ¿qué ha sido eso?, ¿qué sucede? Se agarraba con

fuerza a él. Las mesas se inclinaban y el vino se derramaba sobre la mesa; la cristalería rodaba precipitándose contra el suelo, sembrando a su paso una alfombra de trozos de cristal.

Se había producido un desgarro de doce metros de longitud en siete de las once cubiertas, y el agua entraba de manera incontrolable. Desde donde estaban, podían oír voces, gente que gritaba aterrada al tiempo que los miembros de la tripulación ordenaban lanzar los chalecos salvavidas al agua. Sara y Marcial se miraban presos del pánico. En pocos minutos, el transatlántico comenzaba a escorarse por estribor. El señor Parker corría tambaleándose buscando a su esposa, mientras que la joven Margaret gritaba aferrada a una silla. La gente corría bajo una continua lluvia de chispas eléctricas que caían por todas partes y los camareros buscaban a los pasajeros llamando a las puertas de sus camarotes.

—¡Vamos! —Sara gritó a Marcial—. ¡No podemos quedarnos aquí!

Paul había llegado hasta ellos, abriéndose paso entre quienes corrían tratando de salir.

—¡Sara, al fin te encuentro! ¿Estás bien?

—¡Paul, tengo mucho miedo! ¿Qué está sucediendo?

—Una embarcación acaba de golpearlos, no sé mucho más, pero ten calma, estamos cerca de la costa y pronto nos sacarán de aquí. —Cogió a Sara de la mano y ella se aferró a Marcial corriendo hacia cubierta.

—¡He de ir al camarote de Marcial! Molly está allí, y también mi...

—¿Qué dices, Sara? —Un ensordecedor ruido metálico les impedía oírse.

—¡Sara!, ¡Sara! —Leo la buscaba gritando su nombre y se acercó acompañado de sus hombres. Ella entonces soltó la mano de Paul en el momento en que Pietro se acercaba a ella.

Paul sospechaba que ninguno de aquellos hombres haría caso a las súplicas de Sara, así que sujetó a Marcial con fuerza del brazo y corrieron hacia el camarote.

—Vamos, Marcial, cálmate. ¿Dónde está eso que tanto preocupa a Sara?

—Sí, sí, Molly y... —pronunció abriendo la puerta de su suite.

—Paul sacó a la pequeña bichón de debajo de la cama mientras Marcial hablaba de manera compulsiva.

—Eso, ella quiere eso. —Señaló la bolsa que guardaba en el armario—. Esa dichosa caja de los secretos, de la que no se ha separado jamás; desde que la conozco la lleva pegada a ella. Va a enloquecer, y Leo no debe conocer su existencia. ¿La orquesta? ¿Se han puesto a tocar? —preguntó al escuchar la melodía de *Arrivederci, Roma*—. ¡Dios mío!, ¡esto me recuerda a la tragedia del Titanic!

—Vamos, date prisa, no os dejaré hasta que estéis a salvo, y no va a suceder nada: la gente está comenzando a ser trasladada al buque con el que hemos colisionado; tranquilo, ¿de acuerdo? —Le miró a los ojos transmitiéndole serenidad.

El acceso a los botes salvavidas se hacía complicado, el buque se había escorado a estribor y eso hacía casi imposible arriarlos, ya que el ángulo que formaba con respecto al nivel del mar dejaba inalcanzables los botes situados a ese lado, y los únicos que quedaban practicables estaban justo donde se había producido el impacto. Un panorama que sin duda acrecentaba el nerviosismo del pasaje.

Pese a ello, la labor de la tripulación lograba recuperar cierta organización, y los pasajeros fueron guiados hasta popa sin grandes contratiempos.

—Vamos, Sara, salgamos de aquí, es lo *più* prudente. —Leo la sostenía del brazo tratando de sacarla de allí.

—¡No, Leo, esperaré! —gritó ella.

Marcial corría hacia ellos aferrado a Molly, y Sara buscaba a Paul, perdido entre la multitud.

—Adelante, *non perdere tempo*. Yo la ayudaré, *signora*; pronto estaremos a salvo. —Pietro se ocupó de que Sara abandonase el *Andrea Doria* sin mirar atrás.

Y ella se preguntaba si habría algo tan malo en ella que le impedía ser feliz. Nunca conciliaría sus mundos, el del amor y el odio, el de la felicidad y la tristeza.

Las llamadas de socorro enviadas por ambos transatlánticos fueron respondidas de inmediato por otras naves, y afortunadamente algunas se encontraban en las cercanías. Paul subía a bordo del *Private William H.*

Thomas, un barco de tropas de la marina norteamericana. Colaboraban el Cape Ann y el Île de France. La cercanía a la costa permitió evacuar el *Andrea Doria* sin demasiados incidentes.

Tenía frío. Pietro había colocado una manta sobre sus hombros sin que ella se percatase. Pensaba en Paul, «¿dónde estaría?»; y miró el mar. Y a pesar del miedo deseó convertirse en agua, como el dios del océano Alfeo hizo para mezclarse con las aguas de la ninfa Aretusa, en aquella hermosa leyenda que un día Marcial le contó y que ella había escrito en su viejo diario. Y buscarle, y rescatarle.

Amanecía en el cielo de Nueva York el 26 de julio de 1956.

V

Leo era propietario de una elegante mansión al más puro estilo Vanderbilt en Manhattan, situada entre la Quinta y Madison. La había adquirido en una de sus frecuentes visitas a Nueva York, y al contraer matrimonio con Sara, supuso que sería el lugar idóneo para establecerse y formar una familia.

Había abierto la puerta de la vivienda con ella en brazos: una casa espectacular que Sara percibía como una prisión envuelta en papel de regalo, y mientras Leo Di Benedetto ponía en marcha su plan, Sara se sentía la más desgraciada de todas las mujeres.

—Dios mío, Sara, deja ese periódico —le decía Marcial desde la terraza.

Cada día repasaba la lista de pasajeros desaparecidos en el naufragio, y el nombre de Paul no figuraba entre ellos. Suspiraba y cogía el ejemplar del día anterior.

—Paul está vivo, lo presiento —pronunció mirando a través de la ventana.

—Bueno, supongo que ya te buscará, no te preocupes. Y respecto a todos esos recuerdos, si se han hundido con el barco, mejor ellos que nosotros. Ahora hazme caso y salgamos a tomar el aire, podríamos distraernos buscando tejidos, por ejemplo. Deberíamos decorar la casa, darle un toque de *glamour*, ¿no crees? ¡Es todo tan serio!, ¡fíjate en el estampado de esta colcha!, ¡me duelen los ojos solo con mirarlo!

—No sé cómo piensas en eso ahora después de lo que hemos vivido.

—Algo he de hacer para distraerte, ¿no? Además, si voy a vivir aquí, necesito poner colorido en mi vida, más... acorde con mi personalidad.

Las horas junto a Marcial eran gratas y llenas de encanto, con sorpresas, pero esa mañana se enfrentaba a una nueva prueba: fingir acerca de su supuesta esterilidad. Un reto imposible si tenía en cuenta que se trataba de ciencia.

Tenía cita en el Presbiteriano, un hospital en cuyo edificio se ubicaba el Sloane, centro pionero en avances ginecológicos y en el que Leo había depositado todas sus esperanzas.

Pietro condujo hasta la 168 con Broadway, mientras ella, sentada junto a Leo en el asiento trasero, trataba de disimular su preocupación mirando a través de la ventana. Era consciente de que había ido demasiado lejos, y Marcial tenía razón cuando le insistía en que no podría pasar la vida inventando historias.

Cuando Pietro detuvo el automóvil, se apeó, y al elevar la vista al frente se encontró con un impresionante rascacielos, un edificio formado por inmensos macizos de bloques pardos que la hizo sentirse frágil: no había marcha atrás. Debería someterse a pruebas que acabarían con un diagnóstico que ya conocía.

El doctor Smith era un prestigioso ginecólogo especializado en tratamientos de fertilidad, y mientras aguardaba a ser atendida, observaba a las enfermeras que en silencio recorrían salas y pasillos inmersas en su trabajo. Recordó a Julia: su mejor amiga también era enfermera y la echaba muchísimo de menos.

—Te atenderán solo a ti, *bellisima* Sara, un favor *speciale* que el doctor nos hace. He realizado una importante *donazione* para investigación y el dinero lo mueve *tutto*; ahora te has convertido en su paciente prioritaria.

A Sara no le gustaban ese tipo de privilegios a cambio de favores, pero Leo era incapaz de actuar de otro modo y disfrutaba poniendo precio a todo.

Como cabía esperar, en una primera exploración no se hallaron indicios que hiciesen sospechar algún tipo de anomalía, por ello el doctor no era partidario de someterla por el momento a más pruebas; suponía que el trastorno podía deberse a causas de tipo emocional y sugirió dar tiempo a su organismo para recuperarse antes de prescribir un tratamiento.

—El deseo de ser padres puede causar ansiedad, motivo suficiente para

que no se produzca el embarazo. Le aconsejó que se relaje, y más aún tras la experiencia traumática que han vivido; aguardaremos —concluyó el doctor, y Leo, contrariado, supuso que lo único que podía hacer era esperar.

El olor a beicon y a café recién hecho le había despertado, o tal vez la intensa claridad con la que el sol iluminaba la habitación. En nada se parecía a la luz tenue y azul de la noche, en la que sueños, frustraciones y esperanzas se habían mezclado sin sentido. Había pasado horas asomado a la ventana, haciéndose preguntas sin respuestas, pero al final acababa pensando en ella.

Con los ojos entrecerrados miró el reloj: eran las siete en punto. Su padre, como siempre, cronométrico, incluso en sus días libres. Nadie había logrado que olvidase aquel estricto horario, ni siquiera su madre, Madeleine, que, lejos de alterar sus costumbres, las seguía.

Richard Slater trabajaba como decano en West Point y era miembro del cuerpo docente, aunque a lo largo de su vida había desempeñado diversos cargos como general del Ejército a lo largo del país. Pero en un momento de sus vidas, Madeleine decidió parar. Necesitaba echar raíces en algún lugar del mundo, y Highland Falls era el lugar idóneo para criar a sus hijos. Un día se despertó, y mirando al techo le dijo a su esposo que necesitaba dejar de recorrer el mundo para siempre.

Desde que Paul regresó de su caótico viaje, Madeleine procuraba no mencionar nada referente al *Andrea Doria*, a pesar de ser noticia en todos los medios de comunicación. No lo hacía solo por su hijo, a quien adoraba, sino porque tenía la sensación de que su esposo la culpaba. Richard le había insistido en que Paul debería haber asistido a los cursos de verano de entrenamiento avanzado, que además eran asignaturas obligatorias. Sin embargo, tras el accidente mortal que sufrió Michael, compañero de Paul, Madeleine le rogó que estudiase con el claustro la posibilidad de concederle un permiso especial.

Ella opinaba que el accidente de aquel joven había afectado a su hijo más de lo que su marido suponía. Todo había sucedido tras las pruebas físicas, las

que los chicos llamaban *los peores tres minutos del año*; las superaron, pero algunos días después, durante las prácticas aéreas, el paracaídas de Michael falló. Paul nunca olvidaría la imagen de aquel chico pelirrojo y paliducho que le hizo una señal de aprobación con el dedo pulgar antes de lanzarse al vacío.

Paul se marchó porque necesitaba olvidar, aclarar sus ideas y, sobre todo, poner tierra de por medio. Hacía tiempo que su padre se había convertido en su sombra, y él amaba la sensación de libertad. Ahora Sara se había cruzado en su camino, y su vida de academia; una perfecta organización de normas, horarios y obligaciones comenzaba a tambalearse.

Tumbado sobre la cama pensaba en su futuro. No era cómodo ir contracorriente. Su padre pretendía que encaminase su carrera para acabar formando parte del Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos, y a él no le seducía la idea en absoluto.

En muchas ocasiones se había preguntado por qué había elegido aquel camino, y la única respuesta que encajaba se reducía a «tradicción familiar».

Quería servir a su país, pero de otro modo. Aunque tenía muy claro que necesitaba mantener su puesto en West Point, estar entre los primeros de su promoción, pues solo de ese modo accedería directamente a la facultad de Medicina.

Ese día había quedado con su amigo y compañero Bob. Su padre, Ben Johnson, era el afroamericano más respetado de Highland Falls. Poseía un próspero comercio en el centro de la ciudad, pero su verdadera vocación había sido siempre la medicina; jamás pudo costearse la carrera, y de niño pasaba horas junto al médico de su pueblo natal. Junto a él había aprendido lo que un médico de familia necesitaba saber, y aunque no podía ejercer, los vecinos le consultaban todo tipo de dolencias. Jamás se había equivocado en un diagnóstico, virtud que le pesó el día que tuvo la certeza de que su esposa padecía una afección cardíaca irreversible, que acabó con su vida poco tiempo después.

Paul y Bob le acompañaban en sus visitas, desde niños, y poco a poco comenzaron a compartir esa vocación. Para el coronel Slater, en cambio, solo se trataba de «un capricho absurdo y una vocación altruista», además de incomodarle que se relacionase con el sector de la ciudad en el que se

concentraba mayor porcentaje de población negra.

La insistencia con la que su hermana Amy llamaba a la puerta del dormitorio de Paul sacó a este de sus cavilaciones; la adoraba, pero en ese momento no le apetecía hablar con nadie.

Dudaba acerca de cómo actuar respecto a Sara. Algunos contactos en el Registro Civil de Nueva York le habían facilitado su dirección, y aunque el primer deseo había sido ir a buscarla, tuvo claro que hacerlo la pondría en una situación comprometida. Llevaba casi dos semanas tratando de abordar la situación, y el tiempo jugaba en su contra, pues en breve se incorporaría a la Academia.

Tampoco podía quedarse de brazos cruzados y dejar pasar la oportunidad de volver a verla. Necesitaba saber qué sentía Sara. Simplemente se trataba de eso, si ella decidía no volver a verle, debería aceptarlo.

Amy aún aguardaba junto a la puerta cuando su madre se acercó.

—¿Ya te has levantado? Deja a tu hermano, necesita descansar; en ocasiones pareces una cría.

Paul entonces las oyó alejarse.

Vivían en una confortable casa junto al río Hudson, rodeada de hermosos parajes rurales donde se respiraba paz.

—Mamá, no soy una cría: ya tengo dieciocho años. —Su madre, despreocupada, acababa de pedirle que sujetara la cesta de accesorios de jardín, y Amy la siguió sin dejar de hablar—. Se trata solo de eso: quiero celebrar este año su cumpleaños de una manera especial.

—Te comprendo, cariño: lo hemos pasado muy mal, pero lo único que importa ahora es que tu hermano está bien; no te preocupes por nada más. Y ahora, ayúdame con esta enredadera, si la dejamos crecer acabará cubriendo todas las ventanas —añadió cambiando de conversación.

«¿Qué contendrá esa caja?», pensó Paul cuando al abrir el armario la vio oculta entre su ropa. «La caja de los secretos», susurró recordando las palabras de Marcial. La cogió entre sus manos y se sentó, después la colocó

con cuidado sobre el pupitre y la miró unos instantes. Observó la tapadera, tenía tallados relieves de flores y mariposas. Sonrió mientras recorría con el dedo índice los surcos; imaginaba a Sara igual que a una niña asustada y al mismo tiempo descarada, una combinación extraña pero cautivadora. Y sin saber por qué se estremeció.

No conseguía apartarla de la cabeza, y cuando cerraba los ojos veía los suyos frente a él, los labios, el cuerpo: era única, y le atraía ese halo de misterio que la envolvía constantemente.

Se reclinó sobre el respaldo de la silla, cruzó los brazos y volvió a hacerse las mismas preguntas de todos los días. Eran sensaciones enfrentadas: deseaba verla, rescatarla del mundo que la hacía desgraciada; otras veces, en cambio, dudaba. Quizás ella lo había utilizado como válvula de escape; aunque, de ser así, tampoco la juzgaría. Solo estaba seguro de una cosa: no podría continuar con su vida sin asegurarse antes de que ella estaba bien.

Se reclinó sobre la caja, cerró los ojos y respiró profundamente sobre la tapadera: olía como a perfume de rosas. Sin abrirlos recordó lo que le había dicho la noche que estuvieron juntos, «mermelada de pétalos de rosas». «¿Yo huelo a eso?», se preguntó frunciendo el ceño, y después sonrió; tal vez eran esos detalles disparatados y sin sentido los que la hacían tan especial. Después devolvió la caja al armario con la sonrisa todavía dibujada en la cara.

—Paul, abre la puerta, sé que estás despierto, haces ruido.

—Ya voy. Qué pesada eres, hermanita. —Abrió haciendo una reverencia.

—No seas bobo. Quiero que me ayudes a organizar tu fiesta de cumpleaños y necesito que me acompañes a hacer algunas compras; deseaba darte una sorpresa, pero no sé guardar secretos, ya me conoces. ¿Sabes que vendrá Sandy? Se muere por ti.

—¿Quién, aquella de las coletas y los dientes grandes? —bromeó.

—Ya nunca se peina de ese modo y sus dientes no se ven tan grandes como dices; ¿cuándo te vas a enterar de que crecemos y cambiamos?: ¡ya no somos unas crías!

—¡Oh! —mostró fingida sorpresa.

—No te rías; antes te gustaba, y ella pregunta por ti sin cesar.

Paul sonrió y le revolvió el cabello como hacía cuando eran niños. Bajó a la cocina, se tomó un zumo de naranja, cogió las llaves del coche y salió seguido de su hermana.

—¿Qué te ocurre, Paul? Te veo distraído: es como si no estuvieses aquí.

—Bobadas, Amy. Pensaba en que he quedado con Bob: su padre nos ha pedido que le echemos una mano con el tejado del salón social y le gustaría dejarlo acabado antes de que regresemos a la Academia.

—¿Papá sabe que ahora hacéis trabajos de carpintería? ¡Lo que os faltaba!

—No se te ocurra contarlo. Ya sabes cómo es el padre de Bob: se ofrece para ayudar, y cuando no puede hacer las cosas él solito, nos pide que le echemos una mano; y mientras, el infatigable de papá no deja de pronunciar su frase favorita: «Las prácticas no deben abandonarse bajo ningún concepto» —trató de imitarle, y Amy sonrió—. Nos exige demasiado —añadió tras arrancar el vehículo.

—Quizás, pero ¿te sientes obligado, Paul?

—Sí, Amy. Es pesado oírle hablar sobre ese futuro que planea para mí, y sus frases de chiflado, aunque no le haga caso, agotan.

—Te comprendo, y deberías dejárselo claro; a mí también me dice eso de «la excelencia se busca, se consigue y se potencia» —rieron.

—La vida militar es la que hemos conocido, pero la experiencia del año pasado en Asunción fue algo diferente, es a lo que quiero dedicarme.

—¿Por qué no hablas con él?

—¿Crees que me escucharía? No —se respondió.

—Tienes razón. Desde que Jimmy abandonó, no deja de referirse a él como a una nenaza; ¿acaso ser piloto civil no es lo bastante bueno para él?

—No te preocupes, acabará por aceptarlo, y si no es así, debe darnos igual.

Richard continuaba enfadado con el mayor de sus hijos, James. Había participado en incursiones de bombardeos aéreos durante la guerra de Corea, y anímicamente le había afectado de tal modo que meses después abandonaba. Desde entonces, el matrimonio Slater discutía con frecuencia.

Madeleine era hija de militar fallecido durante la Segunda Guerra

Mundial, y se había cansado de la profesión de los hombres a los que amaba: «épocas de horror —decía— que quiero olvidar en momentos de paz». No discutió con su marido cuando eligió para sus hijos una formación militar, pero le dejó claro que les apoyaría si en algún momento de sus vidas decidían abandonar. Y ahora le preocupaba Paul.

—No lo sé, mamá, quizás deberías preguntarle a él. Aunque es mayor y sabrá lo que quiere, ¿no crees? —contestaba Amy cada vez que su madre la interrogaba acerca de su hermano.

—Claro, pero es que ha regresado diferente..., ¿no lo has notado?

—Démosle tiempo, mamá. Estoy segura de que se le pasará.

VI

En Manhattan, Sara había dejado ya de buscar en los periódicos el nombre de Paul: no podía obsesionarse o acabaría mal. Aunque Marcial deseaba encontrarlo y sorprenderla. Recorría con el dedo índice y la mirada fija la larga lista de pasajeros mientras Sara, abrazada a la almohada, le miraba nerviosa.

—Mira, Slater, Paul Slater, aquí. ¡Está vivo!, ¡vivo!, ¿me oyes?

—¡Dios mío, Marcial!, lo sabía, lo presentía...

—¿Qué ocurre? *Questo è quello tumulto?* —preguntó Leo extrañado subiendo las escaleras desde la planta baja.

—¡Se trata de mi amigo!, que ¡está vivo! ¿No es maravilloso, Leo? —gritó Marcial.

—De acuerdo, me parece bien, pero no alteres a Sara, que necesita tranquilidad. Dentro de media hora quiero que estés arreglada: almorzaremos en el MoMA. Voy a retomar algunas *questioni di arte* —le ordenó a Sara desde la puerta, y ella trató de ocultar su agitación.

—Eso es estupendo, Leo, pero... ¿es necesario que yo acuda?

—Te espero en veinte minutos: es importante para mí; eres mi mujer y nos mostraremos en público juntos. —Salió a la terraza y encendió un cigarrillo.

—No lo soporto, siempre tan autoritario contigo. ¿Te has fijado que casi ni me mira?: me odia. Por supuesto no más que yo a él —aclaró Marcial.

—Soy feliz de que esté vivo. —Sara abrazó a su amigo y confidente—. Necesito volver a verle, aunque solo sea una vez. Ahora he de arreglarme; no

quiero que Leo se enfade: se pone insoportable y le odio más.

—Verás. —Marcial la seguía por la habitación—. Para que no pierdas tiempo, te comentaré algo que llevo pensado desde hace unos días mientras te ayudo a vestirte. He meditado y no voy a vivir entre estas cuatro paredes sin hacer nada, por muy hermosas que puedan llegar a quedar. Por cierto, ¿te gusta este estilo...? ¿Luis XVI?

—Marcial, eso no importa ahora... —repuso con una amplia sonrisa.

—¡Déjame hablar, prometo no divagar! No quiero decir que vaya a marcharme de tu lado, por supuesto que no, no voy a darle ese gusto a Leo, es solo que anoche pensaba... que, ¡deberíamos abrir nuestro propio negocio!
—Dio una palmada.

Sara le miró perpleja.

—¡Pero no necesitamos trabajar!

—¡Niña!, eso te dará libertad para estar fuera de casa, ¿no entiendes?, debes dedicarte a algo, salir de aquí, ¡respiraaaar! Y tengo en mente un proyecto.

—¿Qué? —Sara le escuchaba sin poderse centrar, estaba feliz: ahora tenía la certeza de que Paul estaba bien.

—En... belleza, estilismo, algo así, todavía no lo tengo claro. He estudiado un poco sobre ello. Sin nombrar la cantidad de cosas que aprendí junto a Florence, ¡soy una cajita de sorpresas! Sería algo así como una propuesta diferente, otro enfoque a lo que hay en la actualidad. Habrá que meditarlo, por supuesto, pero iría destinado a la nueva mujer urbana; ¿qué te parece?

Sara estaba de acuerdo: la mantendría ocupada y lejos de Leo; él era ambicioso y no se opondría a que invirtiese en nuevos proyectos.

—¿Sabes? ¡Eres genial! Esta casa está comenzando a parecerse a la que teníamos en Palermo: no me gusta, llena de gente que entra y sale, reuniones clandestinas... Cuchicheos a nuestras espaldas...

—Vamos, apresúrate, tiempo habrá de pensar en ello. —Marcial le abrochó la cremallera del vestido.

—Recuérdame que llame al convento de Salamanca; Julia habrá informado a las hermanas de que estamos vivos, pero ya sabes, tengo que

enviarles dinero. Al fin, un colegio y un hogar para esos niños... Leo sabe que estoy muy implicada en ese tipo de proyectos, y tal vez pueda convertirse en el motivo para visitar España.

—Todo saldrá bien, ya verás. Ahora llevaré a Molly a Central Park a pasear.

Sara subió al vehículo sin mirar a Pietro, tenía la peculiaridad de ponerla nerviosa. Había elegido un elegante rostrillo en color *beige*, le gustaba el pequeño velo calado que ocultaba sus ojos y le hacía sentirse segura.

—Leo, ¿te importaría explicarme de qué se trata esta inesperada cita?

—¿Conoces la historia de la familia Rockefeller?

—Sí, aportaron obras muy notables al museo; pero ¿me estás examinando...?

—Estás *molto irascibile* últimamente, y debes calmarte: ya escuchaste al doctor.

—Perdona —tuvo que morderse el labio para controlarse y parecer sumisa.

Pietro la observaba a través del retrovisor; acostumbraba a hacerlo con frecuencia, y aunque ella trataba de ignorarle, la intimidaba.

—Es sencillo: deseo contribuir aportando alguna obra *d'arte*. Sabes que es un mundo que me apasiona y que aporta *rispettabilità*.

Sara sospechaba que detrás de toda aquella «respetabilidad» había algo más. En cualquier caso, no le interesaban sus asuntos.

Pietro detuvo el vehículo frente al MoMA, en pleno centro de Manhattan, y Sara observó que la seguía con la mirada. El museo contaba con un elegante y sofisticado restaurante en el que se habían dado cita una veintena de rostros desconocidos para ella, a excepción de los Parker. Y tras un almuerzo aburrido, en el que las conversaciones habían sido desviadas intencionadamente por Leo a cuestiones políticas, decidió disfrutar a solas de las obras expuestas.

No pudo evitar pensar en Florence en el instante en que se detuvo frente a *La noche estrellada*, de Van Gogh. Conocía bien esa pintura, tenebrosa y oscura. La primera vez que la vio le recordó a Ernesto. Había acudido a su memoria la inexistente historia de amor con él y le había explicado a Florence

lo que había sentido al verla. Las palabras de su amiga acudieron a su memoria como un susurro: «Van Gogh realizó esta pintura de día; sin embargo, trató de reflejar en ella la visión nocturna que cada noche contemplaba desde la ventana del sanatorio. ¿No es triste, querida? Allí vivió sus últimos días. ¡Fíjate, Sara!, ¿son esas ondas que marcan el cielo las que han llamado tu atención? Tal vez. Realizó esta pintura meses antes de suicidarse, algo que jamás me pasaría por la cabeza. ¡La vida es para vivirla! No olvides eso nunca, Sara».

Florence siempre tenía razón. «¿Qué podía llevar a un hombre al suicidio?: ¿solo la locura?» Pensar en Ernesto le produjo desasosiego, aunque había decidido respetar su memoria sin cuestionarse nada; y se alejó tratando de ahuyentar los fantasmas del pasado.

Había otra pintura que también le traía recuerdos, pero esta vez eran placenteros, agradables, únicos, como lo era Florence. Se trataba de una obra de Picasso, *Las señoritas de Avignon*. Florence les había contado algo sobre aquella pintura que les hizo sonreír, en especial a Marcial, aunque ella jamás había oído nada semejante. Sus padres siempre fueron muy reservados a la hora de tratar ciertas cuestiones que ellos consideraban ordinarias o de mal gusto. Sara sonrió y volvió a reproducir en su mente las palabras de su amiga:

«—Mi querida Sara, en cuanto a esta pintura, deberías saber que Picasso cambió su idea inicial; existen dos bocetos, en el primero, aparecen además de las cinco figuras femeninas, dos masculinas, lo que sugiere, y ante las posiciones de las mujeres... —sonrió—, que se trataba de la escena de un burdel. En cambio en el segundo boceto, más parecido al cuadro final, los hombres desaparecen y las posturas de las señoritas... cambian un poco.

»—No entiendo bien —le había dicho ella.

»—Lo comprenderás mejor si tienes en cuenta que d'Avinyó era el nombre original, y se refería a una calle de Barcelona donde siempre existieron burdeles, o prostíbulos, como prefieras. Decidió cambiarlo por el nombre en francés debido a su parecida pronunciación y a que socialmente sonaba mejor. En cualquier caso, esta obra representa a un quinteto de mujeres que miran sin disimular a un espectador sorprendido. ¿No te resulta simpático? A mí sí: me gusta que las mujeres nos mostremos desafiantes,

atrevidas, nada de dejarnos intimidar por los hombres. Otro día os contaré cuándo y dónde vi por primera vez ese cuadro.

»—¿Dónde? —le había preguntado Marcial tan curioso como siempre.

»—En el Bateau Lavoir —respondió con cierta nostalgia—. Fui vecina de Pablo, pero entonces era una niña muy pequeña —había sido su respuesta. Y Sara recordó que nunca más hablaron sobre ello, y sintió un increíble deseo de conocer más acerca de ella.

Pietro se acercó interrumpiendo sus pensamientos, y le pidió que la acompañase; la había sacado de su particular mundo de ensueño de un solo golpe. Leo le había pedido que la llevase a casa, y como siempre, ella debía obedecer sus órdenes, aunque era lo mejor que podía sucederle. Al salir del museo le vio en el bar junto a una mujer. «Una nueva conquista», pensó, y sonrió.

Marcial aguardaba impaciente: había conseguido los datos de Paul y necesitaba comunicárselo de inmediato. Ella no podía creer que fuese cierto.

—Por supuesto que no me equivoco. Verás: hace un rato hojeaba un ejemplar de *The New York Times* y lo vi claro. Llamé al periódico, les insistí en que necesitaba visitar al señor Paul Slater y que había perdido su dirección. Me contestaron que no facilitaban datos personales; entonces me hice la loca, lloré y lloré, y les expliqué que era un viejo amigo de la familia, y... ¡vive al norte de Nueva York, cerca de West Point; debimos suponerlo: se trata de la academia militar más antigua del país.

Sara no sabía qué decir: ahora que lo tenía al alcance de su mano, dudaba.

—Sí, lo sé, soy genial, pero aunque no pretendo deprimirte, debes pensar antes de actuar; ese chico está soltero y puede enamorarse de ti, si es que no lo está..., y entonces ¿qué?, ¿estaría dispuesto a convertirse en tu amante?; no creo, Sara: opino que no es de ese tipo de hombres.

Sara se derrumbó apesadumbrada sobre la cama.

—Lo siento, pequeña, pero no puedes presentarte en su vida y decir: «Aquí estoy, soy una mujer irremediabilmente casada y nos veremos en

ocasiones, porque si el mafioso de mi marido nos descubre..., ¡acabaremos *morti, terminati, finiti!*». Tarde o temprano deberemos hacer las cosas bien y acudiremos a la policía.

—¿Recuerdas que está Elisa? En ocasiones parece que lo olvidas. —Sara guardó silencio. Marcial tenía razón en algo: debía olvidarle.

Aquella noche, Leo llegó a casa tarde, mientras ella, echada sobre la cama, escribía cartas que algún día su pequeña leería, y comprendería su vida, sus errores. «Necesito olvidar, que se alejen de una vez por todas estos sentimientos que me torturan, que vea una salida para continuar luchando por lo que amo y que no llegue la noche sin que no haya sonreído. Paul, Elisa, los siento perdidos en un laberinto en el que reina la oscuridad...»

VII

Leo se acercó y la rodeó entre sus brazos. Ella no le esperaba y, de inmediato, hizo una bola con el papel ocultándolo bajo su cuerpo.

—¿Qué hacías, qué escribías?

—Nada, hacía cuentas, para ese proyecto en España del que te hablé... — Leo la besaba en el cuello, y ella trataba de apartarle—. Esta tarde me hiciste desaparecer: te vi con una mujer...

—Era una marchante de arte, demasiado estirada —susurró.

Leo recordaba el día que se casaron en la iglesia de la Martorana. Cuando se juraron amor, intercambiaron los anillos y realizaron la imposición de coronas, se sentía satisfecho contemplando su hermosura. Y deslizó el dedo sobre la alianza.

—No debes olvidar esto, significa mucho para mí, eres mi mujer y no puedes rechazarme; pero siento que no eres la misma, cuando pienso en nuestro viaje de bodas, no puedo evitar recordar el ardor de tu mirada, eras tan *vivace*...

—Leo, por favor..., creo que no es el momento —trataba de persuadirle mientras dejaba caer la bola de papel bajo la cama.

—Bobadas, yo estoy *innamorato*, te he *mostrato* que te quiero. Los niños vendrán, no te lo recordaré a cada momento; te lo prometo, estoy seguro de que seremos felices juntos, para siempre.

Las palabras de Leo la asfixiaban, pero él estaba excitado y la desnudaba. Su aroma le repugnaba. Leo le apretaba los pechos, rozando con los dedos los pezones. Se había convertido en una prostituta que cedía a los caprichos de

quien le pagaba; la diferencia era que no lo hacía por dinero, sino a cambio de mantenerle alejado de quienes amaba.

Las manos, aunque cálidas, las sintió frías, y se deslizaban sobre ella como un reptil hasta devorar a su presa. Se estremeció aterrada.

—¿Qué te ocurre?, antes no te mostrabas distante, te gustaba, pero ahora...

La obligó a mirarle a los ojos; eran negros, profundos y desafiantes.

—*¿Ti ricordi* cómo es un hombre de verdad? A Leo Di Benedetto ninguna *donna* lo rechaza, *e meno la mia* mujer; percibo tu desdén, pero eso me excita —añadió desabrochándose el cinturón.

Sara respiró profundamente y cerró los ojos. Tenía que pensar, tenía que actuar como las mujeres del cuadro; la estaba intimidando y no reaccionaba. Buscaba respuestas. «¿Qué harían las prostitutas para complacer a sus clientes?, ¿cómo disimular la repugnancia que muchos les provocarían?» Necesitaba entrar en un mundo alternativo, uno que se convirtiese en una fantasía liberadora.

Sintió una fuerte sacudida, le había arrancado el sujetador y le lamía los pechos, mientras ella continuaba pensando.

—Me pones caliente, Sara —decía envolviéndole el cuerpo con caricias.

Le recorría el vientre con la lengua, observándola, mientras ella pensaba en el cuadro *Las señoritas de Avignon*; tenía que centrarse.

La obligó a separar las piernas, buscando el sexo bajo las bragas.

—Mírame, Sara, mira mi erección. —Sostenía el pene con la mano como si se tratase de un trofeo, y después le introdujo dos dedos en la vagina sin dejar de observarla—. Estás húmeda, tu sexo desmiente tus reacciones esquivas —sonreía excitado mientras le acariciaba el cabello suelto en ondas que le caían sobre los ojos.

—Me duele, Leo, por favor.

—Si te duelen mis dedos probaré con la lengua: es suave y recuerdo muy bien cómo te gustaba. Me lo pedías cada vez que hacíamos el amor. —Sara no lograba evadirse y Leo la inmovilizaba—. Pídemelo, pídemelo —repetía una y otra vez.

Agitado, se incorporó y de una fuerte embestida la penetró. Sara volvió a

cerrar los ojos de dolor y deseó imaginar que era Paul.

«Por favor, Sara, por favor, olvida quién eres, olvida quién es él», se repetía. Dejó la mente en blanco, alejándose del escenario de su vida, dejando aparcados sus sentimientos, buscando en la oscuridad de su realidad una salida. Debía convertirse en una de las mujeres de la pintura que desafiaba a los hombres desde un lienzo; aunque fuese él quien imponía las reglas del juego, aprendería a utilizarle. Al cabo de unos minutos el dolor fue desapareciendo. Extendió las manos con timidez sobre la espalda de Leo y las deslizó hasta tocarle las nalgas. Oírle gemir le repugnaba, y decidió fantasear, fingir, evadirse; y trató de acompañarle en su juego sexual.

Leo no la reconocía; comenzaba a excitarse por primera vez en mucho tiempo. Las caricias de Sara le resultaban envolventes y recordaba cuando lo hicieron por primera vez. Leo se agitó como un animal en celo hasta que al alcanzar el clímax cayó desplomado sobre ella. El olor a sexo la devolvió al mundo real; no había disfrutado, en absoluto, pero al menos lo había soportado.

—Nena, ha sido fabuloso —pronunció agotado.

«Tal vez Leo no sea el único culpable en esta historia», pensó recogiendo la hoja arrugada del suelo; tenía que destruirla. Mientras llenaba la bañera, hizo añicos el papel y lo tiró al inodoro. Con la mirada congelada observaba los pequeños trozos de papel que daban vueltas bajo el torrente de agua antes de desaparecer. Se sumergió en la bañera; el agua le cubría el cuerpo y cerró los ojos: pensaba en Paul; apenas le conocía, pero sentía que había formado parte de su vida desde siempre.

A la mañana siguiente se reunió con Marcial: buscar el local adecuado para su negocio en común se había convertido en la excusa perfecta para pasar horas fuera de casa. Leo parecía satisfecho, y Sara supuso que había

merecido la pena.

—En serio, ¿no prefieres que sea yo quien busque el lugar *perfetto*?; tengo muchos contactos, y dinero. ¿Podrás hacer frente a los gastos?

—Cariño —fingió una sonrisa—, quiero responsabilizarme, y también es asunto de Marcial: vamos a medias. ¡Te sorprenderé!

—Bien, como prefieras. —La besó cariñoso—. Veo que *mia piccola donna* está dispuesta a convertirse en empresaria. —Le pellizó la nalga con fuerza—. Ya sabes, cuando veo tu hermoso culito redondo, me pongo *rabbioso*. De acuerdo, eso es cosa tuya y de ese... marica amigo tuyo.

—Leo, por favor, tiene un nombre.

—Bien, pero regresa en cuanto acabes.

Paul abría el pesado cerrojo de la caballeriza recordando su conversación con Bob la tarde anterior. Subidos al tejado y herramientas en mano, le había contado su historia con Sara: era su amigo y no tenían secretos. Bob, cuando acabó de escuchar su relato, se había limitado a decir: «estás jodido, tío».

—Vamos, no creerás que voy a tomármelo en serio; no voy a negar que me gusta, pero lo he pensado y es algo imposible.

—No te creo, Paul; te conozco, y esa mujer tiene algo que te ha calado.

—No exageres. Solo quiero entregarle algo que le pertenece; después nos diremos adiós y cada uno seguiremos nuestro camino. No puedo hacer más.

Empujó la puerta y allí estaba Rain. Su caballo era un ejemplar único: blanco, moteado en gris y de cuello largo, una característica que le otorgaba cierto aire elegante y evanescente al mismo tiempo. Mientras le cepillaba, Amy se acercó despacio.

—¿Puedo saber quién es Sara? —preguntó pillándole desprevenido.

Paul levantó la mirada sorprendido.

—¡Vaya!, ¡no das tiempo a reaccionar!

—No soy curiosa, es que te oí pronunciar ese nombre por teléfono el día que llegaste a casa. —Amy acariciaba al caballo haciéndose la distraída.

—Una chica a la que conocí en el *Doria*. Trataba de interesarme por ella.

—¿Solo eso? —preguntó enarcando una ceja, y renunció a insistir; le dedicó una bonita sonrisa y le dejó a solas con sus pensamientos.

Le gustaba cabalgar. No se detuvo hasta que al cabo de una media hora se encontró frente al puente de Bear Mountain. Adoraba aquellas tierras desde niño. La última vez que había estado allí fue en compañía de Bob y Michael.

Admiró el paisaje, el colorido tan peculiar que mostraban los árboles, desde los naranjas a los amarillos, pasando por un sinfín de tonalidades ocres. Era su lugar especial, donde conseguía olvidarse de todo. Respiró profundamente la brisa cálida; los rayos del sol dibujaban hermosos reflejos sobre el río en el que aprendió a nadar. Se descubrió pensando en ella: le habría gustado compartir con Sara ese momento mágico, sentirse libres, igual que la noche en la que lanzaron piedras al mar. Y malhumorado, regresó a casa.

—Tonterías, Madeleine. No puede pasar el verano holgazaneando —decía Richard Slater cuando Paul entró en casa.

—¿Hay que trabajar y estudiar sin descanso, papá? Nos exiges demasiado —concluyó Amy antes de salir del salón y tropezar con Paul en el vestíbulo. Le hizo una señal para que guardase silencio y ambos subieron la escalera.

Madeleine sabía que Richard no cambiaría, y no soportaba esa desmesurada disciplina que acabaría con su familia.

—Debe someterse a un duro entrenamiento, recuperar el tiempo perdido: nada de venir a casa los fines de semana; ni me lo pidas, Madeleine. Paul es un Slater y deberá comportarse como tal. Ahora salgamos fuera, que hay cosas que preparar.

El primero en llegar había sido Bob; tomaban una cerveza en el porche cuando Sandy les interrumpió. Mostraba un aspecto diferente al que Paul recordaba, con un vestido ajustado y exceso de maquillaje.

—Felicidades, Paul. Hola, Bob —les saludó con esa risita tonta que tanto irritaba a Paul y que acababa de recordar—. Te he traído un regalo: es un marco. Puedes poner alguna foto, ya sabes, de alguien a quien te gustaría ver todos los días...

—Tal vez ponga la foto de mi caballo —bromeó Paul, y la chica se sintió

ofendida. Sandy, perpleja, hizo una mueca con la boca y entró en la casa.

—¡Qué bestia eres! Esa chica está colada por ti —repuso Bob.

—Pues no me interesa, en absoluto, y no soporto tanta cursilería.

—Lo sé, amigo. Dicen que hace unos meses salió con un chico y que después él la dejó. Se rumorea que es una chica fácil.

—Igualmente no me interesa, Bob, y no cotillees: no te va.

—Aun así ten cuidado: es de ese tipo de mujeres que cuando se empeñan en conquistar a alguien utilizan todas sus armas, te enredan y no las ves venir.

En Manhattan, Sara acababa de subir al nuevo coche de Marcial, un Cadillac color amarillo de la serie 62 convertible. Estaba decidida a buscarle, volver a verle, aunque su mente le dijese que no era una buena idea.

—Marcial, ¿estás seguro de que encontrarás el camino?

—Claro, tengo mapas. Esos papelitos que tú no sabes nunca cómo doblar ni utilizar y que dejas arrugados en el asiento trasero. ¡Tranquilízate! ¿Acaso no recuerdas que era vuestro chófer? —Marcial se puso las gafas de sol, unas Ray Ban Wayfarer negras, y arrancó el vehículo.

Cruzaron el puente Washington y continuaron en dirección norte por Parkway Palisades. Al cabo de veinte minutos, Sara se había arrepentido.

—Sinceramente, Sara, vas a volverme loco, pero creo que hacemos bien en regresar a casa, porque no sé qué pensabas decirle presentándote allí, de repente. Acabaré como mi abuela Pepa, llevando una botella de agua de azahar a todas partes.

—No sé en qué diablos pensaba, no tengo derecho a inmiscuirme en su vida; pasó y ya está. Debo olvidarme de todo; tal vez él ya lo haya hecho. No voy a forzar el destino.

—¿Son sinceras tus palabras, Sara? Verás, ese razonamiento me recuerda a Florence. Ella vivía cada momento, cada instante de la vida sin pensar. Por eso era feliz. ¿Crees que tuvo todo cuanto quiso? No, yo conocí sus momentos de gloria, que fueron muchos, por cierto; pero también hubo sufrimiento, en especial durante la guerra. Cuando todo acabó, dijo ¡basta!, y

a partir de aquel momento creo que no volvió a llorar, jamás. Lo puso en práctica y lo consiguió, hasta el final; pero ¿y tú?

—Lo intentaré. Creo que hay un momento en nuestras vidas en el que debemos decir eso: hasta aquí.

VIII

Una llamada de teléfono le obligaba a presentarse en la Academia. No podía dejar pasar las pruebas de agosto, ya que suponían una buena puntuación a sus notas. Malhumorado, recogió sus cosas y guardó en el viejo arcón la caja de los secretos de Sara, oculta entre libros y discos. «La excelencia se busca, se consigue, se potencia», le había dicho su padre antes de subir a la habitación, y eso le había irritado.

—Paul, ¿hay algo que quieras contarme? Sabes que siempre apoyaré tus decisiones —dijo su madre, que le observaba reclinada sobre la puerta; pensaba en que se había convertido en un hombre sin apenas darse cuenta.

—Gracias, mamá, lo sé. —Ató los cordones de sus botas, la besó y bajó las escaleras a toda prisa.

Condujo hasta West Point a toda velocidad sin percatarse de ello; lo hacía cada vez que se sentía malhumorado. Estacionó el vehículo en el recinto exterior de las dependencias y bajó cargando su pesada bolsa. Observó las grandes losas de piedra clavadas sobre la hierba; de niño jugaba a saltarlas de dos en dos, cuando la vida le parecía sencilla. Alzó la vista al frente, y de repente la imagen de aquellos edificios grisáceos le sugirió una enorme fortaleza de la Edad Media, como las ideas de su padre. Sonrió irónico: permanecería allí encerrado mucho tiempo.

Formaban a las siete y media de la mañana antes del desayuno, del almuerzo y de la cena. Asistían a clase mañana y tarde, tenían instrucción los fines de semana, y el escaso tiempo libre lo dedicaban a estudiar. No podía ser de otro modo, aunque por primera vez en su vida se sintió incómodo

dentro de aquel uniforme.

Se dirigió a la habitación que había compartido durante años con Bob, Peter y Michael. Bob ya estaba allí y también Brian; un chico que ocuparía el lugar de Mike.

—Hola, espero que no os moleste que me instale con vosotros: no me sentía cómodo en mi antigua habitación.

—En absoluto, es mejor que alguien ocupe ese lugar —respondieron casi al unísono.

—¿Qué haces tú aquí? —interrumpió Peter al entrar: le resultaba extraño ver a Brian guardando sus cosas en el armario de Mike.

—Déjale, Peter —añadió Paul.

—¿Acaso no te da repelús acostarte en la cama de un muerto? —comentó Peter en tono jocoso.

—Eso no ha tenido ninguna gracia —repuso Paul.

Mientras sacaba la ropa de su petate, Paul recordaba el día que recogía sus cosas para viajar a Europa. Todo había pasado tan deprisa que incluso le parecía que jamás había sucedido. Pero Sara existía, era real, y no podía apartarla de sus pensamientos. Acabaría mal de la cabeza si seguía así; necesitaba estudiar, centrarse. Cogió aire, y deseó no estar entre aquellos muros.

—Paul, ¿estás bien? —preguntó Bob entre el murmullo de cadetes que subían y bajaban a toda prisa por las dependencias.

—En absoluto. Me pesa no haberla buscado, nada más.

—Has hecho bien, no te ofusques; debes tomarte un tiempo: verás todo con mayor claridad y entonces tomarás la decisión acertada. A ella también le vendrá bien; no sabes qué piensa en estos momentos.

—Tienes razón, los dos necesitamos eso, tiempo.

Pasaban los meses y el frío del invierno se dejaba notar en la ciudad. El despertador sonó a las ocho en punto y Sara extendió la mano para apagarlo, tocó el pulsador y el molesto timbre dejó de sonar.

A pesar de la calefacción hacía frío. Marcial la esperaba en la biblioteca para ultimar los preparativos de la apertura de su nuevo negocio: le encontró sentado, presidiendo la mesa central con una taza de café entre las manos.

—Buenos días, ¿me sirves uno, por favor?: estoy dormida. —Sara le besó y se acercó a mirar a través de la ventana. Molly la seguía, mordisqueando juguetona las zapatillas mientras ella descorría las tupidas cortinas de intenso color azul.

—¿Quieres ver la nieve, pequeña? —preguntó cogiéndola en brazos, al tiempo que limpiaba el cristal empañado con la palma de la mano.

—¡Qué frío hace en esta ciudad! Chimeneas, calefacción, calcetines grotescos: ¡se pierde todo el *glamour*!; ¡donde se ponga mi sol de España...! Llevamos no sé cuántos días de nieve y más nieve. ¡Qué horror! —Marcial llevaba una bata gruesa roja, abotonada hasta el cuello, y un gorro de lana azul. Sirvió un café a Sara y regresó a acurrucarse en el sillón.

—¿Pero te has visto?: ¿un gorro en casa? ¡Qué exagerado eres!

—¿Un gorro...? Aun así, ¡me voy a quedar como un gato de escayola!

—¿Pero qué tonterías dices? —preguntó frunciendo el ceño.

—No lo sé, algo así decía mi abuela. —Agitó la mano pensando en la tontería que acababa de soltar y continuó bebiendo pequeños sorbos de café, adormilado frente a un montón de carpetas amontonadas sobre la mesa.

Elisa & Co. era el nombre que habían elegido para su peculiar negocio, situado en la Quinta Avenida. Se trataba de un edificio de dos plantas en granito y piedra caliza que guardaba cierta similitud con la emblemática y cercana Tiffany, aunque sin la gigantesca estatua del Atlas en la fachada cargando el reloj, por la que Marcial sentía verdadera fascinación.

—Pasa, no te quedes ahí —dijo Sara a María, que aguardaba en la puerta.

Sara había contratado a un matrimonio español para que se encargasen de organizar al servicio. Les había conocido en Central Park, una tarde en la que el marido de María, Francis, dibujaba el paisaje sobre un lienzo, y a ella le había impactado su estilo realista y el colorido vibrante de la pintura. Charlaron durante un buen rato y le dio la sensación de que andaban perdidos en Nueva York.

—Buenos días. ¿Os apetecería una taza de chocolate y unos churros? —

preguntó la muchacha con ese acento del sur que Marcial añoraba.

—¿En serio, churros? No me tientes, que estoy engordando desde que estás aquí. ¡Mira la bata cómo me queda! —Señaló su cintura.

—Pues están muy buenos..., para chuparse los dedos.

—¡Ay, María!, tienes unas ideas. Avísanos cuando llegue Óscar —pidió Sara.

—¡Pero si está abajo! Ha llegado hace rato, justo cuando salía Leo..., bueno, el señor Leo, como prefiere que le llame.

—¡Ay, Dios Santo!, y yo aquí sin arreglar. —Marcial salió a toda prisa de la biblioteca ante la mirada perpleja de las mujeres.

—Sara, Leo me pidió que te recordase que pasará a recogerte sobre las doce.

—Gracias, María, lo sé.

Se había sometido a ciertas pruebas médicas ante la constante presión de Leo y esa mañana conocerían los resultados. No quería pensar en ello: suponía que, como siempre, se le ocurriría alguna excusa.

A primera hora daban los últimos retoques a «Elisa & Co. Ropa, calzado, accesorios y perfumes». Óscar había conseguido plasmar ese aire desenfadado y libre que buscaban, y que nada tenía que ver con la moda imperante.

Óscar era diseñador, había nacido en Madrid hacía treinta y cinco años, y llevaba algunos viviendo en Nueva York. Esperaba una oportunidad para poder dar rienda suelta a su creatividad, y al fin lo había logrado.

Marcial había tropezado con él por casualidad. Paseaba por la avenida Broadway cuando Molly comenzó a mordisquear el bajo de su pantalón, y Marcial se había encargado del resto.

Un porcentaje elevado de las ganancias de Elisa & Co. se destinaría a diversas organizaciones benéficas con las que colaboraban activamente, y por eso la hacía especial. En los detalles, Marcial había sido conciso, «innovar», y se sentía eufórico al comprobar que incluso antes de la apertura habían levantado cierta expectación entre los empresarios cercanos al establecimiento.

Estaba feliz con su nueva faceta como empresaria: le ayudaba a

compensar sus ausencias, en especial la de Elisa. Satisfecha, comprobaba que había quedado como imaginaban. Un local amplio y luminoso en el que destacaba el mármol y el impresionante mostrador en acero y cristal. Junto a la escalera en forma de caracol, Marcial daba los últimos retoques al árbol de Navidad.

Sillones, taburetes y alfombras lucían en un púrpura intenso combinado con fucsia, por expreso deseo de Marcial, quien opinaba que debía ser alegre, pero sin perder armonía ni elegancia. Elisa & Co., de ese modo, se estrenaba en la Quinta Avenida.

Las dependientas también habían sido seleccionadas por Marcial; una experiencia inolvidable para Sara. «¡Parece una buscona!», «¡tiene una voz muy masculina!», «¡esa chica no está en este mundo!», «¿cómo va a vender un producto con esa desgana?», habían sido algunos de sus comentarios tras las entrevistas.

En ese momento, con su peculiar estilo al caminar, paseaba comprobando cada detalle.

—¿Sabes cuánto se dice que costó la lujosa Cartier? —preguntó a Sara con la mano ligeramente apoyada sobre la cintura.

—No tengo ni idea, Marcial, aunque nunca me dejan impasible tus preguntas.

—Se rumorea que fue adquirida a cambio de un collar de perlas naturales, de dos hileras en concreto..., con cincuenta y cinco y setenta y tres cada una, para ser exactos.

Disfrutaba haciendo comentarios llenos de *glamour*, como él mismo les llamaba, en especial cuando estaba presente Óscar, por quien en secreto se sentía atraído.

A las doce, Pietro estacionaba el Hudson Hornet de color negro frente a Elisa & Co.

—*Piùtardi, il medico* está esperando; sube al coche o *arrivere mo tardi*. —Leo se impacientaba y le hacía señales con la ventana bajada.

Se apresuró: no deseaba empañar la felicidad que ese nuevo día le había regalado, aunque, como de costumbre, la presencia de Leo la enturbiase.

Durante el corto trayecto hasta el Presbiteriano, Sara observó los altos

edificios, enormes moles de piedra que parecían salir de las profundidades del río para alcanzar el cielo. Algunos acabados en punta competían con el resto en altura, del mismo modo que sus creadores.

«La gente ve la vida como una competición —le había dicho Florence en una ocasión—. Siempre quieren tener más que el vecino; te aseguro, niña, que no es el camino para encontrar la felicidad. Los pequeños detalles, esos que no todos ven, son los que nos hacen vibrar.»

Pietro acababa de sintonizar una nueva emisora, y en todas sonaba la misma canción, *Love Me Tender*, de Elvis Presley.

—Todas las mujeres andan locas por él y sus movimientos de pelvis —comentó Leo sin dejar de fumar.

—¡Pero Leo! No es solo su físico: tiene una magnífica voz; lee esta noticia. —Le tendió un ejemplar de *The Wall Street Journal* en el que, en portada, destacaban el estreno del film protagonizado por el cantante bajo el mismo título de la canción. Elogiaban el gran éxito, con una recaudación de veintidós millones de dólares asociados a su imagen. Leo la obvió, y Sara continuó buscando entre la multitud los ojos de Paul.

En esa ocasión les atendió la doctora Jane Hoffman, investigadora en tratamientos para la fertilidad. Leo había decidido prescindir del doctor Smith, quien, en su opinión, daba demasiado margen de confianza a la actuación de la naturaleza femenina.

La doctora Hoffman era una mujer joven, y enseguida inspiró confianza a Sara. Con los resultados en su poder, Hoffman tenía el convencimiento de que algo no funcionaba en la pareja y la certeza de que Sara tomaba algún tipo de sustancia. Explicó a Leo que también él debía someterse a pruebas de fertilidad. Tal como supuso, se levantó del asiento alterado, y expresándose en su idioma, salió de la sala indignado.

—No debe ofenderse; soy médico y me limito a hacer lo mejor para mis pacientes. Antes de realizar más pruebas a su esposa, debemos asegurarnos de que el problema no radica en usted —le dijo desde la puerta mientras él desaparecía tras el ascensor. La doctora Hoffman cerró la puerta con llave y sonrió—. De este modo nos aseguraremos de que nadie nos interrumpirá —pronunció antes de tomar asiento.

Sara aguardaba, avergonzada por la actitud de Leo y visiblemente nerviosa.

—¿Tiene algo que contarme respecto a por qué miente a su esposo, señora Di Benedetto? —preguntó apoyando la barbilla sobre la mano derecha.

—Verá, doctora Hoffman: estoy convencida de que ahora estará poniéndose en contacto con otro nuevo médico que le diga que pronto le daré un hijo. Necesito tiempo, pero es testarudo y no lo entiende.

—Mire, no voy entrar en asuntos matrimoniales, no es mi trabajo, aunque puedo informarle de quiénes podrían ayudarla. No puedo hacer nada si usted no da el primer paso, ¿me explico?

—Por supuesto; se trata solo de eso, tiempo. Llevamos unos meses viviendo en la ciudad, él está adaptándose a una nueva vida y nuevos negocios. Por ello evito quedarme embarazada. Hablaré con él. —Sara mentía, y hacerlo no le era grato, pero sí la mejor salida.

Jane Hoffman estaba convencida de que no le decía toda la verdad, pero había tomado la determinación de no actuar; después de todo no era su cometido.

—De acuerdo, Sara, voy a pedirle algo: si me necesita, no dude en llamarme.

—Por supuesto, y le estoy muy agradecida —dijo ella antes de salir.

Bajó agitada hasta la entrada principal y tomó aire antes de que la doble puerta blanca del ascensor se abriese.

—No has debido marcharte de ese modo; me has puesto en un aprieto, Leo.

—¿Acaso te parece *normale questa* pregunta? ¡Soy un hombre!

—No sé para qué hemos venido; aunque en vista de tu actitud, la doctora ha decidido hacer un seguimiento de mi ovulación: cosas de mujeres. Pero irá bien.

Sara mentía de nuevo y, de ese modo, se daba tiempo para respirar.

Mientras, en Little Italy, Francesca esperaba ansiosa a Leo. Las citas con su primogénito eran ineludibles y Sara tenía la excusa perfecta para no acompañarle: el nuevo negocio. Leo pidió a Pietro que le llevase sin dilación, y Sara le dijo adiós desde el asiento trasero. Regresaba a Elisa & Co. Durante el trayecto, Pietro la observaba a través del retrovisor como de costumbre. Fue entonces cuando Sara se fijó en que tenía unos bonitos ojos castaños, dulces, a pesar de sus rasgos duros. No se sintió intimidada; si había decidido disfrutar de las cosas hermosas, el físico de Pietro sin duda lo era, y entonces recordó cuando jugaba a llamar la atención de los hombres. Tal vez no había sido justa con ellos y ahora pagaba sus errores.

Pietro detuvo el vehículo en el Centro Rockefeller, para recoger unas cestas navideñas para regalos; pero al abrir el maletero, Sara se quedó petrificada. Había armas en el interior, y aunque estaban cubiertas con una lona, no quedaban ocultas del todo las seis Thompson del 28.

—Señora, suba al coche, por favor —le pidió cerrando el maletero a toda prisa.

—¿Cómo te atreves a llevar eso en el coche? —preguntó sin dar crédito a lo que acababa de ver. Era consciente del mundo al que pertenecía Leo, pero acababa de sentirlo tan cerca que invadió de golpe su particular universo.

Se trataba de un encargo de Francesca, y era el pago que debía hacer para zanjar ciertos negocios que había emprendido el menor de sus hijos a espaldas de Leo. Francesca necesitaba conciliarles o acabaría volviéndose loca.

—¿Para qué son esas armas, Pietro? —quiso saber Sara recobrando la serenidad.

—Se trata solo de mercancía, *signora*, un favor especial de la familia; no puedo decir más. El señor Leo ya no se dedica a estas *questioni*, se lo aseguro.

Aunque preocupado, trataba de mostrarse sereno. Había cometido un error, y a Sara no le había pasado inadvertida su delicada situación.

—No temas, no voy a decirle nada a mi marido.

—*Signora*, lo siento... —se disculpó con la mirada fija en la circulación.

—De acuerdo, puedes ser sincero conmigo.

—Prefiero guardar silencio; si Leo se entera de que usted ha presenciado *questo*, soy hombre muerto.

—Como prefieras, aunque, como habrás comprobado, no he comentado nada acerca de tus continuas miradas. Nunca te delataría, Pietro; sé con quién estoy casada y la vida continuará de este modo para ambos por mucho tiempo si no lo remediamos. Hablaremos en otro momento, y quizás podamos ayudarnos. Lleva ahora las cestas a casa, María sabrá qué hacer con ellas, y deshazte de todo lo demás.

IX

Francesca vestía de luto riguroso, y el color negro no le favorecía a una tez apagada y oscura, de ojos hundidos y pómulos marcados que le daban cierto aire espectral. Las mujeres de la familia exteriorizaban con sus atuendos el sentimiento de duelo perpetuo.

Leo cruzó el umbral quitándose el sombrero, la abrazó y la besó en la frente, como acostumbraba; no sentía amor hacia ella, tan solo respeto.

—Vamos a la cocina; tomaremos sambuca: he de suponer que continúa gustándote. ¿O tu mujer también interfiere en tus gustos?

—En absoluto, y no insistas, sabes que nadie los prepara como tú.

Francesca dibujó en sus labios una mueca de satisfacción y sirvió el licor. Le añadió unos granos de café, y le prendió fuego a la superficie. Después tapó los vasos unos segundos.

—¿Cuánto le gustaba a tu padre este licor...! —Francesca miraba el cielo a través de la ventana y Leo la observaba en silencio. La muerte de Isabella la había afectado sobremanera y los surcos de la piel profundizaban el rostro.

—¿Tienes algo que contar de tu mujer? Esa española te ha cambiado por completo... —comentó tras dar un sorbo al licor.

—Hoy pasa el día con esos amigos suyos, los maricas, en el nuevo negocio. Pero no he venido a hablar de ella. ¿Qué ocurre?, tu llamada me ha inquietado.

—No quería molestarte, pero se trata de tus hermanos: Giuliano y Antonino discuten con frecuencia. Giuliano no está de acuerdo con Antonino, que ha estado a punto de meterse en problemas con unos irlandeses, uno en

concreto, ese que trabajaba o trabaja para Gambino.

—¿Gambino? ¿Ese del que se rumorea que es el brazo derecho de Anastasia? No me gusta, mis hermanos saben que no quiero mezclarme con el resto de las familias.

—Querido, no te enfades. Verás, soy mayor, pero no estoy sorda, ni soy tonta, aunque tus hermanos opinen que, debido a mi edad, debería permanecer al margen y dedicarme a supervisar solo el restaurante —sonrió con malicia—. No es así. Anoche llegaron al Papa Leonardo cuatro tipos, uno de ellos ese irlandés. Me encontraba en la cocina con tu hermana.

—Pero ¿qué demonios me estás contando?

—¡Calla! —ordenó autoritaria—. Si hay algo que tu padre me enseñó fue a no bajar la guardia ¡jamás! La cuestión es que vi a Antonino con algunos hombres de Gambino y el irlandés: estaban enojados, y yo no sabía por qué. Después oí cómo Giuliano gritaba a Antonino en el callejón de atrás. Les prometí que les pagaría en armas, ¡no digas nada!, que te conozco. —Francesca levantó el dedo índice y Leo guardó silencio—. Por eso le ordené a Pietro que entregase la mercancía. —Se levantó del asiento molesta.

—Cada vez entiendo menos. ¿Qué dices de Pietro? —Leo parecía contrariado.

—Nada. Ya está todo finiquitado, pero no debe suceder nunca más. Les hemos entregado unas armas a cambio de algo que tu hermano les debía. ¿Crees que voy a poner en peligro a la familia por una estupidez como esa? Eso es *peccata minuta*.

Leo se levantó del asiento y la miró inquisitivo.

—No quiero negocios con ese tipo de gente, ¿queda claro?

—Leo, en realidad no sé qué oculta tu hermano, pero ya le he advertido que tú debes cuidar tu imagen, aunque no les gusta ese Parker y por eso se muestran reacios a esas nuevas aspiraciones tuyas.

—¿Reacios? Pues no tengas dudas de que les dejaré claro cuál debe ser la conducta de la familia a partir de ahora; parece que no conocen el significado de la palabra cautela. —La besó irritado, con un sentimiento ambivalente de odio y respeto.

—Quería contártelo porque, aunque entiendo que tus metas son otras, no

debes olvidar de dónde vienes, la familia a la que perteneces...

—Sé cuáles son mis raíces, mamá, pero también que en este momento de mi vida no me benefician ciertos asuntos y mi familia debe parecer respetable.

—¿Qué sucede? —preguntó Carola al entrar en la cocina.

—Hola, Carola. —Leo besó a su hermana y la miró a los ojos. Era una mujer muy hermosa, de enormes ojos castaños, tristes desde el suicidio de su pequeña.

—Le hablaba de Antonino —intervino Francesca—, y de todo ese lío.

—Ya me encargo —zanjó Leo haciendo una señal con las manos.

—Sí, pero no me tratéis como una anciana despistada o torpe: sigo siendo la misma que cuando vuestro padre murió e hice frente a cuestiones de hombres.

En ese instante, Antonino llagaba a casa, y las mujeres salieron de la cocina para dejarles a solas.

Leo tomó asiento mientras su hermano permanecía de pie.

—¿Qué sucede?, ¿no tienes suficiente con seguir mis órdenes?

Antonino guardó silencio unos instantes y le ofreció un cigarrillo; tras encender el suyo le lanzó el mechero.

—Intento hacer negocios que nos beneficien a todos. Parker tiene contactos importantes y no vais a arruinar lo que tengo entre manos por andar con gente que no conoces. —Leo estaba enojado; el menor de sus hermanos le causaría problemas si no dejaba de actuar por su cuenta.

—Verás, Leo, hace unas semanas conocí a un tipo en el Copacabana que me propuso trabajar para nosotros: hace trabajos sencillos, limpios.

Leo se levantó dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Te prohíbo que hagas negocios sin consultármelo.

—Pero si todos conocen a Bill —contestó tratando de suavizar la situación.

—¿Bill, Bill?, ¿quién demonios es ese Bill?

—Es un tipo que vive en Brooklyn; no tiene nada que ver con la mafia irlandesa, trabaja por su cuenta y tiene cogido por los huevos a un teniente de la policía..., no recuerdo su nombre.

—¿Es eso cierto? —preguntó cambiando de actitud.

—Por supuesto. Ha trabajado para Gambino, y ya sabes que, aunque es muy dado a actuar en secreto, el irlandés sabe cosas de todos, de todos, Leo..., también de Cosello. Pero te aseguro que Bill no ha trabajado para la organización, te lo digo por si alguien te dice que ha sido uno de los asesinos a sueldo del Murder Inc.

Leo le prestaba atención y Antonino continuó conversando:

—Respecto a Gambino, se relaciona con gente del espectáculo y tiene vínculos con figuras importantes de la policía, al igual que tú. Si lo que buscas es lo que él ya tiene, protección y prestigio, tal vez puedan interesarte sus asuntos. Y Gambino no trabaja con drogas; de hacerlo nosotros, no sería un rival...

—En ese caso tal vez ese irlandés... Pero por el momento no actúes, enviaré a algunos de los nuestros al Copacabana: quiero saber quién es ese Bill exactamente.

—De acuerdo, nada de negocios sin consultártelo.

Leo solo tuvo que mirarle a los ojos para que guardase silencio. Recogió su sombrero y besó a su madre.

—Sin problemas, mamá —dijo antes de salir.

—¡Cuídate de la española! —advirtió Francesca mientras le abrazaba.

Pietro aguardaba fuera del coche fumando un cigarrillo cuando Leo salió a la calle. Le irritaba que su madre le insistiese en que se había equivocado al elegir esposa; para él, no había ninguna como Sara: disfrutaba de cuantas se cruzaban en su camino, pero ella era especial, y su belleza le hipnotizaba.

Comenzó a llover justo cuando entró en el coche.

—¿A casa? —preguntó Pietro tras pisar la colilla sobre el asfalto.

—¿Tienes algo que contarme? —le interrogó su jefe sacudiéndose su abrigo.

—Leo, Francesca me telefoneó de madrugada: estaba muy preocupada, y tratándose de ella...

—Que no se vuelva a repetir; no es mi madre quien da órdenes; soy yo.

—De acuerdo, pero recuerda que me crie a vuestro lado, y siempre la he visto como a la jefa.

Pietro era huérfano y desde muy niño había crecido entre los Di Benedetto, y a medida que transcurría el tiempo se iba haciendo cargo de los recados de la familia hasta convertirse en el hombre de confianza de todos ellos.

—Ya no, Pietro, ya no es la jefa. Vayamos a casa: necesito hablar con Luca o Cosme. Hay un asunto del que quiero que se encarguen: hay que averiguar algo sobre un tal Bill que se mueve por el Copacabana.

—Le conozco de oídas. Dicen que algunos polis le tienen miedo.

La lluvia arreciaba y las gotas golpeaban con fuerza el parabrisas. Leo no era nostálgico, pero en ese instante recordó un día de su luna de miel. Sara se había empeñado en regresar al yate desde el hotel en el que se alojaban en Grecia. Llovía del mismo modo. Sara había salido a cubierta para observar el mar y tenía los brazos extendidos cuando él se le acercó por la espalda. Su ropa mojada se había pegado al cuerpo, y era la imagen más sexi que había visto jamás. Se besaron y después hicieron el amor. No lograba recordar cuándo habían cambiado los sentimientos de su esposa, pero sintió que necesitaba recuperarla.

X

Llegó la Navidad del 56, tan codiciada por los chicos de West Point, pues suponía un descanso tras largos meses sumergidos entre libros y entrenamientos.

—Supongo que irás a verla; ¿me equivoco? —preguntó Bob antes de salir.

—No sé, tal vez ni se acuerde de mí.

—Eso no lo creo: eres un buen tipo y a las chicas les caes bien.

—¿Tú crees? —sonrió—. Ahora que puedo verla, tengo mis dudas.

—¡Vamos!, sé tú mismo y aclara tus dudas; después, retoma tu vida.

Salieron a toda prisa con los bolsos sobre los hombros, como si la Academia fuese a absorberles y dejarles encerrados para siempre entre sus muros. El recinto estaba repleto de cadetes eufóricos que bromeaban y entonaban canciones navideñas. El suelo tenía una gruesa capa blanca y sus botas se hundían en ella, igual que una tupida alfombra que cubría el verdor de la hierba.

El padre de Paul estaba al volante de su automóvil y los chicos apenas hablaron durante el trayecto de regreso. Richard Slater, como de costumbre, no dejaba de atosigarles con sus comentarios acerca del duro trabajo que les esperaba al regresar. Bob, aburrido, simulaba prestar atención, aunque en realidad imaginaba lo frustrante que debía de ser para su amigo tener un padre como él.

Madeleine y Amy colocaban sobre la puerta principal adornos navideños, y su hermana, al verle, bajó los escalones a toda prisa para abrazarle.

—Te hemos echado de menos, Paul. —Le abrazaron felices de tenerle en casa.

Paul dejó su bolso, cogió un terrón de azúcar y fue a ver a Rain seguido de su hermana.

La caballeriza estaba bien protegida. Abrió la puerta despacio y sin elevar el tono de voz llamó al caballo por su nombre. Rain levantó la cabeza interesado, después entrecerró los ojos y Paul supo que se alegraba de verle. Lo acarició y le mostró el azúcar, entonces el animal olfateó y lo mordisqueó.

—Te he echado de menos, amigo; te han cuidado bien, ¿eh? —Si algo había aprendido Paul de Rain era la memoria tan asombrosa de la que gozaban los caballos. Pasó un buen rato a su lado, cepillándole mientras charlaba con Amy.

—Paul, ¿vas a marcharte ahora a pasear? —preguntó cruzada de brazos. Mostraba un aspecto gracioso con sus bonitos ojos azules bajo un gorro de lana a rayas que tapaba su frente.

—No tardaré. ¡No sabes cuánto he echado de menos la sensación de libertad que me da cabalgar en este lugar! No te enfades, pero lo necesito.

—No lo haré, pero no tardes. ¿De acuerdo?

Amy lo observaba: su hermano había madurado en muchos aspectos, estaba distinto. Era muy especial para ella, una especie de ángel protector. También adoraba a Jimmy, pero con Paul todo era diferente. Había sido su compañero de juegos y travesuras hasta donde su memoria alcanzaba.

Nunca olvidaría el día en que paseaban por la ribera del río con sus cañas de pescar (ella tendría unos cinco años); era primavera, pero hacía frío. Caminaba despreocupada sobre las piedras mirando a los peces que saltaban fuera del agua. De repente resbaló y cayó al río, y apenas sabía nadar. Al principio no quiso gritar porque sabía que Paul estaba a punto de pescar una gran pieza; pero el río había crecido mucho durante el invierno y llevaba una fuerte corriente. Intentaba aferrarse a una rama cuando Paul se lanzó al agua.

—No le digas nada a papá, Paul, se enfadará muchísimo si se entera — recordaba que lloraba mientras se lo pedía.

—Tranquila, Amy, será nuestro secreto; nunca se lo diré a nadie, pero debes tener cuidado la próxima vez.

Y nunca lo mencionó.

—¡He sacado a pasear a Rain todos los días! —gritó Amy mientras Paul se alejaba, y entró en casa muerta de frío.

Paul cabalgó hasta su lugar favorito, el apacible claro en mitad del bosque. Siempre le había gustado contemplar la espesura de los árboles cubiertos de nieve. Justo donde estaba, cada año jugaba con Jimmy a lanzarse bolas de nieve; también le echaba de menos. Oyó entonces la locomotora del ferrocarril, la observó perderse entre el paisaje, y le satisfizo comprobar que algunas cosas nunca cambiarían.

No le daría más vueltas al asunto: la llamaría. Bob tenía razón, debía ser él mismo y aclarar sus sentimientos.

Cuando regresó a casa, una llamada de Bob le alegró el día: acababan de conseguir plaza en el St. John's Hospital. Al padre de Bob le unía una gran amistad con el doctor Riverside, director del centro hospitalario, quien no dudó en aceptarles durante unas semanas junto a los residentes.

—¡Eso es estupendo! ¿Cuándo comenzamos? —preguntó Paul ansioso.

—Mañana a primera hora, aunque no sé qué opinará tu padre...

—Allí estaré.

Encerrado en su habitación, levantó el auricular, tomó aire y marcó el número de Sara. Una voz de mujer sonó al otro lado de la línea. Se trataba de María, que le explicó que Sara no estaba en casa y le facilitó el número de Elisa & Co. Paul colgó el auricular con un nuevo número entre sus manos. Cerró los ojos unos segundos y volvió a marcar. Otra chica atendió la llamada para decirle que Sara Di Benedetto acababa de salir a almorzar con su esposo. Paul prefirió no dejar ningún recado. Inmiscuirse a ciegas en la vida de una mujer casada no estaba bien, pero volvería a intentarlo. Antes de cerrar página necesitaba verla, escucharla y entregarle la caja de sus secretos.

—No puedes engañarme, Paul, te conozco muy bien. Así que no deberías ocultarme eso que ronda por tu cabeza —le dijo poco después su hermana.

—Tienes razón, me sucede algo, pero es complicado y no lo entenderías.

—¿Por qué no lo intentas?, ya soy mayor.

Paul le habló de Sara y de su historia en el *Andrea Doria*. Ella se había tumbado boca abajo sobre la cama y le escuchaba atenta.

—¡Paul! eso es...

—¿Vas a censurarme? —preguntó enarcando una ceja.

—En absoluto. Es una historia preciosa, aunque tienes razón, muy complicada.

—Más de lo que imaginas. Y me siento ridículo hablando de ello; ya no soy un niño, pero tengo la impresión de que parezco estúpido.

—¿Estúpido?, ¿por qué los hombres opináis de ese modo cuando se trata de sentimientos?

—He de devolverle algo que le pertenece. Tal vez debería enviárselo y nada más, zanzar esta historia; pero Sara existe y no puedo negarlo, aunque se esté convirtiendo este asunto en una pesadilla.

—Paul, para lo que necesites, confía en mí. Solo puedo añadir eso.

—Gracias, Amy.

Francesca aguardaba en el salón para el almuerzo.

—Te sienta bien el vestido; tal vez algo ajustado. Yo era tan esbelta y elegante a tu edad... —suspiró y dio media vuelta. Continuaba hablando en voz alta en su particular siciliano, disfrutaba ignorándola, y Sara se limitaba a sonreír.

Se distrajo observando el mobiliario con una copa de vino entre las manos. La decoración era lúgubre; le recordaba al gran caserón que Francesca poseía en Palermo, aunque tal vez algo más discreta. Si Florence visitase la casa se echaría las manos a la cabeza. Sonrió pensando en ello.

Cuando Sara se acomodaba en su mundo de fantasía y recuerdos, le costaba regresar a la realidad.

—¿Qué tal *il vostro nuovo* negocio? *Quando aprirà le sue porte?* —preguntó Francesca en un pésimo castellano mordisqueando un canapé.

—Mañana, a falta de escasos días para...

—¿Navidad? No recuerdes esas fechas; *quest'anno non* celebraremos nada. *Non* deberías haber *ricordato*: no estará la pequeña Isabella. — Francesca se mostraba encolerizada, y exageraba su dolor cogiéndose al brazo de Leo.

—Lo siento —Sara se disculpó. Acababa de llegar y empezaba a sentirse asfixiada.

Aquella mañana Leo se había irritado; sospechaba que Sara no era sincera y necesitaba asegurarse del contenido de un pequeño y extraño frasco que había descubierto por casualidad. Había contactado con el doctor Smith, pues necesitaba conocer con exactitud los resultados de los análisis practicados por Hoffman porque no se fiaba de la doctora, a quien calificaba de feminista amargada. La confusa explicación del doctor, unida al hallazgo de las píldoras, le hizo dudar de todo.

Ajena a sus sospechas, Sara se aburría frente a unos comensales tristes y serios que no hacían otra cosa que preocuparse por Francesca. Aquel modo de agasajarla le irritaba. Les observaba con detenimiento y, mientras trinchaba la carne, recordaba cuando se divertía buscando a las personas parecidos con gente famosa. Solo que hacer eso ya no le divertía.

Al llegar a casa Leo se metió en la sala de billar situada en la primera planta, lugar en el que se reunía con sus hombres, y Sara, liberada, fue a buscar a Marcial.

—Sara, puedes pasar; hay tanta espuma en la bañera que no me da vergüenza: ¡no se ve absolutamente nada! —afirmó sonriente desde el baño.

—Hola, no sabes cuánto me alegra verte después de contemplar durante dos horas esos rostros siniestros. —Le besó.

—¡Pero mi niña!, ¿qué te ocurre? He de salir del agua, dame el albornoz, anda.

—No hace falta, tranquilo. No quiero entristecerte con mis historias; eres tan bueno.

Sara comenzó a llorar mientras enjabonaba el cabello a su amigo, algo que le relajaba, y a Marcial aquel cosquilleo le entusiasmaba. Cerró los ojos.

—Vamos, dime, no te guardes todo eso que llevas dentro; ¡sácalo fuera!

—Marcial, Leo nunca me abandonará, y tampoco la vida a la que

pertenece, y yo jamás recuperaré a Elisa, lo presiento. Y aunque lograrse tenerla a mi lado, ¿cómo podría una niña crecer en un ambiente así?, es una locura. Y tú deberías marcharte, seguir tu camino.

La miró fijamente a los ojos.

—No vuelvas a decirme que te deje. Eso jamás.

—No me has hablado de Óscar. —Sara entonces le dedicó una amable sonrisa.

—Hemos elegido el menú para la inauguración de Elisa & Co. Ha sido divertido estar a solas con él, y ya verás, quedará todo perfecto.

—Sabes que confío en tus decisiones y en tus gustos.

—Lo sé, pero... ¿por qué vas así vestida?, ¿tan lúgubre?

Sara volvió a sonreír.

—Es de Francesca, y Leo insistió en que lo llevase puesto.

—¡Qué horror!, anda, ¡quítate eso, ya! Y no quiero verte llorar, que pareces María Magdalena; seguro que se nos ocurre algo.

Le besó.

—¿Te gusta mucho Óscar, no es así?

—Me gusta demasiado, diría yo, aunque creo que se trata de un amor imposible.

—¿Por qué dices eso?

—A él no se le nota en absoluto su inclinación sexual, en cambio a mí, ya me puedes disfrazar de macho cavernícola que no engañaría a nadie. Creo que tantos ademanes míos le asustan: él desea continuar guardando las apariencias. ¡Ya sabes cuánto nos odian algunos!; es triste, pero vivimos ocultándonos.

—No digas eso, yo te adoro. Y en cuanto a Óscar, he visto cómo te mira. Bueno, ahora te dejo, quiero escribir a Julia y revisar algunas cosas.

—De acuerdo, cariño, te veo para la cena. ¿En serio me mira? —preguntó.

Sara le sonrió haciéndole un guiño y salió del baño.

Aquella noche, Leo no regresó a casa y se acostó abrazada a la almohada. Pero pensar no le beneficiaba, y se levantó; echaba de menos su diario. Compraría uno nuevo; necesitaba escribir, desahogarse con palabras escritas,

dejar constancia de sus pasos, equivocados siempre, pero suyos. Con la esperanza de que algún día Elisa llegase a entenderla.

Miró a través de los visillos. Eran las dos de la madrugada y Nueva York tampoco dormía. La ciudad le ofrecía todo cuanto podía desear: teatros en Broadway, atracciones, museos. Tantas cosas... Y sin embargo, nada llamaba su atención. Reparó en que las luces de las farolas y los luminosos dejaban ver los blancos copos de nieve que caían como pequeñas bolas de algodón, simples, sencillos, y estiró la mano como queriendo alcanzarlos a través del cristal. Formarían un bonito manto blanco sobre el asfalto, que no tardaría en ensuciarse. Se sintió como aquellos frágiles copos de nieve.

El doctor Larry Riverside les había recibido en su consulta. Bob le conocía desde que era un niño. Jamás olvidaría el día en que desde su dormitorio escuchó cómo hablaba a su padre: «Amigo Ben, lo siento muchísimo; por desgracia, tus sospechas son ciertas. No podemos hacer nada más que rezar por ella». Su cuerpo se estremeció de dolor y rabia. Las palabras que más tarde Riverside utilizó para consolarle no le sirvieron de nada, aunque con el tiempo comprendió que había hecho todo cuanto estuvo en sus manos.

Paul y Bob aguardaban en silencio, de pie, formados igual que en la Academia. Riverside no pudo evitar esbozar una sonrisa al verles y les invitó a sentarse.

—Bien, muchachos, debéis saber que jamás se ha concedido en el Saint John's una pasantía de estas características. Seréis los primeros y, creedme, no ha sido fácil: necesitaba la aprobación de la Junta Directiva; aunque dada la excelencia de vuestras notas académicas y los muy buenos informes del hospital en Asunción que obran en mi poder, mis colegas no han podido declinar la petición. Tu padre, Bob, confía en vosotros —añadió mirando al chico por encima de sus gafas.

—Así es, señor, y se lo agradezco.

—Aunque su padre no tiene conocimiento de ello, ¿me equivoco, señor

Slater?

—Cierto, señor, aunque, con el debido respeto, tengo edad suficiente para tomar mis propias decisiones.

—Estoy de acuerdo, si bien he de decirle que hubiese sido más fácil para mí si la propuesta hubiese venido directamente de West Point.

—Lo sé, señor, y créame que siento las molestias que se ha tomado. Si me lo permite, mi padre no quiere que me dedique a ello —concluyó Paul.

—Lo lamento. En cualquier caso, nuestras normas no son tan estrictas como en la Academia, de modo que relajaos, y lo mejor será que nos tratemos con confianza, si os parece —les sonrió, y los chicos dejaron de estar tensos.

—Pues bien, acudiréis todas las mañanas a primera hora; eso no incluye los fines de semana. Sería aconsejable que cada día asistiérais a unidades diferentes: traumatología y cirugía podrían convertirse en opciones interesantes para vosotros. Antes de que os muestre las salas, permitidme que comparta con vosotros una experiencia; se trata de algo personal, pero entiendo que os puede ser útil.

Aguardaban en silencio; les interesaba todo cuanto un hombre con sus conocimientos y experiencia pudiese transmitirles.

—Estuve unos meses en Corea del Sur, como voluntario, poco antes de que finalizase la guerra. Allí hacía falta más asistencia médica de la que contábamos. —Hizo una pausa, se quitó las gafas y, mientras limpiaba los cristales, continuó hablando—: Lo hacíamos todo de forma frenética. Convertimos un edificio casi en ruinas en un hospital. ¿Podéis imaginar las condiciones en las que trabajábamos? Trasladar hasta allí a los heridos ya era todo un reto, por no hablar de los problemas para conseguir suministro de medicamentos y material quirúrgico. Cuando llegaban los heridos nos veíamos desbordados: éramos tan solo dos médicos y tres enfermeras, de modo que dormíamos por turnos y los nervios estaban a flor de piel.

»Sin encontrar la manera de organizarnos ni de acomodar a los heridos, la situación se agravaba a cada minuto que pasaba. Como podéis imaginar, teníamos que tratar heridas muy graves, de explosiones de metralla y artillería pesada, y muchos morían ante nuestros ojos sin que pudiésemos hacer nada.

Ni siquiera contábamos con medicamentos adecuados para tratar las infecciones. El peor recuerdo que tengo fue cuando, casi a oscuras, tuve que amputarle el brazo a un chico de diecinueve años empleando calmantes porque no teníamos anestesia. Horrible, fue algo que jamás olvidaré.

Riverside, como prefería que le llamasen, guardó silencio, se colocó de nuevo sus gafas y entrelazó las manos sin dejar de observar sus caras.

—Os preguntaría por qué os cuento todo esto. No quiero que os equivoquéis en vuestra elección; estoy convencido de que llegaréis a ser muy buenos y os aseguro que no seré yo quien corte las alas a gente con vuestra capacidad y talento. Pero ante todo sois militares y en vuestro caso en muchas ocasiones trabajaréis al límite. En nada se parecerá a un hospital donde cuentas con medios y personal adecuados.

—Señor, es justo lo que deseamos: ayudar a mitigar el dolor, salvar vidas; creemos que es la mejor recompensa que podemos recibir a cambio de nuestro esfuerzo —respondió Bob.

—Supongo que lo tenéis muy claro.

—Sí, señor, y le estamos muy agradecidos por esta oportunidad —adujo Paul levantándose de su asiento, tal y como acababa de hacer Riverside.

Las horas en el hospital transcurrían sin apenas darse cuenta. Fue algo parecido a otras prácticas, aunque no de una manera tan global. Observaban cómo trataban a los pacientes, hacían una historia clínica, un diagnóstico, o cómo deducían diversas patologías. Estuvieron muy atentos al modo en el que trabajaban. Clases magistrales para unos chicos que, como ellos, todavía no estaban en la facultad.

Paul era consciente de que necesitaba aprovechar al máximo aquellos conocimientos, aunque no podía olvidar que tenía una cita pendiente.

—Es lo mejor que podía habernos sucedido estas vacaciones, Paul. Cuando vayamos a la universidad, nos resultará mucho más fácil, ¿no te parece? —comentó Bob mientras se abrochaba la cremallera de su cazadora.

—Tienes un padre excepcional, te envidio por ello; sin duda se trata de un magnífico regalo. Dale las gracias de mi parte.

En casa, Richard aguardaba ansioso por hablar con él, pero Paul subió a su dormitorio y a toda prisa guardó en una bolsa la caja de los secretos de

Sara. Antes de salir, entró en la cocina, besó a su madre y cogió un trozo de empanada que acababa de colocar sobre la mesa.

—¿Te marchas, hijo? —preguntó Madeleine sorprendida.

—Sí, mamá, tengo cosas importantes que hacer —respondió antes de salir.

El señor Slater le siguió hasta la puerta. Estaba enojado, perplejo, y aun así no pudo articular una sola palabra. Paul nunca le había obviado de aquel modo.

—Tenemos que hablar, Paul. ¿Dónde has estado toda la mañana? —preguntó desde la puerta observándole.

—En el Saint John's, papá; olvidé decírtelo. Hablaremos luego —contestó a través de la ventanilla de su automóvil, antes de arrancar el motor.

XI

Seguro de haber tomado la decisión acertada, condujo dirección a Nueva York. Tardaría al menos una hora en llegar y estaba decidido a no juzgarse a sí mismo. Sintonzó una emisora de radio y trató de evadirse durante el trayecto. Al llegar a la ciudad sonrió. Nueva York se mostraba escandalosamente brillante. Conducía cerca del Rockefeller Center cuando dirigió su mirada hacia el gran árbol iluminado, de casi treinta metros de altura. Le recordaba su infancia: Madeleine acostumbraba a llevarles los días previos a Navidad, y compraban golosinas, pasteles y adornos para la casa. Se vio a sí mismo enfundado en lana, caminando junto a James, mientras Amy observaba sonriendo las luces desde su cochecito. Nunca se había parado a reflexionar en la dulce inocencia de un niño, esa que un buen día desaparece sin que recordemos cuándo.

Aparcó el coche cerca de la Quinta y fue caminando hasta la dirección que retenía en la memoria. Entonces se detuvo. La cancela de hierro que daba acceso a la impresionante vivienda estaba entreabierta, de modo que caminó unos metros antes de subir los seis escalones que lo separaban de la doble puerta de madera blanca. El corazón le palpitaba.

Tenía unas bonitas cristalerías laterales que dejaban ver luz en el interior. Paul se decidió, respiró profundamente y soltó el aire por la boca; la estela de vaho le recordó la baja temperatura en la que se encontraba, aunque él no sentía frío: quedaba solapado bajo su nerviosismo.

Pulsó el timbre. El sonido de la campana percutió en el interior, pero nadie contestó. Aguardó unos segundos y lo intentó de nuevo; entonces sintió

que su corazón se aceleraba más.

Un tipo fuerte abrió la puerta. Se trataba de uno de los guardaespaldas de Leo. Paul no se intimidó a pesar de su corpulencia y de su rostro de boxeador retirado; simplemente era eso, un hombre.

—¿Vive aquí Marcial? —preguntó mostrándose seguro.

—¿Quién demonios es usted? —contestó con otra pregunta al tiempo que se rascaba la cabeza.

—¿Le conozco? —Leo asomó la cabeza detrás de aquel muro humano.

—Que tal, señor Di Benedetto, ¿me recuerda?; soy Paul..., Paul Slater. Viajaba en...

—¡Oh!, claro, *ragazzo* americano, *amico di Marziale*!

—Pasaba por aquí. Marcial me dio esta dirección hace algunas semanas y pensé en saludarle, simplemente eso; nunca tengo ocasión de visitar la ciudad...

—No están. Tienen *fiesta per l'apertura di un nuovo* negocio. Dentro de poco acudiré yo.

Leo le explicó que estaba muy cerca, a unos cien metros en línea recta siguiendo esa misma acera. Le dio las gracias y salió aliviado del recinto. Imaginó a Sara entre aquellas paredes: ¿cómo se sentiría? Sabía que se estaba metiendo en terreno peligroso, pero estaba dispuesto a acabar lo que había empezado. «Las reglas están para saltárselas», se dijo. Y opinaba que las de Leo no eran en absoluto limpias.

El frío arreciaba y se anudó la bufanda de lana blanca alrededor del cuello. Tras los robustos escaparates, no podía apreciarse más que a gente encopetada con copas de champán en las manos, y elegantes camareros ofreciendo canapés en bandejas de plata. «Muy sofisticado y nada acorde con los tejanos y el abrigo de paño azul marino que llevaba», pensó.

Desde la calle la buscó con la mirada. No podría demorarse porque estaba seguro de que Leo no tardaría en aparecer. Se mordió ligeramente el labio inferior; no había podido escoger peor momento. Con paso decidido se abrió camino entre la gente buscándola con la mirada. De repente oyó el estridente sonido del cristal al romperse, volvió la cabeza hacia el lugar de donde provenía el ruido, y allí estaba Sara, inmóvil, rodeada de pequeños trozos de

vidrio y la mirada fija en él. Marcial salió a su encuentro.

—¡Hola, querido Paul!, ¡qué alegría me da verte!; anda, vamos, sube al despacho: tenemos que hablar. ¡Menuda sorpresita! —Le sujetó del brazo y le llevó escaleras arriba casi a rastras.

Mientras, Sara intentaba disimular su torpeza ante los invitados sin dar crédito a lo que estaba sucediendo. Óscar, al verla palidecer, se acercó a ella.

—No pasa nada; esto significa alegría y prosperidad en mi tierra — pronunció el diseñador algo agitado, elevando su copa a modo de brindis.

Sara se le asió al brazo y sonrió a quienes tenía cerca. La mano le temblaba y, sin saber qué hacer, miró a Óscar.

—Un segundo —se apresuró a decir este—. Sara ha de atender una llamada urgente; si nos disculpan —pidió a los invitados.

Al instante, Marcial se acercó a ellos a toda velocidad, la cogió por la cintura y, sonriendo a todo el mundo, la acompañó hasta la planta superior.

—Esto no lo hubiese sospechado jamás, ni en mis sueños más retorcidos, ni con mi desbordante imaginación. ¿Ocurrir esto precisamente hoy? Tu vida supera la ficción más retorcida, mi querida niña —susurró.

—Marcial, ¿es él, no es cierto?

—¿Quién si no? Pues sí, el mismo que viste y calza. ¡Qué momentito ha elegido!, pero me alegro, cariño, así te aclaras. Yo permaneceré atento, Leo puede llegar de un momento a otro, aunque con un poco de suerte tal vez no lo haga. Es tan grosero que puede que decline la invitación. Tú tranquila, cierra con llave y no te preocupes, que yo te aviso. ¿Me oyes?... Hablo demasiado. —La besó y bajó las escaleras a toda prisa.

—¿Sabes rezar, Óscar? Necesito una copa, mejor dos —dijo atusándose el flequillo.

Sara abrió la puerta sin mirar, y con el corazón acelerado cerró con llave dándole la espalda. Durante unas décimas de segundo sintió su presencia y se estremeció. Un aroma a aire fresco lo envolvía todo. Entonces se giró. Estaba allí, de pie junto a la amplia cristalera que dejaba ver las luces de la ciudad. Llevaba el abrigo abierto y entre las manos la bufanda, de la que se deshizo algo nervioso dejándola sobre la mesa. Paul la observaba: su mirada era la más increíble de cuantas Sara había visto. Y él sintió que ella lo desarmaba,

literalmente. Se acercó despacio, no estaba seguro sobre lo que opinaría acerca de su repentina visita, pero ella percibió en él la misma ternura del primer día.

Sin pensar, se abrazaron. Sara cerró los ojos un instante, y sin querer, algunas lágrimas le corrieron por las mejillas. Paul buscó la mirada de ella, sus ojos verdes, las secó con los dedos y la besó con dulzura.

—No llores, por favor —susurró—. No he venido para hacerte sentir mal.

—¿Mal? Es que no podía imaginar que volvería a verte, así, de repente...

Se besaron, y saborearon aquello que habían dado por perdido.

Resultaba extraño. Eran apenas dos desconocidos, pero Paul sentía algo especial que le acompañaba a cada paso que daba, y sabía que detrás de aquellos labios sensuales había una mujer única. Se acariciaron y se besaron, sintiendo el calor de los cuerpos, la magia de estar juntos de nuevo.

—Sara, no quiero parecer atrevido —se disculpó mirándola a los ojos.

—Pues no sabes cuánto te he echado de menos...

—Yo también, por eso he venido. Necesitaba verte, sentirte, saber que estás bien. Dudaba acerca de nosotros: no pretendo inmiscuirme en tu vida, pero creo que es justo lo que estoy haciendo —le susurró en los labios.

Se besaron otra vez con pasión y Sara sintió la lengua de él dentro de la boca, dulce, sus labios carnosos, templados, y se estremeció.

Sara se detuvo. Tenerle tan cerca, saborear su calor, su aroma, rodaron vertiginosamente por el vacío de su vida.

—No puede ser —dijo dando un paso hacia atrás—. Es una locura; Leo es un ser despreciable. Su mundo es oscuro y poderoso. No imaginas de lo que es capaz.

—No me importa, lo sé y lo afronto; tenía que encontrarte, saber qué sientes. No puedo permitir que salgas de mi vida así, sin más. Ya sé quién es Leo: me lo contaste cuando nos conocimos, no lo he olvidado.

—Paul, no voy a mentirte; he soñado con los días que pasamos juntos, cada minuto. Pero no voy a permitir que arriesgues tu prometedor futuro solo por mí.

—¿Solo? ¿Crees que no eres importante? Últimamente nada tiene sentido, pero sé que te quiero en mi vida. Hay mil cosas que podemos hacer:

creo en la justicia, conozco a gente que...

—¡No! Si Leo tuviese la más mínima sospecha..., recuerda que tengo una hija. Tomaría represalias. Esto es muy difícil para mí.

Paul la atrajo contra su cuerpo; no quería separarse de ella. Se besaron de nuevo y Paul la miró a los ojos.

—No voy a esconderme, Sara, no soy un cobarde.

—Lo sé; no pienso eso de ti, es por mí, por favor.

—Lo último que haría sería perjudicarte, pero no se puede vivir con el miedo ni la amenaza como si fuese tu propia sombra.

—Entonces, por favor, hazme caso. No voy a pedirte que te conviertas en mi amante; siempre he sido sincera contigo: sabías desde el principio que estaba casada. Dame tiempo, por favor.

—De acuerdo, Sara, haré lo que me pides, aunque no comparto esta forma de proceder; me siento como un intruso y no me gusta en absoluto.

Sara le dedicó una dulce sonrisa. Se sintió niña, la muchacha ingenua y atrevida que fue y que vivía en lo más profundo de su corazón.

—Esto es tuyo —añadió Paul entregándole su caja de los secretos y sentándose sobre la mesa, mientras ella permanecía de pie y la abría sorprendida.

—¡Paul!, ¡Dios mío!, ¿la has guardado todo este tiempo? —sonrió.

—Así es. Pero dime..., ¿puedo saber al menos qué guardas en ella?

—¿Miraste en su interior?

—Por supuesto que no. Palabra de honor. —Paul levantó la mano derecha en señal de juramento y esbozó una sonrisa. Su mirada era limpia, tanto como la nieve que comenzaba a caer resbalando sobre el cristal.

Sara sonrió también. Vio en sus ojos lealtad, honor, honradez, cualidades únicas; jamás había conocido a nadie como él.

—Verás, en ella guardo mi vida, secretos, fotos, recuerdos. Lo poco que conservo de mi pequeña, de mi amiga Julia. Algunas pertenencias de Florence, de quien aprendí el desapego a las cosas materiales; sin embargo, estas tienen una importancia indescriptible... También el diario que mis padres me regalaron cuando cumplí dieciséis años, en el que cuento vivencias que en ocasiones leo y revivo. ¡Mira!, este lazo perteneció a un bote de

mermelada de pétalos de rosas.

Paul sonrió de nuevo y continuó en silencio. Comprendió entonces que Sara se había convertido en mujer de manera precipitada y que añoraba a la niña que fue, que se había marchado sin despedirse y que andaba perdida entre aquellos recuerdos.

—¿Qué piensas? —preguntó ella ladeando la cabeza.

—Nada, continúa por favor.

—Te decía que supuso una gran alegría para mí recibir esta caja de las manos de mi buena amiga Florence. Detalles que, aunque puedan parecer insignificantes, forman parte de historias hermosas, solo mías.

—No son insignificantes, pero sí muy tristes, Sara; hay tanta nostalgia en lo que dices..., y eres muy joven para acumular todos esos recuerdos.

—Sí, tal vez. Pero es lo que tengo. Voy perdiendo cosas por el camino sin querer, y estos detalles me acercan a ellas. No creo que puedas comprenderme.

—Sí te comprendo, Sara, y cada instante a tu lado no hace más que reafirmar lo que pienso de ti. Prométeme algo —dijo rodeándola con los brazos sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Qué?

—Nunca, óyeme, nunca escribirás nada sobre mí en ese diario. No voy a ser un recuerdo en tu vida. Formaré parte de ella, seré tu presente hasta el final de nuestros días. ¿Me oyes? Prométemelo.

—Te lo prometo —contestó con su eterna y triste sonrisa.

Se abrazaron, y unos toques en la puerta precedieron a la voz de Marcial.

—¡Sara, querida!, ¿estás ahí? —susurró—. Disimulad. Lo siento mucho, chicos, en serio, pero Leo acaba de hacer acto de presencia junto a Parker y familia. Paul, creo que será mejor que te apresures a acompañarme, y Sara, baja con Óscar, por favor, o esto puede convertirse en Chicago años veinte.

Leo se distraía complacido ante la asistencia de numerosos rostros femeninos en compañía de Margaret, quien no dejaba de agasajarle. Paul salió sin ser visto y Sara le observó tras los cristales. De repente, él se detuvo y sintió que el corazón le daba un vuelco. La buscó con la mirada y le hizo un guiño antes de perderse entre la gente.

—¡Sara!, mi *bellissima* Sara, ¿qué ocurre? ¿Estás triste? No entiendo.

—¡Leo!, ¡qué bien que hayas podido venir!; es que... ¡estoy emocionada!
—mintió.

—¡Ahora bebamos!, *festeggiare* la apertura! —añadió con una copa entre las manos. Se sentía satisfecho. Se habían dado cita algunos de los empresarios más importantes de Manhattan: joyeros, modistos, modelos y gente del mundo del espectáculo, que no quisieron perderse el acontecimiento. Sin proponérselo, Sara le abría las puertas a una nueva clase social, gente respetable de la ciudad—. Curioso, *ma*, ¿no ha venido ese *peculiare* chico amigo de Marciale, Paul? Llegó a casa hace rato buscándole.

—¿Quién? No le he visto —respondió Sara mostrando desinterés.

—Sí, ha venido, pero se ha marchado; ha sido como una aparición —se apresuró a decir Marcial.

—¿Qué *extrano*!, parecía tener muchas ganas de *vedere* —repuso Leo.

—Es que el pobre no está bien, y tal vez tanta gente le ha asustado. Mi amigo, es decir, su padre, tiene un enorme disgusto. Veréis, la madre de Paul es hija de una prima segunda del padre, que a la vez se había casado con un medio primo suyo, bueno, medio primo o medio hermano, no lo recuerdo bien... ¡Hace tanto tiempo de aquello! Sinceramente, se trata de una historia increíble y retorcida, muy retorcida..., mezcla de sangre. ¡Así nació el pobre chico! —Sacudió la mano.

Ni los Parker ni Leo lograron entenderle. Había relatado en pocos segundos una extravagante historia que no interesaba a nadie y había mezclado el inglés con el castellano a su libre albedrío.

Leo se apresuró a alejarse de su lado: Marcial le alteraba los nervios y se dispuso a mostrar el establecimiento a los Parker. Opinaban que Marcial era un desviado excéntrico y alocado, que estaba a punto de perder el juicio.

—¿Qué sofoco! ¿Dónde tengo mi botella de agua de azahar?

—Toma, la tengo aquí. Deberíamos continuar atendiendo a nuestros invitados, ¿no te parece? —propuso Óscar.

—Gracias. Este día no lo olvidaré jamás.

Sara tuvo que mostrar la mejor de sus sonrisas y continuar con su vida como si no hubiese sucedido nada, aunque lo cierto era que todavía temblaba.

XII

—¿Sabes dónde te estás metiendo, Paul? —preguntó Amy asomada a la puerta al verle llegar.

—Sí —respondió tras dejar el abrigo en el perchero, momento en que se percató de que había olvidado la bufanda. Sonrió.

—Papá te espera en la sala de estar; lleva toda la tarde ahí, encerrado.

—Pues ¿qué se le va a hacer? —repuso desganado, y entró en la sala donde estaba su padre.

—¿No tienes nada que contarme? —preguntó Richard, que con paso decidido llegaba al recibidor al mismo tiempo que Amy desaparecía.

—¿Te refieres al Saint John's? El año pasado quedó claro, papá. Seré médico, te guste o no.

Richard estaba furioso: no era ese el futuro que había planeado para él. Paul estaba capacitado, tanto por sus cualidades personales como por su alto rendimiento militar, para llegar algún día a ser jefe del Estado Mayor, y él mejor que nadie podría ayudarle a conseguirlo. En esos momentos temía que sus intentos fracasasen si no le hacía cambiar de opinión.

—Estás tirando por la borda mis luchas, mis aspiraciones como padre; desde que decidí vuestra formación, parece que os hayáis confabulado contra mí.

—En absoluto, solo es que no opinamos del mismo modo. Y deberías sentirte orgulloso, pues sabes que no desatenderé mis obligaciones en Point.

—¡Ya hay médicos suficientes en este país! ¿Otro Slater nenaza?

—¿Cómo has dicho, papá? Te equivocas; no tengo miedo, eres tú quien

vive acomodado detrás de un sillón. ¿Qué harían sin médicos los chicos que van a vuestras guerras engañados con frases grandilocuentes sobre la nación?

—¿Cómo te atreves a hablar así a tu padre?

Paul abandonó la sala y subió a su habitación seguido de su madre. No le apetecía montar una escena. Cuando James se marchó, rodaron cabezas, todos discutieron y su madre lo pasó muy mal.

—Paul, cariño, no le hagas caso; sabes que dentro de un rato se le olvidará.

—Pues a mí no. Creo que ha llegado el momento de marcharse sin hacer un drama de esto. Tengo mi sueldo de cadete, pronto de oficial: no necesito más.

Madeleine estaba aterrada; sintió que les estaba perdiendo a todos. Primero fue James y ahora Paul. Bajó a buscar a su esposo; parecía fuera de sí. Discutió con él mientras Amy les escuchaba desde su habitación; su madre elevaba la voz, algo inusual en ella. Amenazaba con marcharse de casa si continuaba haciéndoles la vida imposible a sus hijos. Antes de que Paul bajase las escaleras, su padre había subido a pedirle disculpas.

Amy continuaba atenta. Con la oreja pegada a la puerta, no daba crédito a lo que acababa de oír. Era la primera vez que el coronel Slater pedía perdón.

—De acuerdo, papá. Lo haré por mamá: ya ha tenido suficiente, ¿no te parece?

—No discutamos, Paul —concluyó Richard, y bajó a su despacho.

Amy, entonces, entró sigilosa a la habitación de Paul. Estaba asombrada con lo que acababa de suceder, pero no era eso lo que más le interesaba.

—Bueno, ¿no vas a contarme nada?

Paul cerró la puerta y habló con ella. Cuando Amy se proponía saber algo, era insaciable.

—Lo que no logro entender es por qué una chica como ella ha acabado con un tipo como ese. Por lo que dices, es joven, guapa e inteligente; no hay muchas chicas con esas cualidades.

—¿Por ejemplo, tú? —sonrió.

—En serio; no puedo juzgarla, Paul, no la conozco. Tal vez solo sea una pobre muchacha asustada; yo lo estaría y mucho. Has de entender que tiene

una hija y, si ese hombre es como dices, debe de sentirse atrapada. Si te quiere, estará sufriendo, y tú... has de tener cuidado; me da miedo ese tipo de gente.

—No tienes por qué preocuparte, no me ocurrirá nada, ya no soy un niño. Gracias, Amy.

Tras la inauguración de Elisa & Co., y antes de que los invitados más rezagados se marchasen, Sara obligó a sus amigos a que se apresurasen o llegarían tarde al Metropolitan. Óscar era un ferviente admirador de María Callas y *Norma*, la tragedia lírica que desde su juventud le había fascinado.

—¿Estás segura de que no te importa quedarte sola? —preguntó Marcial.

—Vamos, Pietro no me dejará; no se lo permitiría Leo. ¡Divertíos!

Al salir de allí, curiosamente Pietro no estaba. Respiró hondo y caminó despacio por mitad de la acera; la nieve crujía bajo sus pies y le gustaba esa sensación de libertad de la que en raras ocasiones gozaba. Se paró frente al escaparate de una perfumería. Una preciosa muñeca de porcelana llamó su atención. Se parecía a Elisa: tenía unos bonitos tirabuzones castaños con reflejos dorados y unos enormes ojos verdes. La dependienta le explicó que la muñeca no estaba a la venta y que solo formaba parte de la decoración.

«Las cosas materiales tienen precio, todas sin excepción, mi querida Sara», le había dicho Florence en una ocasión.

—¿Le importa avisar al propietario, señorita?

La muchacha fue incapaz de negarse ante la rotunda pero sutil petición de Sara, y al cabo de unos minutos salía del establecimiento con un bonito envoltorio y una mueca de felicidad en el rostro. «Por un puñado de dólares ese hombre vendería a su madre», pensó.

Al entrar en casa comprobó que la luz del dormitorio estaba encendida, y la sonrisa desapareció de sus labios. Leo la esperaba tumbado sobre la cama. Llevaba una bata negra de satén, abierta, y mostraba su desnudez. No pudo mirarle a los ojos; pensaba que después de haber saboreado los besos de Paul, debería estar muy loca para fantasear. Pero él le tendía la mano y le hablaba

en tono amenazador; escondía algo tras las manos que Sara no alcanzó a ver.

—Hoy no, por favor. Estoy cansada y me duele la cabeza, no puedes imaginar cómo. —Sara se desabrochaba la chaqueta de espaldas a él.

—No, Sara, ahora *vieni* al lecho con *tuo marito*. ¿Crees que soy tonto?

Leo se levantó de manera impetuosa y le asestó un fuerte puñetazo. Sara cayó al suelo y sintió cómo la sangre le salía por la nariz.

—¿Qué haces?, ¿te has vuelto loco?

Leo la levantó sin esfuerzo sujetándola de los brazos. La zarandeaba igual que a una marioneta y la ató a la cama con unas esposas que, sin saber cómo, de repente aprisionaban sus muñecas.

—¿Creías que me engañarías durante mucho más tiempo? —Le abofeteó la cara con violencia—. Tomabas medicamentos, ¿verdad? Me has *mentito per me non darmi* un hijo, *puttana*, eres una zorra con aires de *signora*. ¿Come si dice en la *tua lingua*?... ¡Putá!

Sara no podía creerlo. Leo siempre la espiaría. La desnudó rasgando su ropa sin dejar de golpearla para que se quedase quieta. La violó, vociferando que siempre sería suya, y le dolía tanto que lloraba; le rogaba, pero él, ajeno a sus súplicas, continuaba con sus descompasadas embestidas mientras le pellizcaba los pechos retorciéndole los pezones. Cuando se derramó dentro de ella sonrió satisfecho.

—No llores, Sara, que no he acabado contigo.

—Eres un miserable. Soy una mujer indefensa, ¿por qué no me sueltas y acabo contigo de una vez?

—¿Con Leo Di Benedetto? Debes de estar loca si crees que puedes luchar contra mí —pronunció soltando las esposas, y antes de que Sara reaccionase, de un golpe cayó al suelo, golpeándose la cabeza.

Estaba aturdida, sangraba e intentaba aferrarse a las patas de la cama, pero antes de lograrlo, Leo le pegaba de nuevo. Creyó que se asfixiaba. Al oírles desde la planta baja, Pietro subió las escaleras a toda prisa.

—Basta, Leo, para —gritó.

—Lárgate de aquí ahora mismo —ordenó enfurecido.

—No, esto no te conviene, ni a ti ni a la familia. Puedo deshacerme de ella si es lo que deseas, pero tu imagen quedaría muy dañada si algo se sabe,

y aunque salieses indemne ante la justicia, siempre rondaría la sospecha sobre ti. Lo más sensato será llevarla al hospital.

Leo reaccionó al escucharle. Pietro tenía razón. Se arrodilló y comprobó que Sara respiraba. La miró encolerizado. No habría dudado en acabar con su vida si se tratase de otra mujer; sin embargo, ella era diferente a todas, y se odió a sí mismo por el poder que ejercía sobre él.

—Podemos decir que le dieron una paliza de regreso a casa... Eso haremos, yo me encargaré de todo. Y tú, Leo, ocúpate de que ella no hable con la policía, con nadie. ¿Me estás escuchando? —Pietro lo sujetó por los hombros para hacerle reaccionar.

—Sí, tienes razón, avisemos a una ambulancia.

Pietro respiró aliviado al escucharle. Él no soportaba que le hiciesen daño a Sara.

Riverside coordinaba el módulo de residentes de primer año, y los chicos de Point se habían incorporado al programa. Paul tenía claro que su futura formación dependería en gran medida de sí mismo. Las herramientas se las facilitarían en la facultad, pero solo en el interior se hallaba el médico que algún día llegaría a ser.

A Paul le caía bien Riverside, no solo por sus charlas científicas, minuciosas y detalladas, sino por el modo en el que les transmitía los conocimientos más básicos; pese a ello, y aunque trataba de distraerse, no podía evitar pensar en Sara.

—Estás en otro mundo, Paul; se trata de Sara, ¿no es cierto? —comentó Bob.

—¿Te parezco patético?

—En absoluto.

Se sentía contrariado. Había telefoneado a Sara y Marcial había sido poco conciso: le había dicho que estaba de viaje y que no sabía cuándo regresaría. Bob tenía razón: estaba realmente jodido.

Su hermano James había llegado desde Washington acompañado de su

esposa. Hacía un par de años que se había casado en secreto con Young Mi, y a todos les había causado sorpresa. Richard había tenido que realizar grandes esfuerzos para disimular su insatisfacción, de lo contrario, Madeleine no se lo habría perdonado.

—¿Una coreana? —No dejaba de dar vueltas por el dormitorio mientras Madeleine hacía la cama.

—Richard, a mí también me ha sorprendido esa chica... Imaginaba además una boda por la Iglesia, y con alguien distinta a ella. Aun así, no te atrevas a hacer ningún comentario, ¿me oyes?

Madeleine trataba de disimular su descontento, no podía alimentar ese sentimiento en su marido, y tenía muy claro que no reprocharía nada a su pequeño Jimmy, como solía llamarle. Le quería demasiado para oponerse a sus deseos, y además, de hacerlo, solo ella saldría perjudicada.

Recordaba cuando James, sin contar con la aprobación de su padre, decidió formar parte de los cascos azules, Richard puso el grito en el cielo y dejó de dirigirle la palabra. Ella pasó meses medicándose, tomando antidepresivos a escondidas de su familia, y no estaba dispuesta a volver a pasar por nada parecido.

—¿Qué he hecho mal, Madeleine? —preguntó apesadumbrado, y ella se compadeció, ya que rara vez se comportaba de ese modo.

—Nada, Richard, nada; cada uno sigue su propio camino —contestó mientras él la ayudaba a colocar la funda a la almohada.

James se encontraba en una zona fronteriza y desmilitarizada durante la guerra de Corea cuando conoció a Young Mi. Le pareció la mujer más hermosa que había visto jamás. Y era fuerte a pesar de su apariencia débil. En una escuela improvisada enseñaba a leer a un grupo de niños huérfanos cuando James se asomó a la ventana y sus miradas se cruzaron. Simplemente sucedió.

—Amor a primera vista —dijo James a Paul tras la cena.

Charlaban en la sala de estar junto a la chimenea, mientras que las mujeres lo hacían en la cocina. Richard, como de costumbre, se había encerrado en su despacho; lo hacía cada vez que sentía que algo se le escapaba de las manos.

—Papa no cambiará —sentenció James sirviéndose un whisky—. ¿Te apetece tomar algo? —preguntó antes de sentarse.

—No, gracias; mañana he de madrugar: tengo clases. Pero continúa, mi hermano no se casa todos los días —le instó Paul con una sonrisa.

James se acomodó en el sofá, dejó el vaso sobre el velador de caoba y retomó la conversación.

—Young Mi había perdido a toda su familia. Una guerra horrible y sangrienta; dirás que como todas, pero a mí me lo hizo ver todo claro. Traté de explicarle a papá que no estaba dispuesto a formar parte de aquel circo orquestado por dos superpotencias. Presencí cómo soldados estadounidenses aterrorizados asesinaban a civiles en No Gun Ri, un pueblo surcoreano al que la familia de Young pertenecía. Probablemente la mayoría lo haría presa del miedo, no lo sé, pero fui testigo de cómo chicos de entre diecinueve y veinte años lloraban y corrían muertos de pánico, disparando a todo lo que se movía. Comprendí que no quería formar parte de ese lado sucio del ser humano.

—Debió de ser terrible, James; hay cosas que no podemos cambiar, aunque sí tratar de luchar contra ello. ¿Recuerdas esa frase...?, la de James Dean; decía algo así como «No puedo cambiar la dirección del viento, pero sí ajustar mis velas para llegar siempre a mi destino». Justo lo que debemos hacer.

—Eso es, hermano; no la recordaba, pero continúa pareciéndome igual de ingeniosa. Dean... tenía toda la razón, pobre chico. ¿Cuánto hace del accidente?

—Algo más de un año.

—Tú no correrás con el coche, ¿verdad?

—Tranquilo, no tengo un Porsche. —Paul frunció el ceño.

Continuaron conversando. Añoraban las largas charlas de niños cuando todos se iban a la cama. Desde que James se fue a la Academia todo cambió. Ahora, James se alegraba de que Paul fuese a Washington a cursar Medicina.

—Me quedo con lo único bueno que me pasó —añadió James—. ¿Te he dicho que Young me contó que al verme supo que yo era el hombre con quien siempre había soñado?

—¿Y dices que no está loca? —bromeó Paul—. Nunca me has hablado de

tu etapa anterior, y me gustaría escucharlo de ti; papá solo cuenta lo que le apetece o inventa sin más.

—Eso es típico en él. Yo entonces era un niño de academia que seguía sus consejos. Cuando tuve conciencia, ya pesaban sobre mí muchas muertes. No dormía, Paul, y el sentimiento de culpa me acompañará siempre.

—Te entiendo, pero cumplías una misión. Es lo que nos enseñan.

—No es lo mismo que experimentarlo. No olvidaré el mes de junio del 50, una fecha de la que te hablarán poco o nada.

—¿Qué ocurrió?

—Te lo diré porque a nadie le interesa recordar que los norcoreanos contaban con un buen armamento soviético, mejor que el nuestro; pero eso no lo dicen. No estábamos preparados para una contienda de ese nivel, ¿comprendes? No somos esos héroes que retrata la prensa sensacionalista. La verdad no siempre interesa, hermano. Pero lo que sí es cierto es que cada vez que los gobiernos se equivocan, sobre el campo de batalla hay seres humanos, no fichas de colores como las que papá y sus colegas colocan sobre mapas como si se tratase de un juego de mesa.

—Te comprendo, James; tampoco he nacido para eso.

—Sufrimos, Paul, yo sufrí. Los marines fueron muy valientes resistiendo en el perímetro sur hasta que llegamos los de las fuerzas aéreas, *los ángeles salvadores del cielo*, como nos llamaban los chicos de tierra; logramos algunas victorias, si puede llamarse de ese modo. —James dio un sorbo al whisky—. El sonido de la guerra es aterrador, créeme.

Paul supo que James necesitaba olvidar y quiso poner fin a la conversación; sin embargo, su hermano continuó. Necesitaba desahogarse con él.

—El día de año nuevo del 51 hablé con mamá. Le dije que me encontraba bien, que no me ocurría nada. No me creyó; ella sufría por mí desde el principio, creo que desde que me gradué. Aquel día las fuerzas comunistas de China y del Norte de Corea atacaron a lo largo de todo el frente; capturaron Seúl y se comenzó a especular acerca de detener las tropas chinas bombardeando con armas atómicas. Entonces lo tuve claro: en nada se parecía tener que derribar a los Mig 15 soviéticos con lanzar bombas

atómicas sobre la población. Había partidarios de toda índole, y de repente descubrí que aquellos a quienes consideraba mis amigos se habían vuelto locos, estaban desquiciados, querían matar por matar. Llamaban con desprecio *los putos amarillos* a todos, ya fuesen del norte o del sur, y lo peor de todo era que a nadie le importaba aquella pobre gente.

»Entonces me di cuenta de lo que te comentaba al principio, que aquella guerra no era más que una prueba armada entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que jugaban a medir sus fuerzas buscando su beneficio político.

—Comprendo, y opino igual que tú, pero no discutas con papá sobre ello, o no acabarías la conversación en años.

—Lo grave del conflicto de Corea, Paul, era que lo que menos le importaba a nadie era precisamente eso, Corea...

—Una maldita lucha de poderes.

—Exacto. Fue entonces cuando me hirieron, y me salvó en todos los sentidos.. Los compañeros de rescate llegaron a tiempo y ahí acabó todo. Pero en tierra todo era desolador: gentes harapientas mendigando alimentos, niños llorando... Los aliados no sabían qué hacían allí, ni por qué peleaban, y después te enterabas de que la opinión pública de tu país condenaba el hecho de que Estados Unidos se hubiese enfrentado a una guerra inútil como la de Corea. No había resultado una victoria militar y, en cambio, había ocasionado una gran pérdida de vidas humanas y una nueva recesión económica; en fin, descontento general como resultado. ¿Qué demonios hacíamos allí, entonces? Así que decidí abandonar. El resto ya lo conoces.

—James, fuiste un valiente. Pusiste fin y eso es lo que cuenta, con lo único que deberías quedarte.

—Tienes razón. Después vivimos dos años en Corea e hicimos cuanto pudimos para ayudar a su pueblo, y en esa etapa papá dejó de hablarme. Evité mencionar a Young porque no quería que las cosas en casa empeorasen entre papá y mamá, no porque me avergonzase de mi mujer, que es lo que él opina.

—Debe darte igual. Cuando conoces a alguien especial, sabes que es la persona con quien quieres compartir el resto de tu vida.

—Exacto, hermanito. A propósito, ¿te has enamorado?

—No, aún no. —Evitó hablar de Sara.

—Pues lo ha parecido —sonrió—. Más tarde decidimos comenzar lejos de todo y nos trasladamos primero a Seattle. Esa historia ya la conoces, cuando pasé a formar parte de la compañía Boeing, y que conste que he sido uno de los primeros comandantes de vuelo en pilotar el siete cero siete —y volvió a sonreír.

—Me alegro por ti. Sé que las cosas te van bien. Eres un hombre afortunado; no pierdas lo que has conseguido: tu sacrificio ha merecido la pena.

—Óyeme, solo vivimos una vez, y no cambiaría nada de lo que he hecho hasta ahora, incluido los errores, te enseñan a valorar lo que tienes. Recuérdalo, y haz siempre lo que te dicte el corazón.

James acabó su conversación y se dio cuenta de que el vaso estaba lleno. Cuando hablaba con Paul se olvidaba de todo.

XIII

Sara despertó en la cama de un hospital. El vendaje le oprimía la cabeza, y el ojo izquierdo estaba tan inflamado que solo veía sombras. Tampoco podía moverse: tenía algunos huesos rotos y respiraba con dificultad. Marcial lloriqueaba sentado a su lado acariciándole las manos.

—Marcial, sal de la habitación, por favor: quiero *parlare* con *la mia* mujer.

—Por supuesto, Leo —respondió, y salió dejando la puerta entreabierta.

—¿Cómo te atreves a venir después de lo que me has hecho?... Eres un vulgar asesino, un ser despreciable —Sara apenas podía alzar la voz.

—Tranquila, Sara, no te fatigues. *Non* tengo *intenzione* de hacerte daño nunca más. Pero recuerda, te golpearon antes de llegar a casa. Venías de la fiesta y no sabes quién fue, porque no viste a nadie, ¿capito? Pietro y yo te encontramos en *questo* lamentable *stato*. Es *tutto* lo que vas a decir a la policía. Si lo haces, pensaré en eso que me pides tan a menudo..., ¿cómo se llama?..., ah sí... —continuó en tono amenazador—. Tu amiga Julia podrá venir con esa niña ¿huerfanita? ¿Elisa, no es ese su nombre? En cambio, si me involucras, nunca las verás, desaparecerán del *mappa*, se acabó. ¿Entendido? Ahora te dejo, mi bella Sara. —Le besó las manos, el cabello, le acarició el rostro y dibujó la nariz con el pulgar antes de salir de la habitación mirándola fijamente a los ojos.

Sara se había dejado intimidar y creyó que el corazón iba a estallarle en mil pedazos. Cerró los ojos y deseó asesinarle. Sintió rabia, dolor, repugnancia y sobre todo impotencia. Se ahogaba, vivía inmersa en un

mundo de crueldad, engaño y traición, y no podía más. Ella no era una asesina, aunque tuvo la sensación de que se encontraba a un paso de convertirse en ello.

La enfermera entró en la habitación para comprobar la medicación, y Marcial tras ella.

—¡Sara, cariño! —Corrió a su lado y aguardó unos minutos en silencio hasta que se quedaron solos—. Esto no te ha ocurrido en la calle, ¿verdad? Os he escuchado, pero ya lo sabía. —Secó sus lágrimas con un pañuelo de seda color violeta.

—Sss, no puede oírnos nadie, ¿me entiendes? Por favor.

—¡Asesino!, ¡asesino, infame, canalla! ¡Yo lo sabía, lo sabía! —Marcial hablaba en voz baja, maldecía a Leo caminando de un lado a otro de la habitación.

—No digas nada, prométemelo.

—¿Pero sabes lo que me estás pidiendo? Yo solo lo ahorcaría con mis manos, ahora mismo. No puedo, Sara; ese loco acabará con tu vida.

—Escucha, deja de hablar y de dar vueltas, por favor: no tengo fuerzas.

Marcial se acercó a ella.

—Dime, mi niña, dime; ya me callo.

—Acaba de amenazarme, ¿entiendes? Si lo denunciamos por una paliza, le dejarán libre en unas horas, y ya sabes lo que hará después. Ha pronunciado el nombre de Elisa, de Julia. Por favor, te lo ruego.

—Tranquila, tranquila, me morderé la lengua si es eso lo que me pides, pero esto no puede quedar impune, ¿no lo entiendes?: podríamos contratar a un sicario —suspiró, y bebió agua de azahar de su pequeña botella azul.

—Siento que formes parte de esta vida tan ruin. No mereces nada de esto. Prométeme que no cometerás ninguna locura, ¿de acuerdo?

—Respecto a eso, ¡no lo sé!, no puedo prometerlo; ese cerdo va a acabar con mi cordura. Pero... nunca digas eso otro, eso de que sientes que forme parte de tu vida; soy la persona más feliz del mundo por tenerte, jamás te dejaría, y lo sabes. Solo es que debes comprenderme: eres como una hija para mí, mi amiga, mi confidente, todo. Yo no tenía a nadie más que a Florence hasta que llegaste tú. Tal vez demasiados conocidos, pero amigos... —

Marcial lloró y Sara con él.

Sara había permanecido inmovilizada varias semanas, y ese día, al fin, acababan de retirarle los vendajes y yesos; en breve le darían el alta.

—María, ¿qué día es hoy? —preguntó mientras la muchacha arreglaba las flores frescas. Leo cada día le llevaba rosas, y ella las regalaba o las tiraba a la papelera.

—Domingo veinte de enero. No se habla de otra cosa que no sea de la nueva investidura de ese hombre..., Eisenhower. ¿No has visto las noticias? No me interesa en absoluto la política, pero están pesados con la noticia. Bueno, te dejo con Marcial, y come, que estás muy delgada —se despidió besándola en la frente.

Marcial, contemplando la escena, sujetaba una carta. Sara se incorporó: deseaba leerla, porque sabía que era de su amiga Julia.

—Sara, ahora que todos se han marchado podemos hablar. Es respecto a... ¡tantas cosas!

—Lo sé. ¿Pero me das antes la carta?

—¡Claro, toma, anda, toda para ti!

Las líneas de Julia emocionaron a Sara. En ellas le hablaba de Elisa, que pronto cumpliría cinco años, y Sara no pudo contener las lágrimas. Le mandaba una foto de la pequeña. Se parecía mucho a ella.

—Ha llamado en varias ocasiones, me refiero a Paul. No he querido hablarte antes de él para no alterarte, y tampoco he podido desvelarle la verdad de lo sucedido: habría cometido una locura. Le he dicho que estabas de viaje, que...

—Has hecho lo mejor. —Sara le interrumpió echada sobre la almohada con la foto de Elisa entre las manos—. ¿Te ha dicho algo más?

—Bueno, la última vez que llamó dijo que regresaba a la Academia, y, me ahorraré los detalles, estaba muy afectado; me dejó su número de teléfono.

Sara lloró: las lágrimas resbalaban sin control por las mejillas. Miró las

flores que estaban por todas partes. Leyó la nota del ramo, atado con un gran lazo rojo, que había sobre la mesita de noche. «Para mi *bellisima* Sara de su amante esposo.» Llena de rabia, hizo añicos la tarjeta.

—¿Quién ha enviado el resto? ¿Son todas de Leo?

—No, tu querida suegra ha enviado aquellos crisantemos. ¡Qué mal gusto! En mi tierra esas se llevan al cementerio, y supongo que en Italia también. ¡Esa lo lleva en la sangre!

—¿En la sangre?

—La mala leche, como diría mi abuela Pepa. Aquellas de allí son de tus cuñados y aquel ramo de rosas blancas lo trajo Óscar. No ha querido molestarte, aunque también está muy ocupado. ¿Sabes que las ventas se dispararon en Navidad?

—Me alegro. Es muy buena persona..., no le dejes marchar.

Marcial se sentía rejuvenecer junto a Óscar, le gustaban sus ideas y diseños. Incluso verle dibujar bocetos le resultaba fascinante.

—Tienes razón, Sara, no debería dejarle escapar, pero me da tanta vergüenza mostrar mis sentimientos, y no creo que él esté preparado para una relación seria, por no hablar de lo desamparados que estamos todos, los de mi condición, quiero decir. Mejor será ir poco a poco.

Marcial le dio la bufanda de lana blanca y Sara sonrió tristemente, la cogió y se la llevó a la nariz, aspiró su aroma: olía a él y sintió su soplo de libertad. Cerró los ojos y le sintió cerca.

Una mañana más, de lluvia y cielo gris, estacionó el Ford Custom del 49 convertible en el recinto de la Academia y se abrigó el cuello subiendo la solapa del abrigo. Habían sido las Navidades más inesperadas y tristes de su vida.

Entró en la habitación y se tumbó sobre la cama. «Servicio, Honor y Patria. Un cadete no mentirá, no engañará, no robará, ni tolerará que otros lo hagan.» Era la frase que aparecía escrita en el enorme cartel que Peter había colocado sobre la pared de la habitación, y la que durante años repetían a los

cadetes de West Point.

Pensó en su padre, un sobresaliente militar condecorado con la medalla de honor por su participación en la Segunda Guerra Mundial. Le habría sido difícil competir con él de haberle interesado, en cuyo caso, su vida habría estado trazada de antemano, y eso era algo que no le atraía en absoluto.

Miró a través de la ventana. Hacía viento y los árboles desprovistos de hojas golpeaban con las ramas los cristales. El mes de junio tardaría en llegar, y hasta entonces no sería libre y cada día lo percibiría gris.

El frío del invierno parecía habersele instalado en el corazón, y con un gesto, trató de quitarse a Sara de la cabeza, pero no podía: era como si la llevase impresa en el cerebro, y se descubría amándola en aquel camarote que yacía bajo las profundidades, descubriendo su sonrisa y compartiendo sus secretos. Solo con desearlo podía ver la franqueza de la mirada de ella, el aroma, la piel. Nunca había sentido algo tan dulce y desgarrador al mismo tiempo; no quería perderla, si es que alguna vez le había pertenecido. Pero Sara andaba extraviada entre el laberinto de su vida y sus secretos; esos les acompañarían siempre.

A veces le asaltaban dudas y perdía la esperanza, otras imaginaba una vida junto a ella. Pero en esos momentos necesitaba centrarse en sus estudios y guardar su melancolía en algún lugar del corazón. Confiaba en que Marcial le entregaría su número de teléfono. Cogió la carpeta y se dirigió a la biblioteca.

Sara regresó a casa tras semanas en el hospital. Al fin retomaba su vida y era lo único que le importaba, aunque, lamentablemente, Leo continuaría formando parte de ella. Pietro la observó unos instantes a través del retrovisor sintiéndose culpable, y ella le devolvió la mirada, impenetrable. Cuando el Hudson Hornet se detuvo en la entrada principal, Leo se apresuró a abrirla la puerta y le ofreció el brazo. Sara se apoyó en él mirándole a los ojos, y Leo vio algo en ellos que le hizo estremecer: un simple gesto que le produjo escalofríos. No entendió a qué jugaba su mujer, pero era la primera vez que

alguien le intimidaba de ese modo tan simple.

—He *organizzato* una *piccola* fiesta en tu honor. Solo algunos invitados. *Mamma* Francesca no vendrá, y lo lamenta, pero *preferisce* no molestar a los enfermos.

Sara tragó saliva. Era despreciable: tenía el descaro de llamar a lo sucedido enfermedad. Marcial la abrazó y besó cogiéndola del brazo.

—Tranquila, cariño; estaré a tu lado, siempre —le susurró al oído.

Los Parker aguardaban en el salón junto a los hermanos de Leo para darle la bienvenida.

—Mira, Sara, la familia feliz y unida —murmuró Marcial en tono burlón.

A Sara la velada se le hizo insoportable. Leo había ido demasiado lejos organizando aquella farsa, y enseguida se disculpó para retirarse a descansar.

Pero al abrir la puerta del dormitorio sintió que el mundo se le venía encima. Imágenes retrospectivas se repetían en la cabeza. Leo la golpeaba, se asfixiaba, sentía dolor... Entornó los ojos y cerró la puerta. «Jamás volveré a dormir aquí», pensó.

Desde el primer día que se instalaron en la vivienda, le había gustado una habitación en particular que le inspiraba sensación de hogar.

—¡Es preciosa, Sara, el dormitorio con más *glamour* de todos! Me recuerda al que tenías en Barcelona, el del edificio Gaudí, con Florence. Bueno, voy a pedir a María que me ayude a trasladar tus cosas —dijo Marcial con una sonrisa.

Era una habitación original, en forma semicircular y presidida por una cama redonda con dosel. Contaba con una amplia terraza que dejaba pasar mucha luz. Los muebles de haya blanquecina le conferían un aspecto armonioso y compacto.

—Ahora será solo mía. —Había meditado durante su estancia en el hospital y, a pesar del miedo, tenía decidido mostrarse fuerte, o estaría perdida.

Era un día apacible. En las cornisas de los edificios quedaban restos de nieve, y contempló el bullicio de la gran ciudad: desde allí podía ver el Empire State. Había visitado el mirador de aquel edificio con Florence. «Mira, Sara, una vista espectacular, pero... ¿sabes lo que más me fascina?,

que los rascacielos me acercan a las estrellas.» Florence acostumbraba a hacerle preguntas divertidas. Nunca hubiese imaginado que regresaría a la ciudad sintiéndose tan desgraciada.

Marcial ayudaba a Sara a instalarse en su nuevo dormitorio cuando escuchó una conversación extraña entre Leo y Parker acerca de tráfico de heroína.

—¿Drogas? No sé qué traman, no entiendo cómo Parker... —dijo Sara perpleja.

—No quería preocuparte. —Marcial dio un sorbo al agua de azahar que siempre llevaba en su pequeña botella azul—. Pero en tu ausencia he comprobado que Parker sabe más de lo que imaginábamos; es un tipo raro, un bicho igual que Leo.

—No te preocupes. Dime cuanto veas y escuches; tengo que averiguar qué trama. Sospecho que hay mucha gente involucrada, y tal vez, cuando conozca sus secretos, pueda dominarle.

—¡Me das miedo, Sara!

—No voy a jugar a detectives, pero no puedo delatarle sin pruebas.

Marcial se sentó junto a ella y le cogió las manos.

—He guardado tu caja de los secretos en la de caudales del despacho, y he puesto allí el número de Paul.

—No voy a llamarle, no puedo hacerle eso.

—Cariño, tal vez cuando estés más centrada en tu vida, dé un giro y todo cambie. Pero no pienses en los errores cometidos; hay que mirar hacia delante, siempre. Eres una chica fuerte y te admiro. Superarás todo en la vida.

Cuando Leo despidió a los invitados fue a buscarla, y encontró que las cosas de Sara habían desaparecido. Durante unos segundos pensó que le había abandonado, y un sudor frío le recorrió la piel. La buscó por toda la casa hasta que la localizó en la biblioteca; sostenía el libro de Daniel Defoe *Moll Flanders*. El preferido de Florence; ella a menudo le decía que las mujeres eran capaces de seguir siempre adelante, a pesar de las adversidades.

—Creo que ha llegado el momento de hablar, Leo, de que me escuches con atención. Sabes que no voy a denunciarte porque cumplirías tus amenazas. Sé qué clase de persona eres, pero no te acerques a mí, no vuelvas

a ponerme una mano encima o te juro que yo misma te mataré. Seguiré compartiendo mi vida contigo si ese es el precio que he de pagar para proteger a las personas que amo, pero no vuelvas a amenazarme o no vivirás para contarlo.

Leo parecía contrariado; jamás le había hablado de ese modo, aunque supuso que se trataba solo de una pataleta, y optó por no tenerlo en cuenta.

Respiró aliviada: le había costado, pero debía hacerse respetar. Cuando Leo salió de la estancia se distrajo revisando los nuevos diseños de Elisa & Co. Dejó su preciado libro en el cajón y, frente a una taza de té, cogió algunos bocetos.

Habían hecho un trabajo formidable: reflejaba un estilo sencillo y colorista. Una apuesta arriesgada dado que se enfrentaban al estilo sobrio del momento.

—Sencillamente genial —pronunció al ver a Marcial entrar en la biblioteca.

—Gracias, cariño, y hay algo más sobre lo que quería hablar contigo. Kate Dawson, ¿te suena? Sé que no, pero tiene *glamour*; lleva joyas, sombreros y gafas de marca, una especie de agente publicitario, y le ha fascinado nuestro estilo, fresco y diferente y...

—¿Qué? ¡Vamos, me tienes intrigada!

—¡Le encantaría proponernos a la organización de diseñadores y presentarnos en la próxima Semana de la Moda!, aquí, ¡en Nueva York! —gritó.

—¡Pero, Marcial!, ¡eso es... es fabuloso!

—No puedes imaginar lo que me ha costado guardar el secreto. Estabas tan triste y desganada... ¿Sabes que esa señora tiene detrás a los periodistas de las revistas más importantes de Nueva York? Y dicen que tiene un sentido especial para distinguir a futuras estrellas. ¿Imaginas que nos hiciésemos mundialmente famosos?

XIV

Elisa & Co. se había convertido en una válvula de escape para Sara y cada día se enfrentaba a su trabajo como un nuevo reto. Sentada en la biblioteca, cada noche trabajaba hasta acabar agotada. En ocasiones cogía la foto de Elisa, una niña preciosa de ojos grandes, verdes, como los suyos. La besaba y la devolvía al pequeño sobre en el que la guardaba, en un cajón bajo llave. Y siempre le acompañaba la idea de que no tardarían en reencontrarse.

Aquella noche Pietro llamó a la puerta entreabierta.

—*Buona notte...* Leo me pide que le comunique que no *tornera* hasta mañana a mediodía. Si no necesita *qual cosa*, bajaré a descansar.

—¿Y es tan educado que le pide a su mensajero que me informe?

Pietro acababa de cumplir los treinta y la familia Di Benedetto le pesaba; siempre sería el chico de los recados, pero había crecido entre las bandas de Sicilia y eso le convertía en uno de ellos. Era viudo desde hacía algunos años, y desde entonces no había mostrado interés por ninguna mujer en especial.

—Pasa y siéntate, por favor —le pidió Sara con una mirada franca.

—*Non* creo que eso sea *buona* idea, *signora*. El Don no lo *aprovalo*.

—Pero Leo no está aquí y creo que deberíamos hablar. ¿No te parece?

Sara le interrogó durante algo más de una hora, y aunque parecía contrariado, acabó revelándole ciertas informaciones útiles. Le habló de Bill y de la preocupación de Leo por la vinculación del irlandés con Antonino.

—Verá, *signora*, no puedo profundizar en esas cuestiones, le debo *molto* a la familia Di Benedetto.

—¿No eres quien te encargas de los trabajos sucios de mi marido? Te oí

aquella noche cuando casi me mata, le encubriste y eso fue un acto de cobardía.

—*Scusi*, yo jamás haría daño a una *donna*; trataba de protegerla. —Bajó la mirada. Tenerla cerca le incomodaba. Le atrajo desde el primer momento en que la vio, y nunca olvidaría el día que llegó a la casa de Palermo cogida del brazo de Leo para anunciar su compromiso.

—Necesito que me digas qué hace mi marido esta noche, dónde se ha reunido, con quién y para qué. Como has podido comprobar, soy una marioneta en sus manos, y no llegaría a nada enfrentándome sola a él, pero necesito saber cosas; tal vez algún día pueda utilizarlas.

—Pero *questo va* contra la ley del silencio, señora; no puedo, hice un *giuramento*. Sería firmar mi sentencia de *morte*.

—Debes confiar en mí, por favor. —Sara se levantó y sirvió un par de copas.

Pietro la observaba: era una mujer muy atractiva y sensual. Sara le tendió el vaso y se acomodó junto a él en el sofá.

—Gracias —pronunció él sin mirarla a los ojos; tenerla cerca le excitaba hasta el punto de hacerle sudar.

No pudo resistirse al modo tan sutil en el que le interrogaba y acabó respondiendo a todas sus preguntas. Le explicó que Leo y sus hombres se habían reunido en el Copacabana con el irlandés; pretendían conseguir información a ritmo de salsa sobre una de las bandas de Sicilia instaladas en Nueva York y que dominaba el control de la heroína. Aunque Leo pretendía desvincularse de esas complejas redes de contrabando, eran muchas las familias que habían depositado su confianza en él y vivían de ello. Todos le llamaban el *Capo di tutti capi* y Leo comenzaba a desesperarse. Pero también necesitaba dinero.

—Pero ¿qué hace Parker con Leo?

—Asuntos de gobierno, señora. Contándole *questo* me juego el cuello.

—¿Asuntos de gobierno? No entiendo.

—En estos momentos no puedo responder con exactitud, pero, créame, John Parker no es tan inocente como usted opina, y me temo que ambos necesitan dinero para *finanziamento*.

Sara le miraba perpleja, y Pietro sintió que el pulso se le aceleraba. Dio un trago largo y acabó su copa. Cuando se levantó, Sara le sujetó el brazo.

—Hay más, ¿no es así?

—Señora, eso es todo. Si lo desea, trataré de averiguar más; ahora puedo adelantarle que tiene *contatti* con gente *superiore*. Leo ansía poder, y es por lo que está alterado: necesita a Parker y dinero, mucho dinero, por eso antes no quería involucrarse en los negocios de la familia y ahora no está tan seguro de ello.

Pietro finalmente se levantó de su asiento y se dirigió a mirar a través de la ventana.

—De acuerdo. No temas, Pietro, no diré nada —le aseguró acercándose a él.

Pietro pudo sentir el aroma de ella, un perfume dulce que se mezclaba con el olor personal.

—Y dime, por simple curiosidad, ¿continúa Leo viéndose con la misma chica? —Pietro guardó silencio y la miró a los ojos—. Vamos, Pietro, al poco tiempo de casarnos, Leo había retomado su papel de conquistador, ¿crees que no lo sé? Como también que hay alguien en el Copacabana que le gusta mucho: pasa demasiado tiempo fuera, noches enteras.

—¿Se refiere a Linda? Es una de las bailarinas. Perdome mi atrevimiento, pero no sé por qué lo hace, estando casado con una mujer tan hermosa.

—¿Qué acabas de decir? —La manera en la que Sara frunció el ceño al formularle la pregunta acrecentó su nerviosismo.

—Hermosa, he dicho que es usted muy hermosa. Discúlpeme, pero he de regresar a mi habitación. Echaré un vistazo a la casa para comprobar que todo está en orden.

Sara sonrió; había sido el modo más amable en que le habían pedido disculpas por el comportamiento de infidelidad de Leo. Y se sintió halagada.

—Gracias, Pietro. Buenas noches.

Transcurría el tiempo y Elisa & Co. se hacía un nombre entre los

diseñadores más prestigiosos de la ciudad. El negocio y sus amigos se habían convertido en su mejor terapia. Le apetecía disfrutar de esa bonita mañana del mes de abril, en la que la brisa entraba por la ventana dibujándole una sinfonía de amables caricias sobre el cuerpo. En ese instante, el revoloteo de un pequeño colibrí en la terraza llamó su atención. Volaba en todas direcciones atraído por las primeras flores del año. Sara sonrió recordando las palabras de Florence: «Es un pájaro que busca la belleza y huye de la falta de armonía. La belleza es su meta, y extenderla, su felicidad, por eso si lo enjaulas se muere».

Ella también se sentía enjaulada, y Leo llamaba a su puerta después de mucho tiempo para recordarle que continuaba prisionera. Vestía uno de los trajes favoritos de Sara y la obsequiaba con un ramo de rosas. Observó que se había peinado con esmero y que se había puesto el mismo perfume que utilizaba cuando le conoció.

—He *pensato molto* durante estos meses, y creo que sé cómo alegrarte.

—¿Tú crees? Dudo que puedas hacer algo que me haga feliz.

—No seas arisca conmigo, *il mio amore*; no soy digno de la *vostra* compañía, lo sé, pero te necesito a mi lado, eres *il* motivo por el que me levanto cada día. Aquella noche debí haber muerto antes de ponerte una mano encima. No merezco *il vostro perdono*, pero déjame concederte *qual cosa*, lo que deseas.

—No me conmueven tus palabras, Leo, pero déjame pensar en tu propuesta; tal vez se me ocurra algo.

Aquel día Sara salió a la calle y respiró profundamente. Deseaba pedirle que le permitiese viajar a España, pero debía mostrar distanciamiento hacia Julia, pues un interés desmesurado levantaría sospechas.

Los días pasaban y evitaba cruzarse con él. Cada uno hacía su vida y Leo comenzaba a hartarse. Una noche en la que, como de costumbre, había llegado a casa bebido fue a buscarla a la biblioteca, donde ella revisaba unos listados de Elisa & Co. Abrió la puerta con brusquedad y se situó frente a ella.

—Sara, he esperado a que me pidas algo, un deseo, pero continúas esquiva. He ido a la iglesia, he *parlato* con el padre Luca, me he *confessato*

con él. ¿Qué más puedo hacer *per que* me perdones?

—¿Me dejarías viajar a España? —preguntó sin levantar la mirada de las hojas.

—¡Eso nunca!, no sin mí —gritó enfurecido.

—Acompáñame, entonces —propuso sin perder la calma.

—Imposible; estoy trabajando duro para hacerme un nombre en esta ciudad. Uno del que te sentirás orgullosa. Cuando lo consiga, tal vez viajaremos.

—De acuerdo... ¿Qué tal entonces si invito a mi amiga Julia a pasar unos días aquí, con nosotros? —Sara mantuvo la mirada altiva.

—Y... ¿a cambio volverás a acercarte a mí?

—¿Con condiciones?, ¿es eso lo que me pides? Eso se llama chantaje, Leo.

—*¡Sei la mia esposa! Il padre Luca*, a quien deberías visitar, te explicaría *quali* son tus obligaciones con *tuo* marido ¡Visita al padre Luca esta semana! —gritó—. Te doy dos días, ¿me oyes?, dos días para que lo pienses y cumplas con el papel de esposa. De lo contrario, puedes olvidarte.

Decidió reencontrarse, buscar a la Sara adolescente en su interior. Y una mañana salió a la calle cargada de energía. Con una sencilla indumentaria y unos zapatos cómodos, unos Horsebit de charol, recorrió la Quinta Avenida, distraída, hasta llegar a la intersección con la 34 oeste. Fue entonces cuando reparó en que se hallaba frente al Empire State, y un impulso la llevó a entrar. Tenía necesidad de que a su mente aflorasen gratos recuerdos, emociones que un día la hicieron vibrar.

Al entrar en el vestíbulo se sintió retroceder en el tiempo. Las paredes de mármol, los adornos en bronce, su inconfundible estilo art decó le fascinaba. «Moderno con influencia cubista, pero... sin perder la elegancia», así lo había descrito Florence. De repente tuvo la sensación de que alguien la observaba, y entonces, oculta entre tantos visitantes, miró hacia atrás. Sonrió. Allí estaba él, su guardaespaldas habitual, el incansable Pietro. Sin pensarlo dos veces se dirigió hacia él con paso firme.

—Hola, Pietro. ¿Te envía Leo a seguirme?

Pietro guardó silencio y quiso sonreír, aunque se contuvo.

—*Signora*, no debe salir sin escolta. El Don me pidió *di* seguirla por su seguridad.

—¿En serio? ¿No será que teme que le engañe con otro hombre? —Sara se quitó las gafas y le miró. Estaba muy atractiva y eso a Pietro le incomodaba—. Bien, en ese caso, acompáñame hasta la planta ciento dos; me gustaría tocar el cielo —bromeó—. Después haz lo que quieras.

Esperaron frente al ascensor hasta que las amplias puertas cromadas se abrieron y él le cedió el paso. Estaba repleto de turistas cargados con sus cámaras fotográficas; otros eran empleados que se dirigían a sus puestos de trabajo. Pietro rozaba el cuerpo de Sara a causa de la falta de espacio. Reconoció entre tanta gente el aroma de ella, inconfundible para él. Ella sabía que su presencia le ponía nervioso y eso le producía una agradable sensación. Recordaba cómo, antes de conocer a Leo, disfrutaba de los hombres sin sentirse comprometida ni asustada. Jugaba al gato y al ratón con ellos; ahora su vida, en cambio, era tormentosa. Tal vez no era solo por Leo, sino por la añoranza de lo que había poseído y perdido al mismo tiempo.

Cuando llegaron a la cima del edificio, Sara se sintió libre, niña. «El mirador de los sueños», le había dicho Florence en aquella ocasión. Respiró profundamente, observando la ciudad tras los cristales: esa era la sensación que siempre la perseguía, ver la vida a través de ellos, prisionera. No pudo evitar pensar en Paul; él era libre y ella no tenía ningún derecho a arrastrarle. Pensaba que si continuaba con su vida sin poner freno, un día se levantaría y comprobaría frente al espejo que había dejado de ser joven, que estaba sola, o tal vez loca, si es que no lo estaba ya. La decisión de pintar su mente de color blanco y dejarse llevar era la mejor opción. Aceptaría la propuesta de Leo; lo aceptaría como el precio que debía pagar para poder ver a su pequeña, y el resto del tiempo se dedicaría a vivir.

Salió del edificio y permitió que fuesen los pies los que guiasen su camino. Pietro la seguiría, pero a diferencia de otras ocasiones, no se sentiría vigilada ni acosada, sino que simplemente jugaría. Intentó escabullirse entre la gente, entrar y salir de comercios y comprobar que Pietro no la perdía de vista. Quería ser niña otra vez. Aquella Sara que escribía su diario en Salamanca. De repente recordó que ese día les visitaba Kate Dawson; no

sabía cómo lo había olvidado. Miró su reloj de pulsera y aligeró el paso: tal vez no era demasiado tarde.

—Aguardaré, *signora*. El Don me ha *incaricato* que no me separe de usted bajo ninguna *circostanza* —aseguró Pietro al llegar a Elisa & Co.

—¡Como quieras! —Sara subió corriendo las escaleras hasta su despacho.

XV

La señora Dawson parecía recién sacada de una revista.

—Así que usted debe de ser la propietaria de este encantador establecimiento —dijo tras estrechar la mano de Sara.

—No exactamente; Marcial y yo somos socios —respondió ella tomando asiento—. Y Óscar se ha convertido en un pilar fundamental en nuestro negocio.

—Gracias, Sara —añadió Óscar con sus últimos diseños entre las manos.

—Y bien —dijo Sara—. Estoy dispuesta a escuchar sus propuestas.

—Les seré franca: mi empresa se caracteriza por el rigor en el trabajo y la más absoluta profesionalidad.

—Nosotros también; en ese punto estamos de acuerdo —asintió Sara.

—Pues bien, me interesa la moda de Elisa & Co.; es justo lo que la nueva sociedad demanda. Un estilo innovador. Como sabrán, el orden de celebraciones en las pasarelas es inamovible e indiscutible, y dado que la agenda para el próximo mes de septiembre quedaría algo ajustada, necesitaríamos realizar un enorme esfuerzo para ser puntuales, ¿me explico? Por supuesto, si ustedes quieren, por mi parte estoy dispuesta a intentarlo. Creo que mis socios estarán encantados en presentar a Elisa & Co. como la nueva propuesta emergente. Ustedes tienen la última palabra.

—Eso se traduce a que la nueva colección debería estar para..., digamos..., ¿agosto? —preguntó Marcial ocultando su nerviosismo.

—Si puede ser julio, mejor. Hay muchas cosas que revisar.

Óscar estaba boquiabierto. Sabía lo que eso significaría para su carrera

profesional, una vez reconocido en Nueva York, tendría la posibilidad de presentar sus diseños en Roma, Londres, París, Milán y Madrid, su ciudad natal. Triunfar en la ciudad de los rascacielos sería como tocar las estrellas. El sueño de todo diseñador. No diría nada hasta que Sara y Marcial se pronunciasen. Aunque no necesitaban oír sus palabras, porque sus pensamientos gritaban. Merecía la pena embarcarse en aquella aventura.

—De acuerdo, señora Dawson. —Sara le estrechó la mano—. Lo intentaremos.

—Es una manera informal de sellar el trato. Esta tarde me pongo a trabajar. El tema administrativo lo lleva mi asistente, el abogado Charles Wilson; él les entregará el contrato y la factura de mis honorarios. Por supuesto, cobro una vez finalizado el evento, y siempre que todos quedemos satisfechos: es mi mejor garantía para asegurarles que todo saldrá bien. Tendrán tiempo más que suficiente para estudiarlo, aunque, créanme, será bastante sencillo.

—Gracias por su confianza —contestó Sara.

—Para mí es un placer hacer negocios con ustedes.

Marcial acompañó a la señora Dawson hasta la salida y regresó con una amplia sonrisa dibujada en los labios.

—¡Qué feliz soy, Sara! ¡Óscar, esto es maravilloso! ¡Me encanta, me encanta, todo *glamour*! Justo lo que necesitamos, Óscar, sentirnos agasajados, admirados. ¿Sabéis lo mal que lo he pasado todos estos años teniendo que esconder el arte que llevo dentro?

—¡Estás loco, Marcial! —añadió Sara abrazada a él.

—Gracias a ambos —dijo Óscar con lágrimas en los ojos—. No podéis imaginar lo que esto significa para mí; sin vuestro apoyo no lo habría conseguido. Sara, eres mi ángel de la guarda.

Cuando Óscar finalizó su carrera, pasó varios años intentando vender sus diseños, visitando firmas poco conocidas e incluso ofreciéndose a trabajar gratis, con el único objetivo de que alguno de aquellos empresarios se dignase a mirar sus creaciones; trabajó muy duro, viajó con muy pocos dólares en el bolsillo hasta llegar a Nueva York, y tuvo que sobrevivir vendiendo ropa interior femenina en unos almacenes del Bronx. Estaba a

punto de abandonar la ciudad cuando tropezó con Marcial, y su suerte cambió para siempre.

Sara regresó acompañada de Pietro a casa, donde Leo la esperaba impaciente.

—Sara, esta tarde pensaba en tus *amici* de España —dijo mientras Sara, ocultando su nerviosismo, subía las escaleras hacia el dormitorio.

—¿Y...?

—Te gustaría que nos visitasen, ¿no es así? Puedo enviarles unos *biglietti* de avión... si tú... —Le cogió la mano y la atrajo hacia él.

—De acuerdo, ¿qué quieres?, ¿acostarte conmigo? —preguntó dudando si debía aceptar.

—Vamos, Sara, tienes amigos aquí también. ¿A quién le iba a *preoccupatto* que un marica se suicidase?, ¿no te parece? —Le sujetó amenazante el brazo.

Sara le miró sin dar crédito a sus palabras.

—*Andiamo*, gatita, no te enfades. Solo deseo lo que es mío, lo que me pertenece. ¿*Ricordate* cuando me *conquistato* en el casino de Montecarlo? Estabas loca por mí, como una perra en celo. —Leo le acariciaba el rostro sujetándolo.

—Eres un ser despreciable. ¿Cómo te atreves a amenazarme?:¿asesinar a mi amigo? ¿Y lo dices como si nada? Lo tienes todo planeado, ¿verdad? No pensabas viajar; quieres que sea tu esclava sin más. Eres un cobarde. —Sara estaba tan furiosa que se lanzó sobre él y le cogió del cuello. Quería estrangularle, pero las manos de Leo eran más fuertes y retiraron las de Sara sin esfuerzo.

—Ahora relájate y no cometas locuras. Esta vez no voy a *forzati*. Yo no te busqué, vivía *felize* sin una esposa y tú te empeñaste en conquistarme y me embrujaste con la *tua* belleza. Pero debes recordar que a Leo di Benedetto nadie lo abandona. Ahora quiero que te pongas *questo* para mí.

Sobre la cama había una caja forrada en seda azul con un gran lazo. Sara

deshizo el nudo mientras la rabia y el dolor le aprisionaban la garganta. Leo había comprado lencería en color negro y zapatos de tacón. La observaba tumbado sobre la cama con el albornoz abierto.

—¿He de cambiarme aquí o puedo ir al baño?

—Aquí.

—Estás enfermo. ¿Crees que soy una de tus fulanas?

—No, eres la *mia* esposa. Con mis fulanas no tengo que *laborare* tanto.

—¡Vaya! ¿Y por qué no te largas de una vez por todas con alguna de ellas?

—Ya te lo he dicho, Sara, vas a pagar todo el amor no correspondido.

Sara se desnudó bajo la atenta mirada de Leo, se puso la ropa interior tratando de ocultar el cuerpo. A Leo le excitaba. Se acercó a ella y deslizó los dedos sobre las piernas cubiertas de seda hasta alcanzar el minúsculo ligero. La piel blanca de los pechos le hipnotizaba. Leo le tendió la mano y Sara se tumbó junto a él. Verle otra vez desnudo le hacía temblar.

—Sss, no temas, querida. —Acarició su rostro—. No voy a hacerte daño, vas a disfrutar.

Le ató las manos con las esposas al cabecero de la cama y puso cuerdas en sus tobillos que también ató. Estaba inmovilizada y la respiración se le aceleraba. Leo era un monstruo y aquella pesadilla jamás llegaría a su fin. Recorrió con la lengua el cuerpo de Sara y desató el ligero con los dientes, mordisqueándole el vientre. Las manos de Leo se deslizaban por las piernas de Sara, y ella no podía hacer nada; cerró los ojos. Subido sobre ella la forzó, y tuvo que soportar sus embestidas bruscas y violentas. Por primera vez en su vida Sara rezó, rezó por que todo pasase en un segundo, por que aquel infierno acabase. Él no sabía contenerse, de modo que al cabo de pocos minutos caía desplomado sobre ella. Pero Sara no lloraba por el tiempo que duraba su martirio en ese instante, sino porque no sabía cuánto se prolongaría en su vida. Aguardó hasta que la respiración de Leo se hizo pausada. Salió de la cama sin hacer ruido y se fue a su habitación.

Después de días meditando decidió que debía acudir a la policía.

Se puso las zapatillas y en camión bajó a la cocina. Pietro estaba allí.

—Buenos días. ¿Es que nunca duermes? —preguntó sorprendida al verle.

—Buenos días, *signora*. —Estaba recién duchado y vestía de manera elegante, con un traje de chaqueta en color gris oscuro, y le resultó muy atractivo.

Sara le sirvió un café y le pidió que la acompañase.

—Necesito que me lleves a la Jefatura de Policía. Si es que Leo no te ha dado otras instrucciones para el día.

—¿La he entendido bien? —preguntó perplejo.

—Sí, Pietro, necesito algunos permisos; asuntos de Elisa & Co.

—*Non* trate de engañarme. Si es por él..., es una *questione molto* seria, y con todo mi *rispetto, signora*, no debe tomar ninguna decisión a la ligera.

—Pietro, no quiero involucrarte, pero necesito ir. ¡No puedo más!

—Escúcheme con atención: no debe cometer una locura. Su *marito* tiene contactos..., muchos, en *il mondo* de la política, y también con policías... Conozco algunos que no tendrían el *minimo scrupolo* en avisarle si usted dijese o hiciese *qual cosa* inconveniente; entonces... —bajó la voz— estaría *morto*. ¿Puede entender eso? —añadió sosteniendo el brazo de Sara. Estaba cansado de su testarudez, y Sara jamás le había oído hablar tan en serio; le vio la preocupación en los ojos.

—Huiré, me marcharé lejos, donde nunca pueda encontrarme.

—¿Huirían todos?, *suo amico?*, *sua*... ¿hija?

Sara palideció. No era posible que conociese la verdad sobre Elisa.

—Verá, *signora*, no se asuste, por *favore*. —Dejó la taza sobre la mesa y le cogió las manos—. El Don la ha vigilado desde siempre. Cuando contrajeron matrimonio, ese era mi trabajo: averiguar todo sobre usted. Su correspondencia, también a su *amico Marciale*. Jamás le hablé de aquello que descubrí, se lo aseguro, absolutamente nada. Las cartas pasaban por mis manos. *Per me* no fue grato leerlas; era su intimidad, pero... no tenía otra alternativa, por su bien.

Sara sentía que jamás despertaría de aquella pesadilla.

—Su secreto está *sicuro* con *me*. No tiene que temer. —Pietro la miró a los ojos, la voz era grave—. Recuerdo cuando Leo ordenó asesinar a su *prima* esposa y a su amante. Aquel día estábamos haciendo negocios de arte. Ella paseaba con *l'uomo*, sin saber que estábamos cerca; fue una *coincidenza*

fatale. Leo enloqueció. Traté de impedirle que siguiese con aquel disparate, pero... No se trataba de un ajuste de cuentas entre familias, era amor propio, su orgullo *maschile*, y se volvió completamente loco. Quise alertarles..., pero fue demasiado *tardi*. —Pietro se levantó de su asiento y paseó agitado por la cocina; no le gustaba recordar aquella historia—. Supe enseguida que no daría marcha atrás. Por eso guardo su secreto, *signora*, si averigua algo sobre todo eso...

—No sé qué decir. —Sara le miró asustada.

—No puede hacer nada, por ahora. Si hay alguien en quien confiar, se lo comunicaré. En serio, *signora*, quiero ayudarla.

—Gracias, Pietro, eres una buena persona, y no sé qué haces entre ellos.

—*Non* conozco otra *vita*, desde muy joven. Además..., ¿dónde iría? Sé demasiadas cosas, demasiados secretos: Leo no me dejaría marchar.

Sara se compadeció de él. Tenía razón: ninguno conseguiría liberarse fácilmente. Subió a su habitación, sintió náuseas, entró en el baño y vomitó. Se miró al espejo, estaba pálida por el miedo, pero había algo que tenía muy claro: no se dejaría vencer. Abrió el grifo del lavabo y metió la cabeza bajo el chorro de agua fría.

XVI

A tan solo un par de meses para la graduación, estaban más nerviosos que de costumbre; cada prueba contaba y el tiempo transcurría a cámara lenta.

Paul se sentía examinado a diario por los duros entrenamientos en los que se ponía a prueba la capacidad de liderazgo de los futuros oficiales. También su padre supervisaba cada examen, cada entrenamiento. Pensaba que, de haber podido, también vigilaría sus sueños. Y en ellos estaba Sara; no se hacía a la idea de que tal vez acabaría convertida en un vago recuerdo. Centrado en sus estudios, solo deseaba acabar cuanto antes y salir de aquellos gruesos muros para siempre.

«El ejercicio de mando conlleva el propósito de cumplir cualquier misión», le decía su padre a diario mientras él obviaba sus palabras.

A las seis en punto se servía la cena en el Washington Hall, edificio en el que se situaba el comedor de cadetes. La organización era ejemplar: formados en regimientos y compañías, algo más de cuatro mil cadetes agrupados en mesas de diez cenaban en poco más de quince minutos. Junto a Brian, solía sentarse Jack, el bocazas de tercero. Era corpulento y a menudo solía jactarse de su fuerte musculatura, retando a pelear a todo aquel que pasaba a su lado. Bob acostumbraba a ser el blanco de sus miradas e impertinentes comentarios. Paul había discutido en algunas ocasiones con Jack por ese motivo, hasta el día que tomó la determinación de no volver a mirarle a la cara.

Aquella tarde había llegado más impertinente que de costumbre, con sus comentarios jocosos sobre los chicos de raza negra que se formaban en West

Point. Al acabar la cena se levantó de la mesa y siguió a Paul, que caminaba hacia la salida charlando con sus compañeros y tratando de obviar sus comentarios.

—¡Eh, tú!, me dirijo a ti, Slater. ¿Quedarás con Bob en la biblioteca? Lo pregunto para no molestar a la parejita. ¿Es cierto que los negros la tienen muy grande?

La pandilla de Jack reía, y Paul se lanzó sobre él asestándole un fuerte puñetazo en la nariz, que comenzó a sangrar, y le dejó tumbado bajo la figura ecuestre de George Washington ante la mirada atónita de su inseparable grupo.

—¡Hijo de puta!, me las vas a pagar. No eres digno de pertenecer al Ejército de los Estados Unidos, defiendes a los negros...

Bob, Brian y Peter le sujetaron y le llevaron hacia otro lugar: a ninguno les convenía armar jaleo.

—¡Estás loco! Puedes organizarnos un buen lío. ¡A todos! —añadió Peter.

—Tiene razón, y sé defenderme, Paul. No quiero que os metáis en problemas por mí culpa —repuso Bob.

—De acuerdo, pero no iba a quedarme de brazos cruzados y dejar que ese fanfarrón se despachase a gusto.

—No nos metamos en líos, ¿de acuerdo? No hagamos caso a ese musculitos sin cerebro —dijo Brian tratando de calmar los ánimos.

Paul no era conflictivo, y no tenía problemas desde hacía años. Bob, de regreso a las dependencias, les contó a los chicos lo que sucedió el día que acompañaron a James a Nueva York desde Highland Falls.

—James había organizado una manifestación pacífica contra la segregación racial; nosotros entonces éramos pequeños. Supongo que en el barrio de Harlem deben recordarlo, ya que se unieron muchísimos. Después nos arrestaron, a todos, porque no teníamos permiso. El señor Slater fue a buscarnos y nos metió en el coche de un empujón, y... ¡Menudo sermón nos dio hasta llegar a casa! James nos miró y en tono serio dijo: «Ha merecido la pena, chicos, es una buena causa». Y empezamos a reír sin parar. ¡Qué miedo! Se enfadó mucho más.

—¿Qué sucedió después? —preguntó Brian.

—Nos tuvo todo el verano trabajando. Pintamos las vallas del jardín, las ventanas, cortamos el césped... Aunque la peor parte se la llevó James por ser el mayor —añadió Paul con una sonrisa al entrar en la habitación.

—Eh, Paul, acaban de darme esta carta de Sandy. —Peter silbó y se la lanzó.

Le llamó la atención: jamás le había dado muestras de sentir algo por ella y parecía no darse por vencida. Aunque se conocían desde niños, desde que ingresó en la Academia apenas se habían visto. Pero Sandy se comportaba como si existiese algo más entre ellos dos. El problema era que en casa, sus padres daban por hecho que algún día serían novios, y eso acrecentaba los ánimos de la chica. Solo Amy sabía que a Sandy lo único que le enloquecían eran los uniformes.

Abrió la carta y la leyó tumbado en la cama. En ella le decía que le echaba de menos y que acababa de comprarse un vestido para la graduación.

—Montaje, comprobación y desmontaje de armamento: una pistola, un fusil y una ametralladora. Componentes. Dispondremos de seis minutos para ejecutar el ejercicio. —La perorata de Peter, mirando su reloj de muñeca y enumerando en voz alta los elementos, le distrajo.

—¿Es que nunca estudias en silencio, Pet? —preguntó Brian.

—No. Mañana tenemos ejercicios prácticos.

No habían acabado sus tareas cuando todos fueron convocados.

Al tocarle el turno a Paul, el coronel Richard Slater, como quería que le llamase en la Academia, aguardaba junto a la ventana de su despacho.

—¿Tienes algo que decir, futuro teniente segundo?

—Sí, he hecho lo que he considerado justo, señor.

La respuesta de su hijo le encolerizó.

—¿Has cometido una falta grave y sabes que se castiga duramente! ¿En qué estabas pensando, cadete Slater?

—En nada, señor.

—¿En nada? ¿Eres consciente de que falta poco para la graduación y que entonces te convertirás en un oficial de los Estados Unidos?

—Con todos mis respetos, señor, lo primero que aprendemos al ingresar

en la Academia es que un cadete no tolerará que se cometan actos de...

—¿Acaso no golpeaste tú al cadete Jack Epstein? —le interrumpió

—Señor, el...

—¡Un cadete debe saber cuándo y cómo actuar! ¡También cuándo callar!

—Sí, señor.

—La disciplina es la norma a la que los militares estamos sujetos, sin excepción. Desde niño te he inculcado las bases: obediencia, honor, justicia. Deberías conocerlas de memoria.

Richard exageraba; trataba de imponer en la Academia lo que en casa sentía que se le escapaba de las manos.

—Precisamente por eso, señor, también debemos...

—Deje de hablar o le arresto ahora mismo.

—¡Disculpe, señor!

—Debe quedarte claro que durante cinco años prestarás servicio a los Estados Unidos. Te dediques a lo que te dediques, ¿me entiendes? Haz el favor de no estropear nada, ni ahora, ni el día de tu graduación, ni en un futuro.

—De acuerdo, señor.

—Salga de aquí inmediatamente, Slater.

Paul sabía que se trataba de algo personal, y que muy poco tenía que ver con lo sucedido. Finalmente, nadie fue arrestado.

Cuando las clases concluyeron, la mayoría había superado las pruebas con éxito. Solo les quedaba repasar una y otra vez el desfile ceremonial. Estaban contentos y bromeaban en voz baja acerca de sus novias, a las que pronto podrían abrazar, y el solo hecho de imaginarlo les excitaba. Paul pensaba en Sara: se lamentó de que no formase parte de su vida.

Para los cadetes, ensayar el desfile formaba parte de la rutina, y lo que realmente deseaban era lo que vendría después, la noche más loca y deseada. La esperaban desde hacía cuatro largos años. Lanzarían sus gorras al aire, y se sentirían libres.

En el taller de producción de Elisa & Co. todo estaba a punto para comenzar la cuenta atrás. El mayor problema que se les planteaba era elegir los modelos acertados para el desfile, y aunque eso no tendría lugar hasta llegado el otoño, lo único que tenían claro era el enfoque que le darían. No se trataba de competir con prestigiosas firmas, sino simplemente de estar a la altura.

La organización había aprobado la participación de Elisa & Co. en la semana de la moda, pues todos sentían curiosidad hacia la nueva y original firma que había seducido a la exigente señora Dawson. Elisa & Co. tenía un vertiginoso reto que cumplir.

Óscar había sido minucioso en cada detalle, colores y tejidos. Necesitaba que alcanzasen la perfección, tal y como decía cada vez que estaban finalizando uno de sus diseños. Marcial, más impulsivo, acababa de descubrir su lado más creativo y se dejaba llevar por su instinto.

—Hasta ahora he observado que la prioridad es vestir de forma cuidada —decía mordisqueando un lápiz—. Estoy de acuerdo. No obstante, creo que las chicas no pueden sentirse cómodas con esa ropa tan ¿perfectamente correcta?

—¿A qué te refieres, Marcial? —preguntó Óscar bajando las gafas hasta llevarlas a la punta de la nariz.

—¡Qué gracioso estás, pareces un ratoncillo de biblioteca! —añadió sonriente Marcial.

—Marcial, estoy trabajando, déjate de bromas. El tiempo corre y...

—¡Chico, qué serio! ¡Relájate, respira el perfume de las flores! —replicó animado.

Óscar era estricto, cumplía las normas sin saltárselas bajo ningún concepto. En sus horas libres disfrutaba de los placeres de la vida, era romántico e incluso divertido, pero sentía pasión por su trabajo y durante ese tiempo no toleraba que nada le distrajese. Físicamente podía pasar desapercibido: su escaso metro sesenta y cinco y su extrema delgadez contrastaban con la figura de Marcial, más alto y corpulento. A pesar de ello, tenía una personalidad arrolladora.

—Me interesa, Marcial, continúa —le instó Sara.

—Verás, he observado que los diseñadores actuales siempre eligen faldas anchas o de lápiz con el mismo largo; ¡visten igual que sus madres! Mi propuesta es que los atuendos sigan un estilo acorde con la edad. ¡No hay más! ¿Qué tal atreverse con faldas más cortas en colores atrevidos? Y prestemos atención al pantalón, ¡el gran olvidado! ¿Qué sucedería si bajásemos un poco el talle, no tan... a la cintura? Quedaría sexi, atrevido: el aire que buscamos. Y los zapatos..., otro gran enemigo, ¿siempre tacón? Elegantes, por supuesto, pero no en todo momento. Incluyamos algunos más deportivos, no masculinos, simplemente cómodos. Las chicas siempre van impolutas, mientras que los chicos pueden ir a su aire. ¿No os resulta injusto? Y por último, los guantes; ¿ocultar las manos?: me resulta absurdo. ¡Fuera!, ¡mostremos uñas con color!

Óscar y Sara prestaban atención atentos a sus ideas.

—Me gusta, Marcial, has dado con la idea perfecta —añadió Óscar alzando las manos—. Una a partir de la cual todo fluya, la verdadera esencia de Elisa & Co.

—No habíamos pensado en el colectivo para quienes realmente dirigimos nuestros diseños. Si se trata de chicas jóvenes, mujeres emprendedoras y luchadoras, ¡vistámoslas como tales! —Marcial lanzó el lápiz por el aire en un acto de felicidad.

—Veréis, mientras Marcial explicaba su perspectiva, pensaba en que es justo lo que sentimos las chicas. Muchas vestimos sofisticadas y elegantes la mayoría de los días. Si nos fijamos, tanto en la prensa como en la pasarela, aparecen mujeres arrogantes, demasiado delgadas y muy maquilladas. Acabemos con eso. Y no quiero solo modelos delgadas, también llenitas, altas y bajas.

—En ese sentido, tal vez no esté de acuerdo Kate, son muy exigentes con las tallas —afirmó Óscar.

—Y nosotros seremos tajantes. O lo toman o lo dejan —repuso Sara segura de sí misma.

Óscar estaba perplejo. Sabía que Sara tenía razón, pero no deseaba tirar todo el esfuerzo por la borda arriesgándose de ese modo. Marcial, en cambio, daba pequeñas palmadas en silencio: estaba eufórico.

Kate Dawson había quedado impresionada. Sabía que había apostado por un valor seguro, y le fascinaba aquel peculiar equipo. No quiso entrar en detalles respecto a las tallas; deseaba que fuesen ellos mismos y sus ideas. El mecanismo ya estaba en marcha y podrían darse un respiro.

Sara, algo más relajada, desayunaba en la terraza contigua al salón. Rodeados de plantas y del canto de los pájaros, era como estar lejos de la Gran Manzana, sin privarse del lujo de vivir en ella.

—Te veo relajada a pesar de los días que llevamos.

—Tonterías, no hay por qué preocuparse. Tal vez sea esta paz que respiro.

—¿Cuándo llega Leo?

—Tal vez hoy, no lo sé, entonces se acabará mi tranquilidad. Llama todas las noches, aunque normalmente dejo el auricular sobre la mesa y continúo leyendo o escribiendo.

—No es que quiera recordarte ciertos asuntos, pero ¿ha averiguado algo Pietro?

—Está en ello. Leo desea poder a nivel político, y no sabemos quiénes están de su parte. Supongo que cuando regresen de su misterioso viaje podrá darme algunos detalles más.

Ambos se dirigieron a Elisa & Co. Sara subió a su despacho y abrió la caja fuerte, extrajo con cuidado su añorada caja de los recuerdos y la dejó sobre la mesa; después se sentó frente a ella. Al abrirla, miles de recuerdos le llegaron a la mente. Las navidades en las que Florence se la regaló y le mostró el doble fondo. Y allí estaba su diario, se lo llevó a la nariz, aspiró su aroma y lo abrió al azar.

17 de mayo de 1950

Ha sido horrible. He estado a punto de meterme en un tremendo lío: le han contado a mi madre que me han visto pasear con un chico, y menos mal que Julia lo ha negado todo. Es demasiado buena conmigo, pero ha tenido que mentir y eso a ella le supera. Después, cuando nos hemos quedado solas, se ha enfadado mucho. Lo que más rabia le ha dado es que no le dijese que me había visto con el tonto de Miguel.

Ya no volveré a ocultarle nada. Cree que, si ha de cubrirme las espaldas,

tiene derecho a saber dónde estoy y con quién. Siempre tiene razón. Algunas veces me gustaría parecerme a ella: es muy sensata y tiene las ideas muy claras. En cambio yo... Después nos dimos un abrazo porque nos queremos mucho, y a ella le duran muy poco los enfados.

Sara dejó de leer y depositó el diario en su lugar pensando en Julia; la echaba muchísimo de menos. Miró las fotos de Elisa y se alegró de que estuviesen juntas.

Antes de cerrar la caja sintió necesidad de coger la bufanda de Paul. Olía a libertad, aunque su olor comenzaba a mezclarse con su propio aroma.

También estaba el trozo de papel con su número de teléfono. ¿Qué podría decirle? Levantó el auricular y lo devolvió a su sitio. Sabía que le haría daño y, sin embargo, sin pensarlo se dejó llevar por el corazón. Decidida, marcó el número.

Una voz de mujer atendió la llamada. Era de su madre, le dijo que Paul no estaba, que continuaba en la Academia, y le preguntó si deseaba dejar algún recado.

Colgó el auricular sintiéndose patética, absurda: ¿qué podía ofrecerle? Acarició la preciosa caja de madera, deslizando los dedos sobre los relieves de flores y mariposas que tanto le gustaban de niña. Y la guardó en la caja fuerte.

XVII

Al bajar las escaleras, allí estaba él: Leo la agasajaba con un regalo muy especial, el Tiffany Setting.

—Un único diamante, mi *amata* esposa. Como lo eres para mí, única.

Y Sara realizó un gran esfuerzo por mostrarse complacida.

—Mi *bellisima* Sara, te he echado de menos. Tengo un asunto pendiente que no puedo posponer, pero te recogeré a la hora del almuerzo; lo he organizado en tu honor. Iremos al Divine's; también tus amigos.

Pietro la saludó desde el interior del vehículo y ella le devolvió el saludo con una bonita sonrisa; le inspiraba confianza y se alegró al verle.

—¿Te has vuelto loca, yo comer con esa brujaaa? —gritó Marcial.

—Calla, Marcial, sabes que Sara nos necesita. Cuenta con nosotros, querida.

—¿Ahora vas de bueno? Sara es mi niña, ¿me oyes? Por supuesto que iremos, sé que nos necesita; bueno, me necesita. Solo es que esa bruja me irrita.

—Deberías ir elegante y escotada; deja ver tus encantos, y eso hará que tu suegra se sienta incómoda. Este rojo es precioso —le dijo María cuando llegó a casa para cambiarse de ropa.

—¡Qué ocurrencias tienes! El rojo a mediodía... Decididamente, no.

—Lo que veo es que no tienes buena cara. ¿No estarás embarazada?

Sara palideció; no había reparado en ello. Estaba convencida de que eso era imposible, aunque era cierto que tenía algún retraso. Mientras estuvo hospitalizada, la ginecóloga le había explicado que, debido a determinados

shocks psíquicos, se podía inhibir la cadena de formación de hormonas y producir falta de regla; estaba convencida de que era justo por eso.

—¡Pero si un bebé es una alegría!

—¡Calla, María, por favor!, ¿estás loca? —repuso enfadada.

María regresó a sus tareas. Era una buena chica, y Sara se arrepintió de haberle hablado de aquel modo; pero solo el hecho de pensarlo le daba escalofríos.

Francesca y los Parker esperaban sentados a la mesa tomando una copa de vino. Un Brunello Montalcino toscano traído de Italia para la ocasión.

—¡Anda!, ahí está la bruja. —Marcial dio un codazo a Sara.

—Sss, te va a oír. Pareces un crío —repuso Óscar.

Francesca no se levantó a saludarles, sonrió con cortesía y señaló la silla que había justo a su lado, invitando a Sara a sentarse.

Francesca no soportaba la presencia de Marcial; odiaba a los homosexuales y a él en especial. Se jactaba de que en su familia todos los hombres eran muy viriles, y opinaba que ellos eran una mala influencia para su nuera.

Los Parker en cambio se mostraban amables. Margaret había cambiado, y no ocultaba la atracción que sentía por Leo.

Marcial se servía vino, copa tras copa, para soportar aquellas absurdas conversaciones que alteraban a Sara. Francesca durante el almuerzo se dedicaba a molestarla con las mismas preguntas acerca de la paternidad, y Sara la soportaba, conteniendo el deseo de decirle a Francesca cuánto odiaba a su maldita familia. De repente se le nubló la vista y, sin más, se desmayó.

Al despertar de nuevo se encontraba en el hospital, algo que sintió que se estaba convirtiendo en una costumbre. Marcial bebía agua de azahar y miraba a través de la ventana, Óscar estaba a su lado y Francesca mostraba una amplia sonrisa. Leo estaba eufórico, pletórico de felicidad.

—¡Al fin, *bellisima* Sara! ¡Un hijo! *Sono molto contento!*

Sara les miró aterrorizada, y Marcial se acercó a ella para tratar de consolarla.

—No te preocupes, mi niña, todo saldrá bien, ya lo verás.

Francesca les observaba con una sonrisa diabólica, y Marcial sintió

deseos de estrangularla.

Al llegar a casa, Sara se encerró en su habitación sin hablar con nadie, hasta que a la mañana siguiente, Leo forzó la puerta. La encontraron tumbada en la cama, inexpresiva, con la ropa del día anterior. Leo estaba muy alterado y la llevó de nuevo al hospital amenazándola con enviarla a la unidad de Psiquiatría, mientras Francesca permanecía a su lado.

—¡Si está loca, que la encierren! Cuando nazca el bebé, yo me haré cargo —añadió sentada en una silla, temiendo dejar a su futuro nieto cerca de aquel desequilibrado, como solía llamar a Marcial. Tenía un rosario entre las manos y rezaba.

—¡Pero esta mujer está tarada, Óscar! Es como si Sara estuviese... ¡agonizando! ¿Te has fijado? ¡Mi pobre niña, no me extraña que se haya quedado así! ¿Crees que mejorará? Tengo mucho miedo.

—Calma, Sara se recuperará; debe de estar en estado de *shock*. Y respecto a esa vieja bruja, mejor no prestes atención. Pertenece a ese tipo de cultura ancestral. —La voz de Óscar era cálida y consolaba a Marcial.

—¿Ancestral, dices?, pues bien que se ha aprendido en español el término *homosexual* para dirigirse a mí. ¿Sabes que dice que soy un marica retorcido y que debería darme vergüenza? La mataría, la estrangularía.

Afortunadamente, la ginecóloga Jane Hoffman, y Catherine Lester, de la unidad de Psiquiatría, habían emitido un juicio clínico favorable, aunque no les resultó fácil explicarles que Sara presentaba un cuadro depresivo debido al embarazo. En su organismo se habían incrementado los niveles hormonales de manera drástica, y eso era algo que solía suceder al diez por ciento de las embarazadas. Se trataba de un síntoma pasajero, aunque podría durar semanas o incluso meses, por lo que necesitaba comprensión y cuidados. Francesca no estaba en absoluto de acuerdo y replicó a la doctora argumentando que los bebés siempre traían alegrías a sus madres. La doctora Hoffman no prestó atención a los desvaríos de aquella anciana y firmó el alta médica.

En casa, las atenciones y cuidados de Marcial y María fueron cruciales para el restablecimiento físico de Sara, aunque Francesca les seguía a todas partes.

Decidida, pidió a Leo que sacase a Francesca de la casa, pues no soportaba verla deambular indisponiéndose a su antojo con todos. Leo comprendió que Sara necesitaba tranquilidad, y esa misma mañana Pietro se la llevó de allí con todo su equipaje. Francesca se marchó histérica, amenazándoles a todos. Y Marcial le dijo adiós desde la ventana, feliz.

Leo trataba de complacer a Sara: le hacía regalos, la acompañaba en sus paseos, iban al teatro, a la ópera..., nada le resultaba suficiente.

Una mañana que se peinaba despreocupada sentada frente al espejo, Leo la observaba, y ella entonces le dedicó esa mirada que él adoraba.

—Ahora que me encuentro restablecida, podríamos viajar a España juntos. Me vendría bien un cambio de aires... ¿No crees? —le propuso ella.

—Pero... se trata de un viaje largo y cansado. —Leo cogió el cepillo de las manos de su mujer y comenzó a alisarle el cabello con suavidad.

—Bobadas. La doctora dice que estoy perfectamente. No debemos temer.

—No, no me pidas eso, *per favore*. No conviene un viaje en *vostro stato*. Pero... *in* cambio enviaré los pasajes para que Julia, junto *il marito e la piccola* Elisa, nos visiten. ¿Conocen Nueva York? ¿Te parece buena idea?

—¡Gracias! —Sara se levantó del sillón y le abrazó pensando en Elisa. Estaba convencida de que Julia no se negaría. Leo estaba sorprendido: era la primera vez en mucho tiempo que le abrazaba sin que se lo pidiese. Sara estaba agradecida, se resignaría; solo de ese modo conseguiría su propósito.

Algunos días después, Pietro le explicaba que no tenía buenas noticias para ella.

—Eso no es nada nuevo, Pietro; pero salgamos, necesito caminar. ¿Qué tal si damos un paseo por Central Park? Me gusta el aire que se respira allí.

—Como ordene.

—¿Siempre haces todo lo que te ordenan? —preguntó con una sonrisa.

—No siempre. —Caminaba a su lado guardando las distancias—. El americano tiene decidido presentarse a las *elezioni* como aspirante a la alcaldía; aún no se ha hecho público.

—¿Alcalde?, ¿qué tiene que ver eso con Leo?

—Parker necesita apoyo y Leo una cabeza *visibile* para poder orquestar desde la sombra. Busca poder y buena *reputazione*.

—Entiendo..., no me ha comentado nada.

—No es tarea *facile* la que tienen por delante, *signora*. La gente quiere al actual alcalde, Robert F. Wagner, le *rispettano*, confían en él. La campaña de Wagner se centra en promocionar viviendas públicas, escuelas; ha prohibido la *discriminazioni* por cualquier motivo, como comprenderá, son *molti* votos los que tiene a su favor. Se lo pondrá muy difícil a sus oponentes y Leo está preocupado. También hay gente de color *lavorano* para su *propia amministrazione*; esa es una buena imagen de Wagner contra la que Parker no puede luchar.

—¿Y qué tienen pensado hacer?

—Leo ha contratado un equipo de profesionales, *agenti* de apoyo técnico que realizan encuestas y cosas así. Pretenden atarlo todo antes de *lanciare* la campaña.

—Entiendo, ahora mi maridito se dedica a actividades legales.

—No del todo. Sigue en estrecho contacto con la familia, y los negocios en Palermo continúan. Dice que lo hace por ellos, pero lo cierto es que Leo y Parker necesitan dinero para financiarse, pues ya no controlan todo el imperio del juego... Me temo que si entra en *questioni* de política y adquiere poder, para usted será mal asunto.

Entraron por la zona este del parque y pasaron a través de un hermoso paisaje repleto de tulipanes y manzanos silvestres.

—Comprendo, Pietro, no hace falta que me digas que no debo acudir a la policía. Ven, sentémonos un rato; esto es precioso en primavera, una delicia.

—*Signora*, no creo que sea correcto...

—Déjate acariciar por los rayos del sol. Hace un día formidable, ¿no te parece? Necesito olvidar, Pietro, olvidar...

Los árboles lucían hermosos sus primeras flores, y Pietro la observaba

con discreción: los rasgos de Sara eran los más dulces y armoniosos que había visto jamás. Ella sabía que la miraba, pero no le preocupaba.

—Debo parecerte una pobre chica, ¿no es cierto?

—En absoluto, jamás opinaría de ese modo.

—¿Sabes, Pietro? Me recuerdas a alguien que conocí hace algún tiempo. Yo era libre entonces, sin ataduras de ninguna clase. Se llamaba Kâmal Makîn, un árabe que poseía una gran fortuna, además de otras cualidades...

—Sara con su comentario había conseguido sonrojarle—. Y dime, ¿Leo pretende invertir una fortuna en ese proyecto político?

—Supongo que así es, *signora*; debe tener cuidado con su fortuna.

John Parker era ambicioso. En esos momentos se centraban en preparar una campaña que convenciese a los ciudadanos. «Conectar con la gente, escucharles» se convertía en el eslogan más repetido del programa.

Trabajaban sin descanso atrincherados en un hotel de la avenida Madison, y contaban con el apoyo de Little Italy: mil votos asegurados.

Parker aprendía de memoria su discurso: «*Deseos* sería la expresión más acertada que quiero transmitir. Deseo de que el ciudadano vuelva a confiar en las instituciones políticas. Deseo de convertir esta ciudad en un lugar mejor para todos. Deseo de escuchar vuestros problemas, vuestras inquietudes, vuestros anhelos. Prometo convertirlos en mi reto personal, y juntos formaremos parte de un todo».

—Sinceramente, ¿piensas que esto suena creíble? —preguntó al asistente que acababa de redactarlo.

—Ensaya, mírate al espejo e imagina que tu propio reflejo debe convencerte. Lo que tú veas será lo que vean los demás —pronunció Leo en un pésimo inglés.

La señora Parker y su hija seguían de cerca la campaña cegadas por la ambición. Margaret se había propuesto conquistar a Leo, y estaba convencida de que acabaría atrapándolo. A él no le pasaban inadvertidas sus insinuaciones.

—¿Sabe tu mujer que estás aquí? —preguntó Margaret rozándose con él.

—No quiero inquietarla..., en su *stato* no le conviene *alterato*. Por otro lado, es tu padre quien debe mostrar su imagen en público, no yo —sonrió con picardía.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, no tengo que ir *acompanato de la mia* esposa en los actos públicos —aclaró sin variar el gesto—. Vosotras, en cambio, deberéis sonreír a su lado.

—Con ella de reposo, debes sentirte muy solo, ¿me equivoco? —Margaret acarició suavemente los botones de la camisa de Leo.

—Estamos trabajando, *piccola* Margaret —añadió guiñando un ojo.

Leo había depositado su confianza en Parker; le resultaba carismático y estaba convencido de que su aspecto bonachón sería la clave para conseguir su objetivo. Quería asegurarse poder, fama y prestigio.

Era ambicioso y estaba decidido a convertirse en una especie de mecenas para el desarrollo cultural de la ciudad. Una estrategia que utilizaría desde la perspectiva de que el arte impulsaría la economía.

—Hay que hacer hincapié en que se promoverá la cultura favoreciendo la creatividad de nuestros artistas, teatro, cine, danza, música... La ciudad se convertirá en un destino codiciado por muchos y yo seré el nuevo mecenas —añadió Leo.

No dejaba de darle vueltas a la idea hablando en voz alta, mientras el equipo formado por seis miembros trabajaba en un programa electoral que confiaba les conduciría al éxito. Tenían algo a su favor: conocían el punto débil de su máximo oponente. Los homosexuales salían perjudicados en las propuestas de Wagner, y ellos deberían acercarse a ese colectivo y aprovechar la debilidad de su oponente.

—¿Quién te iba a decir a ti, Leo, que estarías a favor de los clubs para maricas? —bromeó Parker con una risa sarcástica.

—Absurdo, pero nos apoyaremos en ellos. Hay mucho marica suelto que se traducirá en votos a nuestro favor.

Sara disfrutaba de un día primaveral en la terraza: desayunaba junto a Marcial recordando historias del pasado.

—¿Alguna vez te habló Florence de por qué nunca tuvo hijos, Marcial?

—No, pero tampoco le pregunté. —Daba pequeños sorbos a su taza de té.

—Tal vez no pudo tenerlos.

—Puede. No le gustaba hablar de su pasado, aunque sí de su niñez, aquel París de 1900 en el que artistas e intelectuales vivían en el Bateau Lavoir.

—¿En serio?

—Sí, su padre fue pintor y ella creció entre gente tan importante como Picasso.

—Eso sí lo sabía. Pero ¿nunca se enamoró?

—Creo que hubo más de uno, o tal vez ninguno, ya te digo que era reservada en esas cuestiones, incluso conmigo. En una ocasión me habló de un amigo pianista. Decía que fue solo eso, un amigo, pero creo que hubo mucho más.

—¿Sí?, era genial. Continúa, por favor.

—No sé mucho, en serio. Solo sé que un buen día decidió vivir la vida, sin más.

—¿Y es cierto que era viuda?

—Sí, o ¡quién sabe! Cuando no quería tratar ciertas cuestiones simplemente me decía: «¡Qué preguntas tienes, mi querido Marcial!». Y de ese modo eludía responder, y me dejaba igual de intrigado que antes de hacer la pregunta.

—¿Cuándo te irás a vivir con Óscar?

—¿Cómo?, ¿estás loca? —dijo boquiabierto.

—¿Por qué no? No es que no desee tenerte a mi lado, pero tal vez vosotros...

—En eso te pareces a Florence: nada te asombra. Eso está mal visto y no creo que a él le apetezca cometer un acto tan indecoroso. ¿Convertirnos en la comidilla de la ciudad ahora que estamos despegando?

—¿Nunca habéis...? Ya me entiendes...

—¡Qué directa eres! Pero sí, en su casa..., encuentros casuales. Lo cierto

es que me encanta y me hace sentirme vivo.

—Olvídate de los comentarios; no creo que en esta ciudad vayan a quemar vivo a nadie.

—Él no es como yo. Florence me enseñó a vivir de otro modo, a actuar tal y como soy, como me siento en cada momento.

—Háblame de esa época, me encantan tus historias.

Marcial sonrió.

—Cuando la conocí, yo era un joven tímido y asustadizo. Temía que ella descubriese mi orientación sexual y que me despidiese por ello.

—¡No!, ella jamás hubiese hecho nada parecido.

—Pero entonces yo no la conocía, niña. Piensa que estaba acostumbrado al rechazo. Cuando me contrató como chófer, yo intentaba vestir muy masculino y hablaba exagerando los tonos graves, caminaba en plan... John Wayne.

—No puedo imaginarte de ese modo. —E hizo una mueca divertida—. ¿Y qué ocurrió?

—Un día, sin esperarlo, me preguntó Florence: «¿Cuándo vas a dejar de fingir? ¡Muéstrate tal y como eres! No puedes negar la femineidad que llevas dentro, libérala. Déjala fluir». Me quedé tan perplejo que creo que ni respiré mientras ella hablaba sin parar, la miré a los ojos y reímos a carcajadas; casi me hago pis.

—¡Me gusta!, me gustan esas historias, cuéntame más.

XVIII

—¡Sara, mira el periódico! Es el amigo de Leo, su socio. —María les interrumpió y tomó asiento junto a ellos con un ejemplar de *The New York Times* en la mano. En las páginas centrales, una foto de John Parker anunciaba su «Nuevo Partido Independiente». El nombre de Leo Di Benedetto aparecía en negrita como miembro del equipo de Parker.

—¡Cielo santo! ¿Sabías algo, Sara? —preguntó Marcial asombrado.

—Sí, pero justo esperaba verlo publicado en la prensa para darme por enterada.

—¿Tu marido se ha metido en política? —se interesó María extrañada.

—Me temo que sí. Ahora, si se lo permiten, extenderá sus brazos poderosos por toda la ciudad. Necesitaba un socio americano: él es italiano y tenía complicado ser la cara visible; además, tiene tantas cosas que ocultar...

Marcial estaba estupefacto, y casi se atraganta con el trozo de bizcocho que acababa de morder a escondidas.

El sonido del teléfono interrumpió la conversación y Sara se levantó rápidamente del asiento. Al descolgar, dio un grito que les dejó sorprendidos.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Marcial tosiendo con el bizcocho en la boca.

—¿Voy a ver qué sucede?

—No. Esperemos aquí, María, no puede ser nada malo, ¿o sí? Como a esta niña nada le sale bien...

Unos minutos más tarde Sara regresaba a la terraza radiante de felicidad.

—¡Al fin! ¡Dentro de un par de semanas vendrán!

Marcial se levantó y la abrazó con fuerza y después la besó. Estaban felices: su sueño se cumpliría y se reencontraría con Elisa.

En ese instante, Leo llegaba contento a casa.

—Sara, mejor me marchó —anunció Marcial levantándose del sillón.

—No, Marcial, querido amigo, quiero celebrar de antemano el éxito que tendrá nuestra nueva etapa en la ciudad, aguarda... —Leo le abrazó y besó efusivamente, dos besos en cada mejilla. Marcial, petrificado, le miraba sorprendido de arriba abajo.

—¿Cuándo pensabas decírmelo, Leo? ¿He de enterarme de los asuntos de mi marido por el periódico?

—No, *dolce* Sara, *amata* esposa. —La besó rodeándola con los brazos—. *Non* quería preocuparte. Es una empresa difícil, pero si sale como esperamos, te sentirás muy orgullosa. Esta noche haremos una grande *festa*. En el Copacabana: cena, baile. Vendrán personas *popolari*, del cine, música, gente de la política... Por supuesto, tú y tu amigo Óscar no podéis faltar; seréis mis invitados de honor —se dirigió a Marcial, que no salía de su asombro. Se mordía las uñas tratando de adivinar qué tramaba. Y al cabo de unos minutos se despidió de ambos—. Mi próximo *laboro* será sin ánimo de lucro, Sara, te encantará. Se trata de un proyecto fantástico. La Fundación Di Benedetto.

—¿Sin ánimo de lucro... tú? —enarcó una ceja.

—Exacto, me haré un nombre en *questa* ciudad, un nombre que *tutti* admirarán. Se trata de una labor filantrópica: apoyaremos el arte en todas sus *manifestazioni*..., eso ayudará a reflejar la *creatività* de esta ciudad, que se proyectará más allá de sus fronteras. ¿Comprendes?

—Te sigo —añadió Sara.

—He *pensato* en una «escuela vivienda» para *artisti*. La mayoría carecen de medios y la *fondazione* apoyará a aquellas personas de cualquier raza o condición sexual, por supuesto, con cualidades para la pintura, el teatro, la danza.

—Comprendo. Buscáis los votos de los ciudadanos, y tú, un nombre que satisfaga tu ego, ¿no es así?

—¡Sara! —gritó molesto—. ¡Nunca estás *d'accordo con le mie idee*! Pensé que me apoyarías.

—De acuerdo. Lo haré a cambio de algo: incluye en tu proyecto al marido de María, Francisco Ayala, que es un gran pintor y sé que no te decepcionará.

—Siempre pensando en los demás. De acuerdo, *piccola* Sara.

Era lunes 3 de junio de 1957 y quedaban pocas horas para que su estancia en West Point llegase a su fin. Los chicos revisaban los uniformes y Peter enumeraba en voz alta, como de costumbre, cada una de la prendas.

—Guerrera, pantalón, bandoleras y por supuesto la gorra. Los zapatos, brillantados, y la ropa interior... Camisetas, calzoncillos y calcetines nuevos. ¡Chicos, tal vez esta noche tengamos suerte y alguien nos los quite! —bromeó.

—Vamos, déjate de coñas. Que yo sepa, ninguno tenemos una chica ahí fuera esperándonos y dispuesta a todo —repuso Brian.

—¿Quién ha hablado de novias? Y por fin, la espada, con el emblema de Atenea: «Guardianes de la tradición».

—¿Sabes que Paul y yo seremos pilotos de helicópteros? —intervino Bob.

—¿En serio, además de médicos? —preguntó Brian—. ¡Guau!

—Creo que es fundamental. ¿Imaginas que en mitad de una misión de rescate o de evacuación de heridos te quedases sin piloto? No, amigo, nunca se sabe lo que puede sucederte ahí arriba, y no me gustaría estar dentro en un cacharro de esos y no saber manejarlo. Fue lo primero que me dijo James cuando eligió la aviación —añadió Paul.

—Muy interesante, pero dejémonos de charla y démonos prisa —propuso Peter.

Era una tarde calurosa en la que la coral, con sus habituales y solemnes atuendos negros, iniciaba la ceremonia con suaves melodías. Familiares y amigos guardaban silencio, mientras que bajo un sofocante calor, los más de cuatrocientos cadetes desfilaban ante la atenta mirada del auditorio.

Sandy aguardaba en primera fila con una Kodak Bantam colgada al

cuello, dispuesta a hacerla echar humo. Llevaba tanto maquillaje que Amy al verla pensó que acabaría derritiéndose al sol como un helado.

James y Young Mi habían llegado el día anterior desde Washington para no perderse un día tan especial para la familia. Aunque ocurrió algo inusual, algo que jamás había sucedido en la historia de West Point. Uno de los chicos se había salido de su formación batiendo un sable. Tanto a Paul como a sus compañeros les pareció extraño y mantuvieron la calma en posición a la espera de recibir órdenes. Otros, en cambio, desorientados, habían roto filas, y el acto se había convertido en un caos.

El comandante Jackson, de la compañía L1 a la que pertenecía Paul, acababa de ordenar permanencia en formación. La situación resultaba algo desconcertante, como los pensamientos de Paul, que, ajeno al desorden, pensaba que desde ese momento sería libre para buscar a Sara, poner en orden su vida y también sus sentimientos.

Alguien del cuerpo de mando pedía disculpas al auditorio y lamentaba la forma tan indisciplinada de romper filas, y aunque a nadie pareció importarle, los chicos corrían en desbandada hacia la línea de revisión. Tras el revuelo se formaron grupos de familiares y amigos.

Por primera vez en mucho tiempo, el señor Slater sonreía satisfecho, a pesar de lo sucedido, y entregaba a Paul el anillo con el emblema de la Academia, que, según la tradición, simbolizaba la continuación en el Ejército de los Estados Unidos.

—Gracias —dijo Paul aceptando el regalo.

James le abrazó efusivamente, le acarició el cabello como hacía cuando era niño y le hizo un guiño.

—Cuenta conmigo, Paul, para lo que necesites.

Richard miraba a James desconfiado: dudaba del significado de sus palabras. Aún no había asimilado que su hijo mayor no formase parte del Ejército.

Sandy se mostraba coqueta sin dejar de halagarle y hacerle fotos. Paul se apartó a un lado para hablar a solas con Amy. Ella no pretendía fastidiarle esa noche tan especial, pero él insistía en saber si Sara había llamado alguna vez... Y lo había hecho, en una ocasión, para explicarle a Amy que la

relación con Paul era imposible.

—Creo que debes olvidarla.

Paul no pudo continuar la conversación porque tenía a Sandy pegada al brazo y, molesto, trataba de librarse de ella.

—¿Te sucede algo, Paul?, ¿te encuentras bien?

—Hace demasiado calor, Sandy, déjame espacio.

Sandy le miró perpleja, pero pegada a él decidió seguirle hasta el Cullum Hall, un salón de West Point en el que egresados y familiares celebraban el banquete.

Sandy se había sentado junto a Paul y se comportaba como si fuese su prometida. Él se sentía bastante incómodo y deseaba que todo pasase.

—¿Me dejas ponerme tu gorra? Todas las chicas lo hacen, ¿ves? —Sandy señaló a un grupo de muchachas que a modo de broma habían tomado prestadas las gorras de sus parejas.

—Como quieras, pero es absurdo: tú y yo no somos novios, Sandy, no somos nada. —Jamás había hablado de ese modo a nadie, pero estaba de mal humor, furioso, y ella empezaba a acabar con su paciencia.

Al finalizar, los chicos desaparecieron de West Point: deseaban escapar, prolongar la fiesta lejos de allí, justo en la ciudad de los rascacielos.

Para Óscar no era agradable acudir al Copacabana. Hacía pocas semanas que en los periódicos se había destacado la noticia de un altercado en el club. Un miembro del equipo de los Yankees había proferido insultos racistas contra Sammy Davis Jr. durante su actuación.

—Pero eso ha sido algo fortuito, Óscar. Que actúe Sammy Davis no quiere decir que vuelvan a arremeter contra el pobre muchacho. No debemos dejar de asistir por esos sucesos lamentables. Sería como dar la razón a quienes hacen mal. Si estás nervioso, puedo darte un poco de agua de azahar —propuso Marcial.

—No, gracias. ¿Llevas a todas partes esa botellita?

—Sí, desde hace algunos años: junto a Sara puedes esperar que ocurran

las cosas más inverosímiles —respondió suspirando.

Óscar sonrió.

—Tienes razón, pero trataré de relajarme por mí mismo, gracias.

Sara vestía un espectacular diseño de Óscar, un vestido largo y ajustado que marcaba sus incipientes redondeces y que se había convertido en el centro de todas las miradas. Leo disfrutaba a su lado, mostrándola como si se tratase de un trofeo.

Junto a ellos, una treintena de personas se habían dado cita en el restaurante del afamado club. Presidía la mesa el señor Parker con su familia junto a algunos miembros del partido. También se habían unido a ellos rostros conocidos del mundo del arte que sentían curiosidad por la recién estrenada Fundación Di Benedetto, incluida la señora Kate Dawson y su asistente, el abogado Charles Wilson.

Marcial había elegido una chaqueta blanca que realzaba el color de su piel bronceada y Óscar había optado por una indumentaria atrevida, una americana roja sobre una camisa morado neón.

Sara dirigió la mirada al escenario, donde las chicas con trajes de lentejuelas y turbantes de frutas artificiales ponían ritmo al salón. Reconoció entre ellas a Linda, la mujer de la que Pietro le había hablado y mostrado una foto. No dudaría ni una milésima de segundo en entregarle a Leo en bandeja de plata.

Durante la cena, los temas de conversación sobre cuestiones políticas aburrieron a la mayoría; en cambio, los de arte resultaron mucho más interesantes, en especial para Kate Dawson, a quien le fascinaba el nuevo proyecto de la Fundación Di Benedetto y los comentarios sobre pintura de Sara y su recién descubierto artista.

—Te imagino, dentro de algunos años, convertida en una cazatalentos como yo —dijo Kate sentada frente a Sara.

Sara sonrió. Le caía bien aquella mujer. Observó a Margaret, quien no dejaba de restregarse con Leo, otra de las candidatas a merecer la bandeja de plata, en la que Leo aparecía envuelto en adornos vegetales como un cerdo.

Tras la cena, las bailarinas desaparecieron del escenario para dar paso a la actuación de Sammy Davis Jr., quien comenzó interpretando una de las

canciones de su último álbum, *Here's Looking at You*.

Su música fascinaba a todos, tanto que a la gente le costaba permanecer en su asiento. Una actuación en la que no faltó el sonido de la trompeta, del vibráfono y, cómo no, del piano. Antes de concluir, un apoteósico solo de batería lograba que al fin el público se pusiese en pie.

—¡Sin duda, un hombre espectáculo! —añadió Leo entre aplausos.

Fue justo al terminar la actuación cuando un alboroto procedente de la entrada les llamó la atención. Al parecer, algunos chicos discutían, y Leo envió a dos de sus hombres a comprobar qué sucedía.

Se trataba de Paul y sus amigos, que acababan de llegar al local, y algo mareados protestaban por los comentarios jocosos proferidos contra Bob; la conversación empezaba a subirse de tono cada vez más.

—Mi amigo se sentará junto a nosotros. Es un oficial, un teniente de los Estados Unidos —dijo Peter mareado mientras que, con visible dificultad, intentaba apoyar el brazo sobre el hombro de Amy.

—Venga, chicos, marchémonos, es una noche para divertirse —añadió Bob—. No nos metamos en problemas.

—Nos quedamos todos —sentenció Paul más sereno.

—¿Algún problema? —preguntó Leo a sus hombres.

—Son unos jóvenes, militares recién graduados; alguien ha molestado a uno de ellos porque es negro.

Al sentirle, Sara palideció.

—¿Has oído eso, Marcial?

—Tranquila, tranquila. Cada año se gradúan cientos de nuevos cadetes; sería mucha casualidad, ¿no te parece?

—Eso no podemos tolerarlo —se apresuró a decir Parker, que no desaprovechaba una ocasión para hacer campaña—. ¡Un fotógrafo, necesito a mi fotógrafo particular! Quiero que me saque una foto junto a ese chico estrechando su mano, ¡y que se vea bien! Hay que insistir en que el actual alcalde aún permite distinciones de razas.

—Este hombre se está volviendo vomitivo. ¡Qué falso es! —repuso Marcial.

—Chicos, id de nuevo y que entren esos muchachos, pero nada de jaleo,

¿entendido? —ordenó Leo.

John Parker se levantó de su asiento y les acompañó. En menos de cinco minutos tenía su codiciada foto saludando a los recién graduados y dándole la mano a Bob. A la mañana siguiente aparecería en portada. Estaba radiante de felicidad e invitó a los chicos a tomar una copa.

«Los futuros defensores de la paz de los Estados Unidos de América», fue la frase de Parker para anunciar la llegada a la mesa de los muchachos. Cuando las miradas de Sara y Paul se cruzaron, enmudecieron.

—¡Hola, Paul! El mundo es un pañuelo. —Como empezaba a ser habitual, la oportuna intervención de Marcial les hizo reaccionar.

—¡Es cierto, es el muchacho que conocimos en el *Andrea Doria*! —La señora Parker le recordó de inmediato.

—Ven, siéntate a mi lado. ¡Estás en todas partes! —pronunció Marcial.

—No queremos molestar... —se excusó Paul sin dejar de mirar a Sara.

—Tonterías, no es molestia. Estamos de *celebrazioni*. Todos tenemos *molte* cosa que festejar —añadió Leo.

Sara deseó desaparecer del mundo, mientras Sandy forzaba una silla para hacerse un sitio junto a Paul. Algo mareada, no dejaba de acariciarle el cabello y besarle el cuello.

—¡Bebidas para todos! —pidió Parker eufórico al camarero.

—Hola, Sara —dijo al fin Paul sin alzar la voz.

—¿Quién es? ¿No vas a presentarme a tu amiga? —le pidió Sandy.

—Señorita, ¿no le ha contado su novio que nos conocimos en el *Doria*? —comentó Leo colocando el brazo sobre el hombro de Sara.

—No somos novios —se apresuró a decir Paul.

—Eso dicen todos los jovencitos, una manía, supongo —repuso Leo.

—¡Oh!, lo lamento, tuvo que ser algo horrible. Tuve miedo por mi pobre amorcito... —añadió Sandy sin dejar de acariciarle.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo; a ninguno nos apetece recordarlo ¿No es cierto?... —dijo Sara clavando su mirada en él.

En ese instante, algunas parejas se habían levantado para ir a la pista de baile. Sonaba *Love Is a Many Splendored Thing*, irresistible para algunos.

A Kate Dawson no le habían pasado inadvertidas las miradas entre Paul y

Sara, por lo que de manera sutil logró que Leo la invitase a bailar. Paul ignoró a Sandy, se levantó decidido y cogió la mano de Sara para llevarla a la pista abriéndose paso entre la gente.

El corazón le palpitaba a toda velocidad. Tomó aire y colocó las manos sobre los hombros de Paul, nerviosa. Cuando le miró a los ojos, le pareció distinto, más maduro. Sin duda estaba muy guapo con el uniforme, pero no era a causa de la indumentaria; eran sus rasgos, los ojos, que la miraban como nadie sabía hacerlo.

—Al fin te encuentro... —susurró, y Sara se estremeció.

—Paul, yo... Dios mío... Han ocurrido tantas cosas desde que nos vimos por última vez y de las que no deseo hablar...

—¿A qué te refieres? —Le buscaba los ojos, que habían desviado la mirada hacia otra parte.

—No me preguntes, por favor; lo nuestro es imposible.

—¿Me quieres? Dime la verdad y no volveré a molestarte, te lo prometo. Sara guardó silencio. No podía decirle la verdad.

—Verás, yo...

—No me has contestado, Sara. Solo quiero saber si aún me quieres, porque para mí puedo asegurarte que no existe nadie más que tú.

En ese instante, Leo se acercó hasta ellos y propuso un intercambio de parejas. Sara no tuvo tiempo de explicarle nada, apoyó la cabeza sobre el hombro de Leo y ocultó las lágrimas.

—Ten mucho cuidado, chico, ese hombre es muy peligroso —dijo Kate a Paul cuando regresaban a la mesa al finalizar la canción.

—¡Tengo un mal presentimiento, Óscar! ¿Sabes cómo acabó el rosario de la aurora?... Pues muy mal: a altas horas de la madrugada se mezclaron camorristas y...

—Tranquilo, ¿quieres hacer el favor de relajarte? —le pidió Óscar.

Sandy estaba furiosa con Paul: había bailado con dos mujeres mientras ella se había limitado a observar.

—¡Ahora haremos un brindis por nuestros acompañantes, unos chicos formidables! —propuso la señora Parker algo mareada.

—Yo deseo brindar por mi *amata* esposa y por nuestro futuro hijo.

Nacerá en unos meses y es el regalo más maravilloso y preciado con el que la vida ha querido bendecirme.

Al oír esas palabras, Paul sintió que todo se deshacía a su alrededor. No supo qué decir, tragó saliva y después reaccionó. Entonces alzó la copa a modo de brindis sin dejar de mirarla.

—Mi enhorabuena a los futuros padres.

Sara deseó desaparecer, desintegrarse para siempre. Mientras, Paul propuso:

—Es hora de marcharse, chicos. Creo que ya hemos robado mucho tiempo a estos señores. —Cogió la mano de Sandy y salió de allí seguido del grupo.

XIX

—¿Qué te ocurre, Paul? —preguntó Peter extrañado—. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado? Ahora que empezaba a divertirme...

—No me gusta ese tipo de gente, son demasiado superficiales.

—Pues no entiendo nada. Has sacado a bailar a esa rubia en vez de a mí —se apresuró a decir Sandy.

—¡Yo sí lo entiendo: la chica está fenomenal, vaya curvas! ¡Lástima que esté casada!, ¿eh, Paul? —añadió Brian.

—¿Y bien?, tú dirás a dónde vamos. —Amy le miraba con signos de preocupación.

Entraron en un club cercano al Copacabana y bebieron como cosacos, en especial Paul, que en décimas de segundos había zanjado su historia con Sara poniendo punto final. Amy nunca le había visto de ese modo, como enajenado, y le preocupó que acabase la noche cometiendo una locura. Sandy en cambio estaba feliz: se habían sentado en la zona más oscura del bar y Paul se dejaba acariciar.

—Paul, dime algo. ¿Te parezco bonita, te gusto?

—Sí, Sandy, me gustas —contestó desganado. Sentía que había perdido a Sara para siempre, aunque tenía la certeza de que nunca le había pertenecido.

Sandy se acercaba tanto que le rozaba con los pechos y le mordía la oreja.

—Paul, podrías tenerme si quisieras... ¿Por qué no vamos a dar una vuelta tú y yo, solos... en el coche?

No lo pensaría dos veces. Se levantó del asiento, la cogió de la mano y salieron de aquel club repleto de gente y humo. Subieron al coche y condujo

en silencio. Estaba furioso y decepcionado, sentía que le habían tomado el pelo y no le gustaba en absoluto. Al llegar a un callejón solitario aparcó el vehículo, apagó las luces y quitó la llave del contacto. Sandy se abrazó a él y le besó en la boca como si fuese a escapar.

—Paul, deseo que lo hagamos. Hace mucho tiempo que sueño con un momento así, tú y yo... solos. —Sandy le cogió las manos y las puso sobre el escote.

Paul notó la suavidad de la piel y el tacto esponjoso de los pechos. No la amaba, ni siquiera la deseaba, pero había decidido dejarse llevar. Y Sandy le ofrecía algo atractivo con lo que olvidar. Se fueron al sillón de atrás besándose. Ella sonreía feliz y a toda prisa le ayudó a desabrocharse el pantalón; casi le desgarró la guerrera ansiosa por besar su cuerpo. Paul estaba sorprendido al verla tan fuera de sí, pero no dijo nada y le cogió el rostro y la besó en la boca. Sandy se movía inquieta quitándose las bragas a toda velocidad mientras Paul le subía la falda, dejando al descubierto unas bonitas y ardientes piernas. La chica se reclinó sobre el asiento y le atrajo hacia ella. Paul acarició los muslos, que eran suaves y cálidos. Las expertas manos de Sandy le acariciaron el sexo, y de repente bajó la cabeza y comenzó a lamerlo. Paul no lo esperaba, pero le gustaba el roce de la lengua y el calor de unos labios carnosos. Sujetó la cabeza de la chica y se reclinó hacia atrás tratando de no pensar: disfrutaría del momento. Sandy, de repente, subió a horcajadas sobre él.

—Vamos, hagámoslo, Paul, estoy muy excitada —le pidió rozándose con el sexo, sintiendo la erección de Paul.

Abrió las piernas y se balanceó buscando el sexo de él, sintiendo su embestida como una fuerza que calmaba su deseo. Al tenerle dentro, gimió de placer: no podía creer que Paul se lo estuviese haciendo.

No era su primera vez, pero él era el hombre al que deseaba desde hacía mucho tiempo. Paul tenía los ojos cerrados y ella le metió la lengua en la boca al mismo tiempo que apretaba los muslos en frenéticos movimientos. Él se dejaba llevar, sentía placer, y aunque la imagen de Sara acudía a su mente una y otra vez, la veía desnuda en los brazos de Leo, entregándose a él sin reservas, y por un momento creyó que la odiaba.

Sandy era una chica atractiva y ardiente. Le acariciaba los grandes pechos y ella le pidió que se los metiese en la boca y que mordiese los pezones.

—¡Cómo me gusta, Paul, eres muy hombre y la tienes grande; sigue, sigue!

Las palabras de Sandy le sonaron algo vulgares, pero estaba a punto de llegar al clímax y no le importó qué hacía con esa mujer. La embistió con fuerza sujetándola por la cintura, y ella sonreía mordiéndole los labios.

—¡Oh, Paul!, ha sido maravilloso —dijo Sandy, que jadeaba en la boca de Paul.

Paul respiró profundamente mientras ella se retiraba y se sentaba junto a él en el asiento. No dijo nada. Había cedido a la tentación y sabía mejor que nunca que debía continuar con su vida. No podía parar el mundo por Sara para bajarse de él. Pronto se marcharía de Nueva York y se convertiría en el médico que siempre había deseado llegar a ser. Mientras, Sara continuaría siendo la chica triste y misteriosa que un día conoció en el *Doria*.

Paul se había despertado antes del amanecer. En unas horas saldría el vuelo que les llevaría a Washington; él y Bob habían sido admitidos en Medicina en la Universidad George Washington. Pero antes les esperaba un duro verano en el que se instruirían como pilotos de helicópteros.

Estaba cansado, pues no había logrado dormir. Pensaba en Sara: ella había pasado a formar parte de ese mundo de ensueño y misterio que se mezclaba como en espiral, sin salida. Necesitaba aliviar su inefable sensación de vacío; era como si hubiese perdido su identidad y estaba enojado. Nunca antes una mujer había suscitado en él esos sentimientos.

Se instalaron en la Base del Cuerpo de Marines de Quantico, en el condado de Prince Williams, Virginia, a unos cincuenta minutos de la capital.

Su padre de modo inesperado le apoyaba; la visión que había tenido hasta entonces de los helicópteros había cambiado radicalmente desde que había asistido a la última conferencia en la capital, a finales de mayo.

Las fuerzas armadas estadounidenses, y como consecuencia de la Guerra

Fría, comenzaban a afrontar misiones con vehículos aéreos apropiados. En la conferencia se había destacado la importancia del helicóptero por su rapidez y fiabilidad, ya que en condiciones difíciles podía aterrizar y despegar en poco espacio. Se había convertido de ese modo en un arma imprescindible y su idea había cambiado.

—No lo entiendo, Richard. Has estado enfadado con Paul todo este tiempo y ahora, de repente, te preocupas de supervisar a dónde va a continuar su formación —repuso Madeleine ante el inesperado giro en la opinión de su esposo.

—¿No puedo cambiar de idea? Conozco cómo se trabaja en el Cuerpo de Marines y es una buena opción. Si es lo que quiere, contará con mi ayuda; al menos continuará formando parte del Ejército.

No se limitaban a aprender conocimientos básicos sobre pilotaje, sino que al formar parte del escuadrón de marines, participaban en unidades de pruebas experimentales, y de ese modo adquirían conocimientos técnicos avanzados. También participaban en misiones de ayuda humanitaria, hecho que les resultaba positivo y gratificante. Sin embargo, no era el mejor verano para Bob. Algunos de sus compañeros tenían prejuicios raciales y solo unos pocos trataban de disimularlo. Estaba acostumbrado a que muchos bocazas le descalificaran; no obstante, hablaba a menudo con Paul sobre ello.

—¿Sabes, Paul? De niño escuchaba historias a mis abuelos que ellos a su vez habían oído a los suyos, un pueblo oprimido. Te pareceré exagerado, pero no se trata de reminiscencias del pasado, es una presencia viva, de la vida diaria de nuestra raza, generación tras generación, y cansa escuchar a algunos cretinos.

—No ignoras que comparto tu opinión, te entiendo, pero creo que mientras continúes hablando sobre ello, prestando oídos a quienes piensan de ese modo, no cambiaremos nada. Debes ser tú mismo.

Bob le sonrió: era su mejor amigo y le gustaba escucharle; tal vez se trataba de una utopía, pero sonaba bien.

Al finalizar el mes de agosto gozaban de una especialización militar óptima con resultados ejemplares; solo les quedaba hacer compatibles los meses de estudio con su primer destino, algo a lo que Richard Slater se había

comprometido a ayudarles.

Apenas habían disfrutado de descansos, y el escaso tiempo libre había transcurrido en un local llamado Cherry Bar, donde se relajaban de la rutina diaria. Esa iba a ser su última noche allí antes de trasladarse a la capital.

Como tenía por costumbre, después de pedir un par de cervezas, Bob hizo funcionar la máquina de música, una Wurlitzer Jukebox cromada, que vibraba al ritmo de Chuck Berry y su *Roll Over Beethoven* desde una esquina del bar.

—¿Te he dicho que los Everly Brothers, Buddy Holly y Berry están todavía de gira? —comentó Bob animado.

—Como doscientas veces —repuso Paul con una jarra de cerveza en la mano.

—¡Cómo me gustaría verles, tiene que ser una pasada! ¿Te apuntarías?

—No sé a qué viene tu pregunta; sabes de sobra que sí, pero ¿cuándo? Ese es el gran dilema —sonrió y dio un sorbo a la cerveza fría.

—Fíjate, acaba de entrar la pelirroja, esa que cada vez que se cruza contigo te come con los ojos —le dijo Bob divertido.

—Vamos, no bromees; no me interesa, y además, mañana nos marchamos.

—Paul, hay que distraerse —hizo una mueca para que Paul se relajara.

La chica era la sobrina del dueño del bar, y cada noche llegaba para echarle una mano en la cocina. Servían platos combinados hasta bien entrada la noche y observaba a Paul cada día en silencio; le parecía un hombre guapísimo.

—¡Vaya, parece que la pelirroja se me ha adelantado! —dijo Bob al comprobar que ella acababa de elegir otra canción, *Peggy Sue*.

La chica sonrió al escucharle, les miró y se dirigió a ellos.

—He elegido esta canción porque me hace sentir bien. —Después continuó algo sonrojada con su trabajo.

—¿Has visto?, se ha puesto roja. —Bob le dio un golpe en el hombro.

—¿No será que te gusta a ti, Bob?

—¿A mí?, ¿una chica blanca?

—¿Ahora el racista eres tú? —Paul enarcó una ceja.

—No, no, no se trata de eso. Una chica blanca no se fijaría en mí, eso jamás.

—¿Por qué no? Eres atractivo —bromeó Paul guiñándole un ojo.

—No te rías, y déjate de coñas. —Bob estaba dispuesto a presentársela y, decidido, se dirigió a ella.

—¿Me hablabas a mí? —preguntó la chica desde la cocina.

—Sí, decía que no sabemos tu nombre.

—Me llamo Cynthia. Encantada.

—Él es Paul y yo Bob. —Paul la saludó con la mano desde la barra.

—Tenéis que disculpar que no salga, es que se me acumula el trabajo.

Al cabo de un rato tomaron asiento en una mesa junto a la ventana y Cynthia les sirvió la cena.

—Mañana nos marchamos —comentó Bob golpeando a Paul con la rodilla por debajo de la mesa.

—Lo sé. Mañana se marchan muchos chicos. Y vosotros, ¿qué destino tenéis? —preguntó dirigiéndose a Paul.

—Washington —dijo sin más, y a Cynthia se le iluminó la cara.

—¿En serio?, ya me gustaría a mí. Siempre he deseado estudiar allí. —La voz del tío Jack solicitando su ayuda la hizo desaparecer—. Buena suerte, chicos —les deseó desde la barra.

—¿Qué te ocurre, Paul? —preguntó Bob ya en la calle.

—Nada. Parece simpática y tiene una cara muy graciosa con esa nariz respingona.

—Cualquiera en tu lugar se volvería loco por una sonrisa de esa chica.

—Ya, pero no soy cualquiera, Bob, soy yo —sonrió.

A la mañana siguiente todo estaba listo para partir. Paul abrió el maletero del Chevrolet Bel Air alquilado y guardaron el equipaje. Subieron al coche y Bob sintonizó una emisora de radio: sonaba *Hound Dog*, de *Elvis*.

—Menudo tío, la suerte que tiene. Las chicas se pegan a él como moscas —comentó Bob sin dejar de moverse en el asiento.

—¿Por qué no te dedicas a cantar en tus ratos libres?: tienes ritmo — bromeó Paul.

—Sí, así mientras esté operando distraeré al personal de quirófano. ¡Estás loco!

Paul tomó la ruta noroeste, hacia Dale. Pasarían por Lorton y Burke, y en algo menos de una hora llegarían a su destino, Washington.

Durante el trayecto recordó a su hermana, quien se había convertido en una mujer sin apenas darse cuenta. Tal vez se había pasado con ella haciéndole preguntas acerca de Sara, y sospechaba que ambas mantenían algún tipo de relación; pero no volvería a molestarla. Ese año Amy acabaría sus estudios en Lady Cliff, un colegio regentado por las Hermanas de Peekskill. Del mismo modo, ella debería elegir qué hacer con su vida sin dejarse influir por nadie y disfrutar.

XX

Había transcurrido algún tiempo desde que le vio por última vez, y estaba convencida de que aquella noche le había dicho adiós para siempre.

Le vio marcharse con aquella chica y le siguió con la mirada, conteniendo el deseo de correr tras él, olvidarse de quién era, seguirle; pero se perdió entre la gente y ella se quedó allí, inmóvil, igual que una muñeca rota. Tal vez Paul comenzaba una relación... ¿Qué podía esperar de un hombre al que no ofrecía más que sus miserias? Estaba desvelada, y la escena de aquella entrañable noche en la que le enseñó a lanzar piedras al mar se le repetía en la mente. Lo imaginó desnudo, los labios, las manos enredadas en el cuerpo de otra mujer que saborearía la dulzura de sus besos, de sus caricias. Se maldijo y quiso apartar aquella imagen que regresaba una y otra vez atormentándola. Se levantó y salió a la terraza a tomar aire. Hacía calor y la brisa olía a perfume. El jazmín repartía su aroma por cada rincón de aquel lugar solitario, y se sintió aliviada en su asfixiada existencia.

Desde donde estaba se veía la ventana del dormitorio de Leo: una luz tenue dibujó la silueta de una mujer desnuda. Fijó la mirada, por simple curiosidad. Entonces la vio tras los visillos mecidos por el aire: era Margaret. No le preocupaba que estuviese allí, aunque se sintió humillada.

A la mañana siguiente, encargó rosas rojas, rosas, amarillas, blancas y botes de cristal. Sentada junto a la mesa de la cocina y con la mirada fija en ellas, las deshojaba. Amontonaba los pétalos uno a uno sobre bandejas, como un ritual, mientras el suelo se cubría de tallos y hojas verdes.

María la observaba perpleja; suponía que se trataba de una excentricidad

debido a la alteración de las hormonas. Marcial en cambio asentía sentado junto a ella, convencido de que cuando finalizase se sentiría mejor.

Sara colocó los ingredientes en un gran mortero. Parecía distraída, inmersa en un mundo de ensueño, pero cuando la mezcla comenzó a hervir, la casa se inundó de un agradable aroma, un perfume penetrante que embriagaba los sentidos.

—¡Qué bien huele! No sabía que las flores se cocinasen —repuso María.

—Sí, es una receta que aprendí hace ya algunos años, no recuerdo cuántos. La encontré por casualidad en un libro, en la biblioteca de mi ciudad.

María miró a Marcial: era la primera frase que pronunciaba en horas.

—Disfruta cocinando rosas —intervino él—. Ya verás qué confitura más exquisita resulta: elixir de dioses. —Cuando Sara entraba en su mundo, Marcial podía esperar cualquier cosa.

Llenó los botes con la mermelada y los adornó con cintas de color rosa.

—Toma, María, este es para ti. Espero que a tu marido y a ti os guste. El resto los regalaremos a nuestros clientes. ¿Te parece, Marcial?

—Una buenísima idea, cariño.

Al cabo de unas semanas, había recuperado la felicidad: al fin la pequeña Elisa llegaba acompañada de Julia y Manuel.

A Sara le resultaba muy extraño tenerla tan cerca y no poder decir que era su hija, pero solo pensaba en su seguridad, y debía continuar con la farsa.

La casa se veía diferente, se respiraba a hogar por primera vez, y Leo estaba pletórico ante su futura paternidad, y se convirtió de ese modo en un excelente anfitrión.

Fue una semana inolvidable en la que disfrutaron de todo cuanto la ciudad les ofrecía. Julia y Manuel se sentían cómodos; todo les resultaba grandioso, vibrante, y podían encontrar cualquier cosa que se propusiesen en la ciudad de los rascacielos.

A Manuel, la aparente labor de Leo le resultaba apasionante; era un amante del arte en todas sus manifestaciones. Y una tarde en la que ambos salieron, Sara y Julia aprovecharon para disfrutar de su amistad y compartir conversaciones íntimas.

Elisa dormía sobre el sofá, y Sara le acariciaba sus rizos castaños, sus pequeñas manos, y las besaba, atesorando su aroma: le parecía increíble tener a su pequeña tan cerca. Y allí estaba Julia, junto a ella; con su sonrisa tan particular y su mirada tan inteligente se abrazaba a ella con esa enorme humanidad que le hacía sufrir porque sabía que Sara jamás sería feliz sin Elisa.

—Como ves, Julia, me ayudaste a escapar y volví a tropezar.

—No digas eso, Sara. No te equivocaste con Ernesto, le amabas...

—No, eso no era amor, solo un capricho; me lo advertiste y no te escuché.

—Yo... tan solo pretendía que fueses con calma; había algo extraño en él.

—Y volví a equivocarme por segunda vez. Una pobre estúpida.

—Creo que *inmadura* sería la palabra correcta. No te martirices. Ahora está Elisa, y tal vez...

—No dejo de pensar en ello. Tal vez cuando nazca el bebé, Leo habrá satisfecho su ansia de paternidad, y le pediré entonces que viajemos a España. Tú nos hablarás de Elisa, de lo feliz que es a mi lado, de que me añora y que tú debes emprender un largo viaje, no sé, a vacunar a tanta gente necesitada en algún rincón perdido del mundo. De ese modo, poco a poco, cada vez pasará más tiempo a mi lado. Hasta que llegue el día en el que le proponga adoptarla. ¿Te parece descabellado?

Julia la escuchaba con atención: su amiga no había cambiado, y siempre inventaría historias que compensaran sus ausencias. Aunque tal vez podía funcionar, al menos deberían intentarlo. Sara llevaba demasiado tiempo sufriendo y necesitaba estar con su hija el resto de su vida.

—¿Por qué no le has contado la verdad? ¿Tan horrible es que a una mujer le suceda algo así? ¿Equivocarse con un hombre? ¿Tener una hija estando soltera?

Sara sonrió melancólica.

—Leo no me lo perdonaría, Julia; se lo he ocultado mucho tiempo, le engañé. Le negué su derecho a ser padre. Reconozco que no debí mentir, pero en Palermo oí historias horribles sobre él y tuve miedo. Cuando me planteé contarle la verdad ya era tarde. No debe saberlo. No sé si cambiará alguna

vez, pero te aseguro que aunque aparente ser un buen hombre, es un ser despreciable, cruel, sin escrúpulos, un monstruo.

—No hables así, Sara, es el padre de tu futuro hijo. —Julia creía que exageraba.

—Créeme, no estoy loca; sería capaz de asesinarme. Pero no hablemos de mi absurda existencia, por favor, me supera.

—No lo veas de ese modo. Mírate, eres una mujer luchadora, en todos los sentidos, tienes tu propio negocio, amigos. Generas trabajo y también haces que muchas personas conviertan sus sueños en realidad... ¡Fíjate en Marcial, en Óscar!..., por ejemplo, y en ese chico español, Francisco; debe de sentirse bien ahora que comienzan a valorar sus pinturas, que por cierto son estupendas.

—Tal vez nací para eso, para convertirme en una especie de hada madrina —sonrió.

—Sabes que no es eso; les quieres y por eso luchas. Eres feliz haciendo el bien a los demás; eso no es malo, al contrario, y por eso creo que al final conseguirás alcanzar lo que más deseas.

—Ojalá fuese de ese modo. Pero... háblame de vosotros.

—Bien. Por ahora no queremos bebés, si es eso lo que te interesa —sonrió—. Manuel estudia en sus horas libres: quiere conseguir una cátedra, le hace mucha ilusión, ¿sabes? Y yo estoy feliz en el hospital; trabajo en la planta de Pediatría, y créeme, no me apetece de momento convertirme en mamá —volvió a sonreír—. Elisa es muy feliz; ya va al colegio y una alumna de Manuel cuida de ella cuando trabajamos.

Sara pensaba en que no sabía nada sobre su hija; su primera palabra, su primer diente, sus llantos, las noches en vela... Demasiadas cosas importantes que se habían perdido en la distancia.

—Vamos, es cuestión de tiempo que estéis juntas —añadió Julia adivinándole los pensamientos.

Sara evitó hablar de Paul. Su amiga no entendería que estando casada hubiese flirteado con otro hombre. Porque parecería justo eso, un amante, un encuentro casual, y en absoluto había sido de ese modo. Pero guardó silencio y lo dejó como siempre, guardado en el corazón.

El peculiar y puntual sonido en el salón despertó a Elisa. Se trataba del antiguo reloj de carrillón que Sara había heredado de Florence. Tenía una dulce melodía que atrajo la atención de la pequeña, que se levantó y se acercó hasta él asombrada.

Con los ojos todavía adormilados miró el péndulo dorado, que «marcaba el compás del tiempo», como una vez le había dicho Florence.

Apoyó las pequeñas manos sobre el cristal para observarlo. Después se giró y las miró con sus bonitos ojos verdes, pero al cesar la música se entristeció, y Sara se levantó a buscarla para cogerla entre los brazos. La besó con ternura, aspiró su aroma, cerró los ojos un instante para retener en la memoria ese momento mágico, su maravilloso olor a inocencia. La miró de nuevo y fue como asomarse a un espejo, donde la imagen mostraba el reflejo de la niña que ella fue.

—Sois como dos gotas de agua. A veces me da miedo que Leo...

—He cambiado mucho, Julia; tú recuerdas otra Sara —afirmó apesadumbrada.

El tiempo transcurrió más deprisa de lo que hubiese deseado, y Sara tuvo que asimilar otra despedida. Guardó en el corazón la esperanza de que pronto volverían a encontrarse, ya que de ese modo todo le resultaría más fácil.

Tan solo unos días después de su partida, mientras paseaba junto a Marcial y Molly por Central Park, una inesperada hemorragia puso fin a su embarazo. Significó tristeza, pero también liberación. A veces se lamentaba y otras agradecía haber acabado con el vínculo que la unía a un ser tan despreciable como Leo.

Tuvo miedo de sí misma, de sus sentimientos, que a veces le resultaban maquiavélicos; pero tal y como había aprendido, no volvería a pensar en ello.

Leo se encargaba de martirizarla a diario. Aunque por suerte para Sara, Margaret le consolaba, y de ese modo ella se liberaba.

Había logrado convencer a Leo de que necesitaba reposo sexual. Inventó que se estaba sometiendo a un estricto tratamiento de fertilidad experimental

de la doctora Hoffman. Si se ceñía a él estrictamente, podría en un futuro disfrutar de embarazos sin riesgo; en cambio, un solo desliz podría resultar letal si se producía un embarazo a destiempo. Leo, inmerso en sus proyectos políticos y sociales, cedía a la petición de Sara y dejaba de ir a buscarla a su dormitorio en mitad de la noche.

Continuaba satisfaciendo sus deseos con otras mujeres, no solo con la pequeña de los Parker, o con Linda, la chica del Copacabana, sino con otras que a cambio de dinero soportaban sus extrañas prácticas sexuales cada vez más aberrantes. Desde la noche en la que pegó a Sara, había descubierto que se excitaba sometiendo a las mujeres, y es que el ansia de poder se había adueñado de su personalidad en todos los aspectos.

Septiembre llegó acompañado de emociones para los miembros de Elisa & Co. La semana de la moda se celebraba en uno de los salones del Astoria, que se había llenado de estilo desde el momento en el que los grandes de la moda exhibían sus colecciones. La pasarela se había inundado de luces brillantes que iluminaban los elegantes modelos, serios y refinados, con ciertos toques de opulencia, pero que se habían convertido en el reclamo de la alta sociedad. Un desfile colmado de prestigio y *glamour*. Cuando le tocó el turno a Elisa & Co., la pasarela se estremeció bajo el vibrante colorido fresco y alegre que no perdía un ápice de elegancia. Elegancia e innovación, una combinación que resultaba agradable a los sentidos. Cortes desenfadados que dejaban al descubierto muchos centímetros de piel sin caer en la vulgaridad. El público se mantenía atento, frente a una originalidad y una personalidad que pronto empezaría a hacerse un hueco en la industria de la moda americana.

La señora Kate Dawson se mostraba radiante. Había apostado por ellos y no les habían defraudado. Tras el desfile, pasó la palabra a Óscar, quien con cierta euforia se acercó al micrófono.

—Buenas tardes a todos. Mi nombre es Óscar de la Reina, algunos ya me conocéis. Es un verdadero placer compartir esta noche con ustedes. En primer

lugar me gustaría dar las gracias a la señora Kate Dawson: sin ella les aseguro que no habríamos llegado hasta aquí. Y en especial a Sara Di Benedetto, el alma de Elisa & Co., una mujer sorprendente.

El público aplaudía a Sara, iluminada por haces de luces.

—También quiero agradecer a Marcial Reverte, director creativo, la confianza que ha depositado en mí, permitiéndome que haga realidad sus originales ideas.

Marcial estaba inmensamente feliz. Por primera vez en su vida se sentía protagonista de algo importante.

—Solo deseo añadir que ha sido un verdadero placer compartir nuestro trabajo con ustedes. —Después cedió el turno a la señora Dawson.

—Gracias, Marcial. Ya me conocéis, no suelo hablar demasiado en público —sonrió—. Tan solo deseo expresar mi admiración y gratitud al equipo de Elisa & Co. Recuerden: el mérito no es mío. Cuando vi sus diseños por primera vez, mi primer pensamiento fue «Estos chicos tienen ideas disparatadas», y supe que debían estar aquí. Gracias, les dejo con Sara.

—Hola a todos. No quiero despedirme sin elogiar la labor de las mujeres sin las cuales esto no habría sido posible. Me refiero a las modistas. Durante los últimos meses han trabajado contra reloj, jornadas duras para garantizar que esta cita fuese posible. Gracias de todo corazón, a todos.

—¡Fantástica, fantástica como siempre! —gritaba eufórico Marcial.

Tras la gala, la cena se sirvió en uno de los salones de mayor tradición. Sin duda, una espectacular velada en la que a Sara no le faltaron admiradores que la cortejasen. Uno en especial, un empresario joven y arrogante, no dejaba de halagarla, y Sara había decidido coquetear con él para recordar viejos tiempos, aunque en esa etapa de su vida ya no le divertía como antes, y Pietro, pasada la media noche, pasaría a recogerla.

Sara tomaba una copa junto a su acompañante, quien al verla algo mareada trataba de aprovecharse de la situación.

—¿Te he dicho que me han impresionado gratamente tus diseños?

—No soy la autora, simplemente colaboro. Óscar y Marcial son los genios.

—Y... una belleza de mujer. ¿Dónde has estado todo este tiempo

escondida?

—Ni lo imaginas.

—Prueba a ver.

—He vivido lejos de aquí, del mundo, en un lugar de fantasía.

—No bromees conmigo, hablo en serio, me gustas —dijo acercándose a ella.

—No bromeo, no soy de este planeta, creo —repuso algo mareada por la bebida.

—Eso pensaba yo —añadió tras colocar la mano en la cintura de Sara.

—Deje de molestarla. —Pietro estaba a la espalda y le retiraba el brazo.

—¿Quién eres tú, de dónde has salido, es acaso tu mujer? —preguntó en tono altivo apartándose de su lado.

—La de un amigo. Acompañeme, *signora*, la llevaré a tomar el aire.

Pietro sostuvo con delicadeza el brazo de Sara y la sacó de allí ante la mirada perpleja del empresario.

—¿No puedo divertirme? No hago nada malo, señor don serio y estirado.

—Está mareada, pero no creo que deba recordarle quién es su *marito*.

—¿Acaso Leo no se acuesta con quien le apetece? Te recuerdo que habíamos llegado a un acuerdo.

—Será mejor *accompagnarla* a casa.

Sara no opuso resistencia: la cabeza le daba vueltas y sabía que Pietro tenía razón, y no debía comportarse de aquel modo, y menos en público. Sin despedirse de nadie, salió cogida del brazo de su guardaespaldas tratando de no tropezar.

Al llegar a casa, Pietro fue con ella hasta su dormitorio.

—¿Está segura de que se encuentra bien? ¿Quiere que avise a María?

—No molestes a nadie, tú podrás ayudarme a bajar esta cremallera. Y deja de llamarme señora; solo tengo veinticinco años —pronunció mostrándole la cremallera que tenía a la espalda, y Pietro hizo lo que le pidió. Estuvo tentado a mirar sus hombros desnudos, pero retiró las manos sin tocarla y se dirigió hacia la puerta.

—Pietro, aguarda, por favor.

—Diga, *signora*. —Se detuvo dándole la espalda.

—¿En realidad harías todo lo que te pidiese por extraño que fuese?

—Depende. —Se sentía incómodo; Sara le desconcertaba con sus preguntas.

—Si te pido que me des un masaje en los pies..., ¿lo harías? Me duelen una barbaridad —rogó con dulzura.

Pietro guardó silencio unos segundos. Se trataba de una petición muy comprometida.

—Realmente no lo sé, *penso* que podría, pero...

Sara se quitó los zapatos y se tumbó a medio vestir sobre la cama.

—Ven, ¡siéntate aquí! —añadió señalando un cómodo sillón junto a ella—. ¡Toma!, utiliza esta crema, por favor. Es extracto de pensamientos, pero no los míos; no sé qué pensarías de mí si los conocieses... —sonrió con picardía—. Tendrás que adivinarlos.

Pietro se extendió un poco de crema sobre la palma de las manos y le cogió los pies, pequeños, suaves. Sara le miraba a los ojos: era muy atractivo y prohibido, y eso la excitaba.

—Es un verdadero placer..., lo haces muy bien, Pietro... —suspiró.

Sara había logrado enrojecerle. Su apariencia de hombre duro quedaba vulnerable ante ella, y sentía esa especie de estupor que causa la bebida sin haber probado un sorbo. Incómodo, se levantó decidido a salir de la habitación.

—No te marches, por favor, continúa.

—*Signora*, no creo que sea correcta mi presencia aquí...

Sara se apresuró a levantarse y cerró la puerta con llave; después se la guardó risueña dentro del sujetador.

—Si quieres salir..., tendrás que cogerla —añadió regresando a la cama.

Por primera vez en mucho tiempo se sintió como aquella niña que vivía encerrada en el diario y deseó ser ella de nuevo, y jugar a ser traviesa. Dejó caer el vestido al suelo y se acercó despacio a la cama. La habitación estaba en penumbras, pero él la seguía con la mirada; se adivinaba la silueta, le excitaba, pero sabía que debía controlarse.

—*Penso* que usted no se encuentra bien. *Quando* mañana se despierte, tal vez se arrepienta de...

Sara se acercó a él, que continuaba sentado contemplándola, y sujetó fuertemente su corbata y lo atrajo hacia ella.

—Acaso... ¿no me encuentras atractiva? —Sara tenía el cabello alborotado y los ojos le brillaban, los labios al natural le parecieron aún más sensuales, excitantes. La sonrisa y la mirada mostraban al mismo tiempo su lado de ángel y de demonio.

Pietro no podía resistirse a sus encantos. Sabía que Leo no regresaría hasta el día siguiente, y la tenía tan cerca que sin pensarlo la rodeó con los brazos y la besó con la pasión del deseo contenido. Había soñado muchas veces con poseerla, desde la primera vez que la vio, aquel día en el que llegó a la casa de Palermo. Ella no había reparado en él, como siempre oculto, en la sombra.

A Sara le había excitado la forma en que la había besado: era un hombre con experiencia y las manos la acariciaban con avidez. Estaba cansada de ser la chica triste que se lamentaba y aceptaba sin desafiar al mundo. Recordó cuando provocaba a los hombres sin miedo, dejándose llevar por el impulso irracional del deseo. Pietro la cogió en brazos y la dejó caer con suavidad sobre la cama. Ella se dejó hacer, volvió a tirar de su corbata para acercarse a una boca tremendamente sensual. No quería pensar en nada, tan solo necesitaba gozar, sentirse viva.

Las manos expertas de Pietro la despojaron de su ropa interior con delicadeza. Sus caricias eran suaves y le resultaba placentero. No solo las manos de Pietro eran agradables, también los labios, la lengua, que recorría su cuerpo haciéndola estremecer. No decía nada, tan solo la acariciaba. Sus fuertes manos se detuvieron en el cabello, en el rostro, y sosteniendo el mentón volvió a besarla en la boca inundándola con la lengua y succionando los labios de Sara. No le hacía daño, no se parecía en nada a Leo. Tuvo conciencia de que ese hombre la deseaba desde hacía mucho tiempo, y eso le excitaba aún más.

—No entiendo cómo puede hacerte daño. Si fueses mía, serías mi diosa, mi musa —pronunció entre susurros en italiano.

Sus palabras la hacían sentirse segura. El cuerpo de Pietro era cálido y fuerte, los brazos robustos la atraían contra el suyo y Sara pudo sentir la

erección. Deseaba hacerlo; no recordaba cuánto tiempo hacía desde que fue solo por sexo.

Le miró a los ojos excitada y acercó las caderas a él. Con el cuerpo le buscaba, y deseaba que la penetrase de una vez. Pietro separó las piernas de Sara aún más, como si se tratase de una caricia, con cuidado, y subido sobre ella sin dejar caer todo su peso, apoyó las manos sobre la cama y la penetró mirándola a los ojos. La mujer a la que siempre había observado desde la distancia estaba allí, y la estaba poseyendo, la embestía sintiendo la humedad del interior de Sara que acrecentaba su deseo reprimido durante tanto tiempo. Estaba gozando de un placer que nadie podría robarle jamás. Le acarició el rostro y las manos le recorrieron el cuerpo hasta llegar a la altura de las caderas, buscó las nalgas y la atrajo contra él. Sara sentía un inmenso placer; en cada embestida, los pechos se endurecían, y Pietro no daba crédito a lo que estaba sucediendo.

Sara gemía de placer, disfrutaba sintiéndose deseada, y de repente imaginó que Leo entraba en la habitación y la veía allí, desnuda, haciéndolo con su guardaespaldas. Pensar en aquella prohibición la excitaba más y más, y se apretaba con fuerza contra él. Pietro se movía cada vez más deprisa y ella le acompañaba en sus movimientos, excitada. Pietro jadeaba y el roce contra el clítoris le resultaba increíble. Se movían frenéticos, salvajes, y llegaron al clímax sin esperarlo.

Sara pensó en que al fin había disfrutado de un encuentro apasionado. Él era muy atractivo y ella necesitaba sexo. No se arrepentía; era muy joven para perder sus años lamentándose constantemente.

XXI

La habitación giraba a su alrededor cuando abrió los ojos, convertida en el centro de un semicírculo que daba vueltas sin cesar: aún estaba algo mareada. Despacio, levantó las sábanas y comprobó que estaba desnuda; volvió a cerrarlos y suspiró: solo entonces supo que no había sido un sueño.

—La vida es tan complicada a veces —pensó en voz alta abrazada a la almohada.

Sabía que tarde o temprano eso iba a suceder, pero no se culpaba; lo había hecho porque añoraba la chica que fue, y al fin y al cabo tenía necesidades como cualquier mujer. Además, el sexo con él le había gustado. Se levantó y fue a darse una ducha.

El agua caía sobre su cuerpo, templada, cristalina. Imaginaba lo divertido que sería llevar una doble vida, una que le diese sentido a su existencia.

—Podría ser interesante —se dijo, cuando de repente oyó unos ligeros golpes en la puerta. Sonrió, solo Marcial llamaba de ese modo.

—¡Me mudo a vivir con Óscar! —anunció agitado al verla, aunque Sara solo con verle el rostro lo hubiese adivinado.

—¡Eso es estupendo! —Le abrazó envuelta en una toalla.

—Anoche, más que proponérmelo, lo insinuó... Ya sabes, es algo tímido, pero la bebida le aflojó la lengua. Su precioso apartamento en la Cuarenta y Dos es discreto. Por supuesto no me iré del todo, por las habladurías; hay que ir con pies de plomo, y también por si me necesitas. Así que algunos días me quedaré por la noche aquí. ¡Y sécate el cabello o te enfriarás!

—¡Estás loco, Marcial! No hace falta que te quedes noches conmigo:

¡pasamos el día juntos! —sonrió.

Marcial le cogió las manos.

—Soy feliz y desearía que tú también lo fueses.

—Y lo soy, por ti, por Óscar... Estoy bien, en serio.

—¿Sabes qué pienso? Verás, si Leo pretende proclamarse benefactor del arte y la cultura, tal y como él mismo se define ante la prensa, no le conviene que salgan a la luz ciertas cuestiones de ámbito familiar, ¿me explico?

—¿Me estás proponiendo que le chantajee?

—Tú no, yo. Lo he meditado. —Marcial caminaba de un lado a otro de la habitación—. Deberá dejarte libre, darte el divorcio, o uno de estos días puedo contar a algún periodista, y conozco a algunos..., la clase de personaje que es y a qué se dedican todos los Di Benedetto. ¿No te parece una idea brillante?

—¡No! Es absurdo, parecerías muerto en cualquier inmundo callejón. No le juzgues a la ligera.

—Pero es que...

—Presta atención, Marcial: he aceptado mi vida tal y como es. Sabes que Paul ha sido el único hombre que me ha hecho sentirme especial, libre. Estar entre sus brazos fue limpio..., no puedo explicarlo con palabras; pero eso se acabó.

—Cariño..., ¿sentiste cientos de mariposas revoloteando en tu interior...?

—Mucho más...

—Pobre niña...

—Lo he aceptado, no puedo luchar siempre contra el destino.

—En cualquier caso eres muy joven. A veces pienso, y no lo tomes a mal, que tal vez echas de menos algún encuentro... con alguien..., ya sabes.

—Te equivocas. Por primera vez anoche Pietro y yo..., bueno, fue placentero, pero solo eso, sexo. —Sara sonrió ante la mirada perpleja de Marcial, que se tapaba la boca con la mano y corría a sentarse sobre la cama.

—¿Estás loca? ¿Y tú me pides que tenga cuidado?, ¿que no subestime a Leo? ¡Decididamente estás muy mal de la cabeza!

—¿Puedes calmarte? Pietro no va a decir nada.

—¡Ya lo creo que no lo hará! ¿Que va a presentarse ante su jefe y

contarle que se ha acostado con su mujer? ¡Ja!

—No se trata solo de eso. A ninguno de los dos nos conviene y nos fiamos el uno del otro. Fue algo que necesitábamos y pasó, eso es todo, te lo aseguro. No me siento tan bien como imaginaba. Ya no soy aquella chica divertida.

—No he pretendido insinuar que debas sentirte culpable, cariño. Es necesario que recordemos que estamos vivos, que sentimos, que gozamos; pero con él...

—De todos modos, no volverá a suceder.

—Yo también me he dado mis caprichos a lo largo de la vida, los que he podido, y no me arrepiento de nada.

Sara sonrió. Junto a él todo resultaba sencillo, natural, divertido, era especial.

Pasaron los meses y continuó con su ajetreada vida. En ocasiones, mientras descansaba encerrada en su despacho, cerraba los ojos y, reclinada sobre el sillón, dibujaba la cara de Paul, los ojos, el cabello y el pequeño lunar en el mentón que le daba ese aire tan sexi. Un impulso eléctrico recorría entonces todo su ser, y eso le recordaba que aún le amaba. Pero trataba de no pensar y pasaba los días inmersa en sus proyectos. Colaboraba con la Fundación, un trabajo apasionante al que Leo no le dedicaba el tiempo suficiente. Patrocinaban a jóvenes con talento y organizaban recitales, exposiciones y certámenes artísticos. Sara se había convertido en una pieza clave. Al fin, los cuadros de Francisco tuvieron un lugar privilegiado en una de las galerías de arte propiedad de Di Benedetto y sus pinturas comenzaron a ser valoradas y admiradas.

Óscar y Marcial se habían embarcado en un proyecto altruista: una asociación de ayuda a los homosexuales de Nueva York. El abogado de la señora Dawson, Charles Wilson, se había convertido en un pilar fundamental a la hora de afrontar casos de abusos, discriminación y un sinfín de irregularidades que tanto a Óscar como a Marcial se les escapaban de las

manos.

Leo, aunque contrariado, no tenía otra opción que apoyarles. Parker estaba convencido de que contar con el colectivo gay sería positivo en su desenfrenada carrera hacia la alcaldía.

Faltaban pocos días para Navidad, y a pesar del frío, Sara regresaba a casa caminando: le gustaba pasear, pisar la nieve y mirar los escaparates. Pietro, como de costumbre, la acompañaba a casa. Nunca más hablaron de aquella noche; fue como si nada hubiese sucedido. Un sueño que se desvaneció entre la niebla de la madrugada. Él la admiraba, la amaba, no solo por su grandeza como ser humano, sino por todo aquello de lo que carecía. Sabía que nunca podría compensar sus ausencias y se acostumbró a ser su amigo.

—No te martirices, Sara; piensa que la niña está bien. Por lo demás, ya sabes, cuenta conmigo.

Se despidieron en la planta baja. Sara le sonrió. Confiaba en él y sabía que no era fácil su papel, y por ello le quería. Subió las escaleras acompañada de la pequeña Molly, que la seguía con un juguete en la boca.

Había luz en la habitación de Leo. Le extrañó, pues ya casi nunca dormía allí; solía llegar al amanecer oliendo a furcia y alcohol. Siempre se excusaba argumentando que la campaña le restaba tiempo, que estaban en la recta final; entonces ella sonreía en su interior.

La puerta estaba entreabierta y al oír gemidos se acercó a hurtadillas. Sobre la cama había una mujer rubia arrodillada que se apoyaba sobre las palmas de las manos. Llevaba una gargantilla negra en el cuello atada a una correa. Leo la penetraba por detrás. La embestía con fuerza y la insultaba tirando del collar. La mujer se quejaba asfixiada y Leo le clavaba las uñas en la espalda golpeándole las nalgas con el extremo de un látigo. Sara no entendía cómo aquella mujer se prestaba a unas prácticas dolorosas; supuso que lo haría por dinero y se compadeció de ella. Leo salió de su interior y se puso de pie sosteniendo el pene entre las manos.

—Vamos, pequeña, él es tu amo y tú no eres más que su puta esclava.

La chica no disfrutaba; hablaba en voz baja asustada rogándole que parase. Leo le tiró con fuerza de la cabeza y la obligó a introducirse en la

boca. Sara entonces vio su rostro: llevaba peluca y la cara sucia porque el maquillaje se le había extendido con las lágrimas; parecía un triste payaso. Pero era ella, la joven Margaret. Una escena grotesca en la que Leo le pellizcaba los pezones, eufórico, mientras ella se quejaba del dolor. Sara no pudo tolerarlo y abrió la puerta.

—¿Cómo te atreves a hacer eso, Leo? ¿Desde cuándo te excita martirizar a las mujeres? Eres patético, y, sinceramente, Margaret, no sé cómo le soportas.

Margaret trató de cubrirse el cuerpo con las sábanas; lloraba y no sabía qué hacer.

—Sara, por favor —dijo Leo saltando de la cama. Se arrastró desnudo sobre el suelo, intentando cogerle los tobillos para besarle los pies—. No, perdóname, ella solo es una *puttana*. Yo te deseo solo a ti, *ti* amo, pero comprende, *io sono* un hombre, necesito hacerlo... *¿Capisci*, verdad? Ella no significa nada, te lo juro.

Margaret lloraba. Y Sara sintió lástima de ella.

—No llores, Margaret, tú no tienes la culpa. Vístete y dile a Pietro que te acompañe a casa. Y tú, deberías largarte de aquí para siempre.

Leo cogió el vestido de Margaret y se lo lanzó a la cara.

—Vete de aquí, maldita puta, mira lo que has conseguido pidiéndome que te trajese a casa, y *non digas nada di tutto questo* o estás muerta. ¿Me oyes?

—¿Por qué le hablas de ese modo? ¿Amenazas a todo el mundo? Ella solo quería complacerte, no te conoce, no sabe que eres un monstruo —gritó.

Leo enloqueció y Margaret salió corriendo. Sara se marchó a su habitación despacio, sin mirar atrás. Tal vez inconscientemente deseaba que la agrediese para tener la excusa perfecta de acabar con él. Hacía tiempo que llevaba un arma blanca en el bolso, solo por precaución.

—Jamás, ¿me oyes?, jamás te daré el divorcio si es lo que buscas. Tendrás que pasar por encima del *mio cadavere* si quieres librarte de mí —chillaba.

Ajena a sus gritos, cerró la puerta del dormitorio y llenó la bañera de agua caliente. Después, pensativa, puso esencia de rosas. Venía en un frasco muy pequeño, de cristal grueso, fuerte; lo sostuvo entre sus dedos y contempló el

diminuto dibujo de la flor, uno de los preferidos de Florence, aunque también le gustaba el jazmín..., olía siempre tan bien... Si su amiga estuviese allí, le diría: «No te rindas, Sara, nunca lo hagas, lucha por aquello que crees que merece la pena en la vida; solo de ese modo lo alcanzarás».

—¿Pero cómo, mi querida Florence, cómo? —se preguntaba ella una y otra vez.

Se desnudó y se sumergió en el agua caliente y, de repente, una idea afloró en su mente. Necesitaba hacerlo o se arrepentiría el resto de su vida.

XXII

Pasaba horas encerrado en la biblioteca y dormía poco: solo de ese modo lograría aprobar todas las asignaturas. Bob compartía habitación con él durante el curso en el campus, pero había decidido viajar a Highland para pasar la Navidad con su padre. Y Paul, a petición de su hermano, les acompañaría algunos días. Young era una chica encantadora y había acondicionado una acogedora habitación en la buhardilla, con un gran escritorio bajo la ventana para que Paul se sintiese cómodo.

Cerró su libro de Anatomía y miró a través de la ventana. Necesitaba respirar. Salió del dormitorio y propuso a James dar un paseo en canoa por el río Potomac. Desde niños, se manejaban muy bien en ese tipo de embarcación, y estaba seguro de que le vendría bien pasar un rato a solas con él.

Hacía frío, pero el paisaje en calma merecía la pena: sobre el agua, algunos trozos de hielo pasaban junto a ellos a la deriva. Disfrutaban del sonido de la naturaleza, y Paul veía en el rostro de James la misma serenidad que cuando era niño, le transmitía paz.

Al cabo de un rato dejaron la canoa en un lugar seguro de la corriente y caminaron por un sendero estrecho, rodeado de enormes rocas y árboles desprovistos de hojas.

—Encontré este lugar el verano pasado, paseando con Young. Aquí tengo la sensación de que el mundo se detiene. —Se sentó sobre una roca con forma de sillón—. ¿Ves? La naturaleza es sabia, te ofrece un lugar donde descansar —sonrió.

—Algo incómodo, ¿no te parece? —bromeó Paul.

—¡Venga, relájate! Te noto algo tenso. ¿Llevas bien los estudios, te gusta?

—Sí, todo bien, en serio; mejor de lo que imaginaba. Me gusta estar contigo, es como si nada hubiese cambiado desde que éramos niños.

—Sí, pero si miras las águilas volando sobre nosotros y las cascadas que se forman allí abajo, junto a las rocas, entonces te das cuenta de que en realidad, a pesar de la calma, nada se detiene, y debemos continuar nuestros caminos. —Le miró enarcando una ceja.

—Tratas de decirme algo, ¿no es cierto? —sonrió.

—Verás, Paul, podría trabajar en Nueva York. A menudo recuerdo nuestro hogar, pero necesitaba alejarme de papá. Ahora soy feliz aquí y me gusta ver que tú sigues tu rumbo, como esa buena frase de James Dean. Solo quiero saber que estás bien.

—Lo estoy.

—Pues no sé por qué, pero tengo la sensación de que algo te ocurre y no tiene nada que ver con papá ni con tu carrera. ¿De quién se trata?

Paul esbozó una sonrisa y se sinceró con James. Después de contarle su historia se sintió mejor.

—Parece complicado.

—Lo es.

—Debe haber algo que se pueda hacer, aunque ¿la mafia?... Sin duda se trata de un mundo sórdido, debes ir con cuidado si piensas volver a verla.

—Ahora nada importa. La última vez que la vi estaba embarazada, y continuará con su vida, supongo. No voy a buscarla; sé muy bien cuándo debo desaparecer.

—Tienes razón, no siempre podemos elegir, Paul. —James dio una palmada en el hombro a su hermano—. Será mejor que regresemos, hace frío y pronto anochecerá.

Al llegar a casa, Young les esperaba con una tetera humeante y unos deliciosos pasteles de crema; pero antes de servir el té, entregó a Paul un sobre cerrado.

—¿Y esto? ¿Ha venido alguien de la universidad? —preguntó extrañado.

—Exactamente no sé quién es, no le pregunté su nombre. Era una mujer joven que me dijo que Amy le había dado esta dirección, preguntó si estabas aquí y nada más. Después me pidió que te entregase el sobre. ¿He hecho algo mal?

—En absoluto, pero...

—Te esperamos en la cocina —añadió James cogiendo la mano de Young para que le acompañase.

Paul tuvo un presentimiento antes de abrir el sobre.

Querido Paul:

Perdona que irrumpa de este modo en tu vida, no tengo ningún derecho a hacerlo, pero necesito verte. No te culparé si no acudes a la cita, no podría.

Me hospedo en el Hotel Carlton, en la suite Imperial, segunda planta.

Sara

Paul subió a su habitación y se quitó la ropa húmeda.

—Sara, ¿pretendes volverme loco? —susurró.

No sabía qué pensar, tampoco qué hacer. Hacía tiempo que intentaba recordarla como un bonito sueño, lejano; una historia que se quedó atrapada en el camino y de ese modo continuar con su vida. Ahora aparecía para recordarle que existía.

Se sentó en ropa interior sobre la cama. Por su mente giraban tantas imágenes de Sara que quiso sacudir la cabeza para que todas, una a una, saliesen volando y escapasen a través de la ventana. La abrió y respiró el aire frío, que llenó sus pulmones recordándole que nada era un sueño. En ese momento llamaron a la puerta.

—¿Malas noticias? —preguntó James asomando la cabeza.

—Pasa, no te quedes ahí. —Paul le extendió la nota.

—¡Vaya!, no contabas con esto, ¿eh?... —dijo tras leerla.

—No, y no sé qué hacer. Así de repente aparece de nuevo ¿y pretende que vaya corriendo a buscarla? No sé qué demonios hace en Washington. ¿Te he dicho que es una mujer... desconcertante?

—No, pero cierra la ventana que te vas a congelar.

—Lo siento. —Una vez aseguró el cierre para que no se colara la corriente, cogió ropa limpia del armario—. Verás, yo tomaba el sol en la cubierta del *Doria*, tranquilo; leía un libro, James, sobre huesos, ¿te imaginas? No buscaba nada, tampoco a nadie, cuando de repente ella me abordó... Y ahora vuelve a hacer lo mismo.

—No sé, no voy a juzgarla, y tampoco a ti, eso te lo aseguro. Por supuesto tú decides, pero mi opinión es que hagas lo que te dicte el corazón, y después no te arrepientas, tomes la decisión que tomes.

Paul cogió unos vaqueros y un grueso jersey de lana de color crudo; al poco bajaron a tomar la taza de té. El corazón le palpitaba y no le gustaba sentirse de ese modo. Lo pasó muy mal la última vez que la vio, se marchó airado, y no quería volver a pasar por algo parecido, aunque tampoco podía obviar el hecho de que estaba allí, ella, la mujer que vagaba en sus pensamientos.

—¿Todo bien? —preguntó Young antes de dejarles a solas.

—No lo sé, Young, gracias, ojalá pudiese decir que sí.

—¿Te has preguntado por qué está aquí? —interrogó James.

—No sé si es por mí o por motivos de trabajo o... ¡Quién sabe! —Paul sacó el sobre del bolsillo trasero de su pantalón y volvió a leer la nota. Tenía una bonita letra, refinada. Sonrió—. ¿Qué demonios hace aquí? ¿Sabes algo, James?: me había prometido no pensar en ella y hasta el momento no lo he conseguido, de modo que escucharé lo que tiene que decir. No pienso pasar el resto de mi vida preguntándome qué quería. —Se levantó y se echó al brazo el abrigo.

—Te llevo, tardaremos solo diez minutos en coche. —James cogió las llaves y se despidió de Young con un beso.

Al salir, el sol se había puesto: eran las cinco de la tarde, pero solo el alumbrado iluminaba la ciudad. Subieron al vehículo y James condujo despacio, quería asegurarse de que Paul no se arrepentiría.

—Es aquí —dijo mirando el edificio que tenían ante ellos—. Sabe elegir dónde hospedarse; no me extraña que con su buen gusto se haya fijado en ti, hermanito —bromeó tratando de relajar la tensión de Paul, que sonrió y le dio una palmada en el hombro a su hermano.

—Gracias, Jimmy, te llamaré.

—Tranquilo, y suerte —añadió él antes de que Paul cerrase la puerta.

Se trataba de uno de los hoteles más lujosos de Washington. Se dirigió a la recepción sin prisas, no quería dar la impresión de estar nervioso.

—Buenas tardes, mi nombre es Paul Slater. Desearía...

Al pronunciar su nombre, el joven que le atendió le acompañó hasta la suite de Sara.

—Es aquí, señor —musitó, y se alejó sin más.

—Gracias —contestó mientras el muchacho entraba de nuevo en el ascensor.

Aguardó unos segundos, inmóvil frente a una robusta puerta blanca, tomó aire y, soltándolo de un solo golpe, llamó dos veces con los nudillos. Al escuchar pasos que se acercaban, sintió el corazón en la garganta.

El rostro de Sara apareció frente a él. No llevaba maquillaje y le pareció aún más hermosa. Guardaron silencio unos segundos, y Sara sintió miles de mariposas revoloteando en su interior.

—¿Vas a pasar? —Sara retrocedió ligeramente.

—Por supuesto, estoy aquí, ¿no?

Sara tragó saliva. Tenía un nudo en la garganta que le impedía articular una sola palabra y temblaba. Paul estaba tan atractivo con aquel abrigo largo, oscuro, y sus preciosos ojos azules que la observaban en silencio, que le costaba hablar.

—Por favor, siéntate si lo deseas —pudo decir al fin.

La suite tenía una sala de estar muy confortable, pero Sara estaba de pie junto a la ventana, comenzaba a nevar. Paul se quitó el abrigo dejándolo caer sobre el sofá, y continuó de pie, en silencio. Observaba a aquella mujer que le hacía enloquecer y perder su identidad, que conseguía en un segundo que su universo se derrumbase, que su vida desapareciera como un soplo y que deseara estar junto a ella para el resto de su vida. Pero le costaba mantener la

mirada, se sentía contrariado; no quería sentirse de ese modo, vulnerable.

—He mentado diciendo que estoy aquí por asuntos de negocios...

—No me interesa —interrumpió—. Supongo que has venido por algo y la excusa que hayas dado es cosa tuya. ¿Mientes con frecuencia? —preguntó sin poder evitar lo que sentía al contemplar unos ojos que reflejaban sorpresa.

—No estés a la defensiva, por favor, esto no es fácil para mí.

—¿Para ti? Recuerdo que la última vez que os vi celebrabais tu embarazo...

—Lo perdí, a las pocas semanas de aquel día, y mi embarazo no fue en absoluto como imaginas, aunque fue mejor así.

Paul la miró a los ojos.

—Lo siento, pero no imagino nada, aquello era real.

—Paul, sé que estás enfadado, que...

—¿Enfadado? ¿A eso lo llamas enfado? No, no tienes ni idea de cómo me siento, ¿me oyes? —Paul deseaba abrazarla, pero se sentía destrozado dudando a qué jugaba.

—Nunca he pretendido hacerte daño, créeme; por eso estoy aquí...

—¿Has venido a consolarme? Podías habértelo ahorrado.

—Paul, por favor...

—¿Para qué entonces, para decirme que continúas casada, que engañas a tu marido? Esa historia la conozco muy bien, Sara.

—No, no le engaño, él es quien lo hace cada día, quien me somete a sus caprichos. No tienes ni idea de la clase de hombre que es. No podía decirte adiós de aquel modo y que te alejases de mí, pensando que no soy más que una mujer caprichosa que ha jugado contigo. —Le miraba temiendo que desapareciese de su vida para siempre sin poder hacer nada.

—¿De modo que estás aquí para despedirte formalmente? En ese caso, te aseguro que no hacía falta. —Paul recogió su abrigo y se dirigió a la puerta.

—No se trata de eso, Paul. —Le tomó la mano. No podía permitir que todo acabase así.

Paul dejó caer el abrigo al suelo, no pensaría, se giró y la abrazó, besándola con pasión, sintiendo que de algún modo recuperaba aquello que daba por perdido.

—No puedo marcharme, ¿me oyes? —le susurraba en la boca—. No puedo alejarme de ti aunque trate de hacerlo. —La besaba una y otra vez sosteniendo el rostro de Sara entre las manos, no era capaz de dejar de mirarle esos ojos que se habían clavado en los suyos y que eran los únicos que deseaba contemplar el resto de su vida.

Sara disfrutaba de las manos de Paul como una dulce caricia. Nadie la hacía sentir de ese modo: especial, respetada, amada. Solo él.

—Quédate, Paul, por favor, te quiero tanto... —Las lágrimas le resbalaron por las mejillas y él las secó con los dedos, con los labios.

—No, no llores, no me hagas esto. Trato de vivir cada día, y nada tiene sentido; de lo que hago, pienso o digo... ¿Sabes cómo he vivido todo este tiempo? —Paul hablaba susurrándole en la boca, con la nariz pegada a la de Sara. No podía creer que ella fuese real—. No tengo derecho a enfadarme contigo, ya me advertiste sobre tu vida. Solo es que no imaginaba que me enamoraría de ti de este modo, y tampoco que fuese a resultar tan complicado.

—Apareces en mis pensamientos, en mis sueños, y busco tu rostro entre la gente, pero no te encuentro, Paul, y...

Paul se estremeció al probar de nuevo el sabor de los labios de Sara, de la lengua. Le acarició los hombros, el cuerpo, dejándose llevar por los sentimientos. Y se fueron al dormitorio contemplándose, como quien descubre un tesoro, despojándose de las ropas, que caían sobre el suelo alborotadas, mezcladas.

Sara se dejó caer sobre la cama y lo atrajo hacia ella. Su torso templado era como un bálsamo a su sufrimiento, y su olor a libertad, a su prisión perpetua. Paul le besaba el cuello, los labios, los pechos. Deteniéndose a disfrutar de su tacto, sus redondeces. Y hundió la nariz entre ellos, aspiró su inconfundible aroma tan especial, a dulce, a limpio. Los cuerpos entrelazados temblaban inquietos, y Sara cerró los ojos para conservar en su memoria ese instante para siempre.

Paul se dejó caer despacio sobre ella.

—Te conozco, sé qué piensas —le dijo acariciándole el cabello, revolviéndolo, bajando con sus dedos desde los hombros hasta las caderas y

deslizándolos hasta las nalgas para atraerla hacia él.

Sara le deseaba. En ese preciso instante quería que la penetrase, le ofrecía las piernas separadas y el sexo palpitaba de deseo, notando la erección de él tan cerca que sentir cómo entraba en su interior la llevó al borde de la locura y se estremeció de placer.

—Me niego a que te conviertas en un recuerdo, Paul. Esto es maravilloso, no puedo creer que estés dentro de mí. —Le buscaba la boca, la lengua, mordiendo con pasión los labios calientes y húmedos, besando el lunar del mentón con el que tantas veces había soñado despierta. Le sujetaba las nalgas y disfrutaba de cada embestida—. Ámame como si fuese la última vez, Paul.

—Te quiero, ¿me oyes? Y te necesito a mi lado —le susurraba en la boca. No podía creerlo, estaba dentro de ella y la sentía como un apéndice más de su ser. Disfrutaba del sexo, pero no era eso: la estaba poseyendo de mil maneras diferentes, con el cuerpo, la mente y el alma.

A Sara la invadía una ola de calor desde las zonas íntimas hacia el vientre que le recorría el cuerpo en una explosión de deseo y placer. Se sentía humedecer y se agitaba nerviosa bajo él, a la vez que las manos de Paul se aferraban a las caderas, deslizándose a lo largo de las piernas. Disfrutando del cuerpo excitado que lo buscaba.

Juntos habían descubierto el significado del amor, de la dulzura, la pasión y el deseo irrefrenable de sentirse respetados y amados.

—Te deseo, Paul —musitaba mientras él disfrutaba del tacto esponjoso y firme de los pechos, mordisqueándolos como nadie lo había hecho jamás.

—¿Me quieres? —preguntó excitado sin dejar de moverse aferrado a ella.

—Sí, Paul, nunca lo dudes —susurró agarrada al cabello de él mientras que con la boca se aferraba febril a la de Paul.

Las manos de Paul le acariciaban la espalda, dejándose llevar por el deseo de sentirle el cuerpo agitado sobre ella. Sabía que era él, solo él.

Paul se apoyó sobre los codos para poder contemplarla. Buscaba su boca hambrienta, que ascendía para besarle y mordisquearle los labios.

—Eres increíble, Sara —dijo al notar su excitación.

—Paul, esto es... Dios mío, sigue, no dejes de moverte así.

Apretaba las nalgas de Paul, fuertes, calientes, y sentía oleadas de placer

en su interior que la agitaban cada vez más. Paul quería continuar así, controlando sus impulsos, sus movimientos. Necesitaba hacerla gozar y sabía que estaba a punto de conseguirlo. Al cabo de unos minutos llegaron al clímax estremeciéndose. Y Sara, abrazada a él, temblaba. Paul la sentía suya, su delicado cuerpo le pertenecía. Se dejó caer sobre ella, exhausto. Se besaron antes de que Paul saliese de su interior, y se estremeció satisfecha de haberle poseído. Paul cerró los ojos, y Sara contemplaba un rostro más maduro y atractivo. En ese momento abrió el ojo izquierdo, la miró y sonrió. Sara adoraba esa sonrisa sexi y el dibujo que perfilaba.

—No sé qué decir —susurró Paul—. Eres tan... asombrosa, tan especial. Desearía que el mundo se detuviese en este instante, para siempre.

Era justo lo que ella deseaba, congelar aquella escena hasta la eternidad. Y permanecieron abrazados en silencio durante un rato.

—¿Estás dormida?

—No, disfruto de ti. —Le abrazó y le besó el torso—. Estás distinto.

—Entrenamientos duros —contestó acariciándole el cabello, y le sujetó la barbilla y le elevó el rostro para mirarla a los ojos—. Eres muy importante para mí, Sara, y no me interesa nada más, ¿sabes? No voy a dejarte marchar. —Sara le besó despacio, sin prisas, y dibujó el contorno de la boca, de la nariz con los dedos. Paul se puso de lado y apoyado sobre el brazo la contempló—. Tienes un cuerpo espectacular, pero eso ya lo sabes...

—Te quiero, Paul, te quiero —susurró.

Al cabo de unos minutos Sara se levantó y se dirigió al cuarto de baño. Paul la siguió con la mirada, contemplándola, y salió de la cama para ir tras ella. La estancia desprendía un agradable aroma a rosas. Sara le tendió la mano y juntos disfrutaron de la ducha, una caricia bajo el agua, conociendo cada pliegue de los cuerpos, cada detalle.

—¿Sabes que me vuelve loca este lunar? —dijo acariciándole el mentón.

—¿En serio?, pensaba que era molesta esa manchita ahí, tan a la vista.

—Estás loco.

Sara puso el tapón y dejó correr el agua, invitándole a sentarse junto a ella. Paul la observaba. Sara abría pequeños botes de jabón y vertía gotas de esencias que se convertían en burbujas sobre la superficie. Eran felices.

Querían saborear cada instante con intensidad. Sara puso un poco de esencia de rosas en la palma de la mano y frotó con suavidad el cuerpo de Paul.

—Hum, huele muy bien. Dime, ¿Amy te ha ayudado a encontrarme?

—Sí, la llamé. Pero si no quieres saber nada de mi vida, será mejor que no preguntes —dijo masajeando con delicadeza el torso de Paul. Él guardó silencio disfrutando de lo que ella hacía.

—Quiero saberlo todo, Sara —dijo de repente—. No me gusta vivir en la ignorancia; tampoco en la mentira.

—Llamé a tu casa y tuve suerte: Amy estaba allí. Es encantadora. Charlamos un rato y me dio la dirección; después nos deseó suerte. Eso es todo.

—Me refiero a todo —susurró en los labios de Sara.

—Verás, he mentado a Leo, le he dicho que me estoy sometiendo a un tratamiento de fertilidad y que debo guardar reposo. Es el único modo que tengo para alejarlo de mí.

—¿Y cuando pase ese tiempo?

—Inventaré otra historia. No soy una embustera; solo le miento a él.

—Lo sé. —La besó.

—Está enfermo, Paul. Siempre ha sido un mujeriego, pero ahora he descubierto que le gusta mantener con las mujeres sexo retorcido, dañino: le he visto pegar a una chica mientras lo hacían.

—¿Qué? —preguntó asombrado—. ¿Y nadie le denuncia?

—No, lo hacen por dinero o por vicio, no lo sé. Las lleva a casa y acceden a todo lo que les pide. Pero se niega a concederme el divorcio. Dice que será suya mientras viva. Aunque creo que es solo cuestión de tiempo que me deje libre.

—No puedo tolerar que vivas de ese modo, Sara.

—No digas que es una situación lamentable, lo sé, vergonzosa para una chica como yo. Tengo muchísimo dinero, soy inmensamente rica, pero no puedo comprar mi libertad, no puedo hacer nada. He de proteger a quienes amo.

—Debe de existir el modo de resolverlo, no voy a quedarme de brazos cruzados...

—Sss, no sigas, por favor. Ahora debemos ser sinceros. Nunca te he ocultado nada; solo quiero que sepas lo que hay, simplemente. Y que te quiero más que a nadie en este mundo. A ti y a Elisa. Pero prométeme que no harás nada que yo no te pida.

—¿Cómo voy a prometer algo así?

—Por favor —rogó mirándole a los ojos.

—Solo si no estás en peligro, ¿de acuerdo?

—Gracias, Paul. —Le miró a los ojos y deseó llorar, pero se contuvo. Sabía que tarde o temprano aquel hombre no soportaría más esa situación absurda.

—Supongo que tampoco verás a tu niña —preguntó dejándose acariciar.

—Pude hacerlo. —Sara sonrió—. Julia vino a visitarme. Está preciosa y sé que algún día la recuperaré, iré a verla. Espero que sea pronto o me volveré loca. —Paul la abrazó con fuerza—. Pero ahora dejemos de hablar, vivamos solo el presente, no sabemos nada de mañana y el pasado ya no importa. Mi amiga Florence decía: «carpe diem».

—Al menos dime cuántos días estarás. Todavía no sé cómo te las has ingeniado para venir hasta aquí.

—Estaré algunos días. La última vez que vi a Leo estaba en la cama con Margaret; les pillé y se sintió tan culpable que a la mañana siguiente le dije que pensaba viajar, que pretendo ampliar el negocio. No pudo negarse, necesitaba complacerme, así que esta vez no me fue difícil escapar de su lado. Está muy ocupado y confía plenamente en Pietro, quien por supuesto me acompaña.

—¿Pietro?

—Es el guardaespaldas que me tiene asignado.

—¿Y se mantendrá callado?

—También tiene cosas que ocultar. Me ha demostrado su amistad a lo largo de todo este tiempo; conocía la existencia de Elisa y lo ocultó: es una buena persona. También nos vio a ti y a mí juntos, en el *Doria*, me aprecia. Podemos confiar en él.

Volvieron a besarse, sus cuerpos desnudos resbalaban en el baño caliente y tras la ventana se veía nevar.

—¿No es maravilloso este instante? —preguntó Sara abrazada a él.

—Sí, y un sacrilegio utilizar palabras para decirte cuánto te amo.

—Paul, eres tan especial que no pareces real —susurró.

Paul la miraba descubriendo sus gestos, atesorando sus rasgos.

—Voy a pedir que suban algo para cenar, ¿no tienes apetito?

—Me muero de hambre —contestó Paul con una sonrisa.

XXIII

Amanecía, y Sara abrió los ojos buscándole: estaba allí, no había sido un sueño; era tan real como la vida misma. Miraba cada detalle en él y sonrió; se lo estaba comiendo con la mirada. Era el hombre más sexi y atractivo que había conocido. Pero no se trataba de su belleza; valoraba su sinceridad, su lealtad, cualidades que admiraba por encima del físico. Acercó los labios a la boca entreabierta de Paul para besarle, despacio, y después colocó la cabeza sobre el pecho. Escuchaba los latidos del corazón e imaginaba su vida junto a él. Suspiró. Nadie podría robarle el placer de poseerle y amarle en esos momentos sintiéndose correspondida.

Se levantó sin hacer ruido y llamó al servicio de habitaciones, pidió el desayuno y entró de nuevo en la habitación. Paul ya estaba despierto y le tendía la mano haciéndole un guiño para que regresase a su lado. A Sara aquel gesto le resultó tan provocador que se excitó.

—¿Te gustan los huevos revueltos y las tostadas? —preguntó Sara clavando las rodillas sobre la cama.

—Sí —contestó acariciándole la mano pensativo.

—¿Qué ocurre?

—No conozco tus gustos, lo que comes, cómo duermes..., esas cosas que hacemos a diario y que forman parte de nosotros mismos. —Sara sonrió: era lo más dulce que le habían dicho en su vida—. No te rías, me refiero a que no sé apenas nada de ti, esas cosas sencillas que forman parte de la vida; ni siquiera tengo una foto tuya.

—Pues... de algún modo habrá que solucionarlo, ¿no te parece?

—Nos la haremos juntos.

—Perfecto, pero ¿no estarás descuidando tus estudios por mí, verdad?

—Tranquila, todo está controlado. ¿Y quién piensa en eso ahora? —La rodeó por la cintura y la besó.

—¿Te he contado que comencé con Julia primero de Enfermería?

—¿En serio?, no tenía ni idea... ¿Ves a qué me refería? —añadió mientras jugueteaba con un tirabuzón del cabello—. Ya tenemos algo en común...

—No creas, en aquella época me comporté como un verdadero desastre.

—Desastre o no, quiero conocer tus gustos. Ahora no me importa nada más que tú. —La besó atrayéndola hacia él.

—Empieza por hablarme de estos días tuyos sin clases...

—Poca cosa: estaba cansado de estudiar y estudiar y estudiar —rieron—. ¿Te apetecería conocer a mi hermano? Él y su mujer son geniales —propuso de repente.

—¿En serio?, ¿no les molestará mi presencia?

—¿Estás loca? ¿Por qué dices eso?

—No sé, yo... me avergüenzo de mi vida.

—No, eso nunca. ¿Me oyes? —dijo elevando el mentón de Sara para hacer que lo mirase—. Nunca repitas eso. —La miró a los ojos y la besó con pasión, deslizando los dedos sobre los hombros, bajando los tirantes de su camisón.

Unos ligeros toques en la puerta les interrumpieron.

—Buenos días. Servicio de habitaciones —se oyó desde el exterior.

—¿Has llamado tú? —preguntó Paul.

—Sí, pero no te preocupes, ahora vuelvo —dijo cubriéndose con el albornoz.

Sara pidió al camarero que dejase el carrito en la sala de estar y regresó junto a él. Se detuvo frente a la cama. Paul estaba muy sexi mordiendo el labio.

—Solo con mirarte me excito —dijo Sara enarcando una ceja.

—¿Vas a venir ya o tendré que ir a buscarte?

Sara se acercó y se deshizo del albornoz y del camisón dejándolos caer al

suelo. Subió a la cama sin dejar de mirarle; llevaba algo en sus manos

—Quiero saborear tu cuerpo, Paul, cada centímetro —le susurró en la boca.

Abrió un pequeño bote y metió el dedo en él, primero se lo llevó a la boca y lo saboreó cerrando los ojos. A Paul le resultaba una imagen muy erótica: era una mujer fascinante e irresistible.

—¿Qué es? ¿Qué guardas ahí? —preguntó sorprendido.

—Mermelada de pétalos de rosas. —Sara le besó los labios y Paul paladeó su dulzor—. La preparo yo misma y no se me ocurre un lugar mejor para saborearla que sobre tu cuerpo.

Él la miraba absorto. No podía creer lo que estaba haciendo, algo nuevo y sorprendente, pero que le gustaba tanto que cedería a todos sus caprichos.

—Eres increíble, Sara —pronunció dejando caer la cabeza sobre la almohada. —Ella lo saboreó sin prisas. Le miró a los ojos: estaba sorprendido y excitado—. Me gusta, Sara. Esto es... fantástico. ¿Dónde lo has aprendido? No, mejor no me lo cuentes. —Gemía sosteniendo la cabeza de Sara entre las manos y le alborotaba el cabello.

—Disfruta, déjate llevar, pierde el control, quiero comerte —musitó.

Paul tenía los ojos cerrados, el cuerpo se estremecía y el sexo se endurecía dentro de la boca de Sara. Ella se agitaba cada vez más rápido, descontrolada. Le gustaba su firmeza, que le llenaba la boca, hasta que Paul no pudo contenerse y sintió cómo estallaba en su interior, derramándose sobre los labios de ella.

—¡Dios mío, Sara! Ha sido... ¡Uf! No sé, pero ha sido sorprendente.

Sara sonrió.

—Me alegro de que te haya gustado..., te has dejado llevar.

—Mucho..., no sé cómo lo has hecho, pero no he podido controlarme.

—Precisamente quería eso, rápido, y me ha encantado.

—Ahora ven, tumbate aquí, a mi lado —le pidió Paul.

Sara se acercó despacio: disfrutaba de su cuerpo desnudo rozándose con él. No sentía pudor, era como si llevarsen toda la vida juntos.

Paul separó las piernas de Sara mirándola con deseo y le puso un poco de mermelada en el sexo sin dejar de sonreír. Era la primera vez que Sara veía

picardía en el rostro de Paul, y le gustaba. Él bajó la boca para buscar las zonas íntimas y recorrerlas con la lengua. Sabía muy bien dónde le gustaba, y a él le excitaba el sabor, caliente, dulce y algo salado. La combinación más provocadora que había saboreado jamás.

—Oh, sí, me gusta. Es increíble, Paul, estoy muy excitada —murmuró Sara.

—¿De veras? Me enloquece hacerlo.

Sara cogió entre las manos la cabeza de Paul: no quería que parase porque un cosquilleo le recorría el cuerpo, el vientre, erizando el vello de la piel desde el clítoris.

—Lo haces muy bien, no pares, por favor. —Disfrutaban. Sara se agitó nerviosa—. Continúa, Paul —le pidió ansiosa, pero él la miraba con ojos de placer y después descendía de nuevo buscando el sexo.

—Tú estás más deliciosa al natural. —Rieron y bromearon excitados. Un juego erótico al que se entregaban sin reservas. Paul acababa de descubrir las zonas más íntimas. Cada rincón del cuerpo de Sara era mágico para él, y lo disfrutaba sin prisas.

Sara se agitaba y sostuvo con fuerza los hombros, arqueando ligeramente el cuerpo que temblaba de placer. Paul disfrutó con la lengua el dulce palpitar de su orgasmo y saboreó cada centímetro del sexo de Sara, impregnado de un flujo tibio.

No se trataba solo de hacerlo, de excitarse y dejarse llevar por el deseo; comenzaban a conocerse, a sentir que se pertenecían, y eso les satisfacía.

—Estará todo frío —afirmó Paul con una bonita sonrisa, después de apoyar la cabeza sobre el pecho de Sara.

—No, el desayuno viene en platos calientes, como nosotros. —Rieron, y Sara junto a Paul descubría que la felicidad existía y que cada día podía sonreír.

Mientras aguardaban en el *hall* del hotel un taxi, Paul la observaba. Quería retener en su memoria cada detalle del rostro; empezaban a

contagiársele sus costumbres. Tenía una boca sensual, los labios formaban un corazón simpático y perfecto que siempre parecía sonreír. La nariz pequeña, con la punta ligeramente redondeada, aportaba ingenuidad a los rasgos. Y los ojos, los más bonitos e increíbles que había visto nunca. Jamás había conocido a nadie tan especial, que le hiciese sentirse vivo. Sara llevaba un abrigo largo, en crudo, con solapas de terciopelo. Hacía mucho frío y sacó de su bolso un simpático gorro marrón que contrastaba con su cabello rubio. A Paul le parecía hermosa, y recordó la imagen del cuerpo desnudo, las curvas, ante lo que sacudió la cabeza disimuladamente: supuso que no era apropiado pensar en eso en mitad de tanta gente. Después reparó un instante en sus vidas y se negó a que esa relación tuviese un final.

Al subir al vehículo, Sara sonreía: se sentía segura a su lado. El calor del cuerpo de Paul cerca liberó a las mariposas de las que había hablado Marcial y que continuaban revoloteando en su interior desde que le conoció. Cerró los ojos durante algunos segundos, y deseó ser una chica normal, caminar, pasear junto a él sin miedo. Ser dueña de su vida, algo que había olvidado desde su casamiento. Desde que se casó, suspiró. No pensaría en ello, no estaba dispuesta a estropear sus días junto al hombre que amaba.

Para James y su mujer fue muy grato recibirles en casa. Un día en el que no dejó de nevar y que propició que disfrutasen de una placentera reunión familiar. «Una vida normal, como una chica cualquiera», pensaba mientras les observaba felices.

Solo faltaba Elisa. Entregaría su fortuna, y su alma al diablo sin dudar, si a cambio pudiese tenerles a ambos hasta el fin de sus días.

Al anochecer regresaron al hotel, Pietro aguardaba en el *hall* hojeando una revista. Sara se acercó al verle; su semblante serio le recordó que Leo existía.

—El Don ha llamado varias veces. Le he explicado que usted pasaba la jornada con la *signora* Anderson, una *stravagante* millonaria que aborrece la compañía masculina y que está *interessata* en hacer negocios con Elisa & Co. De ahí que me haya sido imposible interrumpir la reunión.

—Ingenioso. ¿Y...?

—Se alteró y me recordó que no debía perderla de vista. Me he tomado la

libertad de comentarle que la *signora* Anderson trabaja en Navidad, *odia questi* días especiales *dell' anno*, de modo que no sabemos exactamente cuándo regresaremos.

—Gracias, Pietro, no sabes cuánto aprecio tu ayuda; te recompensaré.

Sara valoraba cuanto hacía por ella, pero recordar a Leo acrecentaba en ella el deseo de hacer saltar todo por los aires y continuar con su vida. Inevitablemente había regresado a la realidad, «desde el cielo a la tierra sin paracaídas», pensó.

Se acercó a Paul. Era una situación incómoda. También lo era para él la presencia de Pietro. Irremediablemente le acercaba al mundo de Sara. Sin querer se mordía el labio inferior, se limitó a cogerla de la mano y juntos subieron a la habitación. Paul llevaba un bolso de mano con algo de ropa, detalle que a Pietro no le pasó inadvertido antes de que ambos se perdieran tras la puerta del ascensor. Temía que aquella historia se le fuese de las manos a Sara; se estaban adentrando en un terreno muy peligroso y sintió escalofríos. Recordaba la noche en la que Leo le ordenó asesinar a su primera esposa y a su amante. No fue él quien lo hizo, no era un asesino, pero tampoco pudo evitarlo, y le pesaba.

Se miraban mientras las luces del ascensor se detenían en el número dos. El ascensorista aguardó a que salieran y continuó ascendiendo con el resto de huéspedes.

—Lo siento, Paul, habla, por favor. Necesito oír tu voz.

—No, no puedo decir nada porque no me gusta esta situación. No me considero un intruso en tu vida y es justo lo que parece, y es penoso.

—Por favor, no pienses en ello.

—No voy a marcharme de tu lado. Esto no va a acabar así, no de este modo.

—Solo voy a pedirte algo —dijo mientras abría la puerta de la habitación—. Déjame intentarlo, tal vez Leo...

—¿Te abandone? No, Sara, es un ser enfermizo, cree que le perteneces y debes alejarte de él. A mí no me da ningún miedo, pero no puedo decidir por ti.

—Ahora he de llamarle, no es justo que cargue solo contra Pietro.

Paul se dirigió al dormitorio, no quería estar presente durante la conversación porque no podía negar que aquel hombre formaba parte de su vida, aunque se empeñasen en fingir que no existía.

—Lo siento, Paul, yo... —intentó explicar cuando regresó a su lado.

—Mejor vamos a descansar; no estoy de humor para hablar.

Paul la abrazó y la besó en la frente. Sara se sintió libre entre los brazos de él, protegida como una niña, aquella que desapareció sin avisar, sin disfrutarla. Y se sintió amada, como la mujer en la que aquella niña se había convertido. Todo había sucedido tan deprisa... Y se durmió escuchando los latidos del corazón de Paul.

A la mañana siguiente el teléfono les despertó.

—¡No me has llamado desde que llegaste! ¿Te parece bonito? Estaba preocupado. Óscar me ha quitado el teléfono de las manos para que no te moleste, pero en cuanto se ha dado media vuelta lo he vuelto a coger. —Con su habitual verborrea, Marcial hizo sonreír a Sara.

—Acabas de despertarme, ¿qué hora es?

—¿Nooo? Lo siento. Es que...

—No te preocupes, lamento no haberte llamado, pero es que estoy muy muy bien.

—Eso es justo lo que deseaba oír. Ya me contarás cuando vengas, con todo lujo de detalles —añadió bajando la voz.

—No seas curioso —Sara sonrió.

—Bueno, yo sigo inspirando a Óscar: soy una musa; ya te contaré. Hemos pensado en comercializar un perfume muy especial. Fragancia de rosas, de Elisa & Co. El perfume se llamará «Sara». ¿Qué te parece?

—Sabes que todo me parece bien, hagáis lo que hagáis, mentes prodigiosas y creativas. Pero... preferiría que se llamase «Florence».

—Mi niña..., siempre tan generosa.

—Te dejo.

—Sí, sí, anda, regresa al nidito. Recuerda que te quiero. Besos a Paul.

—Yo también te quiero, y... besos a Óscar.

—¿Tu amigo? —preguntó Paul cuando Sara colgó el auricular.

—Sí, Marcial... Si no fuese por él... Es especial, hace que mi vida tenga

sentido en los momentos más duros —suspiró—.

Paul guardó silencio. A su mente llegaron fantasmas de otros hombres, aquellos con los que ella habría disfrutado y que habrían poseído su cuerpo. Rechazó ese pensamiento: no tenía ningún derecho a hacerlo.

—¿En qué piensas, Paul?

—En que te quiero. —Le acarició el rostro y la besó dulcemente.

—Yo también a ti. ¿Sabes que hace algunos años visité esta ciudad?

—Hay tantas cosas que no sé de ti. Pero tengo todo el tiempo del mundo, de modo que puedes empezar, seré todo oídos. —Se acomodó en la cama.

—No, mejor será que salgamos. Vístete, te lo contaré por el camino. —Se dirigió al baño a toda prisa y al cabo de unos minutos salía envuelta en el albornoz bajo la atenta mirada de Paul. Después abrió el armario y buscó en el interior, eligiendo con rapidez qué ponerse—. ¡Venga, no seas vago!

—¿Vago? ¿Hay que formar filas? —bromeó.

Paul salió de la ducha con una toalla en la cintura y a Sara le resultó tan sexi que tuvo que mirar hacia otro lado.

—No se puede ser tan guapo y andar luciendo ese cuerpo como si tal cosa —añadió sonriente mientras se cepillaba el cabello.

Desayunaron en la cafetería del hotel. Sara disfrutaba de cada detalle, de sus costumbres. Le gustaba la manera tan peculiar en la que removía el azúcar, girando la cucharilla en el sentido inverso a las agujas del reloj. Sacó su cámara fotográfica del bolso y tomó una instantánea.

—Eres raro —le susurró, y Paul le pellizcó la nariz.

Salieron a la calle cubierta de nieve y Sara respiró profundamente. Extendió los brazos y miró hacia el cielo, tropezando con una señora que paseaba a su perro.

—¿Qué haces? ¡Estás loca! No puedes pararte de ese modo, de repente, en medio de tanta gente —rio.

—Quiero recordar este momento. —Le cogió la mano y caminaron sin rumbo.

—Antes te decía que estuve aquí hace algunos años, con Florence, de la que ya te he hablado muchas veces. ¿Te molesta que lo haga?

—En absoluto, me encanta escucharte.

—Me dijo algo sobre esta ciudad. Sabía muchas historias y a mí me gustaba escucharla; tenía la voz tan dulce... Me contó que esta ciudad está inspirada en París, una petición de Thomas Jefferson a un arquitecto; por eso tiene estas amplias avenidas y parques. A Florence le encantaba hablar de su ciudad natal, se sentía muy orgullosa de ser parisina.

—Esa amiga tuya debió de ser una mujer muy interesante. No me extraña que seas así.

—¿Cómo soy?

—No sabría definirte con una sola palabra. Déjame pensar... Tal vez ¿descarada? —bromeó—, ¿maravillosa? Sí, esa es la palabra, maravillosamente descarada —dijo besándole los labios.

—No bromees conmigo.

—Hablo en serio, señorita.

—De acuerdo, te creeré —repuso con una mirada dulce—. Ella me obligaba a estudiar, aunque yo prefería escuchar sus historias. Sabía narrarlas como nadie. Todas adquirían un encanto especial cuando ella las contaba, las impregnaba de su inconfundible estilo y nacía algo mágico.

—Fuiste muy afortunada al tenerla... Yo también viví aquí. Mi padre eligió este destino durante algún tiempo, aunque yo era muy pequeño entonces.

—¡Vamos!, ¡corre!, subamos a ese taxi ¡Pídele que nos lleve al Thomas Jefferson! ¡Venga!

Paul entró a empujones en el vehículo y la miró sorprendido: era una verdadera caja de sorpresas, inquieta como una adolescente en plena efervescencia.

—¿En serio quieres ir a la biblioteca? ¿Ahora?

—Sí, es el primer lugar que visité y quiero recordarlo junto a ti. A mi amiga le encantaba leer, era una de sus grandes pasiones; siempre llevaba un libro en el bolso, *Moll Flanders*. Decía que cuando se aburría de determinadas compañías, era la mejor manera de aprovechar el tiempo sin dejar de ser correcta —sonrió.

Al bajar del vehículo, Sara se acercó hasta la entrada de la biblioteca: quería recordarlo todo. Paul pagaba al taxista y se quedó algo rezagado.

Había mucha gente que entraba y salía de allí. Sara entonces se detuvo y se giró para esperarle. Al verle acercarse se maravilló de haberle conocido, convencida de que muchas chicas se morirían de ganas por salir con él, y entonces tuvo miedo a perderle. Le cogió fuertemente la mano y se abrieron paso entre la gente.

La Biblioteca del Congreso se situaba a espaldas del Capitolio, con un impresionante vestíbulo construido según el estilo del Renacimiento italiano, y revestido de mármol blanco con imponentes arcos y columnas.

Sara hablaba en voz baja:

—Me contó que Thomas Jefferson fue quien cedió miles de libros que había estado acumulando durante cincuenta años, aunque a cambio de una cantidad de dinero, por supuesto; no era tan generoso. Al parecer, las tropas inglesas habían quemado los que ya existían. Una pena, ¿verdad? No recuerdo bien todo, porque yo miraba distraída el techo. ¿Ves cuántas vidrieras de colores hay? Justo lo hacía mientras Florence me lo contaba. Aquel día los cristales brillaban con el sol y me gustaban los dibujos que los reflejos formaban sobre las paredes, ajena a cuantos me rodeaban. Entonces me dijo: «Querida niña, en ocasiones parece que vives en las mismísimas nubes».

A Paul le contagiaba su entusiasmo. Era como una niña pequeña abriendo regalos en Navidad. Una nueva Sara que deseaba conocer, sin tristezas. Ansiaba respirar el aire que ella respiraba.

—Ven, subamos. —Sara le cogió de la mano y se dirigió hacia las escaleras. Tiraba de él, que ascendía sin prisas tras ella. Se encaminaban a la sala de lectura. De repente se giró y colocó el dedo índice sobre los labios de Paul para que guardase silencio.

—No he hablado, Sara —susurró—. Tú lo haces por los dos.

—Recuerdo que Florence me regañó porque yo hablaba en voz alta —continuaba narrando historias, y a Paul no dejaba de sorprenderle. Hablaba sin cesar, gesticulaba: le gustaba todo en ella.

Al subir a la sala principal, a Paul le llamó la atención un bonito mosaico de Minerva, por lo que se detuvo unos segundos para contemplarlo, y justo al girarse, Sara había desaparecido. Le invadió una extraña sensación, pero

enseguida descubrió que estaba allí, de espaldas a él, admirando las estatuas que rodeaban el balcón desde el que podía verse toda la sala.

—Me has asustado —le musitó al oído.

—¿En serio? ¿Qué podría ocurrirme aquí? Este es un lugar seguro —sonrió.

Paul se sintió contrariado. Aquellos días no durarían para siempre y ella desaparecería otra vez de su vida. Cogió la cámara y le hizo una simpática foto abrazada a una de las enormes columnas. Sara se había percatado de que un guarda se dirigía hacia ellos; le cogió del brazo y él la siguió corriendo. Le resultaba incansable, lo hacía todo como si llegase tarde a alguna parte, y salieron al exterior.

—Iban a llamarnos la atención: no se pueden sacar fotos ahí dentro, por eso he tirado de ti. ¿Vamos hasta la Casa Blanca? Allí hay unos bonitos parques.

—Sí, es cierto. ¿Siempre tienes tanta prisa?

—No lo sé —contestó dubitativa—. Visitamos la ciudad en mayo, cuando los cerezos estaban en flor..., uno de los paisajes más hermosos que he visto. ¡Lástima que no sea primavera!

—Regresaremos —añadió confiado, cogiéndole la mano.

Sara se detuvo. Paul se mostraba tan seguro de sí mismo que ella se olvidaba de todo lo demás. Le miró.

—¿En serio?, ¿vendremos?

—¿Por qué no?, por supuesto. —Continuó caminando, y ella se sintió libre—. A ver, es veintitrés de diciembre, así que faltan cuatro meses para abril. Aquí estaremos. —Y le hizo un guiño.

—Creo que será mejor que no hablemos del mañana, ni siquiera sobre qué haremos dentro de una hora. Sigamos paseando, me apetece sentir el aire frío, solo ahora, tú y yo. —Le cogió la mano y tiró de él.

—Sara, no me has respondido: ¿siempre tienes tanta prisa?

—¿Prisa? Quiero verlo todo junto a ti, quiero que en mis recuerdos estés siempre tú. Cuando piense en esta ciudad o alguien me hable de ella, habré recorrido cada lugar, cada rincón a tu lado, y serás tú quien siempre acuda a mis pensamientos.

Paul se detuvo. Era lo más bonito que le habían dicho nunca. La rodeó con los brazos y cerró los ojos apoyando la barbilla sobre la cabeza de Sara. Entonces respiró profundamente.

—No nos separaremos, ¿de acuerdo? En una ocasión te dije que no pretendo ser un recuerdo en tu vida. Algún día construiremos una casa junto al río, y allí, junto a Elisa, nos olvidaremos del mundo.

—Eso es un cuento de hadas, Paul. Vamos, disfruta del momento.

Recorrieron la larga avenida durante algo más de media hora. Caminaban abrazados, ajenos a los viandantes que pasaban por su lado. La ciudad se mostraba hermosa, adornada con cientos de luces. Enormes bolas de colores brillantes que colgaban sobre las ramas de los árboles nevados. Había muchos niños que jugaban tirando de carritos, y otros se lanzaban enormes bolas de nieve, algunas de las cuales acababan estrellándose contra los vehículos que circulaban cerca. Nadie les conocía. Eran una pareja de enamorados paseando a lo largo de la avenida Pensilvania.

—Ahí está la Casa Blanca. Realmente impresiona el Capitolio, esto sí lo recuerdo bien. Amy aún no caminaba y a mí me dejaban empujar el cochecito; la llevaba corriendo a todas partes y me regañaban —recordó sonriente.

—¿Sabes que guardo la bufanda que olvidaste aquel día? Algunas veces la cojo, la huelo y me siento bien —dijo Sara de improviso.

Paul se detuvo.

—Es muy tierno eso que acabas de decir, tanto que dan ganas de llorar. Pero los chicos duros no lloran, ¿no es así? —enarcó una ceja.

Se abrazaron y se besaron en mitad de la acera, ajenos al mundo que seguía girando. Una espesa niebla comenzaba a cubrir el paisaje, la nieve se había derretido en algunas zonas formando charcos sobre la calzada. Entonces Paul la cogió en brazos y cruzó la amplia avenida. Después, con delicadeza, la dejó sobre la acera.

—¿Ves?, no has tenido que mojar tus bonitas botas.

—Me he sentido como la protagonista de una película.

—Bueno, ahora que todos nos miran, creo que es el momento de pedirle a alguien que nos haga alguna foto juntos.

Después, reanudaron su paseo.

Cogidos de la mano caminaron por el lado oeste de la avenida y se detuvieron justo frente al Monumento a Washington, un gran obelisco de casi ciento setenta metros de altura.

—¿Sabes qué dicen de los obeliscos? —La miró con picardía.

—¿Quieres sonrojarme o...?

—No creo que lo consiga, aunque lo intentaré... —Se acercó y le susurró al oído—: Algunos dicen que es un símbolo fálico —dijo guasón.

—No te rías de mí con esas bobadas.

—Es que estoy enamorado del dibujo de tu sonrisa.

Sara le miró a los ojos. No podía existir nadie más que él.

El monumento se reflejaba en un estanque rectangular, lo llamaban por ello simplemente *el estanque del reflejo*: una bonita imagen repleta de claroscuros y contrastes donde se hicieron fotos divertidas; los rostros brillaban sobre el agua.

Nunca me has hablado de tus padres, Paul. ¿Cómo son? —preguntó curiosa.

Paul no quería profundizar en el tema.

—Son guapos y correctos —concluyó sin dejar de hacer fotos a Sara.

—¡Vamos, Paul, para! Debo de estar horrible —añadió quitándose el gorro de lana.

—¿En serio? Estás preciosa. —Guardó la cámara y le alborotó el cabello.

—Empieza a nevar. Regresemos al hotel —sugirió Sara.

XXIV

Su estancia en Washington transcurrió con la velocidad con que una estrella fugaz cruza el cielo. Igual que un sueño del que no quería haber despertado jamás.

Sentada en el avión, volaba rumbo al infierno. Se miraba las manos, con las que había acariciado la piel de Paul y se habían aferrado al cuerpo cuando una llamada de teléfono adelantó el momento de la despedida. Leo había ordenado a Pietro que la llevase de regreso a casa o amenazaba con ir a buscarla.

—Vamos, no quiero verte llorar —le había dicho Paul con un nudo en la garganta antes de que subiese al taxi que la llevaba al aeropuerto.

Le miró a través de la ventanilla. Las gotas de lluvia resbalaban sobre los cristales igual que las lágrimas lo hacían sobre las mejillas. Después simplemente desapareció de su vista cuando el coche cambió de rumbo en dirección al aeropuerto.

Paul había comprado dos anillos idénticos, con una tórtola diminuta grabada.

—Simbolizan amor eterno; cuando se emparejan, jamás se separan —les había desvelado el joyero al mostrárselas. Ellos sonrieron; las llevarían siempre.

Sara le había regalado una bonita cadena con dos chapas rectangulares, una de las cuales hacía de camafeo, y allí Paul colocó una foto de Sara. La cadena le quedaba muy sexi. Sonrió invadida de una profunda tristeza al recordar su imagen. Sintió ganas de llorar, pero se contuvo. Aunque deseaba

que todo explotase a su alrededor para acabar de una vez por todas con tanto sufrimiento.

—Deberá cambiar ese semblante cuando llegemos a casa —Pietro se dirigió a ella sin levantar la mirada del periódico.

—Se supone que estoy furiosa porque finalmente, y por las prisas de Leo, no he podido cerrar el acuerdo con esa señora...

—Anderson, *signora* Anderson.

—Gracias. Anderson, lo recordaré. Por ello sospecho que tal vez deberemos regresar en primavera —contestó Sara con una mirada de complicidad.

—Espero que sea discreta. Leo no debe sospechar.

De vuelta a la realidad: advertencias, amenazas... regresaban a su vida. Pero no perdería la calma. Nadie podía arrebatarle lo que había vivido, y algún día lo recuperaría para siempre. Estaba convencida de que la primavera no tardaría en llegar, aunque tenía la sensación de que su existencia se había congelado entre las sábanas revueltas de aquel hotel.

Ya en casa deambulaba como un fantasma, hasta que la dulce melodía del reloj de carillón le avisaba del paso del tiempo; entonces ella miraba el cristal frontal. No habían limpiado las pequeñas huellas que Elisa había dejado impresas aquella tarde, así lo había ordenado, y allí permanecerían hasta que el polvo las borrara.

Leo apenas aparecía por casa, y cuando lo hacía, se mostraba más alterado que de costumbre. Había dilapidado gran parte de su fortuna invirtiéndola en una ambición desmedida, y los gastos para promocionar a Parker aumentaban cada día.

No podían obviar que Wagner contaba con el favor de la mayoría de los ciudadanos. Sin embargo, se aferraban a un sueño. Ahora que todo apuntaba al fracaso, habían trazado un plan para conseguir ventaja de manera ilegítima. Con ayuda de la familia, y finalmente del irlandés, habían comenzado a reunir votos utilizando la extorsión, el soborno, cualquier cosa era válida en la desesperada carrera hacia la alcaldía.

—Todos tienen un precio y nosotros les compraremos —decía Leo a Parker.

Habían intimidado a miembros del cuerpo de justicia, de la policía; muchos sobornados, otros amenazados: una verdadera locura. Sara vivía ajena a cuanto sucedía a su alrededor. Se sentía cómoda sin la presencia de su aborrecido esposo y solo disfrutaba leyendo las cartas que Paul le enviaba en secreto a la dirección de Marcial. Apenas podían comunicarse por teléfono, pues Sara temía que sus llamadas fuesen descubiertas; Pietro así se lo había recomendado.

Aquella mañana, como de costumbre, Marcial la visitaba en su despacho para entregarle el correo. Sara vivía en una burbuja de cristal, como atrapada en una ilusión. Todo cuanto amaba se convertía en humo y se desvanecía entre las manos, imposible de atrapar. Marcial suspiró y entró sin llamar.

—Cariño, traigo noticias —dijo entregándole una nueva carta—. Ya me contarás. Espero que al fin sea vuestro momento. Ahora he de reunirme con Óscar. Estaremos abajo. —La besó—. Si te animas..., tu presencia es muy importante para nosotros.

—Gracias, Marcial —dijo antes de que desapareciese tras la puerta.

Sara se mostraba radiante con la carta entre las manos. Le encantaba su letra, muy cuidada; después aspiraba ese aroma inconfundible del papel que ha recorrido un largo trayecto hasta llegar a su destino, pero que guardaba restos de su fragancia y que solo ella podía percibir.

Sara, cariño:

He esperado más días de lo acostumbrado antes de escribirte, con la esperanza de que todo cambiase, pero no tengo buenas noticias. Me pediste que te contase la verdad y eso hago.

Hace unos días que los comandantes de vuelo hemos recibido una orden para partir hacia el Líbano con las tropas. Se han suspendido los permisos y nos han adelantado los exámenes a los que estudiamos.

No temas, no va a sucederme nada. El gobierno libanés ha solicitado al presidente ayuda: una larga historia entre cristianos falangistas y musulmanes, una locura del no entendimiento del ser humano. Se prevén insurrecciones y habrá que restablecer el orden, pero nada más. Como siempre, son cuestiones confidenciales, secretos de Estado. Prefiero que

lo sepas a contarte una mentira que solo te cause mayor preocupación, y ya sabes que no es mi costumbre.

Prométeme que tratarás de divertirte y ser la mujer que llevas dentro. Yo estaré bien si tú lo estás. Cada día miro tu foto. Mi amigo Bob dice que eres muy guapa y que es normal que me haya vuelto loco por ti; es un bromista, pero tiene razón. Te quiero, sueño cada noche contigo. Tu sonrisa me da fuerzas para soportar tener que vivir apartado de ti, pero también sé que podré verte muy pronto.

Tuyo siempre, Paul

Sara se marchó a casa sin avisar, guardó las fotos y las cartas en la caja fuerte y salió de allí. Caminó dando vueltas sin rumbo mientras Pietro la seguía en la distancia. Se detuvo en el Four Roses, un local de dudosa reputación en el que nunca había entrado. Se dirigió a la barra y pidió un whisky. El dueño del local la reconoció al instante. Sin pretenderlo, se había hecho conocer en todo Manhattan: la moda, la Fundación, su marido y su relación con el mundo de la política habían logrado que su imagen saliese en la prensa con más frecuencia de lo que ella deseaba. Desde que regresó de Washington todo parecía haber cambiado: Leo se había encargado de que lo relacionasen con ella, con Óscar, Marcial y Kate Dawson. Y confiaba en que su compromiso con el colectivo gay diese sus frutos. Sara en cambio deseaba hacerse invisible y no iba a soportar que escudriñasen en su vida. Eso sería terrible. Pidió que le sirviesen otro whisky, y cuando el barman estaba a punto de hacerlo, una mano le detuvo.

—Creo que la señora Di Benedetto tiene que marcharse.

Sara lanzó una mirada furiosa a Pietro: allí estaba de nuevo, como su maldita sombra, pensó. Estaba cansada, acosada, asfixiada. Pero le siguió y salió de allí. Supuso que estaba cometiendo otra estupidez.

—¿Sabe que el propietario pretendía llamar a un fotógrafo de esos que están a la caza de exclusivas? *Immaginare* qué sucedería? Podrían publicar *qual cosa*.

—Gracias, Pietro. A veces no pienso en las consecuencias, añoro la libertad...

Entró en su habitación acompañada de María. Desde que Marcial se trasladó a vivir con Óscar prefería no complicarle la vida contándole constantemente sus problemas; se merecía ser feliz, y María era una chica encantadora que siempre tenía palabras de ánimo para ella.

—Es una historia de amor preciosa y no debes darte por vencida, Sara. Estoy segura de que, aunque tarde algunos años, el amor verdadero vencerá todos los obstáculos. Pero hay algo que quería decirte: durante tu estancia en Washington, Leo ha traído mujeres a casa, muchas, y me preocupa.

—A mí no, en absoluto.

—Lo digo porque algunas parecían... prostitutas, vaya. Eso me hizo pensar en que..., bueno, será mejor que vaya al grano. Un tío mío murió de sífilis. ¿Sabes ahora a qué me refiero? Ten cuidado, Sara.

—Ya no nos acostamos juntos, desde hace meses, pero será una buena excusa si vuelve a molestarme.

—También hay algo que debes saber. Un par de noches antes de tu regreso, sus hermanos y amigos se reunieron aquí, en casa. Despidió al servicio en cuanto sirvieron la cena, y ellos estuvieron charlando de ciertos temas...

—¿Escuchaste algo?

—Ya lo creo. Parker y Leo planean traer una importante cantidad de heroína desde Sicilia. —María se persignó—. Con la venta de la droga pagarán a no sé cuántos altos cargos, y decían que tendrán suficiente dinero para financiar por todo lo alto la campaña en su último intento. Les oí con claridad desde el salón.

Aquella tarde Sara sintió que debía hablar con alguien, que no podía esperar toda su vida. Y no podía informar a Pietro porque para él todo resultaba peligroso; estaba cansada de escuchar siempre las mismas excusas.

—María, tienes que cubrirme. Si Pietro pregunta, estoy en clase de pintura con Francis y le dices que no quiero que me molesten, ¿de acuerdo?

—Sí, pero ten cuidado, por favor.

—Lo tendré. Si sucede algo, tú pones cara de no saber dónde me he metido. —Y sin pensarlo dos veces, salió por la puerta trasera que daba al jardín.

La ciudad sin la sombra de Pietro le pareció distinta. Tenía miedo, pero al mismo tiempo se sentía libre, como si a duras penas saliese de su particular burbuja de cristal. Caminó entre la multitud hacia una comisaría de policía que estaba a un par de manzanas de su casa.

Llevaba un vestido negro y pañuelo estampado en tonos grises cubriendo su cabello, también unas gafas negras que le ocultaban el rostro. Solo le quedaba cruzar la calle y se sentiría resguardada, así que cerró los ojos unos segundos y confió en que nadie la hubiese seguido; en ocasiones imaginaba que Leo tenía ojos repartidos por toda la ciudad.

Catorce escalones antes de llegar a la puerta principal se detuvo y alzó la vista: la fachada era grisácea, con grandes ventanales rectangulares y rejas oxidadas por el paso del tiempo. Mientras subía se cruzó con individuos de todo tipo. Algunos tenían mal aspecto, olían mal, una mezcla de sudor y alcohol que le repugnaba. Otros vestían elegantes trajes, aunque ninguno podía ocultar a qué tipo de actividades se dedicaba, los rostros les delataban. Le pareció ver en ellos a los hombres de Leo, pero no era así: el pánico comenzaba a apoderarse de ella. Respiró profundamente y soltó el aire de un solo golpe por la boca. Sabía que se estaba adentrando en un terreno escabroso, pero debía intentarlo: tal vez alguien supiese dirigir sus pasos hacia la libertad.

Un par de prostitutas salían en ese momento vociferando palabras que Sara no logró entender. Un agente, que las empujaba hacia la salida en el momento en el que ella se disponía a entrar, se detuvo, y las chicas silbaron al verla, gesticulando de manera obscena. Sara se sintió incómoda y miró hacia el suelo. Tal vez vestía demasiado elegante, pensó.

—Vamos, largaos de una vez, y no quiero que regreséis por aquí, chicas, al menos en una semana; portaos bien —dijo el agente mientras sostenía la puerta abierta para que Sara entrase.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

—Gracias, agente. Verá, no sé muy bien a quién debo dirigirme.

—¿De qué se trata?

—Es un asunto serio y necesito la máxima discreción. —Se hizo a un lado y añadió bajando la voz—: Temo por mi vida.

El agente la miró de arriba abajo sorprendido, no le parecía el tipo de chica que tuviese problemas serios.

—Pase por aquí. Vayamos a un lugar más tranquilo. Creo que mi jefe estará encantado de ayudarla —añadió señalando el piso de la primera planta.

Subieron unas estrechas escaleras de madera y caminaron a través de una sala repleta de personas que hablaban sin cesar, intercambiándose documentos de una mesa a otra. Sonaban muchos teléfonos al mismo tiempo: aquel lugar era una verdadera locura.

El oficial la acompañó hasta el despacho del teniente Perkins, le ofreció un asiento y cerró la puerta al salir. Era una silla de madera algo incómoda. Miró a su alrededor: todo estaba muy desordenado, los documentos se amontonaban sobre la mesa, y encima de ellos había un cenicero rebosado de colillas que caían por todas partes.

A su izquierda había una pequeña cristalera cubierta hasta la mitad con una persiana marrón algo desvencijada. Al otro lado, una chica sentada frente a una máquina de escribir se detuvo unos segundos para mirarla por encima de sus gafas y después reanudó su trabajo. Todas las mesas de la sala estaban ocupadas, en su mayoría por hombres, y supuso que se trataba de agentes de policía, aunque ninguno iba uniformado.

Estaba nerviosa, movía inconscientemente el pie derecho dando pequeños golpes con el tacón sobre las baldosas, y sostenía el bolso sobre las piernas. El suelo también estaba sucio y la papelería repleta de bolas de papel arrugado. Suspiró. No estaba segura de que fuese oportuno continuar allí; en realidad no estaba segura de nada, y eso le molestaba profundamente. En ese momento la puerta se abrió.

—Buenos días, señorita, no se levante, enseguida la atiendo. ¿Le apetece un café?

—No, gracias.

El teniente volvió a salir, pero esta vez no se alejó. Junto a la mecanógrafa había una gran jarra de café. Se sirvió en una taza de porcelana blanca y se detuvo unos instantes a hablar con un joven engominado. Sara se fijó en el teniente, era un hombre grueso, de unos cincuenta y cinco años, algo desaliñado. Se giró sobre sí mismo y regresó junto a Sara.

—Hola, señorita, soy el teniente Perkins. ¿En qué puedo ayudarla? — preguntó mientras extendía la mano para saludarla.

—Mi nombre es Sara. No sé por dónde empezar, teniente. Es todo muy complicado y estoy muy asustada.

—Tranquilícese, ahora mismo está usted bien protegida —bromeó—. ¿La persigue alguien, se siente acosada?

—No se trata de eso. Mi marido es... Leo Di Benedetto —susurró.

—¡Hum! ¿Se refiere al Di Benedetto de la Fundación?

—Exacto.

—Pues usted me dirá en qué puedo ayudarles.

—Es personal y me afecta solo a mí.

—Sinceramente, señora, deberá explicarse mejor. ¡Cuénteme!

—Lo intentaré, aunque no estoy segura de que me comprenda. Mi marido no es quien aparenta ser, y si sospechase que estoy aquí, me mataría. Él es muy peligroso.

—¿Puede concretar?

—Verá, él y toda su familia tienen negocios fraudulentos, ¿me entiende?

—Continúe, por favor.

—Ahora creo que están a punto de hacer negocios... con drogas...

El teniente se movió inquieto en su asiento.

—¿Negocios, dice?

—Por favor, solo le pido que le investiguen.

Sara se echó hacia delante y su voz se convirtió en un susurro.

—Pertenece a la mafia, ¿entiende lo que eso significa? Por eso tengo miedo. No he denunciado jamás este hecho, hasta ahora. Estoy aterrorizada, me amenaza constantemente, mi vida es un verdadero infierno.

Observó el rostro del policía, que no parecía estar tomando en serio sus confidencias, y se sintió airada. Perkins le ofreció un cigarrillo que ella rechazó. Entonces él se llevó uno a los labios y, sin encenderlo, se reclinó sobre el respaldo de su sillón.

—¿A la mafia dice usted?

—Sí.

—Bueno..., eso es un asunto que no debemos tomarlo a la ligera.

Hágame un favor, márchese a casa. Me pondré en contacto con usted cuando averigüe algo —pronunció levantándose del asiento.

—No. ¿Eso es todo cuanto va a decirme? No puede llamarme a casa y tampoco puede decir que usted es policía... ¿No entiende lo que le he dicho?, me mataría.

—Señora Di Benedetto..., ¿toma usted algún tipo de medicamento? —preguntó acompañándola hasta la puerta.

—¿A qué se refiere?, ¿qué insinúa?

—Verá, a veces cuando los maridos trabajan y se ausentan demasiado tiempo, las esposas comienzan a imaginar cosas, inventar historias. Su marido es un hombre muy ocupado, está enfrascado en ese proyecto político..., ¿me equivoco? —Sara le miraba atónita—. Hágame un favor, señora Di Benedetto, no juegue a detectives, márchese a casa y procure tenerle preparada una buena cena a su esposo cuando regrese. Por esta vez haré como si usted nunca me hubiese visitado. El señor Parker goza de una situación privilegiada en esta ciudad, no complique usted las cosas. ¿De acuerdo?

Sara salió del despacho temblorosa: era como si las piernas fuesen a fallarle de un momento a otro. Palideció. Todos parecían formar parte de una conspiración contra ella, un macabro complot. Bajó las escaleras, y antes de salir, alguien la retuvo del brazo.

—¿Qué hace usted, agente? —Era el joven que la había recibido al llegar.

—Venga por aquí, señora, no tema.

La condujo hasta un estrecho callejón situado en la parte trasera del edificio.

—Mire, señora Di Benedetto, no tengo mucho tiempo. Será mejor que no continúe con lo que está usted haciendo, al menos no aquí.

—¿Están todos involucrados, no es eso?

—No, señora, solo algunos gozan de ciertos privilegios por parte de Parker. La torpeza ha sido mía. No sabía quién era usted hasta que no he podido evitar escuchar parte de la conversación. No debe tocar ese asunto, ¿me comprende?

Sara se soltó del brazo y se alejó de allí. Se puso las gafas de sol y se

apresuró para llegar pronto a casa: no debía levantar sospechas.

XXV

Entró por la puerta de atrás. Había un agradable aroma a té con canela y los rosales lucían sus primeras flores. Francis le hizo un gesto que le transmitió serenidad; Sara se limitó a asentir: regresaba destrozada. Junto a la escalera la esperaba Molly, que movía su pequeña cola feliz de verla. Sara la cogió entre los brazos y la besó.

—¿Me has echado de menos, pequeña?, ¿qué has estado haciendo? Tienes hojas secas en el pelo... ¿Jugabas fuera, no es así?

La pequeña bichón maltés besaba la cara de Sara y eso le hizo sonreír.

Dejó a Molly sobre la cama, se desnudó y se metió en la ducha. El agua caía sobre ella caliente y se abrazó el cuerpo con fuerza. Imaginando que eran los brazos de Paul los que le acariciaban la espalda, el cuerpo. Cerró los ojos y soñó despierta. El sonido del agua la transportó hasta el río del que le había hablado Paul. Se vio a sí misma tumbada sobre la hierba, a su lado, y el sol brillaba sobre ellos. No había nubes, solo una inmensidad celeste, clara y limpia. En mitad de la naturaleza respirarían, y Elisa cortaría pequeñas margaritas; ella le cubriría la cabeza con un sombrero de paja para que no le quemase el sol y la niña reiría. Salió de la ducha con la soledad como compañera de viaje, se tumbó sobre la cama y respiró; entonces su pequeña perrita le lamió la nariz y se tranquilizó. Su vida era así, siempre soñando.

Abrazada a Molly, el molesto y estridente sonido del teléfono la despertó.

—Perdona, Marcial, me he quedado dormida. Hace un rato le preguntaba a Molly si la has sacado a pasear.

—¿Y te ha contestado? —bromeó—. No, hoy no, pero mañana iremos a

Central Park, ya sabes, *picnic*, incluida tortilla de patatas; me muero por comerla sentado al aire libre. Y tú vendrás con nosotros; últimamente estás paliducha.

—De acuerdo, me vendrá bien.

—¿Ha llegado Leo?

—No. ¿Es que piensa venir hoy a casa?

—Hace rato llegó buscándote, y no supe qué decir. Estaba de buen humor y me dijo que iría a casa a buscarte. ¿Imaginas qué quería?

—No estoy para adivinanzas, Marcial, y menos acerca de Leo.

—Nos rogó que asistiésemos a la inauguración del nuevo restaurante, La Particularitá de Francesca. ¿Puedes suponer la cara que se nos quedó a Óscar y a mí? ¡Yo que no lo puedo ni ver!

—¿Un nuevo restaurante?

—Pues sí. ¡Parece que todavía estás dormida, chica! No me gusta nada este asunto. Nos pidió que fuésemos elegantes, que la prensa estará allí.

—¿Va a meter también a la familia en ese circo que han organizado él y su socio? —preguntó extrañada.

—Eso parece, aunque me ha molestado que nos pida que acudamos elegantes. ¿Con quién se cree que trata, con ganado?

—No le hagas caso. Solo confío en que ese peligroso jueguecito se les vaya de las manos y que alguien les ponga en su sitio.

—¿Estás preparada para pasar una velada junto a tu querida suegra? —enarcó una ceja.

—No seas sarcástico.

—No dejo de pensar en que todo esto es una locura, Sara. Quieren aparecer en primera página rodeados de gente conocida, de la moda, el arte, la política. Por cierto, muchos de ellos ahora les apoyan incondicionalmente. ¿No huele a quemado, como de costumbre?

—Sí, y a nadie parece importarle que sobornen o chantajeen mientras todos saquen tajada.

—¡Y otros les creen! Sin ir más lejos, en nuestra asociación están convencidos de que, si ese sinvergüenza de Parker sale elegido, cambiará la vida de los gays y lesbianas de Nueva York. He tratado de explicarles que eso

no será así, que no se crean nada; pero están cegados con su palabrería barata.

—Les entiendo en cierto modo. Debes pensar que llevan mucho tiempo sin que nadie les escuche, y se aferran a palabras hermosas.

—Pero hay que actuar con cabeza. También hay una chica joven, lesbiana, no recuerdo su nombre, que llegó el viernes pasado a la asociación junto a un grupo de colaboradores; se han propuesto editar la primera revista gay de la ciudad. Es una buena noticia, sin duda, pero no me gusta que ese tipejo de Parker meta sus narices; al final acabará fastidiándolo todo.

—No te preocupes, deja el mundo girar, aunque estoy de acuerdo contigo en algo: ese hombre codicia vuestros votos; después, todo quedará en promesas.

—Les odio a todos, Sara, créeme que les odio.

Al cabo de unos minutos, Leo llegaba a casa.

—¿*Non* es magnífico?, *mamma* está rejuvenecida —dijo mientras entregaba a Sara una caja de Elisa & Co. y le hablaba del nuevo restaurante.

—Sí, es maravilloso que tu madre se distraiga y que deje de pensar en los demás. Es tan buena... ¿Qué es? —preguntó quitando el envoltorio.

—Óscar me lo ha dado para ti: es un vestido que quiero que luzcas. Supongo que te gustará; lo han elegido tus *amici* los maricas.

—¿Te refieres a esos maricas que os hacen campaña de manera gratuita?

—No te enfades. Ellos tendrán ventajas y nosotros también, la simbiosis perfecta. Me siento *felice*. Carola necesitaba distraerse y mi madre está radiante, ilusionada con ver de nuevo *il suo* nombre en un letrero luminoso. Cambiando de tema, ¿te ha *parlare* algo la doctora? Pienso que ya han pasado meses suficientes, ¿*non credi*? —preguntó, al tiempo que la tomaba entre los brazos por la cintura—. Mi madre ha vuelto a mencionarlo y no he sabido qué decir...

—¿Tu madre? ¿Lleva ahora tu agenda de actividad sexual?

—No seas irascible, *piccola* Sara —dijo mientras se miraba en el espejo.

—Hay algo que no te he dicho, Leo.

—¿Algo serio? —La miró extrañado.

—Sí. Las últimas analíticas que me hicieron, ya sabes, antes de comenzar con un tratamiento más fuerte... No he querido molestarte, pero ¿estás bien?

—le interrogó fingiendo preocupación.

—¿A qué te refieres? ¿No vendrá esa doctora de nuevo con sus estupideces sobre que no soy lo suficiente *virile*?

—No se trata de eso, sino de que te ves con ciertas mujeres de dudosa reputación.

Leo, contrariado, aguardó a escuchar lo que Sara tenía que decir.

—Verás, Leo —trató de parecer dulce y sumisa, la mujer que a Leo le gustaba tener a su lado—. Debí suspender el tratamiento porque tuve una infección, y ambos medicamentos no eran compatibles.

—¿*Infezione*, dices? Yo estoy perfectamente, eso son bobadas.

—No, Leo. Tal vez tú no muestres síntomas, pero yo he tenido que soportar molestias muy desagradables: más de dos meses con picor, escozor; incluso llegué a tener fiebre, pero no quise alarmarte en mitad de... ¡Estás tan ilusionado con tu nuevo proyecto! —Sara fingió.

—Pero, Sara. ¡Mi *bellisima* Sara! Si eso es así, tendré cuidado. Yo no quiero acostarme con otras mujeres, pero soy un hombre...

—Te comprendo, Leo, te entiendo, créeme, pero es por seguridad. Una enfermedad así podría dejarme estéril...

A Leo no le convencían sus palabras.

—Ahora se hace tarde. ¡Vístete ya! Hablaremos en otro momento con más calma.

Antes de salir de la habitación la contempló unos segundos: deseaba poseerla, le excitaba la belleza de sus curvas prohibidas. Pensar en ello le provocaba un irrefrenable deseo. Cuando eso sucedía, necesitaba buscar a otras mujeres con las que dar rienda suelta a su retorcida imaginación, a sus gustos desmesurados y salvajes, prácticas violentas a las que Margaret hacía ya algún tiempo que se había negado. Solo Linda, su fiel amante, las soportaba; ella y algunas prostitutas que por dinero estaban dispuestas a ceder en todo.

Prefirió salir del dormitorio, convencido de que, cuando alcanzase el éxito, Sara se sometería complacida. Creía que todas las mujeres se movían por dinero, fama o poder, y él estaba a punto de conseguirlo.

El nuevo restaurante se ubicaba en uno de los impresionantes locales del Rockefeller Center, donde habían rodeado el vehículo una veintena de periodistas, ocultos tras los *flashes* de sus cámaras. Sara prefería vivir al margen de aquella parafernalia: odiaba ver su imagen plasmada en hojas de prensa. Aun así, respiró profundamente y salió del coche decidida; Leo le tendía la mano. Estaba radiante, con un sencillo vestido negro con mangas de organdí y unos discretos pendientes.

—Sara, *amore*, vamos con la *mamma* Francesca; nos espera.

Francesca aguardaba con aires de grandeza, orgullosa. Entre aplausos cortó la ancha cinta azul, y una vez inaugurado el restaurante, más de doscientos invitados se distribuyeron en los diferentes salones.

Sara ocupó su asiento junto a Francesca. Marcial estaba a su lado, y junto a él, Leo. Parker y esposa querían aparecer en la foto junto al afamado diseñador, aunque Óscar intentaba cambiar su asiento por otro más cercano a Marcial. Un guiño del candidato le obligó a cambiar de opinión.

—Será mejor que accedas a acompañarle —le susurró Marcial—. Esta noche no me apetece contrariar a nadie, por favor —pidió a Óscar.

Él asintió sin más y fue a ocupar su silla.

—Querida Sara, espero que estés restablecida del todo. Mi hijo es tan *felice en questi* momento que no desearía que enturbiases en modo alguno su *felicità*. —Y sin darle oportunidad a responder, la matriarca alzó su copa y se levantó para hacer un brindis.

—Esta rata de cloaca quiere fastidiar, Sara. No ha hecho más que sentarse y ya empieza con sus ironías. —Marcial sentía que debía protegerla. En ocasiones se arrepentía de haberse mudado a vivir con Óscar. Le amaba y era feliz junto a él, pero sabía que Sara, como siempre, andaba perdida.

—Tranquilo, Marcial, no hace daño quien quiere...

—... sino quien puede. Ya lo sé, pero fastidia.

—No a mí. No lo conseguirá. Ya soy una mujer y sé cuidarme.

—Eso espero, porque la nohcecita promete larga. ¡Mira!, ¡la cucaracha ya se ha erguido! —dijo señalando a Francesca levantada con una copa de vino

en la mano.

—Quiero hacer un brindis. Seré breve. Deseo *prosperità a tutti* cuantos habéis acudido a mi local, pero especialmente por el futuro de *questa* ciudad. Brindo por que el señor Parker y mi hijo, Leo Di Benedetto, consigan un rotundo éxito en sus propósitos. —Y tomó un sorbo de vino, un toscano que adoraba.

—Espero que no le dé por la charlita de los viñedos, porque la meto en una prensa y la pisoteo —susurró Marcial.

Tras los aplausos, una suave música amenizó la cena.

Francesca no soportaba a Marcial, aunque su hijo le pedía constantemente que controlase su animadversión hacia los homosexuales por el bien del partido. Ella jamás pronunciaba sus nombres; simplemente les llamaba *los maricas* o *los desviados*, cualquier calificativo peyorativo que le viniese a la cabeza.

—¿Qué te ocurre, Sara? —se interesó Marcial al verla palidecer.

—No es nada, ya te lo explicaré cuando pueda.

Sara acababa de ver entre los invitados al teniente Perkins iba acompañado de una mujer; pero no dejaba de mirarla levantó la copa a modo de brindis y la saludó.

—Leo, discúlpame, he de ir al baño —alegó incómoda.

—¿Quieres que te acompañe mi madre? ¡Estará encantada de hacerlo!

—No la molestes, esta es su noche. Dime dónde quedan.

Los baños se ubicaban al otro lado del gran salón, y Marcial no dudó en seguirla. Sara le contó entonces lo que le había sucedido.

—¡Agua de azahar!, ¡agua de azahar! Hoy no he traído. ¿No te dije que me encargaría de averiguar con quién debíamos hablar? No puede ser aquí en Nueva York. Y acabo de conocer a un periodista que tiene contactos y que...

—¿Comprometerte? Esta es mi vida. Tienes suficiente con permanecer a mi lado, ya pensaré en algo. Solo es que tropezar con él, precisamente aquí...

—Necesito otra copa. Vamos a la mesa y no le mires, no le mires y no le...

—Marcial, ¡basta!

—*Bellisima* Sara, no has comido nada. Creo que deberías probar la

polenta con trufas: es la especialidad. ¡Riquísima! —Leo le sirvió un poco.

—Si *non* comes, tu culo seguirá menguando y acabará *fine* como un guisante —añadió Francesca con ironía. No soportaba ver a su hijo complaciéndola y mimándola en cada gesto.

Sara le sonrió y ella se encolerizó aún más.

En el lateral derecho del salón se situaba la pista de baile: elevada sobre una tarima de madera, brillaba igual que un espejo.

Francesca, complacida, subió a ella seguida de sus hijos, se acercó al micrófono y pronunció algunas frases en italiano que pocos entendieron. Como de costumbre, elogiaba a su familia excluyendo a Sara. La matriarca se dirigió a la orquesta y pidió que interpretasen alguna de las melodías de Césare Andrea. Bailó la misma pieza alternándose con cada uno de sus hijos, al tiempo que sonreía mirando a Sara.

—Quedarán unas fotos encantadoras, Francesca —dijo cuando su suegra pasó junto a ella sin mirarla—. *Only will be pictures, gang of hypocrites!* —pronunció en inglés mientras Francesca entrecerraba un ojo sin entenderla.

Let the Rest of the World Go Bye sonaba en ese momento, y Leo le pidió que le acompañase. La estrechó entre los brazos y ella los sintió como pesadas cadenas alrededor del cuerpo que la enredaban sin escapatoria. Suspiró. Era todo tan absurdo, tan surrealista. De repente, alguien se dirigió a Leo.

—¿Te importa que baile con tu esposa? Mi mujer la admira y sería un placer...

—Por supuesto, pero solo un baile —sonrió dándole una palmada en el hombro.

Se trataba del inspector Perkins, y Sara se sorprendió. Supuso que permitirle bailar con ella era igual que concederle un premio, su manera particular de agradecer su implicación en sus sucios negocios, como si ella fuese simple mercancía. El inspector la devoraba con la mirada y ella intentó alejarse.

—Estoy cansada. Creo que voy a sentarme un rato.

—No, muñeca, espera un poco, vas muy deprisa.

—¿Cómo? —A Sara le enojó aquel modo tan vulgar en el que se dirigió a

ella.

—No pretenderás que tu maridito sepa lo que has hecho esta tarde, ¿eh...?

Sara guardó silencio y le dejó continuar.

—Verás, preciosidad, te has saltado las reglas. Acudir a mí es como acudir a pedir ayuda a Leo. Formamos una especie de equipo..., sí, tal vez podríamos llamarlo de ese modo. Él nos beneficia en ciertos aspectos económicos y nosotros le ayudamos en otro sentido.

—Entiendo —añadió ella sin mirarle a la cara.

A Sara le repugnaba el olor de aquel hombre, una mezcla a antiguo y a colonia barata. Empezaba a encolerizarse con sus palabras susurradas cerca del oído.

—Verás, no voy a contar a Leo lo que has estado haciendo. Has sido una niña mala, pero a cambio deberás hacer algo por mí...

Sara le miró a los ojos. Pensó en el ser tan repugnante que la tenía sujeta por la cintura y le dieron ganas de vomitar.

—Me harás un favor. ¿Entiendes, jovencita? —Su rostro era grotesco, sudaba, y el escaso cabello que le quedaba se veía áspero. Su boca descuidada babeaba esperando una respuesta.

—¿Pretende que yo le haga a usted algún favor de tipo... sexual?

—Has acertado. No abusaré, solo una vez, y no volveré a molestarte; no soy ambicioso. He estado meditando. Tus curvas me enloquecen y no he podido apartar tu imagen de la cabeza en toda la tarde. Ahora tenerte entre los brazos, nena, ha encendido mi pasión.

—Dígame, teniente, cuando esta tarde usted me envió a casa a cocinar, sabía que nos veríamos esta noche, ¿no es así? —Sara se mostró irónica, aunque él, cegado por la excitación, no supo distinguirlo.

—Por supuesto, pero ansiaba jugar con el factor sorpresa y ver tu cara de ángel, asustada, temerosa de mi presencia. Como ves, lo que te propongo te gustará, sé hacer gozar a las mujeres. —Acarició uno de los rizos con delicadeza, no sin antes comprobar que Leo no estaba cerca.

—Mire, teniente, hágame un favor: márchese del local ahora mismo. Me da exactamente igual la excusa que dé a Leo y a su acompañante. Si hay algo

que él no tolera es que quieran joder con su esposa. Estoy ofreciéndole la única oportunidad que tiene para salvar su vida. Unas sencillas palabras mías a Leo y es usted hombre muerto. No me subestime, señor Perkins, esta cara de ángel puede convertirse en un perfecto demonio.

Se soltó de los brazos ante la mirada perpleja del teniente, que había palidecido, cegado por el deseo de poseerla; no había reparado en la clase de hombre con quien estaba casada.

Antes de regresar a la mesa, Sara se dirigió a él por última vez:

—¿Le han dicho alguna vez que huele usted a cerdo, teniente? —Giró sobre los talones y se marchó con paso firme hasta la mesa.

Había reaccionado a tiempo, igual que las desafiantes señoritas de Avignon. No toleraría jamás que ningún hombre volviese a humillarla; había sido arriesgado, pero no le quedaba otra salida.

Marcial estaba perplejo. La había observado todo el tiempo sin respirar y necesitaba hablar con ella.

—¡Dime! —susurró acercándose con disimulo.

—Ese cerdo no volverá a molestarme, te lo aseguro.

Marcial comía y bebía de manera compulsiva bajo la atenta mirada de Óscar, sabía que lo hacía siempre que se ponía nervioso, y después tendría que soportar varios días de histerias y lamentaciones por haber abusado de la comida.

Los invitados a lo largo de la noche fueron formando grupos, algunos en la zona de baile, otros dispersos por el jardín. Ni rastro del teniente Perkins.

Justo a las doce en punto, el tintineo de una campanilla llamó la atención de todos. Francesca, subida al escenario, ordenaba a los camareros que trajesen la impresionante tarta de seis pisos y que la elevasen hasta donde ella se encontraba; después pidió a Leo que la acompañase.

—Hijo mío —dijo acercándose al micrófono—. Ya es domingo, primero de julio de 1958. ¡Feliz cumpleaños!

Un estruendo de silbidos y aplausos inundó el local, y Francesca, sonriente, continuó hablando cogida de la mano de Leo.

—¿Desde cuándo le gusta a este insecto tanto protagonismo? —Marcial preguntaba en voz alta sin preocuparle quién pudiese oírle y provocando la

sonrisa de Sara.

—Gracias, *amici*. Solo unas breves palabras. Os agradezco a *tutti* que hayáis asistido a la inauguración de La Particolaritá de Francesca. Mi Leo hoy cumple cuarenta años... Cuarenta años mostrándome su *amore*. Un hombre especial que ha trabajado muy duro, una persona *esemplare* que merece lo mejor —añadió mirando a Sara, y ordenó un redoble de tambores.

Las luces se apagaron y un potente foco iluminó el escenario. Todos aguardaban expectantes. La tarta se abrió y una chica disfrazada de gata salió de ella. Los hermanos de Leo la ayudaron a salir en brazos, y la joven sin dudarle fue a besar a Leo, quien no opuso resistencia. Sara se sintió humillada; de repente ella era el centro de todas las miradas. Simplemente sonrió.

—¡Hay que ser sinvergüenza, rata asquerosa! Esa vieja lo tenía planeado: solo desea avergonzarte, ofenderte en público.

—Es una situación bochornosa, pero solo por eso, porque es pública —repuso Sara.

Francesca se mostraba radiante, feliz: creyó que al fin hundiría a Sara.

—Francesca —dijo Sara, que se mantenía firme.

—*Dimmi*, Sara, ¿te ha gustado el regalo? Creo que los hombres como mi Leo necesitan de vez en cuando un bomboncito que les haga disfrutar.

—Me ha encantado el regalo. Eres una madre ejemplar. Y... ¿sabes algo?, creo que Leo debería buscar una chica así, a tu elección. Lo que sucede es que no hay nadie tan estúpida como yo que desee casarse con un hijo de puta como tu hijo.

Francesca se fue hacia ella con los brazos abiertos. Pretendía agredirla, pero los fuertes brazos de Pietro la detuvieron.

—Cálmese, Francesca.

Nadie se percató del incidente. Las miradas se dirigían a Leo y a su joven acompañante, que se aligeraba cada vez más de ropa a petición del público masculino. Francesca se soltó llena de ira del brazo de Pietro.

—Tienes suerte de que no quiera fastidiarle a mi hijo la velada —dijo encolerizada, y se alejó de allí.

Sara pidió a Pietro que la llevase a casa. Nadie la echaría de menos.

—Lo siento, no debería pasar por esto.

—No te preocupes, Pietro, no me molesta. Ya no puede hacerme ningún daño.

XXVI

Hacía algunas semanas que no recibía noticias de Paul, hasta que, a mediados de julio, los periódicos se hicieron eco del desembarco de las tropas estadounidenses en las costas del Líbano. Subió a su despacho con un ejemplar de *The New York Times* en la mano: la noticia aparecía en portada, y los titulares trataban la información de extrema gravedad. La decisión del presidente, según el artículo, había sido meditada y se hacía necesaria la presencia de las tropas para no caer en manos del extremismo nacionalista. En portada aparecía una foto de los primeros marines desembarcando en Beirut.

—¿Noticias?

—Sí, han llegado al aeródromo de Kleyet, a unos treinta y dos kilómetros de Trípoli, al parecer sin incidentes. —Sara suspiró y continuó leyendo—. Según el Pentágono, la segunda oleada de marines se produjo a la una y media de la madrugada. El ejército pretende mantener la unidad del Líbano.

Dejó el periódico sobre la mesa y se levantó del asiento inquieta.

—Cariño, sé que es muy duro, pero debes pensar que él es militar; forma parte de su vida.

—Lo sé, Marcial, lo sé, pero no me ha escrito, ni una llamada, ni una carta...

—Será por algo, tranquilízate; te quiere y es lo único a lo que debes aferrarte. Lo mejor que puedes hacer es centrarte en tu trabajo; la colección de otoño está sin acabar. Te vendrá muy bien y Óscar te necesita.

—Por supuesto, supongo que cuando menos lo espere recibiré noticias

suyas.

El candidato Wagner contaba con el favor de la ciudadanía, y los sueños de la sociedad formada por Di Benedetto-Parker se esfumaban junto a cientos de miles de dólares. Leo necesitaba recuperar la cantidad perdida, y sus negocios no eran lo suficientemente rentables como para saldar las deudas contraídas. Restaurantes y casinos se habían aportado como garantía para sufragar los gastos de la desorbitada inversión en propaganda electoral, unidos además a los despilfarros de ambos. La Fundación Di Benedetto había absorbido casi la mitad de la fortuna inicial de Leo; no le quedaba otra opción que reanudar los negocios de familia.

Inmersos en un sueño, les había pasado desapercibido un peligroso rival que se hacía con las actividades sumergidas de la ciudad: juego ilegal, falsificación, tráfico de drogas. Nadie conocía la verdadera identidad de aquel misterioso hombre: Vitto Cacciatore, el *Camaleonte* por su constante cambio de imagen.

Había llegado a Nueva York desde Sicilia y en pocos meses se había convertido en el benefactor de pequeños clanes de la mafia, cuyas fuerzas había aunado y rivalizaban con la familia Di Benedetto, a quienes tachaban de codiciar el sueño americano y abandonar los intereses de los suyos.

Camaleonte ocupaba el estrato superior de la Cosa Nostra y se rumoreaba que contaba con el apoyo de algunos miembros de la policía estatal, contra quienes el teniente Perkins poco o nada podía hacer. Leo jugaba en desventaja.

Llevaba días dándole vueltas a la cabeza. Estaba convencido de que Florence había dejado a Sara algo más que la casa de Palermo y algunas joyas.

De repente se acordó de Nella, la amiga de Palermo que le presentó a Sara. Supuso que tal vez ella podría darle algún tipo de información.

A Nella le sorprendió su inesperada llamada en mitad de la noche, y aunque intentaba recordar, lo único que tenía claro era que Florence poseyó

una inmensa fortuna y que tras su muerte nadie supo en realidad dónde fue a parar.

—¿Estás segura, Nella? —preguntó irritado.

—A ver, Leo, estoy dormida. ¿Recuerdas que tenemos diferencia horaria?

—Sí, perdona, pero me urge conocer esa información.

—Florence era muy rica. Como te decía, poseía yates, edificios, locales en París, Londres; no estoy segura de a cuánto ascendería su fortuna, eso es lo que se rumoreaba en sus círculos más cercanos, y desde luego en apariencia lo era. ¿Por qué quieres saberlo?

—No puedo explicarlo ahora.

—¿No le has preguntado a tu mujer? Sara era como una hija para ella, y Marcial; estaban muy unidos los tres. Aunque tal vez lo donase todo, pues era una mujer impredecible y extravagante. Sinceramente, no tengo la menor idea. ¿Sara no sabe nada? —preguntó intrigada.

—No te preocupes. Gracias por la información. Sigue durmiendo.

—Ya me has desvelado... ¿Cuándo vendréis a Palermo? Hace mucho que no sé nada de vosotros. ¿Habéis tenido hijos?

—Tal vez, pronto.

—¿Que pronto vendréis o que pronto tendréis descendencia?

—Un beso, Nella. —Leo colgó el auricular. Jamás la soportó: hacía demasiadas preguntas y estaba furioso; sospechaba que Sara le engañaba.

Noche tras noche vagaba por la casa, se acercaba hasta su dormitorio, giraba el pomo y comprobaba que estaba cerrado con llave. En ocasiones estuvo tentado a derribar la puerta, pero prefería ser cauto: utilizar la fuerza no le conduciría a nada. El resto de las noches las pasaba en algún burdel o junto a Linda, su incondicional amante.

Decidido, fue a buscarla a Elisa & Co. Sara se hallaba inmersa en sus ideas. La nueva mujer de la década de los sesenta necesitaba evolucionar, hacerse un hueco en una sociedad de hombres. No solo en el mercado laboral, también en lo personal, y nada mejor que exteriorizar ese cambio en su forma de vestir. Trabajaban en ello. Necesitaban trasladar sus inquietudes y proyectarlas en un nuevo concepto en moda, desenfadada, libre y donde una alta autoestima en las mujeres quedase perfectamente reflejada.

Leo irrumpió en el despacho sin llamar. Óscar recogió sus bocetos y salió de allí colocándose bien las gafas.

—Leo, no creo que estos sean modales...

—Sí, sí, déjate de *lezione* de cortesía. Hace días que quiero hacerte una pregunta. —Leo cerró la puerta y tomó asiento—. Soy *tuo marito* y necesito que seas honesta conmigo.

—¿A qué te refieres?

—Se trata de dinero: estoy en un aprieto *finanziario*. Tengo asuntos que resolver con la *familia*. En Palermo nos aportarán mucho dinero, pero eso tal vez tarde..., ahora necesito *vostro* ayuda.

—Ya sabes que el negocio no es solo mío. Marcial es mi socio, y aunque nos prestásemos a ayudarte, no tendríamos suficiente para sufragar vuestros gastos.

—Yo me refería al dinero que te dejó Florence.

—¿Florence? —Sara trató de disimular. Se levantó y se dirigió a la pequeña nevera, cogió una botella de agua y le ofreció otra a Leo.

—Sí, he llamado a Nella. Dice que *questa donna* poseía una inmensa fortuna y que nadie sabe a quién dejó su herencia, así que he pensado que tal vez a ti o *tuo amico*...

—Te equivocas, y lo sabes. —Sara miró a través de la ventana y perdió su mirada entre los enormes bloques de ladrillo y cristal. Después se giró y le contestó de manera rotunda—: Solo éramos amigos, los tres; nunca nos preocupábamos de lo que el otro poseía, nos bastaba con la grandeza de corazón de cada uno. No me interesa si mis amigos son o no ricos, no soy así. Ella tampoco lo era, y le interesaba ayudar, de modo que probablemente lo donase a alguna organización; no lo sé ni me importa.

Leo salió de allí furioso: necesitaba averiguarlo.

Sara alertó a Marcial. Sabía que Leo tenía contactos, tal vez era cuestión de tiempo que averiguase algo.

—Vamos de mal en peor, ¿no es cierto? —preguntó mordiéndose las uñas.

—Verás, Marcial. Hace tiempo que deseo hacer testamento.

—¿Testamento? ¿Con veintiséis años?

—¿Qué más da la edad? Quiero que una parte de mi fortuna sea para Elisa, y el resto lo administrarás tú. Nada a mi nombre, solo este negocio.

—¿Y si a mí me ocurre algo? Me da repelús hablar de esto —añadió cruzando los dedos.

—Harás testamento tú también. Déjate de supersticiones absurdas. Debemos hacerlo ya, y no podemos dejar flecos sueltos.

Esa misma mañana Sara telefoneaba a Kate Dawson y contrataba los servicios de su socio, Charles Wilson, uno de los abogados más prestigiosos de Nueva York. En pocos días, Sara tenía todo bien atado. Sus cuentas en Suiza y sus propiedades en Europa. Al cabo de unas semanas de preguntas sin respuestas, Leo había tomado una decisión: incapacitar a Sara. No le sería difícil sobornar a algún juez y a un psiquiatra para convertirse en su tutor legal; estaba convencido de que ocultaba algo.

A unos ochenta kilómetros de Manhattan, Amy llegaba a casa con Tom, el hijo del tendero. Le gustaba pasear con él, charlar; echaba de menos a Paul y aquel chico era muy divertido. Desde que Peter se marchó a la base militar de Colorado, no había vuelto a tener noticias suyas. Sabía que a su padre no le gustaba verla en compañía de Tom Cox, ya que deseaba para ella otro tipo de pretendientes.

Madeleine estaba arrodillada en el jardín delantero podando las petunias; ya lo había hecho en primavera, pero cada día buscaba una excusa para permanecer horas entre sus flores. Quitaba hojas secas, removía la tierra o simplemente las observaba y aspiraba su aroma.

Aquella mañana, Richard había discutido con ella y se había marchado dando un portazo; opinaba que su carácter autoritario acabaría pasándole factura.

—Hola, mamá, ¿otra vez arreglando las flores? Hace calor para estar al sol.

—Buenos días, señora Slater —saludó Tom con timidez.

—Hola, pasad. ¿Os apetece una limonada fría?

—No, gracias, señora Slater, es usted muy amable, tal vez en otra ocasión. Mi padre me espera, hoy toca ordenar el almacén. Hasta otro día, Amy.

Tom habló casi sin respirar: aquella mujer ejercía sobre él una especie de parálisis que le nublaba la mente y le hacía hablar como un autómata. Se marchó caminando derecho sin mirar atrás, mientras Amy, con la mano colocada a modo de visera, arrugó su pequeña nariz respingona y le observó sonriente hasta que se perdió al girar en la primera esquina.

—Parece buen chico —dijo Madeleine.

—Lo es. Es simpático, y le ha dado zanahorias a Rain; creo que lo ha conquistado.

—¿Tan solo ha conquistado al caballo? —preguntó con una sonrisa.

—Vamos, mamá, es solo un amigo, aunque creo que le pones nervioso —sonrió.

—Tu padre y yo también fuimos amigos alguna vez. Hoy tan solo cocinaremos para las dos —dijo entrando en casa—. Recuerdo cuando erais pequeños. James, Paul, tú, vuestros primos, amigos..., niños corriendo, gritando y cantando, una adorable música para mis oídos, lo añoro. Cuando te marches, esto se convertirá en un hogar tan diferente...

—Yo no me marcharé. No voy a estudiar música, ni danza; quiero ser profesora, me gustan los niños. Podría ir a Nueva York, y estaría en casa todos los días.

—Young Mi es buena chica, ¿no crees? —apuntó Madeleine de repente pensando en sus hijos.

—Claro que lo es, mamá, y James es muy feliz. No importa lo que papá piense, somos mayores para elegir nuestro camino.

Madeleine comenzó a llorar y Amy la abrazó para consolarla.

—¿Qué te ocurre, mamá? No llores, por favor.

—Tienes que ser sincera, Amy. Dime si es cierto que Paul ha estado viéndose con una muchacha casada. Necesito saberlo. Tu padre me ha insinuado algo y hemos discutido; ya no puedo más, te lo aseguro.

Amy se sorprendió, no sospechaba que conociese la existencia de Sara. Prefirió callar. No quería mentir a su madre, pero tampoco podía traicionar a

Paul.

—Dime, hija, tu hermano te adora. ¿Te ha contado algo?

—Mamá, creo que no es cierto lo que dices.

—No me mientas, Amy. Tu padre insiste en que es una mujer casada, y no solo eso: su marido es un... un italiano o latino, no sé, muy peligroso. ¡Una verdadera locura! ¿Imaginas lo que eso significa? No quiero pensar qué hemos hecho mal.

Amy guardó silencio. Necesitaba hablar con Paul, pero por el momento no le sería posible. Le dio a su madre un pañuelo, se sentó y comenzó a limpiar las judías verdes que había sobre la mesa.

Hacía tiempo que Richard Slater vigilaba a su hijo. No iba a permitir que sucediese lo mismo que con James: se culpaba de no haber pasado más tiempo junto a él cuando regresó de Corea, y opinaba que se le había ido de las manos. Ahora le tocaba el turno a Paul y estaba convencido de que se metería en serios problemas si continuaba viéndose con esa mujer. Richard había interceptado su correo, y solo permitió que saliese la carta en la que le decía a Sara que se marchaba a Beirut.

Tras el almuerzo, Amy subió a su habitación y esperó a que su madre, como todas las tardes, se quedase dormida en el sofá frente al televisor. Bajó las escaleras descalza para no hacer ruido y entró en el despacho de su padre, descolgó el teléfono mordiéndose los labios y marcó el número.

—Elisa & Co., ¡dígame! —era la voz de una chica; sonaba musical. Los segundos que transcurrieron hasta que le pasaron la llamada le parecieron eternos.

—¿Sara? Soy yo...

—¿Amy, qué ocurre, le sucede algo a Paul?

—Paul está bien, tranquila. Verás, no sé cómo, pero mi padre ha averiguado que Paul y tú... Opino que debes saberlo. No puedo ponerme en contacto con Paul, no es fácil; solo quería....

—Amy, Amy, ¿te apetece una taza de té? —Madeleine se había despertado.

—Tengo que dejarte, Sara; volveré a telefonearte.

Sara no pudo continuar la conversación: el sonido intermitente de la línea

telefónica confirmaba que la llamada había sido interrumpida. Colgó el auricular y se dirigió a la ventana para observar la calle. En ocasiones había pensado en los padres de Paul, de quienes él había evitado hablar. Imaginaba cómo la verían los demás: una mujer casada que engañaba a su marido. No iban a permitir que destrozase la vida de Paul.

Se sirvió un café y tomó asiento haciéndolo girar, jugando como si fuese una niña. Pensaba que tal vez su preciada caja de madera no estaba segura allí. Leo sería capaz de levantar los ladrillos de aquel edificio buscando dinero. No lo dudó: Marcial la guardaría. Se levantó y abrió la caja fuerte sacándola de allí.

Se dirigió a la planta baja, donde se ubicaba el gabinete de Óscar. Su mesa alta estaba repleta de bocetos perfectamente alineados: denotaba su gusto por el orden.

—Tienes que ver esto, Sara, justo iba a subir a buscarte —añadió Óscar al verla, colocando sus gafas sobre la punta de su nariz—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias. ¿No ha venido Marcial?

—¡Marcial! Está en casa, hoy nos llevan unos muebles.

—Voy hacia allí. Me gustaría que guardaseis esto. No me fío de Leo.

Se despidió de Óscar con un beso y pidió a Pietro que la llevase a la 42. Subió al vehículo y se acomodó en el asiento trasero. Pietro se dirigió hacia el sur por la Quinta para luego girar a la derecha hacia la 23, de nuevo a la derecha hacia la Sexta y finalmente a la izquierda hasta la 42; en tan solo cinco minutos se encontraban delante del impresionante edificio de apartamentos que se erigía entre teatros, museos y parques. Sara bajó del coche a toda prisa y entró en el portal seguida de Pietro.

—Puedes dar una vuelta y regresar en media hora —propuso Sara.

—Si no le importa, esperaré aquí. Leo me ha pedido que *informato di tutto* cuanto haga, a quién visita, con quién habla. Me temo que está tramando *qual cosa*. De quien no me fío es de él. La esperaré, no quiero que le suceda nada.

—Gracias. Ahora fantasea con una fortuna que al parecer poseo —añadió Sara.

Pietro la miró a los ojos y guardó silencio: sabía más de lo que ella

sospechaba. En cualquier caso, sus secretos estaban a salvo con él.

Sara subió en ascensor hasta la novena planta. Marcial la esperaba.

—¡Anda, pasa! Óscar me ha avisado de que venías.

El apartamento se situaba frente a un antiguo teatro cuya construcción imitaba el estilo del Renacimiento italiano, y Sara miraba a través de los ventanales.

—Es curioso, una ciudad impresionante y no recuerdo cuándo fue la última vez que fui al teatro o a ver un espectáculo musical. Con Florence, cada noche era una fiesta, y cada día amanecía radiante aunque estuviese nublado.

—Sí, cariño. ¡Pero si tenemos Broadway! Salgamos, no te quedes encerrada. Si Pietro tiene que acompañarte, no importa; ya estamos tan acostumbrados a él...

Sara sonrió y tomó asiento. La decoración del apartamento era algo extraña: se mezclaban refinadas piezas de cristal con elementos en colores estridentes.

—Ha quedado diferente —opinó Sara mirando a su alrededor.

—¡No me digas nada! —replicó Marcial agitando su mano—. Óscar opina que soy muy extravagante, pero necesito llenar mi vida de color. Y no me gustan las normas establecidas. Creo que el *glamour* no es lo que la gran mayoría considera como el equilibrio perfecto. Y este apartamento ha ganado muchísimo desde que he puesto mi toque personal, ¿no te parece? Debes ser sincera, por favor.

—Creo que este lugar es tu reflejo.

—Muy sutil, algo aprendiste de Florence. Pero no estás aquí para admirar la decoración. ¿Qué pretendes hacer aferrada a tu caja de madera? ¡Oh! ¡Eso ha sonado fatal!

Sara sonrió.

—Quiero que la guardes por mí. Leo sospecha que tengo una fortuna; lo he negado, pero sé que trama algo y no quiero que buscando dinero la encuentre por casualidad.

—Tranquilízate, tengo el lugar más seguro de todo Manhattan. ¿Quién va a sospechar que hay un doble fondo en el suelo de mi armario? Lo ideó

Óscar.

Marcial la guardó y se dirigió a la cocina a preparar café; la separaba del salón una bonita barra de madera. Sara le explicó que Amy la había llamado, y Marcial trató de disimular rebuscando en los armarios: sospechaba que se avecinaba una tormenta.

—Sus padres saben lo nuestro. ¿Imaginas, su hijo con una mujer casada?

—Bueno, tal vez conozcas antes de tiempo a tus futuros suegros —añadió su amigo sin poder disimular su nerviosismo, y un estrepitoso ruido de tazas y platos rodando por la encimera delataron su estado de ánimo.

—Tranquilo, no voy a preocuparme. Ni siquiera tengo noticias de Paul. No nos vemos, no hablamos, no nos escribimos. Es como si yo no existiera en su vida.

XXVII

Sara trató de distraerse en compañía de sus amigos. Sabía que Leo no la echaría de menos, pues como cada noche, después de prolongar la velada en La Particularitá de Francesca, acabaría durmiendo en alguna habitación de sábanas perfumadas.

Pietro les acompañó hasta Tavernonthe Park, un restaurante en Central Park, localizado en la parte superior oeste de Manhattan.

Observó a Sara al bajarse del vehículo. Llevaba un vestido rojo ceñido con un gran escote que dejaba al descubierto su bonita espalda. No pudo apartar la mirada de ella hasta que la perdió de vista cuando entraron en el local; después, puso en marcha el vehículo y fue a reunirse con Leo.

No estaba enamorado de ella, pero le atraía. La admiraba y también la respetaba; siempre conservaría el recuerdo de su esencia. Convencido de que no volvería a repetirse, retendría en la memoria la experiencia más excitante de toda su vida.

El restaurante era impresionante: un precioso salón rodeado de vidrieras que permitían ver el jardín exterior. Los comensales salieron al patio donde también servían cenas de verano al aire libre. Todo brillaba, parecía mágico, con árboles iluminados y mesas decoradas con resplandecientes candelabros de cristal.

El efecto del vino se dejaba notar, y Sara estaba animada: comer con sus amigos a solas no tenía precio. Cuando Pietro les recogió, los tres decidieron que irían a Broadway.

—Sí, necesitamos espectáculos, un musical —propuso Óscar.

—El Don ha preguntado por usted y le he dicho que cenaba con sus *soci* y que ahora la *porto* a casa. Lo que haga a partir de ahora es cosa suya. Solo puedo decirle que él no *tornerà*, se quedará con Francesca, que está preocupada.

—De acuerdo, Pietro. Mamaíta y sus enfermedades imaginarias, el personaje de Molière, ¡perfecto! Entonces te ordeno que nos acompañes — dijo sonriente.

—Me temo que la *donna* tiene problemas con sus hijos.

—¡Vaya! —repuso sonriendo más de lo acostumbrado—. No me importa lo que ese marido mío y su familia hagan o digan o piensen... ¡Disfrutaremos la noche!

Se hacía imposible seguir a Sara y su recorrido por los clubs de Manhattan, mientras Pietro trataba de evitar que bebiese más de la cuenta.

—De acuerdo, vamos al Lunt Fontanne; allí no beberemos, ¡ja!

El Lunt Fontanne era un teatro ubicado en la calle 46 que había sido reabierto hacía solo unos meses. El musical que se representaba era *Goldilocks*, en cuya protagonista Sara se vio reflejada.

La actriz representaba una chica con rizos de oro que se había casado con un millonario, dejando su vida aparcada.

—¿Tú te habrías casado con un millonario, Pietro? —quiso saber Sara al salir, apoyada en su brazo.

—*Signora*, yo soy un hombre...

—Es verdad, ¡qué tonta soy!

Pietro dejó a Óscar y a Marcial en la 42 y regresó al vehículo.

—Eres un buen hombre, Pietro. Me alegra que estés a mi lado.

—Gracias, señora. ¿Tiene noticias de su...?

—No, y créeme que, aunque lo deseo, no sé si es conveniente. — Guardaron silencio hasta llegar a casa—. Debí hacerte caso, he bebido demasiado y me duele la cabeza.

—Si quiere puedo prepararle *qual cosa*, y mañana se levantará *come* nueva.

—¿Algo milagroso? —preguntó entre risas, y después cayó sobre la cama—. Pietro, la habitación gira deprisa, todo da vueltas y vueltas...

Bajó a la cocina y preparó una infusión de angélica, té y limón. Cuando subió, Sara estaba dormida. Sonrió al ver el rostro de niña y el cuerpo de mujer. Le quitó los zapatos y la cubrió con la sábana. La observó durante unos minutos, sentado junto a ella: dormía profundamente y le acarició el cabello. Después la besó en la frente y se dispuso a salir de la habitación. Volvió el rostro de nuevo para mirarla: le transmitía ternura, paz, sensibilidad y fuerza al mismo tiempo. Pensaba que merecía ser libre por encima de todo... Y a pesar de que sus vidas caminaban al borde del abismo, se alegró de tenerla cerca.

Cuando se giró, Leo estaba allí, de pie junto a la puerta y observándolos en silencio. Pietro sintió cómo el corazón se le aceleraba y trató de disimular.

—Buenas noches, Don. Ella está bien, solo un ligero dolor de cabeza.

Durante unos segundos, Leo clavó su fría mirada en él, después giró sobre los talones y bajó la escalera para dirigirse a la cocina. Pietro le siguió, con un sudor frío recorriéndole el cuerpo. Supo que sus días estaban contados.

—Pietro —dijo Leo mientras se servía un vaso de agua fría.

—¿Sí, Don?

—¿Te he tratado siempre como a un hermano?

—Siempre —afirmó él esforzándose en mostrarse natural.

Leo bebió el vaso de agua con calma y lo dejó sobre la mesa; su respiración entrecortada delataba su ira. Se acercó a él, y sosteniendo entre las manos los anchos hombros de Pietro, le habló en voz baja:

—Siempre, siempre lo he hecho. Entonces, ¿qué hacías mirando a mi esposa? Te he visto besarla.

—Solo como a una hermana, Don, como si fuese mi propia hermana.

—Bien, bien. —Le pellizcó el rostro y subió a su habitación sacudiéndose la chaqueta. Pietro pudo oír el sonido del teléfono al levantar el auricular: Leo hacía una llamada, firmaba su sentencia de muerte.

Se dirigió a toda prisa a su dormitorio, cogió un bolso de mano y guardó algunas pertenencias junto a varios pasaportes falsos. Salió de la casa sin hacer ruido, sin mirar atrás; tan solo pensó en ella. Huyendo no la involucraría. Estaba pálido, tenía el rostro desencajado y no sabía a quién

acudir; nunca se había visto en una situación semejante. Subió a uno de los coches propiedad de Leo y pisó a fondo el acelerador: no tardarían en seguirle.

De repente pensó en Camaleonte, un hombre peligroso, pero el único a quien podía recurrir. En aquella ciudad, los pequeños clanes de familias le rendían cuentas y trabajaban para él rivalizando con los Di Benedetto. Nadie se fiaba de nadie en aquellos tiempos, pero tendría que arriesgarse o sucumbiría a una muerte segura.

Conducía a toda velocidad por Manhattan, hasta que aminoró la marcha. Necesitaba cambiar de vehículo o sería un blanco fácil. Bajo las luces intermitentes de anuncios publicitarios trataba de pensar, y continuó algunas calles más dirección Brooklyn. Tal vez Vitto Cacciatore no era la mejor solución, vaciló, pero no le quedaba tiempo para nada más: había incumplido el código de honor de la familia y estaba perdido.

Miró a través del retrovisor. Nadie le seguía; era el momento y el lugar de deshacerse del coche, y justo a la derecha había un callejón sin salida. Salió con rapidez, a oscuras, y tropezó con un bidón de basura que ahuyentó a un gato haciéndole maullar. El corazón se le aceleró y cerró los ojos unos segundos. No podía dejarse llevar por el pánico, debía tranquilizarse si quería salir de allí con vida.

Caminó en dirección a la avenida Cropsey, hacia un viejo Pontiac que estaba aparcado en una esquina. En pocos segundos se hizo con él. Lo arrancó y respiró profundamente.

Las gotas de sudor le resbalaban por la frente produciéndole un ligero escozor en los ojos. Se limpió la cara con la manga de la camisa. Llevaba su revólver en la chaqueta, pero de poco le serviría si los hombres de Leo le alcanzaban. Sabía que hacían muy bien su trabajo: él era uno de ellos. Pensaba sin orden, y las ideas se le agolpaban en la cabeza, mezcladas con imágenes: le torturarían para hacerle confesar cualquier cosa, involucrarían a Sara y les matarían. Si actuaba rápido y salía de la ciudad, no lograrían seguirle el rastro. Pero sin ayuda sería imposible.

Cacciatore se movía por Coney Island, en el extremo sur de Brooklyn. Frecuentaba un lugar llamado Los Cinco Corazones, regentado por Rosalind,

una mujer misteriosa que había sido corista en su juventud y que tenía una gran virtud, la de no hacer preguntas.

Un impulso le llevó hasta allí. Ya había transcurrido media hora desde su salida de la casa y en ese instante todos estarían buscándole. Aparcó el vehículo cerca del Luna Park, un parque de atracciones abandonado. Paró el motor del vehículo y apagó las luces. Eran las cuatro de la mañana, y aunque el local de Rosalind estaba cerrado, a través de una de las ventanas laterales se apreciaba una luz tenue. Bajó del coche, cruzó el llano que le separaba del local y llamó a la puerta.

La fuerte luz del sol entraba a raudales por la ventana. Tenía los ojos cerrados y solo recordaba que se durmió muy mareada. Le molestaba la luz y se tapó los ojos con las manos; entonces oyó su voz.

—¿Bebiste mucho? —Aguardaba de pie delante de la ventana y acababa de descorrer las cortinas bruscamente.

—¡Oh!, Leo, no demasiado. Algo debió sentarme mal en la cena.

—Llegaste muy tarde: os oí.

—Vamos, Leo, nunca salgo..., y con Óscar, Marcial, por favor. ¿No estarás celoso de ellos, verdad?

—¿Pietro os acompañaba, no es cierto?

—Como siempre, lo sabes muy bien. ¿Por qué? —Sara se levantó con una fuerte resaca y se fue directamente al baño. No quiso cerrar la puerta, pues procuraba evitar todo cuanto pudiese contrariar a Leo—. ¿Por qué lo preguntas? —repitió—. ¿Acaso no insistes en que me siga a todas partes? Te cuenta todo lo que hago, dónde voy, con quién hablo...

Sara se quitó el vestido y se metió en la ducha. Hizo correr el agua hasta que la sintió templada y la dejó caer sobre su cabeza. Estaba nerviosa: Leo se mostraba más extraño de lo habitual.

Ella no se dio cuenta de que también él había entrado en el baño, y miraba su silueta tras la cortina blanca; el contorno de los pechos, de las caderas. Después recordó las manos de Pietro acariciándole su cabello, el

rostro, y sintió celos. Aquella mujer era solo suya, necesitaba poseerla, saborear el placer de sentirse su dueño; solo de ese modo calmaría su ira. Se desnudó, retiró la cortina y se metió en la bañera. Sara se asustó al notar de repente su cuerpo pegado al suyo, su erección sobre las nalgas, y tragó saliva.

—Vamos, Leo, pronto podremos hacerlo, ya sabes que por ahora...

—Por ahora, por ahora..., *sempre* lo mismo —la voz sonaba ronca, susurrante.

Sara le daba la espalda y Leo la arrinconó contra la pared, la rodeó con los brazos inmovilizándola y le lamió el cuello. Estaba tan excitado que no oía las súplicas de Sara, aunque tampoco le importaban. No le interesaba lo que tuviese que decir, estaba cegado por la pasión. Sara cerró las piernas, pero él metió la rodilla entre ellas para forzarla a separarlas. La sujetaba por el cabello y buscó el sexo con la mano. Sonrió cuando lo alcanzó. De una embestida la penetró desde atrás, aprisionándole la espalda. Sara gritó y clavó en la pared las uñas, que chirriaron al resbalar sobre las baldosas; sentía dolor.

—No, Leo, por favor, no sigas —le pedía con insistencia.

—Eres mi mujer, mía, solo mía; me pertenesces —hablaba al mismo tiempo que gemía, sujetándola por la cintura.

Era igual que un animal salvaje y se movía incontrolado. Sara cerró los ojos, aceleró la respiración intentando mitigar el dolor: era como si la estuviesen desgarrando por dentro. Prefirió apretar los labios hasta que acabase. Leo jadeaba, mordía con brusquedad el lóbulo de la oreja de ella, llenándolo de saliva. Le aprisionó los pechos con sus fuertes manos, tanto que Sara gritó. A los pocos minutos, sintió que Leo salía de ella y le salpicaba semen sobre la espalda; sintió el repugnante olor.

—¿Ves?, he sabido salir a tiempo de tu interior, mi *bellisima* Sara —susurró, apretando el cuerpo contra el de ella—. Así, por ahora, no habrá embarazo. No temas.

Como si nada hubiese sucedido, Leo se enjabonó y aclaró el cuerpo sin decir nada más; siempre la utilizaba. Al salir del baño se volvió hacia ella y le hizo una sola pregunta que dejó a Sara paralizada.

—¿Alguna vez Pietro se ha insinuado contigo? ¿Ha intentado abusar de

ti?

—¿Cómo? ¡Debes de estar loco!

Cuando Sara pronunció aquellas palabras él se acercó a ella enfurecido, la cogió del cuello con una mano hasta dejarla sin respiración.

—Dime la verdad. Tienes un cuello demasiado bonito para estropearlo.

—No —balbució—. Te juro que jamás lo ha hecho —pronunció con esfuerzo.

La soltó bruscamente y Sara comenzó a toser. Entonces Leo salió del baño. Inmediatamente sintió pánico: en pocos minutos había sido violada, interrogada y amenazada.

—¿Has visto a Pietro? —preguntó a María, preocupada, cuando bajó a la cocina.

—Hoy no le he visto. No creo que haya dormido en casa, su cama está hecha y había algunos cajones revueltos; debe de tener algún lío de faldas.

Sara palideció: no le gustaba lo que acababa de oír. Se tomó una taza de té con unos calmantes y fue a vestirse sin decir nada; estaba aterrada.

Al salir a la calle, Cosme, un primo de Leo, la esperaba en la puerta de entrada.

—¿Dónde está Pietro? —preguntó simulando normalidad.

—Creo que el jefe le ha dado un descanso. Ahora yo me encargo de su seguridad —dijo en un perfecto castellano.

Acababa de confirmar sus sospechas. Algo había sucedido la noche anterior que no podía recordar. Tuvo miedo del descerebrado que tenía por marido. Pietro era un buen hombre y no merecía que le sucediese nada malo.

Caminó hasta Elisa & Co. Cosme intentó seguirla hasta su despacho, pero ella no le dejó y cerró la puerta antes de que pudiese entrar.

Sara les contó lo sucedido. Marcial no entendía bien, afectado por la resaca.

—¡Vamos, cariño!, si no ha sucedido nada... Porque no ha sucedido nada entre vosotros dos, ¿no es así? —recalcó la pregunta.

—Nada —afirmó segura de lo que decía.

—Entonces no debes preocuparte. Ese hombre es un desquiciado, un loco... —intervino Óscar.

—Exacto, está completamente loco —corroboró Sara con las manos sobre la frente.

—No te preocupes, por favor. Tal vez sea cierto que le ha dado unos días libres... No es creíble, ¿verdad? ¡Estoy asustándome! ¿Qué ocurrió anoche, Sara?

—Nada, me quedé dormida. Esta mañana estaba vestida. Además, no pensarás que voy a cometer una locura...

—Te recuerdo que ya lo hiciste, querida... —afirmó Marcial ante el asombro de Óscar.

—¿Tendré la culpa?, tal vez haya dado falsas esperanzas a ese hombre. —Sara se levantó, la cabeza le daba vueltas y estaba mareada.

—Toma, el agua de azahar te vendrá bien. Creo que lo primero es que te calmes, que te va a dar una lipotimia y a mí otra. Actuaremos como de costumbre. ¿Quién es ese que te sigue ahora?

—Cosme, el primo de Leo.

—¿Ese rinoceronte?, con perdón para los pobres animalitos. En fin, cálmate. Tal vez consigamos sacarle alguna información.

—¿Cómo tú por aquí, Cosme? ¿Dónde está Pietro? Supongo que el hombre habrá ido a visitar a algún pariente, ¿no es eso? —preguntó Marcial, que había abierto la puerta del despacho y le encontró justo frente a él. Tenía aspecto de boxeador retirado y le miraba perplejo, escuchando el pésimo italiano de Marcial a pesar de los esfuerzos mímicos. Lo único que pudo conseguir fue que enarcase una ceja.

—¿Pietro, *il hommo grande*? —lo intentó de nuevo sin obtener respuesta.

—Habla nuestro idioma, Marcial, lo que sucede es que no quiere responder —aclaró Sara.

El teléfono que había sobre la mesa sonaba de forma estridente.

—¡Ese teléfono molesta!, habrá que cambiarlo, ¡pita como una chicharra! No entiendo, el de abajo tiene en cambio una melodía más suave, más... — De repente, Marcial guardó silencio. Sara palidecía por momentos.

—¿Quién es?, ¿qué ocurre ahora? —susurró Marcial, y Óscar le tapó la boca con la mano.

—Por supuesto, señor Slater, pero no puede ser aquí. Tome nota. El

ciento veintinueve, en la Cuarenta y Dos, novena planta, puerta A. De acuerdo, mañana a las diez. Por supuesto que acudiré.

Sara colgó el auricular y se reclinó sobre el asiento ante la mirada perpleja de ambos. Necesitaba asimilar la noticia antes de responder. Marcial le sirvió una pizca de agua de azahar en un vaso y se lo puso en la mano.

—Era Richard Slater. Paul está bien, pero dice que necesita hablar conmigo urgentemente. Un tema delicado que concierne a su hijo. Ya os podéis imaginar.

Óscar dio un golpe seco sobre su asiento y se levantó.

—Sara, diga lo que diga ese hombre, no tomes ninguna decisión. ¿De acuerdo? Paul es mayor para saber lo que hace. No entenderé nunca a las familias que quieren dirigir los sentimientos.

—Familia, familia. Cada una a su manera, aunque en el fondo todos tratan de manipular. ¡Arpías! —exclamó Marcial dando vueltas por la habitación.

—¿No os importará que haya quedado en vuestra casa?

—Por favor, Sara, debes acudir a nosotros, a nuestro hogar: es una de las pocas cosas verdaderas que tienes.

—Os lo agradezco, aunque sé que no estoy bien. Necesitaré la ayuda de un profesional, y lo digo en serio; si no lo hago, acabaré loca.

XXVIII

Cosme acompañaba a Sara hasta la 42. Había elegido un vestido sencillo en azul marino de corte recto y media manga, discreto.

Puntual, a las diez de la mañana llamaba a la puerta. Marcial y Óscar aguardaban en la azotea, y Sara inspiró hondo antes de abrir la puerta.

No se parecía en nada a Paul, a excepción de su complexión, alto y fuerte; pero sus rasgos eran duros, de pómulos marcados y cejas pobladas que ocultaban los ojos. Vestía un traje de chaqueta gris oscuro y aguardaba erguido hasta que le invitó a pasar.

—Supongo que usted es Sara —la voz sonó altisonante.

—Buenos días, señor Slater. En efecto, soy yo. —Estaba nerviosa, pero procuró mostrarse firme, como las chicas del cuadro. Se apartó a un lado y cerró la puerta invitándole a sentarse. Aunque él prefirió permanecer de pie.

Al verla, supo por qué su hijo se había enamorado de ella. Le había impresionado su belleza y la delicadeza de los rasgos. Sin embargo, estaba convencido de que en modo alguno el físico debía de haber perturbado a su hijo, su estricta formación debería haberle hecho actuar con cordura.

—Verá, señora...

—Llámeme Sara, por favor. ¿Puedo ofrecerle algo?, ¿un café, tal vez?

—No, gracias. No se trata de una visita de cortesía, aunque tampoco pretendo ser grosero. Pero como podrá imaginar, mi presencia aquí se debe a un asunto bastante incómodo para ambos, por lo que trataré de ser breve y conciso. Usted no volverá a verse con mi hijo jamás; es más, se lo prohíbo.

—Señor Slater... —tragó saliva—. Usted no me conoce, en absoluto, por

supuesto continuará siendo de ese modo, pero debe saber que jamás he ocultado a su hijo mi pasado, ni mi presente, y hemos sido conscientes de...

—¿Conscientes? Perdona, señora, usted está casada, ¿es eso ser consciente?, ¿enredarse con un chico soltero con un brillante y prometedor futuro? Desconozco los motivos que la han llevado a usted a serle infiel a su marido, y tampoco me interesan, solo me preocupa mi hijo. Su madre y yo no le hemos educado para que lo tire todo por la borda liándose con una... — Sara se sintió ruborizar, sabía la impresión que daba, pero era muy duro tener que oírlo de los labios de un extraño—. En ningún modo apruebo esa relación. ¿Me he explicado con la suficiente claridad?

—Por supuesto, pero discúlpeme. Necesito que sepa que no planeé enamorarme de su hijo; no se trata de un capricho. Entiendo su preocupación...

—Usted no entiende nada —sentenció con aplomo, al tiempo que extraía del bolsillo interior de su chaqueta una hoja cuidadosamente doblada—. Señora, este es el modelo de carta que va a copiar, sin omitir una sola palabra, y que yo me encargaré personalmente de enviar a mi hijo.

Richard Slater le entregó a Sara una hoja escrita a máquina, que ella recibió entre sus manos, y tomó asiento. Temblaba. La dejó sobre la mesa entrelazando los dedos para ocultar su nerviosismo y cogió aire antes de comenzar a leer:

Querido Paul:

Hace meses que llevo meditando, repasando nuestra relación desde el principio. Sé que te dolerá leer esta carta, aunque debes saber que he tomado una determinación y espero que la respetes. Ha sido difícil, pero será lo mejor para ambos.

Sentí que me enamoré de ti nada más verte, y créeme que te guardo mucho cariño: nadie podrá borrar nuestra historia. Pero realmente me he dado cuenta de que aquí tengo todo cuanto necesito y no puedo sacrificar todo por amor.

Tu vida es muy diferente a la mía, y cada uno debe seguir su propio camino. Algún día encontrarás a una mujer que te haga feliz y yo me

convertiré en un recuerdo hermoso, igual que tú lo serás siempre para mí. Lo siento, espero que me perdones algún día.

Te deseo toda la felicidad del mundo.

Sara

Las manos le temblaban y de los ojos le brotaban lágrimas sin poder evitarlo. Mientras escribía, Richard permanecía de pie, impasible. De nuevo, sucumbía a los deseos de un hombre, y le entregó la carta sin mirarle a la cara.

—Espero que cumpla lo que acaba de firmar —declaró seco antes de marcharse.

«Espero que cumpla lo que acaba de firmar.» La frase se repetía una y otra vez en la cabeza, el corazón le palpitaba y un sudor frío le recorrió el cuerpo. Cuando Marcial entró, Sara cayó al suelo desplomada.

En urgencias le explicaron que había sufrido un descenso de la presión arterial; aunque Sara no respondía a ninguna de las preguntas del médico: ¿está embarazada?, ¿le ha sucedido con anterioridad?, ¿toma algún tipo de tratamiento?

—Verá, *dottore* —le contó Leo guardando las distancias con Sara—, *penso* que será mejor que la lleve a casa. Mi esposa está algo desquiciada, pero *tutto* es debido a los nervios; no es la primera vez que le sucede. Aunque trato de *convincere* a mí mismo de que es una *donna* normal, debería tratarla un especialista, un psiquiatra.

El doctor le escuchaba atento.

—Mire, nunca he tratado a su esposa; no es mi paciente e ignoro su problema. Pero lo que me preocupa es su estado físico. No creo que tenga nada que ver con un problema de salud mental como acaba de insinuar.

—No he querido decir eso, *dottore*, lo que sucede es que mi esposa no está *bene* emocionalmente, no puede tener hijos y eso la tiene..., ya sabe *come* son las mujeres. Quieren hijos y se *frustrati* si no pueden tenerlos. Le

he dicho que a mí *non* mi interesa, en absoluto. Yo la amo a ella, *dottore*, pero, créame, estoy desesperado: hace cosas extrañas, *immaginare cose* que no existen, y estoy muy preocupado.

Como cabía esperar, los resultados presentaban valores normales. Sara se encontraba mejor y el doctor firmó el alta.

—*Andiamo*, Sara. Necesitas relajarte, calmarte: *un luogo di riposo sarà utile*.

Paul miraba el cielo. Era una calurosa noche del mes de julio en la que no se veían las estrellas, tan solo las luces del transporte aéreo que, como ellos, continuaba llegando hasta aquellas lejanas tierras.

Sobrevolaban el espacio aéreo y el ruido era ensordecedor. Trataban de descansar en un campamento improvisado junto al aeropuerto de Beirut.

Formaba parte del equipo de comandantes norteamericanos que, junto a miembros de la ONU, habían aterrizado hacía ya algunas semanas tras cincuenta y cuatro horas de vuelo. Algunos, como Paul y Bob, habían viajado en helicóptero; otros, en avión desde Carolina del Norte.

Las instrucciones habían sido precisas: una misión especial en calidad de observadores, cuya finalidad era realizar un reconocimiento activo ante cualquier infiltración ilegal de personal o suministro de armamento a través de las fronteras libanesas.

El presidente, Camille Chamoun, había dado a conocer su intención de solicitar una enmienda a la Constitución y confiaba en que su decisión le permitiría ser reelegido para un segundo mandato. Como consecuencia, en el mes de mayo de ese mismo año, había estallado una rebelión armada en el Líbano. Los disturbios ante esa decisión habían comenzado en Trípoli y se habían extendido a Beirut y a otras zonas cercanas a la frontera con Siria. Presentaba las proporciones de una guerra civil y era evidente que podía poner en peligro la continuidad de la paz.

Llevaban a cabo patrullas regulares y frecuentes en todos los caminos de acceso, desde el amanecer hasta el anochecer. Paul participaba en misiones

de equipo junto a miembros de las fuerzas terrestres y marítimas. Su misión se había centrado en recopilar información y realizar estudios sobre las playas para operaciones anfibas, mapas y fotografías de zonas de aterrizaje. Todo un plan que había sido ideado para una posible evacuación de los ciudadanos estadounidenses.

Era el tiempo de descanso de Paul, y se lamentaba de que no hubiesen aceptado su solicitud, en cuyo caso se habría incorporado a las misiones activas después de finalizar los exámenes avanzados, y no antes: de ese modo habría acortado su periodo de estudio. Sospechaba que su padre andaba detrás de una maniobra que le mantendría un tiempo alejado de los Estados Unidos.

Trataba de relajarse, evadirse de todo, incluso del ruido que siempre le acompañaba. Dobló su chaqueta y la utilizó como almohada.

Echaba de menos a Sara, y pensaba en el motivo que la había llevado a no responder a sus cartas; y no había problemas con el correo, pues ese mismo día había recibido una postal de Cynthia.

Entusiasmada le contaba que su tío le había permitido recorrer varias ciudades como invitada al congreso mundial de la Cruz Roja juvenil, y que había finalizado en Washington; al fin estudiaría Enfermería en la capital, en la escuela para enfermeras del Providence.

Le había alegrado. Era una chica simpática y cariñosa, pero dudaba si debía responder, pues aunque no pretendía ser descortés, tampoco deseaba alimentar una relación que no le apetecía. Mientras reflexionaba sobre su estancia en Beirut lejos de todo, en el puerto algunos de sus compañeros aguardaban la señal para combatir si se hacía necesario; reclusos dentro de sus transportes acorazados todo era incertidumbre.

—¿En qué piensas, Paul? —preguntó Bob al verle ensimismado.

—En que perdemos el tiempo. Esto no es más que una guerra entre potencias, y solo espero que hagamos bien nuestra labor para salir de aquí cuanto antes.

—¿A qué te refieres? Esta noche es igual que otras, pero hoy estás melancólico.

—No tiene nada que ver con mi estado de ánimo. Solo digo que es una

guerra entre Oriente y Occidente, y nada más. No dejan de enviar tropas, y no sabemos en qué acabará esto; aunque tengo la impresión de que permaneceremos aquí más tiempo de lo previsto. ¿No crees que setenta y seis naves de guerra y diez mil hombres no es un despliegue desmesurado? No creo que el gobierno tenga una visión clara ni coherente de los problemas de esta rebelión árabe.

—Estoy de acuerdo contigo, Paul, pero, como siempre, acatamos órdenes.

A lo lejos se oían disparos desde las colinas de los rebeldes, que atacaban a los aviones norteamericanos que llegaban sin cesar al aeropuerto.

—¿Sabes, Paul?, hemos pasado años preparándonos y tengo la sensación de que nos hemos equivocado, ambos —sonrió elevando los hombros.

—Eso, o que las cosas suceden con tanta rapidez que se nos escapan de las manos, y hubiese sido mejor acabar en Washington, antes de pasar a activo.

—Sí, pero al graduarnos sabíamos que durante cinco años no seremos dueños de nuestros destinos...; toca joderse.

El calor no les dejaba dormir. Había mosquitos enormes zumbando en sus oídos y los chicos protestaban rociando con insecticidas el campamento.

Bajo la camiseta de Paul colgaba la cadena que Sara le había regalado.

—Estás enamorado y raro; es todo por ella, ¿verdad? —aventuró Bob.

—Sí, no lo puedo evitar. Lo que antes me parecía importante ya no tiene sentido, y lo peor de todo es que no logro quitármela de la cabeza.

—Siento que estés así, amigo; ahí no te puedo ayudar.

—Lo haces cuando me escuchas —contestó Paul, y trató de dormir.

A la mañana siguiente se acercaron en todoterreno hasta la playa de Khalde. Era una sensación bastante extraña ver que estaba repleta de turistas civiles que les saludaban, y un grupo de niños libaneses les ofrecían Coca Colas. Paul les dio a cambio algunas chocolatinas que llevaba en el vehículo.

El buque insignia anfíbio USS Taconic de la Sexta Flota estaba a punto de enviar a sus hombres a la costa. En él viajaba su antiguo compañero Peter, y a medida que las naves de acero se acercaban a la orilla, la gente curiosa se agolpaba a mirar. Las puertas se abrían y de su interior salían soldados cargando sus pesados equipos. Así, una lancha tras otra, se acercaban hasta la

orilla. Llegaban a Beirut con el pretexto de intervenir en el conflicto libanés y proteger el petróleo iraquí.

—¡Peter! ¡De nuevo juntos! —exclamó Paul al verle.

Peter era teniente de la marina y se había pasado parte de la mañana intentando calmar a sus chicos. Algunos de ellos, los más jóvenes, llegaban con ganas de combatir y se habían quedado perplejos al comprobar la relativa tranquilidad que reinaba en la ciudad. Otros, en cambio, aún no se habían recuperado del miedo que sentían hacia lo desconocido.

La mayoría, abrasados por el sol, se quitaron los pantalones y se zambulleron en el agua. El primero de ellos fue Peter y luego le siguieron algunos más, ante la mirada de la gente que llevaba largo rato observándoles.

—¿Te casaste, Peter? —preguntó Paul, que tras zambullirse vio brillar su alianza.

—Sí, hace unos meses —Peter lo dijo casi en un susurro. No se lo había contado a ninguno de sus amigos, ni tampoco a su familia hasta el día siguiente de casarse. Simplemente decidieron embarcarse en aquella aventura, tal y como Peter llamaba al matrimonio.

—Me alegro. ¿Quién es la desafortunada? —bromeó Bob.

—No os lo vais a imaginar. Se lo conté a Amy. Fue la primera persona con quien hablé. La desafortunada es Sandy: nos casamos después de una noche de juerga.

Paul sonrió. Siempre tuvo el presentimiento de que acabarían juntos.

En aquellos momentos era como estar de vacaciones, y tomaron el sol durante unos minutos antes de ponerse los pantalones, para dirigirse al perímetro establecido alrededor del aeropuerto. Todavía quedaba fijar el puerto y otras instalaciones vitales en el centro de Beirut.

No solo la gente estaba extrañada, sino también los propios marines. La situación era un tanto surrealista: parecía que habían llegado de turismo con sus cascos y su ropa de faena. Regresaron a sus puestos y se incorporaron a la ronda de reconocimiento.

Los días se sucedían con la misma tediosa monotonía. Cuando descansaban, paseaban por la ciudad ante la mirada atenta de los viandantes. Unos se mostraban agradecidos, seguros con la presencia de las tropas

americanas; otros les miraban con cierto recelo. En cualquier caso, la mayoría de los ciudadanos suponía que aquellos muchachos estarían deseando regresar a casa. Aunque no dejaba de ser llamativo ver a cientos de ellos con sus cascos y uniformados, ocupando la ciudad. Tampoco ellos entendían de política, simplemente se limitaban a cumplir órdenes.

Muchos días en los que Paul subía al helicóptero pensaba en que le apetecería continuar volando y no parar hasta llegar a Nueva York. Respiraba profundamente y trataba de apartar esos pensamientos de su mente, fomentarlos no le conduciría a nada. Y entonces deseaba que todo transcurriese con la relativa calma que el Consejo de Seguridad les pedía y pasar por el conflicto de puntillas.

Debían proteger la integridad y la independencia del Líbano. Tenían instrucciones precisas de no disparar a menos que los rebeldes lo hiciesen y siempre que el objetivo fuese claro, y eso era lo que harían, nada más.

Aquella noche, tras el turno de vigilancia regular, Paul fue hasta la playa. Necesitaba estar solo, aunque Bob se empeñó en acompañarlo.

Tenía frente a él un mar azul, pese a que en ese momento apareciese negro ante sus ojos. Aspiró su aroma a salitre, igual que lo hizo aquella vez en el *Doria*, pero en ese momento la percibía tan distinta...

—¿Sabes que no es nada agradable estar con un amigo que no habla? Me aburroo —Bob bromeó para hacerle sonreír.

XXIX

Pietro aguardó unos minutos y lo intentó de nuevo: tres golpes secos sobre el gran portalón de madera. La oscuridad en el recinto le daba cierta tranquilidad, pues nadie podía verle desde ningún ángulo. Transcurridos algunos segundos, oyó unos pasos acercarse a la puerta.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz grave de mujer.

—Señora, necesito ayuda, por favor. Perdome que la moleste a estas horas. Me ha hablado de usted el irlandés; mi vida corre peligro. Es Rosalind, ¿verdad?

La mujer imaginó de qué se trataba: la mayoría de los italianos que llegaban a su local huían por el mismo tipo de asuntos. Acababa de finalizar la jornada y estaba cansada, aun así decidió abrir la puerta; no permitiría que acribillasen a alguien a balazos en la puerta del local.

Era una mujer alta y muy atractiva, y había pasado la barrera de los cincuenta; aunque su alegre bata estampada y el cabello desenfadado le daban un aire juvenil.

—Ande, pase, no se quede ahí —repuso apartándose a un lado. Pietro entró con prisas, y tras asegurarse de que cerraba, tomó aire—. Tranquilo, aquí está a salvo. ¿Te ha enviado el irlandés, dices?

—Bueno, fue él quien me habló de este lugar en una ocasión, el mismo que estoy convencido de que se mueve infiltrado en el clan Di Benedetto.

—¡Vaya!, ¿alguien más lo sabe?

—No, nadie más.

El salón estaba en penumbra. Nunca había estado allí, pero era tal y como

se lo habían descrito. Una habitación enorme con paredes tapizadas en rojo, y la barra más larga y abrillantada que jamás había visto.

Las mesas estaban amontonadas cerca de un escenario repleto de instrumentos musicales y unas pequeñas luces de colores colgaban del techo; tintinearón cuando Rosalind tiró del cordón pendido de una de ellas para iluminar la estancia. Solo entonces pudo ver el montón de vasos y botellas vacías hacinados tras la barra. Rosalind abrió una puerta que se situaba al fondo del salón, y en voz baja le pidió que la siguiese. Unas escaleras de madera descendían hasta una gran sala de billar.

—Venga por aquí, hay un lugar seguro, pero no haga ruido: tengo compañía y no sería buena idea despertarle; se pone de muy mal humor — explicó con una sonrisa.

—Señora, le agradezco que me haya recibido, no todo el mundo se atreve a abrirle a un desconocido, y créame, no deseo buscarle proble...

—Sss. Le he pedido silencio. ¡Cállese!

Después de atravesar la sala, la mujer se detuvo frente a otra puerta de madera oscura. Sacó de su escote un cordón del que colgaban varias llaves, eligió una y abrió. Parecía un viejo almacén. Pasaron con cierta dificultad entre estanterías de madera repletas de botellas de alcohol y telarañas. Justo al final había otra puerta; Rosalind la abrió y encendió la luz.

—No es muy confortable, pero puede pasar la noche aquí. Mañana hablaremos. Duerma tranquilo, nadie le molestará: es el lugar más seguro de todo Nueva York. Al fondo tiene un pequeño cuarto de baño; no es gran cosa pero le servirá: dispone de agua caliente y toallas. Si tiene algo importante que decirme, le escucharé ahora; si puede esperar, mejor..., estoy muy cansada —le advirtió con una sonrisa sincera.

—Gracias, señora, lo dejaremos para mañana. Me hace un inmenso favor.

—Que descanse. —Rosalind le hizo un guiño y salió de la habitación.

Pietro se sentó sobre la cama y trató de serenarse. Oyó varias vueltas de llave en la cerradura y el sonido de las pisadas que se alejaban.

La cama parecía cómoda. Reclinó la cabeza sobre la almohada y miró la lámpara que colgaba del techo, un farolillo de hierro donde una pequeña araña pendía de un hilo; igual que su vida, pensó. Apagó la luz y trató de

descansar.

A medida que se iba acostumbrando a la oscuridad dirigía la mirada a su alrededor. Junto a la cama había un sofá en el que se amontonaban prendas de mujer con lentejuelas, que brillaban alumbradas por la tenue luz que se colaba por alguna rendija. Buscó de dónde procedía la claridad y vio una pequeña ventana rectangular cerca del techo.

Se levantó, cogió una silla y, subido en ella, miró a través de los sucios cristales. Era la luna, solo su luz iluminaba la habitación.

Cerró los ojos. Estaba allí, en el semisótano de algún lugar aguardando a que una desconocida le prestase ayuda; necesitaba confiar, y Rosalind parecía una buena mujer. Pensó en Sara. No se arrepentiría jamás de haberla conocido, y le deseó toda la suerte del mundo. Sabía que la necesitaría mientras Leo formase parte de su vida. Con ese pensamiento se quedó dormido; estaba extenuado.

Al cabo de unas horas, Rosalind llamó a la puerta antes de abrir la cerradura, Pietro ya estaba despierto. La acompañaba un hombre, de escasa estatura y algo grueso; se trataba de Vittorio Cacciatore.

—Tú debes de ser Pietro —afirmó con un extraño tono de voz, una mezcla de agudos y graves que parecían alternarse sin compás. Estaba perplejo: las noticias corrían a toda velocidad y eso no era bueno—. Uno de mis muchachos me ha informado de que los hombres de Di Benedetto te buscan por todo Nueva York. Algo les ha molestado bastante... Pero no me interesa por qué huyes, tan solo si puedes serme útil. De lo demás me encargaré yo.

—Ve con calma que parece buen chico —se apresuró a decir Rosalind acariciando el hombro de Cacciatore antes de salir de la habitación.

Vittorio se había convertido en un cliente muy especial desde que llegó de Sicilia, y él se sentía profundamente atraído por Rosalind.

El Camaleonte sonrió sin apartar la mirada del trasero al verla marchar. Después se dirigió a Pietro; trataría de ser amable solo porque ella se lo había pedido. Retiró la ropa amontonada del sofá y tomó asiento.

—A ver, puedo sacarte de aquí..., ¡de América! —pronunció el nombre con admiración, extendiendo los brazos hacia el cielo—. Pero a cambio

deberás hacerme un favor, creo que es justo.

—Cierto, lo es.

—Me facilitarás información sobre Leo Di Benedetto y sus hombres, en quiénes confía y a los que se podría sobornar. Contactos, negocios, todo a cambio de tu vida y tu libertad. Creo que te estoy ofreciendo un buen trato.

Pietro le escuchaba con atención. Nunca había sido un soplón, y en otras circunstancias jamás habría aceptado, pero en esos momentos querían acabar con su vida y se trataba de aceptar o morir.

Cacciatore deseaba conocer quiénes eran los contactos de Leo en Italia; tenía la sensación de que el irlandés jugaba a dos bandas.

—Fue él quien me habló alguna vez de este lugar.

—¿Seguro?, no me fío. Aunque sabe que es hombre muerto si comete un solo error, y también teme a los Di Benedetto..., aguardaremos. Me consta que Leo comenzó a aislarse cada vez más cuando se unió al americano, y aunque eso le haya servido para conocer gente influyente, no todos lo ven con agrado.

—Sí, conozco la historia.

Cacciatore pretendía acabar con aquel nexo de unión entre Leo y los narcos de Italia; así debilitaría a la familia y a todas las que aún confiaban en él.

Pietro respondió a todas sus preguntas sin vacilar, y al cabo de un rato, Rosalind entraba de nuevo en la habitación con una bandeja de desayuno. Huevos revueltos, café y tostadas. Pietro tenía hambre, no recordaba la última vez que había comido, y miró a la mujer agradecido. Se fijó en el rostro: llevaba el cabello recogido de manera informal y algunos rizos dorados le caían juguetones sobre las mejillas, los ojos reflejaban nobleza, y Pietro, de repente, tuvo claro que podía confiar en ella.

«Centro de Atención para los Desórdenes de la Conducta», ese era el rótulo que aparecía en la fachada de la nueva prisión de Sara, en Fire Island. En apariencia se trataba de un lugar apacible en el que descansar, relajarse y

recuperarse de trastornos del sistema nervioso. En la práctica, aquel complejo residencial encubría un sórdido entramado de pruebas ilegales con humanos.

Habían trasladado a Sara en la oscuridad de la noche. Había sobornado a Robert Backus, psiquiatra y socio del director del centro. Había organizado su ingreso y facilitado a Leo un documento en el que la declaraban incapacitada para realizar cualquier tipo de actividad intelectual. Con esa documentación en las manos y algunos miles de dólares, no le sería difícil acelerar el proceso judicial.

Francis y María habían presenciado todo desde la ventana de su dormitorio, a oscuras. Habían visto cargar a Sara inconsciente hasta uno de los vehículos.

—¡Dios mío, voy a llamar a la policía, aquí ocurre algo muy extraño! — propuso María precipitándose sobre el teléfono.

Francis se lo impidió.

—¿Estás loca? No podemos. ¿No entiendes que si eso fuese una salida factible, Sara ya lo habría hecho? Tenemos que pensar, esta gente se mueve en un mundo muy diferente al nuestro.

Decidieron avisar a Marcial y a Óscar, no podían confiar en nadie más, aunque no utilizarían el teléfono, de modo que tomaron un taxi en la avenida hasta la 42.

Marcial abrió la puerta ante las insistentes llamadas de la pareja: sostenía un vaso de agua que se precipitó sobre el suelo al verles tan pálidos.

—¿Qué le ha ocurrido a mi niña? —Marcial dio un grito.

—No, no está muerta, solo parecía inconsciente. Dios mío, no sé qué demonios trata de hacerle ese hombre —María lloriqueaba.

Óscar entró alarmado en el salón, y al cabo de un rato de preguntas sin respuestas decidió que lo mejor que podían hacer era esperar.

—¿Esperar? ¡Estás loco, Óscar! —gritó Marcial—. ¡Ahora mismo me visto y me voy para allá! ¡Ese asesino me va a explicar qué ha hecho con mi niña!

—Escúchame con atención, por favor —pidió su compañero sujetándole por los hombros—: Si vamos ahora y le decimos a Leo que sospechamos que trama algo contra Sara, estaremos muertos, y ella la primera.

—¡Dios mío, Virgen santísima! —María se persignó.

—Mañana tendrá que disculpar a Sara de algún modo. No se me ocurre nada mejor. Sé que es difícil, pero actuando a locas y a ciegas no conseguiremos nada. No levantemos sospechas. Francisco, María, será mejor que regreséis a casa y que actuéis como de costumbre.

—¿Y esperar tantas horas? No puedo, tenemos que hacer algo... Tomaré tranquilizantes, docenas de ellos; el agua de azahar no servirá —repuso Marcial.

Nada sería suficiente para calmarle. Sintió odio, miedo, deseo de libertad y, en especial, un instinto asesino crecía en su interior. En ese momento comprendió a Sara como jamás lo había hecho, y lloró desconsoladamente.

No tuvieron que aguardar a llegar a Elisa & Co. A las siete de la mañana, Leo les telefoneaba.

—Marcial, lamento *dire* que Sara anoche sufrió una grave crisis, otra. Parecía desquiciada, me asusté, y el médico *tornò* a casa y decidió *ospedale*.

—¿Por qué no nos avisaste anoche? Sabes que es nuestra pequeña.

—Fue *de matina presto*. Estoy muy mal, *non posso parlare*. Ya os llamaré.

—¡No cuelgues, Leo! ¿En qué hospital está? Necesito verla.

—Por ahora *non* puede ser, está sedada. Ya *parliamo*, ¿de acuerdo? — Leo colgó sin darle oportunidad a réplica, mientras Marcial gritaba histérico.

—¿Pero este hombre qué se ha creído? Ahora mismo voy a recorrer todos los hospitales de Nueva York.

—Legalmente es su marido y tiene derecho sobre Sara. Lo sorprendente es que haya tenido la deferencia de hacérselo saber —comentó Óscar llevándose a la boca el café.

Marcial se acercó hasta la cocina.

—Te equivocas —sonrió maliciosamente—. Soy su tutor legal y puedo demostrarlo. Esos documentos existen: Williams se encargó de todo. ¿No te he comentado nada?

—No, aunque no tenías por qué hacerlo —respondió Óscar algo molesto.

—Vamos, no seas susceptible, y menos en estos momentos en los que creo que voy a perder el juicio. Hay que encontrar a Sara. Ella sabía que ese

asesino tramaba algo. Quiere apoderarse de su fortuna, sospecha que ella miente, cosa que por otro lado es cierta. Debemos dar gracias a Dios de que no haya acabado con su vida. —Marcial dejó de hablar durante unos segundos y dio un sorbo a la tila que acababa de servirle Óscar.

—Opino que nunca la mataría. No podría vivir sin verla, sin poseerla. La mantendrá con vida mientras ella no le dé motivos para no hacerlo —afirmó Óscar. Tenía claro que Sara era una mujer muy inteligente. Nombrar a Marcial su tutor legal era como nombrarse a sí misma, pues le sería fiel mientras viviese—. Marcial, ¿te he dicho alguna vez que cuando hay que ser enérgico y tomar decisiones lo haces como nadie?

—No lo has hecho nunca, y te recuerdo que siempre me llamas histérico.

—Pues ya lo sabes.

Marcial se acercó a Óscar y le abrazó.

—Se trata de Sara. Me convierto en una nenaza cuando estoy a su lado, pero ahora me necesita, nos necesita, y debemos ser fuertes, tomar decisiones, y no puedo perder el tiempo lloriqueando. —Tenía claro que debía evitar indisponerse con Leo. Le sería fácil servirse de aquel documento, pero les descubrirían y Leo se lo haría pagar a Sara; debían ser cautos—. Debemos ir con pies de plomo, Óscar, no sabemos qué ha decidido hacer ese animal.

—¿No has pensado ni durante una décima de segundo que pudiese estar realmente enferma?

—¿Quééé? No conoces a Sara si dices eso —gritó.

—Vamos, no te enfades. Solo digo que Sara está pasando por malos momentos, demasiadas visitas al hospital. No quiero que nos precipitemos, eso es todo.

—Entonces ¿por qué Leo no nos ha dicho dónde está? Si no hubiese maldad en su forma de proceder, no habría dudado en contestar.

—Puede que intente protegerla a su modo, ya sabes que está loco.

—Me asombra, Óscar. Haz lo que quieras, pero yo voy a empezar por hablar con él. Si no me dice la verdad, telefonaré a todos los hospitales y centros de la ciudad. Si no funciona, seré más drástico. ¡Ese italiano no conoce a este andaluz!

—No te enfades, pero piensa antes de actuar, y cuenta conmigo.

Decidió buscar a Leo, a quien no encontraba en ninguno de los lugares que solía frecuentar. Cansado, decidió ir a casa de los Di Benedetto. Estaba tan alterado que antes de llamar a la puerta respiró profundamente tratando de serenarse.

La chica del servicio le recibió vestida de manera fúnebre, de negro de pies a cabeza, por expreso deseo de Francesca. Marcial la miró de arriba abajo sorprendido, aunque estaba tan preocupado que no hizo ningún comentario. La muchacha de aspecto triste, como él pensaba, fue a buscar a Francesca mientras él aguardaba en el recibidor junto a un perchero del que colgaba una gran cantidad de ropa oscura; también lo miró de arriba abajo y suspiró.

Francesca apareció triunfal. Bajó las escaleras como si fuese una diva, y él la encontró ridícula. Pensaba que era maliciosamente fea, y de poder hacerlo la fulminaría con la mirada. Ella sonreía regocijándose en el dolor ajeno.

—Hola, Francesca, supongo que Leo no estará contigo.

—*Mio figlio* es libre, va, viene... *Che cosa vuoi?*

—Necesito hablar con él, pero si no sabes nada no te molestaré. Gracias por recibirme. —Marcial se dirigió a la puerta dándole la espalda.

—*Mio figlio* jamás da explicaciones de dónde va o con quién, y a ti menos que a nadie, *non credi?*

—Tampoco sabrás nada acerca de Sara...

—¡Sara, Sara! ¡Estoy harta de esa *donna*! ¿Se la ha tragado la *terra*?

Marcial sabía que Francesca estaba al corriente de todo y comenzaba a encolerizarse con sus respuestas, así que giró el pomo de la puerta y salió dando un portazo. Supuso que le encontraría por la noche, en el Copacabana o en La Particularitá de Francesca, «los lugares preferidos de esa rata» —susurró para sí.

Regresó a Elisa & Co. y telefoneó a todos los hospitales: en ninguno

habían ingresado a nadie con los datos de Sara. Pensó que tal vez Leo la había sacado de la ciudad y sintió que el tiempo jugaba en su contra.

—¿No has pensado que tal vez Leo esté con ella? —le preguntó Óscar.

—¿Tú crees? ¿Pero dónde?, ¿dónde?

XXX

Tenía un fuerte dolor de cabeza y le costaba abrir los ojos. Cuando lo consiguió, todo era blanco a su alrededor, blanco sucio y maloliente.

Intentó incorporarse, pero no podía: estaba atada de pies y manos a los barrotes de una cama. No había nada más en aquel lugar, solo vacío.

Cerró los ojos y deseó que fuese una pesadilla. Era incapaz de recordar cómo había llegado hasta aquel lugar inhóspito que olía mal, una mezcla a humanidad y algo químico, más fuerte que el alcohol.

A duras penas consiguió elevar la cabeza, y vio frente a ella una puerta, también blanca, con una ventana pequeña de cristal grueso. Le pareció que alguien la observaba a través de ella: fijó la mirada, pero el rostro desapareció al instante.

—Dios mío, ¿dónde estoy? ¡Por favor!, ¿puede alguien oírme? —gritó.

No obtuvo respuesta. Temblaba presa del pánico y no podía controlar el cuerpo, que se convulsionaba sin control. Trataba de escuchar su respiración; debía calmarse. Recordó las palabras de Florence el mismo día que huía de casa: «Cariño, respira, despacio. Después, suelta el aire del mismo modo, tranquila; piensa que ya eres libre», le decía acariciándole el rostro con ternura.

Ahora las cadenas eran reales, metálicas, frías. Al silencio de la habitación se unieron sonidos procedentes del exterior: eran gritos, lamentos, frases ininteligibles de voces sin rostros. No le quedaba la menor duda de qué clase de lugar era en el que se hallaba, y tampoco resultaba difícil de imaginar quién la había llevado hasta allí.

Al cabo de aproximadamente una hora mirando el techo, alguien se dignaba a visitarla: dos enfermeras acompañadas de un guarda.

—¿Pueden ayudarme, por favor? No estoy enferma, ni tampoco loca.

—Por supuesto, señora, ha sufrido usted una crisis —dijo con frialdad una de ellas.

—Tienen que ayudarme a salir de aquí.

El hombre la despojó de las ataduras y sintió un profundo alivio que duró apenas unos segundos. Las enfermeras le quitaron la ropa y le pusieron una bata blanca de seguridad, y la dejaron inmobilizada.

—Te hemos dicho cientos de veces que no mires de ese modo a las chicas —reaccionó una de ellas al comprobar que el hombre contemplaba a Sara de manera lasciva.

Sara se sintió violada.

—Por favor, ¿qué hacen? Se lo suplico, no estoy loca, tienen que creerme. Llaman a la doctora Hoffman, ella les aclarará todo.

—Por supuesto, no se preocupe, el doctor Backus la atenderá ahora mismo y le explicará cuanto desee. Esto es por su propia seguridad. ¡Acompáñenos!

Una de ellas hablaba en tono pausado: la trataba como a una estúpida y le mentía. La escoltaron a través de un largo y estrecho pasillo, en el que había a ambos lados puertas cerradas desde donde procedían las voces. Después atravesaron una amplia sala que disponía de varias celdas abiertas, donde los pacientes, encadenados a las paredes, se encontraban rodeados de sus propios excrementos. Sara sintió ganas de vomitar ante aquella escena inhumana. Miraba a su alrededor igual que una niña asustada. Al fondo había una gran puerta con barrotes; el guarda la abrió y accedieron a lo que parecía el vestíbulo del edificio. Tenía una gran escalera de mármol, plantas y cómodos sillones, y en nada se parecía al lugar que acababa de abandonar. El doctor Backus la esperaba en su consulta.

—Adelante, adelante, déjenos solos, por favor —pidió. Era muy delgado y llevaba unas gruesas gafas de pasta negra.

Cuando Sara se asomó al umbral de la puerta vio a Leo, sentado frente al doctor, que se levantó para acercarse a ella.

—Sara, *amore*, ¿qué tal te encuentras? —Trató de abrazarla y Sara le escupió.

—Señora Di Benedetto, tome asiento, por favor. Debe calmarse, su esposo la ha traído a nuestro centro porque ha sufrido una crisis —explicó Backus sin perder la calma.

—¿Crisis? Yo no he sufrido ninguna crisis; él es quien quiere volverme loca, pero no lo va a conseguir. —Estaba muy alterada.

—Sara, cariño, es cierto lo que dice el *dottore*...

—No conseguirás lo que te propones. ¡Nunca! —gritó.

—Señora, cálmese o me verá obligado a administrarle más clorpromazina. ¿Sabe qué es eso? Podría evitarlo si hace lo que le digo —trataba de intimidarla.

—¿Cómo dice? ¿Qué es lo que me han dado?

—La utilizo en pacientes esquizofrénicos, y en su estado es recomendable.

Sara no podía creer lo que acababa de oír.

—¿Mi estado? ¿Van a retenerme contra mi voluntad? Esto no es legal, no puede serlo.

—Su marido tiene pleno derecho a velar por usted. Me explicaré: padece un trastorno psicótico, y lamento decirle que usted no puede distinguir entre lo real y lo irreal... Todo esto es por su bien.

—¿Pretende que además le crea? —preguntó enarcando una ceja.

—Dígame, señora..., ¿ha sufrido alguna emoción fuerte?

Sara se derrumbó sobre el asiento. Recordó entonces la carta que había escrito a Paul y se quedó inmóvil, pensativa, y aunque estaba convencida de que Leo estaba detrás de todo, dudaba en realidad de su estado emocional.

—Sara, *bellisima* Sara, tienes que creerme. Pronto estarás bien, pero tienes que seguir los consejos del *dottore*.

—Leo, llévame a casa, por favor, llévame contigo. No quiero estar aquí, este lugar es horrible, no tienes ni idea de lo que he visto... —Sara lloraba ante la mirada imperturbable de Leo.

—Vamos, señora, necesita paz. Cuando esté mejor podrá pasear por el jardín. Ya verá cómo se recupera.

Leo se levantó, la besó en la mejilla y salió de allí creyendo haber conseguido su objetivo. Sara intentó seguirle, pero los fuertes brazos del guarda la sujetaron. De repente sintió un fuerte pinchazo y perdió el conocimiento.

Aquella noche Los Cinco Corazones cerraba al público: era su noche de descanso y Rosalind se había acomodado en la barra del bar. Cacciatore estaba satisfecho, contaba con una valiosa información, y Pietro pondría rumbo hacia un lugar desconocido. Tal vez viajaría a Belice o quizás más al sur. Después podría recorrer la vieja y añorada Europa. Sin embargo, Pietro no podía apartar a Sara de sus pensamientos. Temía que le sucediese algo, que Leo tomase represalias contra ella, algo nada descabellado. Pidió a Cacciatore un último favor: necesitaba asegurarse de que Sara estaría bien durante el resto de su vida.

—¿Enamorado? —preguntó el Camaleonte.

—No lo sé, es una mujer muy especial. Cuando sus ojos te miran, no los olvidas jamás. Ella es simplemente diferente. —Pietro miró pensativo hacia el suelo.

—Debe de ser alguien muy interesante, no me cabe duda. Aunque, en honor a la verdad, no sé qué hace casada con ese mediocre. Pero te haré ese favor, es justo.

—Gracias —dijo Pietro, y entregó una carta a Rosalind. Ella le observaba desde el otro lado de la barra con su penetrante mirada mientras servía unos whiskies.

—Supongo que esta carta es para esa chica, ¿Sara? —Rosalind sonrió al coger el sobre que acababa de entregarle.

—Sí, por favor, dásela solo a ella o a su amigo Marcial, es de su confianza. No sé cómo podría pagar...

—Ya lo has hecho: Vittorio agradece tus servicios, y yo sé lo que es amar.

—Esta es la dirección... —Pietro la anotó en una caja de cerillas.

Mientras tomaba su última copa en Nueva York, pensaba en que aquellos dos desconocidos acababan de salvarle la vida—. ¿Puedo hacerle una pregunta, señora?

—No veo por qué no —contestó ella con una sonrisa.

—Me ha llamado la atención el nombre de su bar, ¿por qué se llama así?

—¿En serio quieres saberlo? Es un poco la historia de mi vida —añadió Rosalind tomando aire—. Me han roto cinco veces el corazón, de maneras muy diferentes: abandono, infidelidad, traición... Incluso una vez intentó asesinarme alguien a quien amaba perdidamente. Ahora estoy bien. He sabido unir esos cinco trozos en los que estuvo roto durante mucho tiempo. En estos momentos soy muy feliz, y así seguiré. —Rosalind dedicó una sonrisa a Cacciatore, que se derretía bajo su mirada. Ella era más joven, más alta y, por supuesto, mucho más hermosa que él.

Pietro cogió el bolso de mano con el que había llegado, les sonrió y salió de allí sin mirar atrás. Los hombres de Cacciatore le esperaban en la oscuridad de la noche. Viajaron lejos de Nueva York en coche hasta un lugar seguro, desde donde pondría rumbo a lejanas tierras.

Cuando finalmente pudo subir al avión, miró a su alrededor y tuvo la sensación de ser extrañamente libre. La última vez que viajó en uno acompañaba a Sara, y recordaba el rostro, el cabello, su aroma... No le sería fácil empezar de nuevo, pero se alegró de haber salido de allí con vida. Una nueva identidad y algunos dólares en el bolsillo era lo único que necesitaba para sentirse libre.

Al volver en sí, Sara se vio sentada en una sala fría, oscura, amordazada y atada con correas alrededor de la cintura que le mantenían el cuerpo sujeto a un sillón. El pánico se había apoderado de ella, y apenas se dio cuenta de los extraños artilugios se disponían a su alrededor, le invadió una terrible sensación de angustia y un calor húmedo le recorrió las piernas: era su propio orín.

Backus comprobaba los electrodos que le había conectado a la cabeza.

—¡Vamos!, no se asuste, esto no le dolerá. Le he administrado medicamentos, por eso se encuentra mareada. Después se sentirá feliz, olvidará esas ideas que tiene en la cabeza. Nadie desea hacerle daño y menos aún su esposo; todos la queremos. Piense que si todo el mundo opinase lo mismo que yo, la vida sería diferente, viviríamos en paz con nosotros mismos y con el prójimo. Estoy convencido de que agradecerá los años que llevo estudiando el comportamiento humano, mis esfuerzos y mis logros. Somos frágiles, nuestra mente es muy compleja, señora, y para eso estamos los doctos en la materia.

El doctor Backus experimentaba con Sara y con un grupo de pacientes enfermos. Quería comprobar si en el caso de Sara, una mujer joven y equilibrada, sus técnicas actuaban del mismo modo que en pacientes perturbados. A Backus no le interesaban en absoluto los motivos por los que su marido había recurrido a él; lo único que le interesaba era su mente. Se trataba de la paciente perfecta, la que esperaba desde hacía muchos años. Nadie en su sano juicio se sometería por propia voluntad a esos experimentos ancestrales.

Sara le miraba horrorizada, y sus gritos se ahogaban en la garganta.

—Eso que lleva en la boca es para evitar que se muerda la lengua. No se preocupe, relájese, pronto acabaremos —explicó con la mirada perdida—. Su marido desea que la devuelva a casa sana y salva.

Le dedicó una sonrisa enfermiza y se levantó del asiento para acercarse a ella. Sus dedos huesudos le acariciaron el rostro y rozó con ellos el cuello, deslizándolos hasta la altura del escote. Le gustó la sensación esponjosa de los pechos, aunque retiró la mano con rapidez y regresó al asiento.

—No piense mal —prosiguió el médico con sus explicaciones—, solo quiero demostrarle que o colabora, o permanecerá aquí más tiempo del necesario, así que no sea una niña traviesa. Y añadiré que solo me interesa el cerebro, aunque he de reconocer que es usted muy hermosa. Estoy seguro de que ahí fuera tendrá admiradores, hombres que la deseen, la amen, la posean... Yo necesito lo más preciado del ser humano: la mente.

Sara lo miraba aterrada. Aquel hombre estaba completamente loco, era un perturbado a quien algún despiadado le había otorgado el privilegio de

experimentar en la sombra. Era monstruoso y tenía que escapar de allí o acabaría muerta.

De repente sintió que una corriente le recorría el cuerpo, de la cabeza a los pies; fue breve, pero se convulsionó bruscamente antes de quedar inerte.

Al despertar no recordaba nada, ni dónde estaba ni tampoco quién era. Una enfermera se acercó hasta ella.

—¿Estás tranquila, Sara?

Ella se limitó a asentir y esbozó algo parecido a una sonrisa. La enfermera avisó a Robert Backus, quien no tardó en aparecer. Dio órdenes entonces para que la llevaran a otra habitación.

—Una más aireada —había establecido.

Era de noche, pero Sara no era consciente de lo que sucedía. Estaba despierta y los recuerdos, imágenes y sonidos le acudían a la mente como destellos.

Vio a Elisa; no sabía quién era, pero le agradaba la imagen. Después se vio en su casa paterna, en el convento de las hermanas de Salamanca: había una fuente y ella estaba sentada en un banco de madera, rodeada de rosas, y escuchaba el sonido del agua, pero ese recuerdo le producía tristeza.

Después vio el rostro de Paul y el corazón le latió con fuerza. No quería que esa imagen desapareciese, y no obstante se desvanecía sin querer. Poco a poco comenzaba a recobrar la consciencia. El canto de los pájaros le avisaba de que amanecía; no estaba atada, y la habitación era distinta: tenía sencillos muebles y una gran ventana. Escuchó su respiración, y se incorporó bastante mareada.

Los tímidos rayos de sol dejaban ver la suciedad de los cristales, sobre los que se apoyó. Había barrotes: se hallaba en una jaula real. Confusa se miró las manos y se acarició el cabello alborotado. Estaba viva.

Miró de nuevo hacia el exterior. Estaba en una segunda o tercera planta y podía ver un gran jardín, con árboles, flores, y, lo más asombroso de todo, se veía el mar. Estaba cerca, casi podía tocarlo con los dedos apoyados en el

sucio cristal. Contempló el paisaje: el sol ascendía para iluminar y colorear el mundo. «Amanecer, un espectáculo que pocos valoran», recordó las palabras de Florence.

—¿Se encuentra mejor, señora Di Benedetto? —se interesó una enfermera que acababa de entrar en la habitación.

—Sí, gracias.

Les seguiría el juego. Sabía que no conseguiría nada contradiciéndoles y no estaba segura de poder confiar en alguien. La chica le pidió que la acompañase y bajaron en ascensor hasta la primera planta. Después salieron al exterior, un lugar agradable en el que los pacientes mostraban buen aspecto, y no parecían desquiciados ni enfermos. Se avergonzó de su apariencia.

—Cuando se encuentre mejor podrá vestir su ropa; su marido le ha traído algunas pertenencias. Y desayune aquí, al aire libre: hace un día espléndido —sugirió la enfermera señalando una terraza sombreada repleta de mesas y sillas.

—¿Qué día es hoy, señorita?

—Es quince de julio, señora Di Benedetto. Espero que disfrute de la mañana.

—Gracias —respondió entristecida observando a la enfermera alejarse.

Desde allí podía oler el mar, oírlo, sentirlo. Se acercó con timidez a un grupo de personas y un anciano con barba blanca le sonrió invitándola a sentarse junto a él.

—Lo que le han hecho es cierto —musitó—. Mi nombre es John y llevo aquí dos años. He sufrido los abusos de ese loco. Trabaja a espaldas de mucha gente, y algunos lo saben.

—Mi nombre es Sara. —Le estrechó la mano y sonrió.

—Señorita, tenga cuidado, debe salir de aquí; yo lo haré pronto. Tengo un hijo, ¿sabe?, en algún lugar del mundo. Viaja mucho, pero vendrá a buscarme.

—¿La está molestando, señorita? —intervino otro anciano de aspecto cuidado que caminaba erguido ayudándose de un bastón.

—Lárgate de aquí, Simons, ¿no ves que la señorita está desayunando? —

repuso John de mal humor.

—¿Y tú puedes molestarla? Siempre lo haces, no dejas a nadie en paz. En cambio, cuando me acerco, quieres espantarme como si fuese una mosca.

Ambos iniciaron una discusión absurda, y Sara acabó el desayuno y se despidió de ambos sin que se percatasen de ello.

El recinto estaba rodeado de altas y gruesas murallas; no había puertas ni verjas. Pasó junto a un grupo de mujeres que, sentadas sobre un banco, tomaban el sol y parecían alegres; no advirtieron su presencia. Fue a sentarse a la sombra de un gran árbol, un precioso abeto bajo el que corría una agradable brisa. Tenía algo muy claro, lo que había vivido era cierto y Leo estaba detrás de todo. Cuando decidió regresar a la habitación, observó que nadie la seguía; le agradó. La puerta del dormitorio estaba abierta y había flores sobre la mesita de noche. Eran unas flores preciosas. Pensó en Marcial y se apresuró a leer la tarjeta: «Espero que mi adorada mujercita se recupere pronto. Siempre tuyo, Leo».

Cogió el jarrón de plástico en el que estaban y lo estrelló contra el suelo. Después abrió la maleta que encontró sobre la cama. Contenía faldas y blusas que jamás había visto. «Ese cerdo pretende volverme loca», se dijo, y continuó rebuscando en su interior, pero allí no había nada en absoluto que reconociese como suyo.

Encontró un sobre cerrado que se apresuró a abrir: contenía una foto de Elisa, aparecía junto a ella y Julia, y recordó que se la habían hecho en el salón cuando la visitaron. Miró el reverso. «*Non preoccuparti* por ellos. Un contacto mío en España acaba de confirmarme que están bien. Espero que continúes siendo una buena *ragazza*.»

—¡Maldito seas, Leo! —Sara alterada daba vueltas en la habitación. Quería gritar, pero llamaría la atención. En un lugar así, todo cuanto hiciese o dijese se volvería en su contra. De pronto oyó pasos y se asomó a la puerta: las dos enfermeras que trabajaban para el doctor Backus se acercaban.

—¿Qué queréis?, ¿qué vais a hacerme? No me llevéis con él, por favor.

—¿No te has vestido aún?

—No, esa ropa no es mía y no sé a quién pertenece.

—Claro que es tuya. Anda, ven; verás. —La desnudaron y le pusieron un

vestido gris—. ¿Ves?, te queda perfecto, es tu talla. ¿Cómo iba tu marido a traer otra ropa?

—No lo entienden. Nadie me entiende. Mi marido quiere volverme loca. ¡Marcial!, ¡Marcial!, necesito que le avisen. ¡Por favor!

—Vamos, vamos. ¿Quién es Marcial?

—Es mi familia, la única persona que puede explicarles qué me sucede.

—¿Pero te sucede algo? ¿No decías que no te ocurría nada? —declaró una de ellas, y después ambas rieron.

—No he querido decir eso...

Sacaron a Sara a rastras.

—Vamos. ¿No preferirás que tengamos que calmarte a la fuerza, no es así?

Entraron en un ascensor. Bajaron dos, tres, tal vez cuatro plantas. Cuando la puerta se abrió, se hallaba de nuevo en la escalofriante sala de Robert Backus, esperaba sentado junto a una camilla. Sara gritó al verle y se abrazó a una de las mujeres.

—¡Por favor, no me dejen aquí con él. Este hombre quiere hacerme daño!

—Gracias, pueden marcharse —señaló el médico, y las enfermeras salieron sin más.

—Sara, tome asiento, por favor. Solo quiero que me hable de las sensaciones que usted ha experimentado en las últimas horas. No voy a tocarla, pero necesito saber qué pasa por su cabeza.

—¡Que es usted un hijo de puta!, eso es lo que pasa por mi cabeza. ¿Por qué experimenta con personas? ¡Hágalo con usted mismo! y descubrirá cosas que le aterrarán. Usted sí está enfermo de verdad, ¿me oye?, ¡muy enfermo!

Backus permanecía sentado impasible, y señalaba la camilla sin alterarse.

—¡No!, no voy a tumbarme ahí, si es eso lo que pretende.

—Sí lo hará, por las buenas o por las malas. Yo que usted no lo pensaría: creo que no le gustaría probar de nuevo la eficacia de los electrodos.

Sara le miraba perpleja.

—Puedo asegurarle que el *shock* trabaja como antidepresivo y modificaría su carácter, señora, que a fin de cuentas es lo que desea su esposo. Sepa que mi método consigue que los receptores del cerebro reciban

serotonina y dopamina, relacionadas, como decía, con ese equilibrio emocional del que usted carece.

Sara se acercó con paso firme. No podía permitir que aquel miserable la utilizase como a un conejillo de indias. Contestaría a sus preguntas. Era eso o recibir una nueva tortura.

—Ha decidido cooperar, por lo que veo... ¿No es así? —añadió mientras jugaba con un bolígrafo entre los dedos—. Sería estúpido por mi parte preguntarle si ha notado mejoría con la medicación, ¿verdad, señora Di Benedetto?

—¿Qué medicación?

—Clorpromazina, ya se lo dije. Observo que no causa efecto en usted, ya que continúa mostrando signos de rebeldía, de una conducta incluso explosiva, me atrevería a decir.

—¿Explosiva, dice?

—Exacto, me han informado de que ha estrellado usted contra el suelo un jarrón de flores. Deberían haberle sugerido sentimientos de amor, de alegría; sin embargo, ha provocado en usted rechazo, un comportamiento sin duda cuando menos curioso.

—Disculpe..., ¿amor, alegría? ¿Sabe usted que estoy casada con un asesino?

Robert Backus dejó escapar una carcajada.

—¿Asesino? Su marido es un hombre muy respetable. En la ciudad de Nueva York todo el mundo sabe quién es. ¿Quién no conoce la Fundación Di Benedetto? Él financia algunos experimentos.

—¿Se trata de eso? Solo dinero, ¿verdad?

XXXI

Marcial se había levantado inquieto. Había dado tantas vueltas en la cama que Óscar, molesto, hacía rato que había optado por levantarse. Ya habían transcurrido tres días y continuaba sin tener noticias de Sara, y le superaba. Lo único que había conseguido hasta ese momento había sido una escueta frase de Leo, la misma que repetía sin cesar: «Sara está bien, necesita descansar y alejarse de lo cotidiano».

—¿Pero quién se ha creído que es esa sabandija?

Hablaba solo. Óscar, como de costumbre, trabajaba en Elisa & Co. No podían abandonar el trabajo, o cuando Sara regresase encontraría una verdadera ruina. Marcial entendía su modo de pensar y de actuar; en cambio él no se veía con fuerzas y decía que toda la creatividad se había ido por la ventana en el momento en que Sara había desaparecido, y por otro lado, tampoco quería estar allí sin ella: Sara era el alma de Elisa & Co.

Se había prometido que no pasaría de ese día. No le quedaba otra opción que ejercer su derecho; por las buenas o por las malas, lo conseguiría.

Sus pensamientos se habían visto interrumpidos por una llamada de teléfono, y Marcial tropezó al lanzarse precipitadamente saltando por encima del sofá.

—¿Quién es? —contestó enderezándose.

—¿Qué te ocurre, Marcial?

—¿Eres tú, Óscar? ¿No recuerdas que no debes ocupar la línea de teléfono?

—Cálmate. Ha llegado una señora preguntando por Sara. No tengo la

menor idea de quién es. Le he dicho que no está y después me ha preguntado por ti.

—¿Te ha dicho su nombre? —preguntó intrigado.

—No, solo que necesita hablar con uno de vosotros.

—¿Qué hago?, ¿voy? Sí, sí, por supuesto; voy para allá, no tardo.

Colgó el teléfono, se vistió apresuradamente y condujo inquieto tratando de imaginar quién podría ser aquella mujer. Al llegar, Óscar le dijo que le aguardaba junto al despacho, y Marcial subió las escaleras a toda prisa.

—Buenos días —dijo Rosalind con una misteriosa mirada.

—Buenos días, señora. Y bien, usted dirá —añadió agitado

—Mi nombre es Rosalind. —Tendió la mano para saludarle. Rosalind observaba una bonita foto del primer desfile en el que, sobre la pasarela, Sara, Óscar y Marcial posaban radiantes—. Sara es muy hermosa, tal y como me dijeron.

—¿Puedo saber...? Tome asiento, por favor.

—Esta carta me la confiaron hace algunos días, es de Pietro —informó bajando la voz.

—¿Se encuentra bien? Aquí puede hablar en confianza, nadie nos oye.

—Se equivoca, las paredes, sí. —Sonrió.

—¿Puedo abrirla?

—Por supuesto. Pietro antes de marcharse, muy lejos de aquí, me rogó que la entregase personalmente a Sara o a usted, a nadie más. No he venido hasta saber que Pietro está a salvo. Su vida no corre ahora ningún peligro.

—¡Dios mío!, gracias a Dios. Ese pobre hombre... Disculpe, voy a leer —dijo mientras abría el sobre nervioso.

—Por supuesto, toda suya.

Querida Sara:

Cuando recibas esta carta estaré muy lejos, pero estaré bien. Quiero que sepas que la noche que te llevé a casa por última vez te arropé mientras dormías. Contemplé tu belleza unos instantes. Sabes que eres muy especial para mí, de modo que no pude resistir la tentación de besarte la frente y aspirar el aroma de tu cabello. La fatalidad permitió

que Leo presenciase la escena: estaba de pie junto a la puerta de tu habitación. Quiso saber si entre tú y yo había algo más, lo cual negué. Ya sabes cómo funciona el código de honor. Dejó de confiar en mí y quiso acabar con mi vida; la duda le hizo enloquecer. Ahora, aunque en la distancia, intento protegerte.

He pedido a esta buena amiga y al hombre con quien comparte su vida que cuiden de ti.

Seguiremos en contacto.

Tu fiel amigo, Pietro

—¡Es precioso!, propio de un hombre encantador. —Los ojos de Marcial brillaban.

—Lo es, sin duda. Ahora he de marcharme; ya he cumplido mi promesa.

—Aguarde. ¿Puedo comentarle algo muy muy confidencial?

—No veo por qué no.

—Estoy muy preocupado. Sara ha desaparecido y solo su marido sabe dónde está, y si Leo quería acabar con Pietro, ¿por qué no con Sara?, aunque ella no hiciese nada. ¡Ese hombre es un asesino!

—¿Dice que no sabe dónde se encuentra su amiga?

—Exacto. —Marcial lloriqueaba—. Sé que la ha recluido en algún centro, hospital, sanatorio..., no lo sé. ¿Dónde? Llevo tres días que estoy desesperado y no puedo acudir a la policía. —Marcial cogió un pañuelo y se sonó la nariz.

—¿A la policía, dice? Mire, ese Leo hasta hace muy poco tenía comprada a gran parte de la seguridad de Nueva York. Ahora, aunque se rumorea que anda mal y que tiene deudas, no hay que subestimarle. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Marcial la escuchaba boquiabierto: al parecer Rosalind sabía mucho acerca de Leo—. Déjemelo a mí. Trataré de averiguar dónde está. No haga nada, podría ser peligroso. —Rosalind le hizo un guiño y se marchó.

Marcial se mordió los labios y miró a su alrededor. No podía contárselo a nadie y tenía una imperiosa necesidad de hacerlo. Bajó las escaleras y fue a buscar a Óscar.

Habían transcurrido solo algunas horas desde que Rosalind salió de Elisa & Co., cuando el tono estridente del teléfono sonó chirriante en sus oídos. Era ella, le informaba con exactitud del lugar en el que se encontraba Sara.

—Gracias, Rosalind, muchas gracias; no sé cómo pagárselo.

—Suerte, amigo, me cae usted bien.

Marcial colgó el auricular y se dirigió a su casa para recoger la documentación. Óscar conduciría: Marcial estaba tan excitado que no podría hacerlo, y aquel lugar estaba a más de hora y media de camino.

Arrancó el vehículo y tomó en dirección suroeste, hacia el Rockefeller Center.

—¿Por qué no nos habrá dicho nada Leo? Si se trata de un balneario, no tiene por qué ocultarlo. ¿Marcial, me oyes?

Los pensamientos de Marcial permanecían congelados en una escena, en la que se veía estrangulando a Leo, a quien la piel se le volvía violácea. Este le rogaba que no le matase, y justo cuando iba a exhalar el último suspiro, le soltaba. Sabía que él no era un asesino, aunque casi, porque había disfrutado con aquella fantasía.

Leo irrumpió junto con algunos de sus hombres en Elisa & Co. Era su último y desesperado intento por encontrar algún indicio que probase que las cuentas secretas de Sara existían. Las dependientas, desde sus puestos de trabajo, se alteraron al verles y cuchichearon entre ellas.

—Tenéis el día libre —rugió Leo.

Aquella escueta frase les produjo pavor, y rápidamente recogieron sus bolsos para salir a la calle. El irlandés se había situado junto a la puerta; embutido en un traje de chaqueta *beige*, sonreía a las chicas que salían pálidas del establecimiento.

Infiltrado en la familia Di Benedetto, se había ganado la confianza de Leo gracias a los trabajos sucios que había realizado durante la campaña electoral. Fingía que respetaba el simbolismo de la familia y se había sometido a la matriarca.

A Francesca no le gustaba aquel joven, aunque a pesar de sus discrepancias, había realizado con él el ritual de la familia: derramar su sangre sobre la figura de san Benito de Palermo, y partir y quemar la imagen después. Con aquel símbolo, el irlandés se comprometía a aniquilar a los traidores de la familia.

Subieron al despacho y derribaron la puerta. Leo se dirigió al lugar exacto sin vacilar: oculta tras una pintura se hallaba la caja fuerte.

Uno de los hombres de Leo había detonado una pequeña carga explosiva y Leo buscó entre su contenido, pero no halló nada interesante, solo documentos de la empresa. Debería aceptar su fracaso y estaba encolerizado.

Óscar detuvo el coche en una localidad llamada Bay View, cerca del lugar que buscaban.

—¿Crees que estoy yo para mapitas? —alegó sarcástico Marcial.

—¿Entonces cómo demonios vamos a dar con ese lugar? No conozco esta ciudad ni sus alrededores. Definitivamente, deberíamos haber cogido un taxi —añadió limpiando los cristales de sus gafas de sol—. Estoy sudando a chorros, ¡Qué asco!

La isla se situaba al sur de Long Island. Tuvieron que dejar el vehículo estacionado en un espacio accesible, ya que el resto eran calles sin pavimentar y zonas de acceso restringido, así que no les quedaba otra opción que caminar. El centro se situaba a orillas de Ocean Beach.

—Parece un lugar interesante —apuntó Óscar convencido de que Sara se encontraba bien atendida.

—Estoy deseando llegar, y me encuentro con que tengo que realizar una excursión y escuchar tus tonterías.

—Vamos, si tienes prisa, camina y deja de protestar.

—¡Mi niña! ¿Qué le habrán hecho esos loqueros? —murmuraba Marcial apartando algunos arbustos de su camino.

—Vamos, ¿en qué época crees que vivimos?

La isla mostraba un bonito paisaje con elevadas dunas de arena

blanquecina y el mar azul a la izquierda. Al fondo se divisaba un impresionante faro, en cuya imagen parecía detenerse el tiempo. Marcial observaba un edificio rodeado de altos muros. Se detuvieron frente a unas rejas que permitían ver impresionantes jardines.

Aguardaron en la puerta algo más de una hora, sin que nadie se acercase a ella o alguien se percatase de su presencia. Tampoco había un timbre al que llamar. Cuando al fin uno de los guardas pasó en su ronda habitual, se acercó al verles.

—Buenos días. ¿Desean algo? —preguntó desde el otro lado de la verja.

—Queremos ver a una paciente —se apresuró a decir Marcial.

—Me temo que eso es imposible si no traen una tarjeta de autorización. Las visitas, por el bien de los pacientes, están restringidas.

—Mire, no hemos venido hasta aquí para que usted ahora venga con esas... —replicó Marcial alzando la voz.

—Discúlpele, está algo acalorado. No tenemos autorización, pero... —medió rápidamente Óscar.

—En ese caso, me temo que será imposible...

—Oiga —Marcial gritó ahogando las frases del guarda—, tengo otro tipo de autorización que me concede pleno derecho a decidir si la persona a la que busco debe o no continuar aquí. Si no le parece bien, puedo ir a buscar a la policía y estoy seguro de que entraré, por las buenas o por las malas. ¿Me he explicado con suficiente claridad? Usted elige, porque tengo mucha prisa.

El guarda abrió el cerrojo de la cancela y les pidió que aguardasen unos minutos. Marcial miró a Óscar triunfal.

—¿Te has dado cuenta?, esto no hace más que confirmar mis sospechas.

El director del centro, Thomas Andersson, les atendió personalmente tras un rato de espera, aunque solo para hacerles aguardar de nuevo.

—¡Cuánto protocolo! Primero el guarda, ahora el director. ¿Dónde demonios va ahora este hombre? Me parece inapropiado que nos reciba e inmediatamente después nos deje aquí solos. —La paciencia de Marcial estaba a punto de agotarse.

Andersson se dirigió a buscar a Backus. La inesperada visita de Marcial y Óscar le resultaba muy comprometida, y Robert no estaba en su despacho.

Alarmado, bajó al sótano.

La puerta principal estaba abierta, pero no había ni rastro de él, descendió algunas escaleras más temiendo que Sara se encontrase allí. Sintió escalofríos al ver el rostro de ella en la penumbra de la habitación. Había prohibido a Backus volver a utilizar aquel angustioso tratamiento porque sabía que estaba obsesionado con las técnicas de hidroterapia de principios de siglo. Comprobó entonces que los desvaríos de aquel hombre se le estaban yendo de las manos.

Sara se encontraba sumergida en una de las bañeras de agua caliente dispersas por la habitación, inconsciente, pálida. Se apresuró a retirar las lonas que le cubrían el cuerpo; solo la cabeza quedaba al descubierto a través de una pequeña abertura. No sabía cuántas horas llevaba allí. Apagó el sistema que hacía circular el agua y la sacó en brazos. Subió con ella a la zona de ascensores para trasladarla a su habitación en la tercera planta. Debía asegurarse de que ningún otro médico la viese en aquel lamentable estado. Entró antes en el estudio de Backus y le encontró allí, sentado en un cómodo sillón leyendo viejos y desfasados libros sobre tratamientos ancestrales.

—¡Robert! —gritó Thomas encolerizado.

—¿Qué haces con esa mujer? Es mi paciente.

—¿No me dijiste que era la persona perfecta, que su marido te había dado plena libertad para que pudieses dar rienda suelta a tu imaginación?

—Exacto.

—¡Ayúdame! Llévala a su habitación mientras atiendo a unos tipos; parece ser que son sus tutores legales. ¿Cómo se te ha ido ese detalle? — volvió a gritar encolerizado.

—Eso es imposible. Debes averiguarlo; no pueden quitarme mi juguete.

—¡No! Tú y yo hemos de hablar. Estás llevando tus experimentos demasiado lejos. ¡No quiero problemas! Actúa con rapidez o se acabaron tus prácticas.

Backus continuó hablando en voz baja. A regañadientes tendió a Sara sobre una camilla para trasladarla hasta la habitación.

Andersson tuvo que cambiarse de bata antes de regresar a la consulta estaba totalmente empapado.

—¿No crees que este hombre tarda demasiado? —preguntaba Marcial asomado a la puerta justo en el instante en que el médico regresaba.

—Discúlpenme, tenía que atender unos asuntos urgentes y...

—Escúcheme con atención. El asunto que nos ha traído hasta aquí sí es urgente, muy urgente. Como le he dicho, estoy autorizado a ejercer mis derechos sobre la señora Sara Di Benedetto. Mire, compruébelo. —Marcial extendió el documento—. Si tiene alguna duda sobre su autenticidad, podemos llamar al abogado de la señora Di Benedetto y él se encargará de todo.

—Desde luego hubiese sido conveniente realizar los trámites con tiempo suficiente...

—No tengo inconveniente —se apresuró a decir Marcial—. Llame usted a quien desee, pero lo único que debe quedarle a usted muy claro es que no nos marcharemos de aquí sin ella —Marcial se reclinó en el sillón en actitud desafiante.

—Por supuesto no es necesario nada de eso. Reconozco la autenticidad de este documento. La señora Di Benedetto en estos momentos debe de estar descansando o tomando un baño termal; enseguida una enfermera la atenderá lo más rápido posible. Tenga en cuenta que, en el estado de alteración en el que llegó a nosotros, tuvo que ser sometida a una estricta medicación.

—Ya está usted tardando —ordenó Marcial.

El nerviosismo de aquel individuo, a pesar de sus intentos por disimularlo, dejaba muy claro que algo extraño ocurría detrás de aquella fachada de lugar idílico.

—La acompañaré personalmente. Si me disculpan...

Ambos se miraron. Marcial respiró con calma: había sacado todas sus fuerzas para intimidar a aquel hombre y lo había conseguido.

—Perdóname, Marcial —pidió Óscar.

Él le cogió la mano.

—Tranquilo, es normal que esta apariencia engañe. Es simplemente que estoy tan unido a ella que en mi interior algo me decía que debía actuar con rapidez, como eso que dicen del cordón umbilical.

Sara llegó sentada en una silla de ruedas empujada por una enfermera. No

tenía fuerzas para caminar; les miró y les dedicó una sonrisa.

—¿Qué le han hecho a mi niña? —Marcial corrió a abrazarla.

—No se preocupe, en serio; en unas horas estará bien. Ya le he dicho que...

Marcial la besaba tratando de infundirle serenidad. Después agarró a Andersson del cuello.

—Rece usted, si es que sabe hacerlo. Como a Sara le suceda algo, me encargaré personalmente de hacerle la vida imposible. ¿Me ha entendido? — profirió entre gritos.

Antes de regresar a casa fueron al Presbyterian. Mientras Sara era atendida, Marcial explicaba lo sucedido y cumplimentaba algunos formularios. Se trataba de un hecho que debían denunciar y tenía que quedar reflejado.

Leo fue informado por Andersson y trató de fingir preocupación cuando les recibió en la casa.

—¡Dios mío, Sara! ¿Qué ha *successo*? —Quiso abrazarla y ella se apartó. Óscar se había marchado al apartamento, habían acordado que Marcial pasaría la noche junto a ella—. ¡Marcial, *dimmi* qué ha sucedido!, ¿no estaba bien atendida?

—Leo, mañana hablaremos; ahora necesita descansar. ¿Acaso no te informaste del antro en el que estabas dejando a tu amada esposa? —ironizó.

—Es un lugar de *tutto rispetto*, el mejor de todo Nueva York. Cuesta una fortuna... *Pensato* que necesitaba descansar... ¿Cómo supiste dónde estaba?

Marcial omitió responder. Si Leo le había subestimado en algún momento, estaba muy equivocado. Ayudó a Sara a subir las escaleras y cerraron con llave la habitación. Colocó delante de la puerta el pesado buró de Sara, pues dudaba de que aquel hombre no fuese capaz de echar la puerta abajo y acabar con sus vidas mientras dormían. Después se quitó el pantalón, buscó una camiseta que le viniese bien y se acostó junto a Sara. Ella se abrazó a él con fuerza.

—Te quiero, Marcial —susurró.

Estaba fría y temblaba a pesar de que hacía una noche calurosa. Marcial respiró tranquilo.

—Estás a salvo, mi niña —dijo acariciándole el cabello.

Después lloró en silencio, besándole la frente y las manos. Había estado a punto de perderla y eso no lo hubiese soportado.

XXXII

Leo necesitaba tomar decisiones. Sentado en la terraza frente a una copa de bourbon, encendió un cigarrillo. Pensaba en Palermo, en su niñez, cuando no alcanzaba a comprender los turbios negocios de la familia, que le cayeron como una pesada losa. Durante toda su vida había obedecido las órdenes de su madre sin desviarse de sus planes, y ahora le atosigaba más que nunca, cuando él a lo único que aspiraba era a convertirse en un hombre respetable. A pesar de la reciente derrota electoral de Parker, volverían a intentarlo, seguros de que en el futuro triunfarían.

A diferencia de la organización estructural de Vittorio Cacciatore, basada en la unión de poder de varias familias, cuyos jefes rendían cuentas al Camaleonte, formando lo que denominaban una superestructura, los Di Benedetto estaban organizados a modo de pirámide, y Francesca se situaba en la cúspide. En la escala de poder seguía Leo, aunque cada día dudaba de que eso fuese cierto. Repartía el trabajo entre sus hermanos y también entre otros miembros que formaban un organismo intermedio, «el tribunal»; aunque, como era de suponer, seguían las directrices de Francesca. Existía también un grupo mayoritario que ejecutaba las órdenes, pero todos giraban en torno a ella, «siempre el centro de todo», pensaba Leo.

El negocio de la heroína comenzaba a marchar bien y respiró aliviado. Leo y los suyos se sentían satisfechos con los resultados. Al fin lograban buenos contactos tanto en Italia como en Estados Unidos. Sin embargo, el problema económico surgía ante la necesidad de blanqueo. Precisaban liquidez y de nada les servía todo aquel dinero estancado. Los negocios de la

familia no serían rentables si no podían materializar las ganancias.

Tras convencerse de que Sara no contaba con capital suficiente, pasó el día con una idea fija en la cabeza: Parker le había hablado de la industria del cine, y algunos hombres de la mafia de Chicago se habían instalado en Hollywood, ya que las películas eran, al parecer, un buen instrumento para blanquear dinero, y eso era justo lo que requerían. Solo tenía que viajar hasta allí, localizar algunos de los contactos de los que Parker le había hablado y asegurarse de que era el camino correcto. Para ello era imprescindible su esposa, Sara era una mujer culta, elegante y extremadamente hermosa, ajena a su mundo turbio, así que se presentaría como un millonario excéntrico que quería invertir. Los negocios de su esposa serían un bonito reclamo para acceder con facilidad a aquel mundo. De repente, la idea le resultó brillante. Pensando en ello se fue a la cama; tal vez no dormiría, pero perfilaría la idea y le daría forma.

Transcurrieron varios días, y Leo apenas salía de casa volcado en cuidarla. Subía a su habitación cestos de frutas y flores, los dejaba en la puerta y se marchaba. Con humildad se acercaba a Marcial y preguntaba por su esposa.

—Está mucho mejor, aunque siento decirte que no perdona que la llevases a ese centro. En cuanto a mí, me reservo la opinión que tengo de ello —añadía cada vez que le preguntaba, cansado de escuchar la misma pregunta una y otra vez.

—¿*Come* podría *convincerla* de que todo fue un lamentable error?

—No te cree, lo siento. Has convertido a Sara en tu prisionera, pero nunca serás su dueño.

Leo sentía deseos de retorcer el cuello de Marcial, quien cada día le respondía con comentarios jocosos y se aprovechaba de la situación de Leo, que necesitaba fingir amabilidad.

—Gracias, Marcial, agradezco *tutto quello* haces por mi esposa.

—No olvides nunca que antes que tu esposa ya era mi niña. Estoy en clara ventaja, ¿aprecias la diferencia? —preguntó con una sonrisa en los labios.

Disfrutaba como jamás imaginó que lo haría, y eso le hacía sentirse muy

bien.

A escondidas había entregado a Sara una carta de Julia, en la que le hablaba de Elisa. Le decía que la pequeña la echaba de menos. Sara se había emocionado con la noticia, aunque no dejaba de entristecerle la distancia que las separaba.

Pasaba ratos cocinando junto a Marcial su mermelada especial, la de los momentos amargos y también la de los dichosos, y aquella confitura llenaba la casa con su agradable olor a dulce, que escapaba por las ventanas entre los edificios; entonces Manhattan quedaba envuelto de aquella fragancia.

—Me alegro de que Pietro esté bien; no soy buena compañía. El señor Slater tiene razón, aunque sea incapaz de aceptarlo.

—Deja de hablar de ese modo, que pareces una mártir. ¿Buscas que te beatifiquen en vida, niña?

—No me hagas reír.

—Eso es lo que deberías hacer, reírte, de ti, de mí, de todo y de todos.

—En cierto modo también te hago daño. Mírate, estás aquí, prisionero de mis desvaríos. Pero no estoy loca, ¿verdad?

—No digas eso. Extravagante sí que eres, porque ponerte horas y horas a cocinar mermelada... ¡es lo más extraño que he visto nunca! Por lo demás, estoy muy relajado, me hacía falta este descanso, y creo que a Óscar también le viene bien —sonrió.

—Pero, en cambio, Elisa está ahí. Tengo deseos de verme realizada como madre, también en lo que atañe a mis obligaciones, o al menos debería ejercer como tal...

—¿Y qué vas a hacer?

—Creo que lo sé.

—Cuando hablas así me das miedo, Sara...

—No te preocupes por mí; tengo que aprender a cuidarme de una vez.

Una calurosa mañana de mediados de agosto, Sara bajó al jardín estaba algo descuidado, ya que Francisco y María hacía algunas semanas que se

habían marchado. La vida allí se les antojaba extraña, y ella mejor que nadie les entendía.

Leo se acercó a ella despacio. Llevaba una bandeja de desayuno adornada con flores y la observaba reclinada sobre el sillón, hermosa. Tomaba el sol con los ojos ocultos tras sus gafas. Y tragó saliva antes de hablar.

—*Buon giorno*, Sara. Antes de que empieces a *parlare*, te ruego que me escuches. Yo no sabía que aquel centro era...

—Mis abogados están en ello. Vamos a cerrar ese lugar, Leo, te lo aseguro. Lo convertiré en lo que realmente debería ser, un lugar de descanso. Ya se han encargado de sacar de allí a todas esas personas inocentes, y no creo que tardemos en ver a ese asesino entre rejas. Se estaban cometiendo verdaderas atrocidades.

—Pero yo...

—Lo siento, no te creo. ¿Qué pretendes? —Sara hablaba con tranquilidad; permanecía en la misma posición, con los ojos ocultos tras las gafas de sol, y el cabello, cortado a lo Marilyn, brillaba bajo la luz del día.

—*Non* fue así!, *non de questo* modo. Yo quería que te recuperases y me hablaron *molto* bien de aquel lugar. Tienes que perdonarme: puedo cambiar.

—No sé por qué, pero no te creo.

Sara se incorporó y cogió la taza de té caliente, que hubiese deseado lanzársela a la cara, pero se contuvo. Leo había untado con mantequilla y mermelada las tostadas, tal y como le gustaba a ella.

—¡Viajaremos a *Spagna*! ¿Te apetece? Veremos a *tuo amici*, eso te hará feliz.

—¿Es lo único que me ofreces?

—Escúchame. Antes viajaremos a Hollywood, ¿qué te parece? Hace *molto tempo* que *non prendiamo* vacaciones.

—¿Hollywood? ¿Tienes alguna amante actriz ahora? —preguntó sarcástica.

—Sara, *favore*; nada de *amanti*, se acabó, ni una sola *donna*, solo tú.

—Me conformo con Europa.

—Iremos donde prefieras, pero *primo* viajaremos al lugar de las estrellas.

Sara supuso que tramaba algo, pero era el precio que debía pagar si quería

volver a ver a su pequeña; y Leo aceptaba la duda de Sara como un sí.

Salió animado hacia La Particularitá de Francesca. Era martes, el día de descanso del personal, y necesitaban solventar discrepancias entre hermanos, ya que Leo era el único que aspiraba a alcanzar la fama.

—¿Dónde están todos? —preguntó besando a su madre en la mejilla. Ella no le miró a los ojos: permanecía impassible frente a la gran isla de la cocina cortando tomates y albahaca.

—Llevas días sin aparecer, y tus hermanos han tenido que tomar decisiones importantes porque tú andabas cuidando a esa española que no te ama, y que nunca te dará hijos. ¡Maldigo el día que la conociste!

—¡Basta! No hables de ese modo. La necesito, me casé enamorado y ahora me será útil. ¿No entiendes que soy un hombre respetable? Mis negocios van remontando, tengo un futuro, y ella sabe moverse entre gente influyente.

—¿Futuro?, ¿negocios? ¡Deberían ser los mismos intereses que los de la familia, Leonardo! Nunca das la cara, eres un blandengue, igual que... Creí que al fin comenzabas a demostrar el coraje de un verdadero Di Benedetto, porque recuerda que llevas mi apellido, no el de tu padre —Francesca gritaba fuera de control.

—¡Sí, lo sé y nunca entendí por qué! —Leo también gritaba.

—Él era un hombre cobarde y débil para los negocios, y su familia consintió cuando nos casamos; mi apellido tenía prestigio. Pero no recordemos historias...

—No entiendo por qué te casaste con él entonces si no estaba a tu altura.

—Era un buen hombre y nunca protestaba ante mis decisiones... Pero, dime, ¿te ha reportado algún beneficio encerrar a esa zorra en el manicomio?

—No te metas en mis asuntos, madre —pidió alzando más la voz.

—¿Y de repente sale de allí acompañada de dos maricones? ¡Te han podido esas dos locas atolondradas! —Francesca reía a carcajadas y Leo se encolerizaba cada vez más.

—¡No hables así! ¡Eres mi madre, pero no voy a tolerar que me insultes!

—¿Te molesta? Justo cuando acababa de darle a ese chiflado de Backus dinero suficiente para que...

—¿Cómo?, ¿qué tienes que ver tú con Backus? —Leo estaba perplejo.

Francesca trataba de obviar sus preguntas comprobando la mercancía, contando cada bote de salsa, de pasta, cubiertos, mantelerías; necesitaba tenerlo todo bajo control. Sospechaba que todos le robaban.

—¡Contéstame! No me ignores —gritó sujetándola por el brazo.

Francesca se dio la vuelta. Tenía un gran cuchillo en la mano y no dejaba de dar voces.

—¡Sí, sí, es cierto! Yo le pagué a ese médico después de que la dejases allí. ¿Crees que nuestros hombres no me informan de tus movimientos?

—¿Me sigues?, ¿me espías?

—No, solo pretendía acabar con esa rubia del demonio, y con esos dos enfermos; esos desviados llegaron justo en el momento en que tenía todo bajo control. ¡Backus recibiría mucho dinero cuando esa golfa estuviese muerta!, ahogada. Se trataba de que pareciese un accidente. Me mostraría su cadáver y yo escupiría sobre ella, sobre su cuerpo joven y hermoso reducido a nada. — Francesca reía a carcajadas, una risa nerviosa. Sus planes se habían ido al traste, pero quería saborear su plan.

Leo no toleraba la actitud de su madre, porque, a su modo, amaba a Sara.

—¡Guarda ese cuchillo de una vez! ¡Estás completamente loca!

—¿Tienes miedo? Recuerdo que cuando eras niño temías todo: te asustaba la oscuridad, los cuchillos, las armas y hasta... —hablaba señalando a Leo con el cuchillo.

—¿Hasta qué, madre?, ¡dilo! Temía hasta a los hombres que llegaban a casa, con los que te acostabas cuando papá salía. Él te tenía miedo, ¿no es cierto? Siempre lo manejaste, como si fuese un triste muñeco de trapo. Por eso se suicidó... Nadie le asesinó, inventaste aquella historia. ¿No es verdad?

Francesca estaba horrorizada. Sus sospechas eran ciertas, Leo lo había sabido desde siempre. Él era la pequeña sombra que se deslizaba a veces hasta su dormitorio cuando jadeaba entre los brazos de algún hombre.

—¡Basta!, ¡no hables!, ¡calla!, ¡te lo ordeno!

—¡No!, ahora me vas a escuchar, mamá. ¿Acaso no recuerdas aquellas noches de tormenta en la que iba a buscarte asustado? Siempre estabas en la cama y yo te escuchaba: gemías de placer y los llamabas por sus nombres, y ninguno era el de mi padre, siempre uno distinto. No le decía nada cuando regresaba, solo me iba a la cama llorando; aunque no hacía falta, él ya lo sabía, pero temía que le abandonases o que acabases con su vida, porque lo planeabas, ¿verdad? Pero aprendí a cerrar los ojos y a taparme los oídos con la almohada.

Francesca se lanzó sobre Leo invadida por la ira. Quería hacerle callar a toda costa, pero Leo evitó que se le echase encima esquivando el golpe. Se retiró de su lado y Francesca resbaló y cayó contra el suelo. Se había clavado el cuchillo en la zona abdominal y Leo oyó el desgarró, también su gemido. No podía creerlo.

Ella le miró por última vez en su vida: tenía los ojos desencajados y la muerte dibujada en el rostro. Elevaba en vano el brazo en señal de auxilio mientras él la miraba perplejo. Se aferró a la pierna de su hijo antes de caer desplomada, agonizante. Leo no reaccionaba. Dirigió como embobado su mirada hacia el charco de sangre que corría por el suelo manchando el *beige* de sus zapatos. Francesca tenía los ojos abiertos, inertes, y yacía de costado mientras el rostro lentamente perdía la expresión.

Francesca nunca habría imaginado ese final: su hijo no la había perdonado. Leo miró de nuevo hacia el suelo, por el que la sangre corría espesa y oscura, y fue entonces cuando reaccionó. Debía actuar con rapidez. Comprobó si aún tenía pulso, pero ya estaba muerta. Salió del local y pidió a sus hombres que llamasen al teniente Perkins y a una ambulancia. Un fatídico accidente.

Aunque trataba de fingir dolor, solo sentía liberación. En el hospital, trató de consolar a su hermana Carola, que se negaba a que su madre pasase horas en el interior de una nevera y caminaba de un lado a otro con la respiración agitada, a punto de sufrir un colapso. Los contactos de Leo lograron que en pocas horas Francesca fuese trasladada hasta su casa en Little Italy, donde dispusieron la capilla ardiente.

El féretro descansaba en mitad del gran salón, elevado sobre una tarima

de madera cubierta de un tapiz rojo y rodeado de velas, flores y coronas que llegaban desde todos los rincones de Nueva York en señal de pésame. La más ostentosa llegó de la propia mano de Vittorio Cacciatore, rodeado del resto de jefes de las pequeñas familias de su protectorado.

Era costumbre asistir a los funerales de sus rivales con el fin de desligarse de posibles implicaciones en la muerte del difunto, y solo Leo sabía cómo había sucedido. Prefirió mentir a sus hermanos explicando que cuando llegó ya estaba muerta. Se llevaría a la tumba el secreto de Francesca, que era también el suyo.

El funeral duró algunos días, en los que la casa de Little Italy se convirtió en el lugar de peregrinación de toda la mafia de Estados Unidos y del sur de Italia. Una hipocresía palpable, que incluso ellos llegaron en algún momento a creer. Abrazos, palmadas en la espalda...

Fue allí donde Vittorio Cacciatore conoció a Sara; le agradó verla de cerca. Ella sabía de quién se trataba, y le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

Marcial acompañaba a Sara. Aferrado a su brazo, caminaba junto a ella. Jamás había presenciado tanta excentricidad: un espectáculo ostentoso sin clase. Se limitaba a observar, pues supuso que ya tendría tiempo de comentarlo.

Los Di Benedetto habían elegido un ataúd de bronce decorado con ángeles de plata y candelabros. Fue escoltado hasta la iglesia en Little Italy por policías, la comitiva y la orquesta sinfónica, que tras la misa se dirigieron hasta el cementerio de Saint John, en el barrio de Queens, donde Francesca recibió sepultura.

—Estoy agotado —afirmó Marcial sentado en la biblioteca poco después—. No he visto nada igual en mi vida: cuánta gente, pésames, apretones de manos, besos... ¡Y a mí!... ¿Creen que tengo algo que ver con la muerta?, perdón, la difunta. Yo no formo parte de la familia y no me preocupa en absoluto lo que le haya sucedido a esa bruja.

Sara se limitó a sonreír y a disfrutar de sus comentarios.

—Sí, mi niña, me alegro de que por fin haya acabado todo. Ella que descansa en paz... si es que puede, y nosotros descansaremos, ¡seguro!

Mañana regresaré a casa, sé que estás bien —añadió con una sonrisa.

—Por supuesto, debes hacer tu vida, y pronto viajaré a Hollywood.

—¿Hollywood? ¡Glamour! ¡Glamour!

—No te lo he comentado. Fue justo el día de lo de Francesca. Leo me propuso viajar a España, pero antes debo acompañarle a Los Ángeles. No sé qué se trae entre manos, aunque tampoco me preocupa.

—Haces bien, con tal de ver a la pequeña Elisa, ¡lo que sea!

La intervención en Beirut se había prolongado hasta el mes de octubre, cuando los libaneses decidieron formar gobierno con los principales partidos. El presidente Eisenhower estaba satisfecho, y anunciaba a la opinión pública que las tropas regresaban a casa.

Era mediodía y acababan de almorzar en un restaurante del centro de la ciudad. La gente les miraba igual que si fuesen héroes, y se sentían abrumados por las felicitaciones de los ciudadanos.

Debido al sofocante calor en Beirut, pospusieron para la tarde la recogida de equipos y material; faltaban pocas horas para que pusiesen rumbo a América.

—Esa mujer acabará volviéndote loco, Paul.

—No digas tonterías, no pensaba en ella —sonrió mordiéndose el labio inferior.

—No me lo creo, esa es justo la cara que se le queda a uno. Bueno, mejor me callo.

Paul le lanzó una servilleta y se levantó de la mesa para regresar al aeropuerto. Era cierto, pensaba en ella, pero no la llamaría todavía, sino que esperaría hasta llegar a Washington. Lo había intentado varias veces sin éxito y se sentía un poco imbécil. En Elisa & Co., nadie decía nada y Marcial también parecía haber desaparecido.

Estaba enojado y empezaba a sentirse como un ladrón que se mueve entre las sombras para apoderarse de algo que no le pertenece. Él no era de esa clase de tipos; sin embargo, los hechos decían lo contrario.

—¡Paul, habla!, te hará bien.

—Lo sé, Bob. Una situación absurda, pero la quiero, y contra eso...

—O esa chica deja a su marido, o te buscarás problemas. ¿Pasarás el resto de tu vida viéndola a escondidas? Piensa un poco, eso no es para ti; te conozco muy bien. —Paul guardó silencio. Su amigo tenía razón, estaba en un callejón sin salida—. La situación de esa chica es muy complicada, y si continuas, acabarás entrando en su vida para siempre, porque sé que lo harás... Y entonces, ¿qué?

—Lo sé, Bob, pero no puedo dejarla a su suerte. Me pidió tiempo, aunque ya ha pasado demasiado y debo hacer algo.

—¿Sabes dónde vas a meterte?

—Sí, y tú que nunca me doy por vencido.

—Te acompañaré, Paul. ¿Recuerdas cuando dijimos «juntos hasta la muerte»?

—Es cosa mía, Bob, y tranquilo, no voy a morir.

Esa noche abandonaron Beirut. El cielo estaba despejado y se veían las estrellas; una calma absoluta acompañaba la ciudad. La misión en el conflicto de Oriente Medio se daba por finalizada y los primeros grupos de marines ya habían iniciado el viaje de regreso. Paul aterrizó en Washington.

Durmió durante horas, y al despertar miró su reloj de muñeca. Eran las siete de la tarde, y había quedado con Bob. Antes de ducharse levantó el auricular para llamar a casa.

—¿Qué haces, hermanita? —dijo de improviso cuando Amy contestó.

—¡Paul!, ¡no quería molestarte, pero estaba deseando hablar contigo!

—¿Puedes pasarme el teléfono? —preguntó Richard a Amy de inmediato.

—Papá, tengo un montón de cosas que contarle a Paul —protestó, pero Richard le quitó el auricular y le pidió a ella y a Madeleine que le dejaran solo.

—Hola, hijo. ¿Tienes algo que contar que debería saber?

—¿Ocurre algo? No entiendo a qué viene tu pregunta.

—De acuerdo, seré claro: Sara, ¿te dice algo ese nombre?

—¿Qué sabes tú de ella? —reaccionó sorprendido.

—Poco, aunque quizás lo suficiente. Llegó una carta suya. Ni Amy ni tu madre saben nada, supuse que querrías leerla y te la envié.

Paul estaba perplejo, colgó el auricular y bajó a su taquilla a buscarla. Estaba allí, un sobre con su letra. Lo abrió subiendo los escalones de dos en dos hasta llegar a la habitación, leyó con avidez, y al acabar de hacerlo, cerró los ojos; debía de estar equivocado. Le invadió una profunda sensación de soledad, y ya conocía ese sentimiento: Sara desaparecía otra vez de su vida.

—¿Malas noticias? —Su padre volvía a llamarle insistente.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Cómo ha llegado esta carta a tu poder?

—La envié a casa. No voy a mentirte: hace tiempo llamó preguntando por ti, le dije que no estabas y me pidió que te la entregase, que ella no sabía cómo localizarte. Lo que sé de esa mujer no me gusta, Paul, está casada.

—No entiendes nada, ¿qué sabrás tú? No debes colgar etiquetas a la gente.

—No me hace falta. Al menos ha demostrado más sensatez que tú poniendo fin a una relación tan indecorosa. ¡Es de locos!, ¿cómo has podido...?

—¿Quién ha dicho que ella desee acabar con la relación?

—Lo insinuó. ¡No tires todo por la borda, Paul! —gritó.

—Pues lo haría por ella, créeme.

—¿Cómo desvarías de ese modo?, ¿has perdido el juicio? —Richard continuaba dando voces y Madeleine acudió a su lado.

—¿Qué ocurre, Richard? —quiso saber, pero él la ignoró.

—Comprendo que te hayas obnubilado por su belleza, pero...

—¿La has visto alguna vez? Me estás ocultando algo, sabes demasiado.

—No la conozco personalmente, pero su imagen aparece en algunas revistas de sociedad. Tampoco creo que ella desee cambiar su estilo de vida por el tuyo.

—Crees que conoces a todo el mundo, ¿no es así?

—¡Esa mujer no te conviene, y basta! ¿No has pensado que tú has podido ser solo un capricho de niña rica? —Richard seguía muy alterado.

—No.

—¿Cómo te atreves a contestarme con esos aires? ¡Creo que no he ejercido en casa con la autoridad suficiente como para que mis hijos me obedezcan! —exclamó.

—No has ejercido de padre, simplemente se trata de eso, papá. —Y colgó el teléfono. No le apetecía hablar, y menos con él. Sin embargo, debía llamar a Sara; no aceptaría una carta como despedida.

En Elisa & Co. le comunicaron que Sara había viajado a Los Ángeles. Dudaba de todo. Se dio una ducha y salió a tomar unas cervezas con Bob. A la mañana siguiente comenzarían una nueva etapa en la universidad, pero esa noche necesitaba distraerse. Al pasar frente a un quiosco de prensa, vio que la imagen de Sara aparecía en la portada de una de las revistas, «Celebrities in Hollywood», era el titular.

—¿No es...? —preguntó Bob al ver la foto.

Paul compró la revista y la abrió cuando tomaron asiento en la barra del bar. Aparecía junto a un grupo de famosos del mundo del cine: directores, productores y actores que se habían dado cita en uno de los hoteles más prestigiosos de Hollywood.

—¿Hollywood? Es una caja de sorpresas: ahora además es famosa... —comentó Bob extrañado observando la fotografía, en la que Sara sonreía junto a Leo. Paul dejó la revista y pidió una cerveza—. ¿Estás así por esas fotos? Pueden significar cualquier cosa.

—No se trata de eso. Necesito poner en orden mis ideas. O tal vez no haya nada que ordenar, sino simplemente asimilar y caminar hacia adelante.

La música sonaba fuerte en el bar, el *Summer Time Blues*, de Eddie Cochran. Miró hacia la máquina de música, y allí estaba ella, Cynthia, que charlaba con algunas amigas. Al verles, se acercó a ellos con su inconfundible sonrisa.

—¡Hola, chicos!, ¡qué casualidad! Me alegro de veros.

Al fin había logrado una plaza en la facultad de Enfermería en Washington, y estaba feliz junto a unas amigas. Los chicos las invitaron a cenar, y después dieron un largo paseo hasta la residencia para señoritas Fortuny. A Cynthia le gustaba mucho Paul, y no dejaba de contarle lo

excitante que le resultaba todo en la ciudad.

—Me alegro de que estés aquí, Cynthia —dijo al despedirse, y la chica se ruborizó.

—Simpáticas, ¿no? —comentó Bob cuando se quedaron a solas.

—Lo son, pero no vayas por ahí, Bob, no estoy para romances ni para sermones.

—¡Eh, eh! Pues cuidado con cómo le hablas, que está colada por ti.

A la mañana siguiente, durante los minutos de descanso entre clases, Paul fue a la cabina que tenía más cerca y llamó a Elisa & Co. Esta vez le pasaron con Marcial.

«¡Dios mío, se avecinaba un temporal y no llevo paraguas!», pensó Marcial cuando oyó el nombre de Paul Slater. Antes de contestar tomó aire e intentó serenarse; después bebió un sorbo de su inseparable agua de azahar.

—¿Dígame?

—Buenos días, soy Paul. No quiero robarte tiempo, pero ¿podrías decirme dónde está Sara? Necesito hablar con ella.

—¿En estos momentos? Viaja rumbo a España desde Los Ángeles.

—¡Vaya!, parece que no tengo suerte. —Al otro lado de la línea, Marcial cruzaba los dedos deseando acabar la conversación—. ¿No vas a decirme nada más?

—Paul, lo siento de veras. Sufro, pero no sé qué puedo hacer, es todo tan...

—¿Puedes darle un recado de mi parte, por favor?

—Por supuesto, lo que quieras.

—Dile que necesito verla, que tengo que hablar con ella. He recibido una carta y no creo nada de lo que dice. ¿Sabes algo?

—Lo siento, no puedo ayudarte en ese asunto, compréndelo.

—Lo imaginaba. Dile, por favor, que se ponga en contacto conmigo. Puede hacerlo a través de mi hermano, James. Dile... Nada, no le digas nada más, gracias. —Paul colgó el teléfono convencido de que Sara no viajaba por

placer. Y lo único que podía hacer era continuar esperando.

XXXIII

Salamanca..., un sueño.

Renunció a pasear por sus calles a plena luz del día y contempló los antiguos edificios llenos de historia, en penumbras, repletos de recuerdos que guardaba en lo más profundo de su corazón y que se colaban sin querer en la niña que habitaba en ella. Pensamientos, volátiles como los perfumes más codiciados, aunque jamás olvidaría su fragancia. No podía arriesgarse a ser vista. El corazón le latía con fuerza solo con imaginar tropezarse con sus padres. La mirarían sorprendidos y ella les esquivaría ocultando la mirada.

La entrañable casa de campo de Julia y Manuel, alejada de la ciudad, se convirtió en el lugar perfecto para disfrutar de sus días junto a Elisa. Como siempre, los atesoraría en su memoria. Manuel, cómplice incondicional de su esposa, mantuvo a Leo alejado de ellas de una y mil maneras distintas.

Sara, por su parte, envuelta en su halo de misterio y sensualidad, había sido el centro de muchas de las miradas de Hollywood, admirada por hombres y envidiada por divas. Pero ella no ambicionaba nada de eso, y era feliz entre el frescor de las flores de aquel patio jugando a ser niña. Elisa era sin lugar a dudas el regalo más preciado que la vida le había concedido. Disfrutó peinando sus rizos dorados y la vistió con los diseños de Óscar. La abrazó, la besó y aspiró el aroma de su cuerpo deseando retenerlo para siempre. Estar junto a su pequeña fue el regalo que los dioses quisieron concederle después de tanto sufrimiento.

Elisa la miraba de una manera muy especial, con dulzura, y Sara tenía la sensación de que ese vínculo jamás se rompería. Lloró meciéndola entre los

brazos; los días que pasó junto a ella fueron bocanadas de aire limpio y fresco que la llenaron de vida, porque era así como se sentía junto a ella, viva. Renunciar a lo máspreciado que la vida le había dado para protegerla se había convertido en su mayor sacrificio. Se enfrentaban en su interior sensaciones dulces y amargas, que Julia en vano trató de conciliar.

—Tal vez cuando las cosas se serenen puedas pedirle a Leo que la deje vivir con vosotros. Inventaremos algo, como que estoy enferma, lo que sea con tal de que podáis estar juntas. Me horroriza verte así; se me parte el corazón, Sara.

—Mi amiga del alma, tengo tanto que agradecerte y nunca podré hacerlo lo suficiente...

—No digas eso. Para nosotros, Elisa lo es todo, es lo que me queda de ti, de las niñas que fuimos, hace ya tanto...

—Sí, Julia, jugando nos hicimos mayores sin darnos cuenta; fue como correr de puntillas por la vida sin saborearla.

—Manuel y yo llevamos algún tiempo tratando de tener hijos, pero ahora que lo deseamos, no puede ser, y te aseguro que Elisa es para ambos una razón más para vivir cada día. Así que puedes entender nuestra satisfacción al tenerla.

—Gracias, Julia, eres la persona más maravillosa que conozco. —La abrazó.

—Y no te martirices, no siempre decidimos en la vida; tenemos que caminar y nada más.

—Cuando pienso en cómo sería vivir junto a Elisa, me atormento. Sería feliz por tenerla, pero lo haría con miedo. Ese hombre ha estado a punto de acabar con mi vida y me amenaza con aquellos a los que amo a cada paso que doy.

—Es imposible ponerme en tu lugar, pero debes de vivir un verdadero infierno.

—No puedes hacerte una idea... Aunque he pensado algo, y si todo sale bien, tal vez pronto pueda regresar a buscarla.

—Sara, ¿en qué estás pensando?

—Lo sabrás. Pero no te preocupes, saldré adelante.

Sentada junto a Leo en el avión de regreso a Nueva York, pensaba sin cesar mientras enredaba entre sus dedos un lazo rosa. A Elisa se le había caído cuando la abrazó al despedirse, y el corazón, igual que aquel lazo, se le deshizo. Su niña era feliz junto a Julia y no tenía ningún derecho a arrastrarla a su caótica vida.

Al llegar a casa supo que Paul la había buscado. Recordó entonces una frase de Rabindranath Tagore que decía algo así como: «Me he despedido tantas veces que siempre creo que he de volver». Se había despedido en aquella carta obligada y ahora debería decírselo mirándole a los ojos, se lo debía. Tan solo podría amar fuera de su prisión de cristal, pero estaba dentro.

Pasaba las noches escuchando cómo Leo se divertía con las furcias que metía en su alcoba. Las llevaba a casa y en su mente enferma imaginaba que Sara las envidiaba y fantaseaba con que un día ella se uniría a sus orgías.

Una mañana de otoño, gris como su vida, telefoneó a casa de James. Había llegado el momento de afrontar la realidad.

—Sara, no esperaba tu llamada. Me alegro de oírte.

—Gracias, James. ¿Paul...?

—No está en Washington, Sara, ha viajado a Haití. Me dijo que necesitaba alejarse de todo, y al fin y al cabo se debe a su profesión. Ya sabes que hacen prácticas en hospitales. Los marines han emprendido una movilización a gran escala en el país, pero Paul es contrario a eso. No comparte la política de Duvalier; dice que su misión es otra bien distinta.

—¿En Haití, dices?

—Sí, se trata de un estudio, «vigilancia epidemiológica» creo que le llaman; eso es lo que hace allí en estos momentos. Han formado un equipo para estudiar e investigar ciertas enfermedades tropicales. Eso es lo que sé. — Hizo una pausa—. También sé que no está bien.

—Perdóname, James, perdonadme todos. Nunca he pretendido hacer daño a nadie y menos a él, pero al final siempre acabo haciéndolo —dijo sollozando.

—Sara, por favor, no seas injusta contigo.

—Le amo, James, pero no puedo continuar de este modo. Dile que mi vida va por un camino muy distinto al suyo.

—Lo siento, de veras, por ambos; no sé qué decir.

—No hace falta. Dile que viva, y que le deseo toda la suerte del mundo.

—Sara colgó el teléfono y lloró sin consuelo; se había despedido para siempre.

Paul continuó con su vida; no podía perseguir un sueño eternamente. No hablaría más de ella, no volvería a pronunciar su nombre. Aunque sabía que formaría parte de él hasta el fin de su existencia.

Transcurrieron algunos años y la firma Elisa & Co. se había hecho mundialmente conocida. Leo se sentía atraído por ese mundo seductor, en especial en lo relativo a las finanzas, aunque ella jamás le permitiría invertir su sucio dinero.

Rescató del olvido su antiguo diario y compró uno nuevo, y reanudó a hurtadillas su labor de escritora. Las cartas de Julia se habían convertido en su mayor apoyo, y cada progreso de Elisa era un triunfo personal, aunque tampoco habían faltado noticias desconcertantes. En enero de 1960 falleció su padre y al año siguiente le siguió su madre. Era todo tan lejano para ella, tan extraño, que no supo qué sentía en realidad.

—Sara, querida, no puedes pasar tu tiempo libre encerrada, escribiendo y leyendo la prensa. Vamos a almorzar al Chrysler, ¿quieres acompañarnos?

—Mi madre murió hace algunas semanas, justo un año después que mi padre; lo esperaba —anunció sin levantar la mirada del periódico.

Marcial se sentó junto a ella y le cogió las manos.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé; desconcierto tal vez, pero nada más. No estoy triste. ¿Soy cruel por ello? —preguntó mirándole a los ojos.

—En absoluto. —Sacudió la mano de su amiga y después le acarició el rostro con ternura.

—No me apetece ir, gracias. Tal vez en otra ocasión.

—Como desees. Últimamente lo que te propongo nunca resulta acertado. Pero haz algo, por favor, no soporto verte así.

—Los asuntos en Vietnam continúan complicándose. Estoy convencida de que Paul se encuentra allí.

—¿Y qué puedes hacer tú?

—Nada, era un simple comentario. Anoche habló el presidente, estuve pendiente de las noticias, y reitera que su objetivo en Vietnam es promover la libertad; comparte la doctrina del anterior presidente. Eso no es del todo cierto, aunque no quiero poner en duda a Kennedy.

—No tengo ni idea, Sara, no entiendo de política. Me dirás que no estoy en este mundo, que no sé lo que ocurre a mi alrededor. Pero creo que ya tenemos suficientes problemas los gays como para estar al corriente de todo lo que sucede en este planeta.

—Deberías. De todos modos, se refería al efecto dominó...

—¿El que se ponen en pie varias fichas y si empujas la primera todas acaban cayendo? Me lo enseñó Florence; jugábamos a ello algunas noches de invierno. Pero ¿eso qué tiene que ver?

—Opinan que si se permite a los comunistas que conquisten Vietnam, se corre el riesgo de que esa reacción se extienda en cadena.

—Bobadas, eso no será así. Aunque ya te digo que no entiendo de política, opino que todos mienten, y que se mueven por intereses.

—Lo único que me importa son los conflictos armados; me dan miedo las guerras.

—¿Sabes?, creo que te caería bien un periodista amigo mío que está muy volcado con nuestro movimiento; todo lo que se reivindica en Nueva York pasa a ser noticia suya.

—¿Es gay? —sonrió.

—En absoluto, y está casado, por eso no te lo he presentado —aclaró haciendo un guiño—. Lo decía porque sabe mucho sobre todo eso que siempre andas leyendo, y tal vez incluso viaje a Vietnam. Donde hay noticia ahí está. ¡Aunque es un poco loco, me encanta! Su esposa colabora en nuestra asociación, él se llama Alex, sí, Alex, y ella Sally. Bueno, ahora tengo que

marcharme, que Óscar lleva medio siglo esperándome. ¿Estás segura de que no te apetece venir?

—Segura. Que os divirtáis.

Formar parte del Ejército en los sesenta significaba inevitablemente tener que ir a Vietnam. Los jóvenes estadounidenses eran reclutados y muchos pilotos con experiencia como Paul o Bob se habían desplazado hasta Fort Rucker, en Alabama, para ejercer como instructores de vuelo.

Una verdadera locura. Paul sospechaba que su padre andaba detrás, siempre poniendo trabas a que ejerciese su verdadera profesión.

En cualquier caso estaban sujetos a las órdenes de su gobierno, y cada misión la vivían como una nueva experiencia. Nunca parecía llegar el momento de abandonar, siempre les recordaban que su país les necesitaba.

No solo debían trasladar a los alumnos los conocimientos de pilotaje, sino que además debían enseñarles a sobrevivir, haciéndoles ver que los primeros auxilios que recibiese un soldado herido serían cruciales para salvarle la vida.

En el comienzo del caos, los chicos reclutados confiaban en que ser pilotos era más seguro que pertenecer a la infantería. Ellos intentaban que todos acabasen cumpliendo sus expectativas, y para ello trabajaban muy duro con cada uno. Paul era paciente y les transmitía confianza a medida que compartía sus días junto a ellos; percibía que adquirirían mayor grado de control sobre sí mismos.

El equipo de Paul, formado por ocho chicos y dos helicópteros, pertenecía a salvamento, aunque antes de partir a su destino deberían finalizar su período como instructores.

—Hay que tomarlo como un juego, primero familiarizaos con el helicóptero, estabilizarlo. Después, cuando estéis seguros de que lo habéis conseguido, seguid los pasos, adelante, atrás y luego girar, poco a poco.

Había repetido aquella frase en multitud de ocasiones, tanto que soñaba con ella. Lo que más les gustaba a los novatos era ver volar a Paul: lo hacía sin mirar al exterior, guiándose solo por los paneles de control de la cabina.

Sabía que lo más importante era inculcarles la idea de equipo, ya que todos dependerían del grupo.

Bob, durante su estancia en Alabama, había iniciado una relación con una joven estudiante, Mary Foster, que trabajaba como camarera para costearse sus estudios de contabilidad. Y aunque él no quería reconocer que iba en serio, lo cierto era que decía constantemente que estaba colado por ella, y cada noche acudía al mismo bar.

—Acompáñanos, Paul, solo hoy. Vamos a tomar unas cervezas. Ella termina su turno a las nueve y luego iremos al cine.

—De acuerdo, pero solo eso, hoy.

Bob no añadió nada más. Estaba tan acostumbrado a que siempre declinase sus invitaciones que aquel sí con condiciones era la mejor respuesta que había oído en varios años.

Cada vez que Paul accedía, alguna nueva amiga de Mary hacía acto de presencia. Y aunque trataba de evitarlo, buscaba en ellas a Sara; reminiscencias del pasado, pensaba.

La labor como instructores de vuelo en Alabama llegó a su fin cuando un día de mediados de diciembre de 1962, a primera hora de la mañana, les comunicaron que debían partir hacia Saigón. Se trataba de una misión especial, como solían denominar a los destinos a los que les enviaban sin previo aviso. El asesor militar de Kennedy creía necesario que las tropas norteamericanas participasen, que debían ayudar a las poblaciones locales necesitadas de su respaldo.

Estados Unidos apoyaba a Vietnam del Sur proporcionando armas, instructores militares, pilotos y aviones. Paul tenía muy claro que defendían intereses específicos y que se traducían en riquezas mineras, especialmente. Aunque los políticos tratasen de disimularlo con frases como «asegurar la paz y la libertad».

—Bob, esto es una intervención militar en toda regla, pero sin previa declaración de guerra —dijo antes de prepararse.

Bob calló. Sabía que Paul tenía razón y poco a poco se iba convenciendo más del sinsentido de las palabras *misiones especiales*.

XXXIV

Sara se había levantado cansada y tenía trabajo. Apenas había dormido tras la conversación telefónica mantenida con Julia.

—Es normal, Julia, lo comprendo, no te preocupes. Tiene una edad complicada —le había dicho tratando de convencerse a sí misma.

—Sara, ¿de verdad no te molesta que lo dejemos para otra ocasión? Tal vez más adelante. Está un poco rebelde, aunque tienes la última palabra, como siempre.

—Ha cumplido doce años y ahora sus amigas han pasado a ser una parte muy importante en su vida. En serio, ¿no nos recuerdas a esa edad? Ya hablamos, no te preocupes por mí; muchos besos y cuidaos. —Había colgado el teléfono la noche anterior con la sensación de que perdía a Elisa, y el tiempo jugaba cada vez más en su contra. Nada había cambiado: podría ofrecerle bienes materiales, pero nunca formaría parte de su vida.

En el despacho, aguardaban ansiosos por conocer la nueva propuesta de Sara, *sus ideas revolucionarias*, como las llamaban cada vez que meditaba sobre moda.

Marcial la había retenido unos instantes para hacerle entrega del sobre que Rosalind le había dado esa misma mañana. Era de Pietro: regentaba una sala de fiestas en algún rincón del mundo, se había casado y le enviaba unas fotos estupendas.

Nadie como tú. Siempre serás mi musa, pero guarda el secreto.

Besos, Pietro

Sara sonrió al leer el reverso de una de las fotos. Le recordaba observándola a través del retrovisor. Ella también sentía algo especial y se alegraba de que fuese feliz.

Pero en esos momentos estaba inmersa en sus nuevos proyectos. Tenía algo que proponerles: deseaba que la moda de Elisa & Co. llegase a un sector más amplio de la sociedad. Para ello necesitaban ofrecer precios más competitivos, y aunque a Óscar no le agradaba la idea, confiaron en que acercar sus diseños a las chicas de a pie no era tan arriesgado como el diseñador suponía.

Marcial sí veía factible crear una nueva línea, «Elisa & Co., modelos urbanos». Un nuevo local, nuevo colorido, guardando similitud con el actual, pero con un toque diferente. «¡Me encanta!», habían sido sus palabras ante la mirada inquisitiva de Óscar.

—De acuerdo, ahora salgo a hacer unas gestiones. Creo que tengo algo que os gustará, y se te quitará esa cara de vinagre, Óscar... ¿Almorzamos juntos?

—Por supuesto, pero... ¿qué tramas, Sara? —preguntó a regañadientes.

—Si te lo digo, Óscar, ¡no sería sorpresa! —respondió ella antes de salir a la calle.

Estaba a punto de conseguir algo que llevaba meses negociando. Algunas productoras en Hollywood habían quedado fascinadas con el estilo de Elisa & Co., y estaba a punto de firmar un contrato con Peter Shepard y John Malone, dos grandes de la industria del cine que deseaban utilizar sus diseños en el nuevo largometraje *Cómo hacerse famosa en cinco días*, una divertida comedia con un gran reparto.

Les había conocido en Los Ángeles, donde había descubierto que el flujo de dinero entre Leo y los filmes era constante. A pesar de que tenía muy claro que no se involucraría en los negocios fraudulentos de Leo, no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad de abrirse a nuevos mercados. Elisa & Co. se había convertido en el centro de su atención: algo más que Elisa heredaría.

Estaba feliz. Le daría a Óscar la grata noticia, y con ello supliría su

decepción por la propuesta de los modelos urbanos.

—Cosme, llevas años convertido en mi sombra, y sabes que no voy a escaparme, no voy a marcharme de Nueva York. ¿Te importaría mantenerte un poco alejado? Esta reunión es muy importante para mí.

—De acuerdo, señora, la esperaré en el aparcamiento, pero no me la juegue.

Sara le sonrió. Se había acostumbrado a aquel muro de músculo, a su cara gordinflona y a su cerebro de mosquito.

—Prometido —le guiñó un ojo. Era tan persuasiva que Cosme era incapaz de negarse.

Les había citado en el hotel Plaza, junto a Central Park. A Sara no le gustaba alejarse de su entorno. Se había acostumbrado tanto a aquella zona de Manhattan que la conocía como a la palma de su mano, y allí se sentía segura. Los señores Shepard y Malone la esperaban impacientes.

—Bien, Sara, no hubiese hecho falta esta cita, ya que nuestros abogados se encargarán de los trámites. Pero hemos de reconocer que venir a Nueva York y no verla sería inadmisibile, pues posee usted una capacidad de persuasión inexplicable, además de ser un regalo para los sentidos. No lo tome a mal —aclaró locuaz Malone.

—Elisa and Co. pasará a formar parte de nuestro atrezo, y confiamos en que sea el comienzo de muchos negocios en común. —Tras lo que Shepard levantó la copa y brindaron.

—No sé qué decir. Supongo que gracias es lo más apropiado, y lo primero que se me ocurre. —Y les regaló su mejor sonrisa.

Sara se despidió de ellos radiante. Se trataba de un nuevo logro que había sido capaz de conseguir por ella misma y significaba muchísimo. Con el paso del tiempo había aprendido a vivir cada día sin preocuparse de nada más, y a recuperar a la Sara enérgica que llevaba en su interior.

—¡Cuánto *glamour!*, me quedo sin palabras —añadió Marcial cuando se reunieron en el Edificio Chrysler para almorzar.

Óscar había olvidado su enfado y se mostraba muy interesado en conocer la época en la que se basaría el filme. Sara estaba feliz. Había perdido a demasiadas personas importantes en su vida, pero hacía tiempo que se había

prometido hacer feliz a sus amigos y lo estaba consiguiendo.

Al regresar de noche a casa, Cosme le aconsejó que subiese a su habitación sin hacer ruido; Leo celebraba una reunión extraordinaria y era mejor desaparecer. Eso la enojó. Le había pedido a Leo en innumerables ocasiones que respetase su casa; odiaba ver a aquellos tipos deambulando a sus anchas mientras ella debía permanecer encerrada. Se quitó los zapatos de tacón en el recibidor, hasta donde llegaba el olor a alcohol y a tabaco. Subió de puntillas la escalera e hizo un guiño en señal de agradecimiento a Cosme, quien se estaba convirtiendo en su protector; tenía razón, era mejor que nadie la viese. Aunque hacía frío, salió a la terraza. Le gustaba observar las luces de la ciudad. Reclinada sobre la barandilla, observó que algunos hombres habían salido al jardín, entre ellos había personajes muy conocidos: cantantes, actores y también políticos. Se ocultó entre las sombras prestando atención a lo que hablaban. Al parecer, Leo acababa de hacer entrega de una considerable suma de dinero a una persona muy cercana al presidente, y aunque no logró entender su nombre, todo indicaba que se trataba de alguien en verdad muy próximo. Al parecer esa persona pretendía adquirir un estudio cinematográfico en Hollywood y él le financiaba. Sara recordó entonces las palabras de Marcial en una conversación reciente: «Mi amigo Alex estudia el famoso trío entre la mafia, Hollywood y la política. Su mujer está aterrada, dice que es un mundo muy peligroso y oscuro, y nosotros aquí, metiditos en el corazón del problema, como no podía ser de otro modo. Debemos rezar para que no nos salpique». Se confirmaban las palabras de Marcial y las sospechas del periodista.

«¿Alguien cercano al presidente? Eso parece imposible», pensaba Sara.

Entró de nuevo en la habitación: no podía creerlo. De ser cierto, Leo acababa de asociarse con el colectivo más influyente del país. Tuvo miedo y se sintió presa de él de por vida; a ese paso no quedaría nadie en el mundo dispuesta a ayudarla.

Un extraño escalofrío le recorrió el cuerpo desde la cabeza a los pies, y la

alegría de la tarde se había disipado por completo. No era justo, nada de lo que le sucedía bueno en su vida duraba demasiado.

En el mes de noviembre de 1963, la noticia del asesinato del presidente John Fitzgerald Kennedy conmocionaba a la nación y al mundo. Sara estaba más inquieta que de costumbre, no solo por el trágico suceso, sino por el entramado que rodeaba al asesinato. En ciertos círculos se hablaba de la mafia como posible responsable de su muerte. Según el amigo de Marcial, el presidente se había adentrado en terrenos peligrosos.

«Adentrarse en terrenos peligrosos», se decía. Oír aquella frase le recordaba una vez más dónde estaba metida. La apariencia de su exitosa vida era codiciada por muchas mujeres que hablaban sobre ella en las revistas de sociedad. Sara sonreía con ironía al leer cómo la describía la prensa: «Una vez más, el equipo de Sara Di Benedetto triunfa en las pasarelas de Nueva York», «Las divas de Hollywood visten Elisa & Co.», «Sara Di Benedetto toca el cielo de Manhattan»...

—Sara, debes reconocer que eres una referencia para todas las mujeres emprendedoras de la nueva sociedad; te admiran. ¡Eso es maravilloso! —decía Marcial sosteniendo una revista entre las manos mientras desayunaban en el salón.

—Por supuesto, son nuestros logros, solo se debe a que no me conocen, no saben nada sobre mi vida, y no me reconozco en las descripciones que hacen sobre mí. Ni siquiera acudo a las pasarelas por Europa, lo hacéis vosotros. Muchas de esas mujeres no me han visto nunca.

—¡Por ello es doblemente asombroso! El misterio es *glamour*. Aunque, si quieres un consejo, deberías salir más a menudo y conocer gente.

—Marcial, tienes razón.

—¡Deberías saborearlo todo! Y no vayas a decirme que Leo esto o Leo lo otro. De acuerdo, sé que estás limitada, que Cosme es un sabueso y que te sigue a todas partes, pero échale un hueso para que se distraiga. —Sara sonrió, adoraba la sencillez y claridad con la que Marcial le hacía ver su

propia existencia—. En la vida ocurren cosas horribles, pero hay que saber coger a tiempo lo que tienes a tu alcance. Fíjate, por ejemplo, en Sally: es horroroso, esa muchacha no puede elegir. —Marcial se levantó de su asiento y fue a asomarse a la ventana.

—¿Qué le sucede a Sally?

—Es la mujer de Alex. No te los he presentado nunca, ¿no es cierto?

—No, aún no.

—Está enferma. Le han detectado una enfermedad terrible, que no quiero ni nombrar, y Alex está en Vietnam, donde ha ido a cubrir noticias a pie de guerra, y todavía no lo sabe. Ha sido repentino.

—¡Pero eso es terrible, pobre chica! ¿Hay algo que podamos hacer por ella?

—Me temo que no. Yo voy a visitarla ahora al hospital. La operaron ayer, pero el médico no da esperanzas. Su familia dice que está muy mal, tan joven y con un niño. El chico tiene once o doce años, es muy doloroso, y lo más terrible es que a Alex, en fin, no han querido preocuparle hasta ahora. La familia no podía imaginar que se tratase de un caso de extrema gravedad. En apenas tres semanas... Creo que hoy un hermano de Sally tratará de comunicarse con él. Ese hombre tiene que regresar.

—Lo lamento, Marcial. Debe de ser espantoso que te suceda algo así. La vida es absurda, ¿no crees?, como lo es lo que sucede ahora en Vietnam. Hace años que no sé nada de Paul. A veces imagino que hablo con Amy, que me cuenta cosas sobre él, que está vivo, que está bien.

—Cariño, nunca conseguirás olvidarle, ¿no es así?

—Nunca, Marcial: siempre será él. Cierro los ojos y lo veo en el *Doria*; me miró como nadie lo había hecho jamás, y como sé que nadie lo hará. Después acude a mi mente el recuerdo de aquel día en que vino a traerme mi preciosa caja de madera. Los días que viví junto a él en Washington... Me hizo sentir la mujer más especial de toda la tierra. Vivo cada gesto suyo, y añoro cada lunar de su cuerpo. Viven en mí, inolvidables, intensos, cada uno de aquellos días, y siento que mi tiempo se detuvo cuando nos despedimos.

Marcial también estaba muy triste. Era un día extraño en el que nada parecía ir bien.

Cuando a la mañana siguiente Marcial llegó a Elisa & Co. con la noticia de que Sally había fallecido, le invadió una profunda tristeza: sintió dolor sin conocerla. Vio la vida como un espectro, pasajera; a cualquiera podía sucederle. Marcial tenía razón, necesitaba vivir, en todos los sentidos, aparcando su dolor o este acabaría con ella.

XXXV

Coney Island, 1964

El 2 de agosto la prensa daba la noticia en portada: dos patrulleras norvietnamitas habían atacado al destructor estadounidense USS Maddox en el golfo de Tonkin. La información sobre dichos ataques parecía dudosa, pero lo cierto era que los jefes del Estado Mayor recomendaban un bombardeo contra Vietnam del Norte.

Sara dejó el periódico sobre la mesa y dio un sorbo al zumo de naranja que sostenía. Miró hacia el mar, tranquilo, limpio. Desde su nuevo hogar en Coney Island respiraba tranquilidad.

Hacía un año que había adquirido aquella vivienda al sur de la isla: soñaba con el mar desde que Florence le enseñó a nadar cuando era casi una niña. Se había sentido atraída por aquella casa desde el primer momento en que la vio. Le recordaba a la antigua villa de Florence en Palermo, frente al mar, y la había decorado de manera similar: muebles, cortinas, cuadros. Marcial, en su último viaje a Italia en compañía de Óscar, había rescatado algunas pinturas de Florence que ahora decoraban su casa. Había una en especial que le atraía muchísimo: era un retrato de Florence de pequeña que le había hecho su padre. Era tan entrañable que pasaba largo rato contemplándolo, imaginando cómo podría haber transcurrido la vida de su amiga, su niñez... En cierto modo se le parecía: también ella se había convertido en una mujer extraña y misteriosa.

En definitiva, era una impresionante vivienda a pie de playa, rodeada de palmeras altas y arbustos frondosos, el lugar perfecto para escapar del

bullicio.

Cosme se había convertido en su aliado incondicional, en especial desde que Sara le presentó a Susan, una de sus empleadas, con quien se llevaba muy bien; la relación duraba ya meses, y además, le pagaba un sueldo extra bastante más atractivo que el que Leo le tenía asignado. De todos modos, Cosme hacía tiempo que había comprendido que Sara necesitaba espacio; siempre que estuviese localizada, no la molestaría demasiado.

La noche anterior se había llevado a la cama a Eric, un joven asesor financiero que Óscar había contratado; les había presentado una noche de fiesta. Era seductor y muy elegante, aunque en opinión de Sara era algo cursi. Pero valoraba el hecho de que estuviese casado. Su mujer era una niña rica y caprichosa de la que no pretendía divorciarse nunca, y a Sara eso le atraía, ya que de ese modo no le pediría ningún tipo de compromiso.

—Eres fantástica —le decía mientras le daba un masaje en los hombros.

—Y tú sabes relajarme muy bien.

—¿Estarás aquí todo el fin de semana, Sara?

—Por supuesto, pero tú puedes marcharte si lo deseas; yo no regresaré hasta el lunes, me gusta estar aquí —explicó Sara tomando el sol bocabajo.

La piscina se situaba en la zona trasera de la vivienda; rodeada de altos muros de piedra y plantas exóticas, nadie les veía. Sara se sentía como una niña traviesa jugando al escondite. Disfrutaba engañando a Leo: una felicidad perversa y arriesgada que había descubierto hacía algún tiempo; le abofeteaba sin manos.

Se levantó y fue a sentarse al borde de la piscina. Jugaba con los pies deslizándolos sobre la superficie del agua; estaba fría. La noticia del periódico le había vuelto a recordar a Paul, y después de tanto tiempo se le había hecho un nudo en la garganta; no podía evitarlo, nunca le olvidaría. Paul siempre estaría ahí, suspendido en el aire, y la acariciaba como si se acercase a ella con la brisa del mar.

Tenía impresa su imagen y acudía a su mente a hurtadillas cuando menos lo esperaba. Echó la cabeza hacia atrás y sintió el calor del sol sobre el rostro. Pensaba en que él ya la habría olvidado, que tal vez estaba casado; o quizás vivía en Europa, o en cualquier otro rincón del mundo, muy lejos de ella.

Eric le salpicó agua al zambullirse y apartó los recuerdos encerrándolos de nuevo en el corazón. Se fijó en que Eric tenía unos brazos espectaculares: se notaba que se esforzaba en el gimnasio. El cabello negro, peinado hacia atrás, brillaba con las gotas de agua, igual que los ojos. Se había acercado hasta ella y le tendía la mano invitándola a bañarse, a lo que Sara accedió.

Llevaba un biquini color turquesa con lazos que Eric había aprendido a desatar muy bien. Se sentía atraído por su físico y le seducía el juego que sin ataduras habían creado. Ella le dio la espalda para observar las gaviotas apoyada sobre el borde de la piscina.

—Estás melancólica esta mañana —dijo besándola en el cuello.

—Tal vez —sonrió al girarse, y Eric la besó. A él le gustaba el sabor dulce de sus labios rojos, y para ella le resultaba el amante perfecto, compañía y sexo.

Él la abrazó por la espalda jugando a tirar de ella hacia la parte más profunda. Sara reía, y enredada en aquellos juegos, escapaba de los recuerdos.

—¡Déjate de bromas, Eric! Me haces cosquillas.

—No puedo dejarte, ahora no.

Tiró con suavidad del lazo que sujetaba la parte superior de su biquini y se deshizo, le acarició los pechos desde atrás, acercándola con fuerza hacia él. A Sara le excitaba el roce de las manos bajo el agua. Él rozaba con el sexo las nalgas de Sara y a ella le gustaba saber que la deseaba. Hacía mucho que había aprendido a separar sentimientos y placer.

Eric se había bajado el bañador y lo había lanzado fuera del agua. Se rozaba y se excitaba más y más.

—¡Oh, Eric!, eres tan sexi y divertido. Me seduces con tus juegos y has conseguido acalorarme —repuso sonriendo mientras le alborotaba el cabello.

La miró a los ojos y la besó en la boca, saboreando los labios, la lengua. Desató la parte baja de su biquini y Sara se dio la vuelta. La había cogido en brazos y la miraba ardiente. A Sara le fascinaban sus ojos seductores y la barba cubriéndole la mandíbula. Separó las piernas y abrazada a él oscilaba las caderas, pero Eric se rozaba sin penetrarla: le gustaba jugar, y la fricción llevaba a Sara al borde del nerviosismo.

—Me gusta de este modo, Sara. Sé que me deseas más cuando no me entrego del todo. Pídemelo, pídemelo que te lo haga —le susurraba mordisqueándole el cuello.

Eric no había sido su único amante hasta entonces, pero sí de quien aún no se había cansado.

—Eres malvado. ¿Es que vas a continuar así todo el tiempo? —le pidió ansiosa.

—No, también lo estoy deseando —dijo buscando el sexo. Sara gimió porque nunca lo esperaba y ya lo tenía en su interior. Movía las caderas rítmicamente empujando el cuerpo hacia ella, y Sara se aferraba a los hombros gimiendo. Eric de repente se detuvo—: ¿Quieres que siga?

—Por favor, no seas malo —imploró Sara mordiéndole el labio.

Continuaron aferrados sin dejar de moverse hasta que llegaron al clímax. Continuaron abrazados unos segundos, agotados. Después comenzaron a reír.

—Ha sido rápido después de todo —dijo Sara entre susurros.

—¿No te ha gustado?

—No he dicho eso.

Eric la besó con pasión.

—¿Te he dicho alguna vez que me vuelves loco, que no he conocido a nadie como tú?

—Ten cuidado con lo que sientes —repuso extenuada. Eric sonrió y estiró el brazo para alcanzar el bañador; estaba demasiado lejos y Sara comenzó a reír a carcajadas—. Espera, ahora te lo doy. —Ella se puso el biquini y salió del agua; después le miró maliciosa. Ella estaba de pie sobre la hierba haciendo girar el bañador de Eric con la mano—. ¿Pensabas que iba a dártelo?

—No seas loca, no voy a pasearme desnudo.

Sara le lanzó el bañador, y risueña entró en la casa. Abrió la nevera y sacó una botella de champán; le divertía el cosquilleo de las burbujas en la nariz.

—¿No crees que es demasiado temprano para empezar a beber?

—¿Quién ha preguntado la hora? —sonrió, y le sirvió una copa.

Aquella noche pasearon por la playa, descalzos sobre la arena. Sara jugaba con las olas cuando se acercaban a los pies. Eric le habló de su esposa y de las mentiras que inventaba.

—¿Por qué te casaste?

—Te lo he dicho, por dinero, así de simple. Mi suegro tiene mucho y mi mujer buscaba marido; no es guapa, pero tampoco está mal. No soy nada complicado si me deja hacer lo que me apetezca.

—Pero trabajas, tienes un futuro prometedor. Tal vez es que nunca te has enamorado. —Se sentaron sobre la arena aún templada.

—Puede ser, y espero no hacerlo nunca: me perdería momentos como estos, ahora, aquí a tu lado. Mañana... ¿quién sabe?

Sara sonrió.

—Eres muy adulator y un poco sinvergüenza, por eso me gustas. Creo que en el fondo nos parecemos: ambos buscamos vivir el momento y nada más.

—¿Y tú?, ¿te has enamorado alguna vez? Nunca hablas de tu vida.

—Mi vida..., muchas, me he enamorado muchas veces, pero...

—Pero... —Le acarició la nariz y Sara le devolvió una sonrisa.

—Me fallaron algunos, a otros les fallé yo; tal vez solo fueron amores vividos.

—No me refería a eso, sino a una verdadera historia de amor, esa que cuando miras a la persona que tienes enfrente, sabes que es ella.

Sara miraba la luna reflejada en el mar, la misma que contemplaba aquella noche en la cubierta del *Doria* cuando Paul se acercó a ella. Se estremeció.

—Sí, eso que dices solo sucede una vez.

—¡Eh!, te brillan los ojos. ¿Quieres contarme algo? —invitó él sosteniendo el rostro de Sara entre las manos.

Ella le sonrió y se levantó para continuar caminando. Le gustaba su compañía porque él siempre respetaba sus silencios.

Al regresar, Eric se fue a la cama y Sara bajó al salón; encendió el televisor y se sirvió una copa. Cambiaba los canales aburrida hasta que un

comunicado del presidente que interrumpía la programación la alarmó. Informaban a los ciudadanos norteamericanos de que desde hacía una hora se habían iniciado ataques sobre Vietnam. Sara subió el volumen del televisor: «Nosotros, los americanos —declaraba el presidente Lyndon Johnson—, sabemos, aunque otros lo parecen olvidar, el riesgo en la propagación de conflictos...».

Más tarde aseguró que la industria norvietnamita quedaría reducida a nada en doce días de bombardeo.

El 7 de agosto se aprobaba la Resolución del Golfo de Tonkin por la que se otorgaba al presidente la potestad de tomar las acciones necesarias para defender a sus aliados del sudeste de Asia.

Caía la tarde y el asfixiante calor húmedo se dejaba notar entre los soldados sobre el suelo vietnamita; no solo les pesaban los uniformes, sino también las botas, y hasta las gorras con las que cubrían las cabezas rapadas.

Paul se sentía responsable de ellos; instruirlos en el manejo de helicópteros no había sido lo mismo que llevarlos a Vietnam. Pensaba que era un gran error por parte del gobierno de los Estados Unidos, pero acataban órdenes y él estaba allí para guiarles, apoyarles y cuidar de sus vidas.

La mayoría de ellos no pasaban de los diecinueve y familiarmente llamaban *viejos* a quienes rebasaban la barrera de los veinte. Paul rondaba los treinta, por lo que no sentía la menor curiosidad en conocer su apelativo.

Algunos veían en aquel enfrentamiento un escalón mediante el que, una vez más, demostrarían su supremacía sobre el resto del mundo y les llevaría triunfadores a casa. Otros tenían miedo. Paul lo veía en los rostros, en sus silencios, pero sobre todo en sus pensamientos; estos gritaban en mitad de la noche.

Antes de partir hacia la base de Da Nang al norte de la ciudad de Hué, Paul recibió una inesperada llamada desde el Pentágono. Hacía algún tiempo que Richard Slater se había trasladado a Washington, su ciudad natal, para pasar a formar parte del equipo de asesores del jefe de Defensa. Oír su voz le

había producido inquietud, pues hacía mucho que se había convertido en un extraño para él.

Su padre le había insistido en que aceptase un puesto a su lado. Era una proposición bastante atractiva, pero no para Paul. Habían discutido y en esos momentos Paul estaba muy enojado. Miraba a través de la estrecha ventana del barracón. Observaba las toneladas de equipaje y material que transportaban en *jeeps* desde las pistas de aterrizaje hasta los diferentes puestos.

Bob y su pelotón acababan de llegar, y al ver el rostro de Paul, comprendió que algo no iba bien.

—No puedo creerlo, Bob: mi padre me llama y lo único que consigue es que discutamos, la misma historia una y otra vez —dijo después de algo más de media hora de silencio mientras organizaba el equipo médico.

—Es normal, estará preocupado —añadió Bob tratando de restar importancia a lo sucedido.

El problema era que el coronel Richard Slater le había telefoneado en calidad de superior, ordenándole que se trasladase de inmediato a Washington.

—Vamos, papá. Ya lo hemos discutido —le había replicado desganado.

—Verás, Paul, la situación es mucho más grave de lo que se pretende dar a conocer, y tu madre no me perdonaría jamás que te sucediese algo. Ya ni siquiera me habla, y no me ha acompañado, ha preferido quedarse en Highland. Créeme, esto se va a poner muy feo. Me une una gran amistad con el jefe de Personal de Operaciones, y podrías trabajar en su equipo. Te daría la oportunidad de ascender rápidamente, eres inteligente y puedes aportar mucho.

—No creo que tuvieses planeado para mí un futuro en el que corriera a esconderme detrás de ti cuando las cosas se pusiesen feas, ¿verdad, papá?

—¿No se trata de eso! —alzó la voz, e inmediatamente suavizó el tono—. Tienes estudios universitarios, estás preparado para ofrecer todo tu apoyo.

—¿Desde la retaguardia? ¿Crees que no oigo a diario frases como: «Los de arriba ocupan puestos desde donde nunca sentirán los sonidos de las explosiones»? ¿En serio crees que me gustan las guerras? No, casi nada de

cuanto he hecho en mi vida me gusta. Jamás tú o mamá me preguntasteis de niño qué quería ser de mayor. Ahora no voy a dejar a todos estos chicos; nos necesitan aquí, no sentado en un cómodo sillón jugando a la guerra sobre una mesa repleta de mapas. Y recuerda, aunque te pese, que soy médico. Lamentablemente van a necesitarnos y mucho.

—¡Paul! —gritó enojado—, ¡no voy a tolerar que me hables de ese modo!

—Ya lo he hecho, papá. —Colgó el auricular, y desde ese momento decidió que no volvería a prestar atención a ninguna de sus propuestas.

—Cualquiera en tu lugar habría aceptado el puesto —adujo Bob tras escuchar su relato.

—¿Lo habrías hecho tú?

—A mi mujer le habría gustado, Mary tiene muchísimo miedo. —Bob hacía algunos meses que se había casado y su mujer en esos momentos estaba embarazada.

Una vez desembarcados, distribuyeron a los muchachos a las unidades que se encontraban más necesitadas de pilotos y comenzaron por estudiar los mapas. Necesitaban familiarizarse con el terreno para poder regresar a la base sin perderse, y comprobaron que la jungla era inmensa. Tenían por delante una importante tarea: debían conocer sin ningún tipo de error la situación de las bases cercanas a las zonas de operaciones, por si era necesario acudir a ellas en caso de emergencia. Todo tenía que ser analizado con detalle.

En su primera noche en la base, y a pesar de que reinaba la calma, nadie podía conciliar el sueño; el temor a un ataque norvietnamita después de los bombardeos estadounidenses era más que probable. Bob escribía a su esposa y trataba de evadirse durante un rato, imaginar que le acariciaba el vientre mientras ella dormía. Pero en el ambiente se percibía la calma que precedía a la tempestad.

A la mañana siguiente levantaron fortificaciones en la base y continuaron con patrullas alrededor del perímetro; también iniciaron los preparativos para la puesta a punto del transporte aéreo.

Habían transcurrido ya algunos años desde que vio a Sara por última vez. Paul pensaba en ella tumbado sobre la litera en su rato de descanso. Ya no lo hacía con la frecuencia del principio, aunque en ocasiones su recuerdo le visitaba. Bob bromeaba con él y le decía que mientras llevase su foto colgada del cuello no la olvidaría. Sin embargo, ya apenas la miraba. Apartó ese pensamiento de su mente y se centró en Alfred, un chico muy tímido que le preocupaba.

—Les tratas como si fueses su padre, Paul —le reprochaba siempre Bob.

—¿Has pensado que la mayoría de ellos van a verse inmersos en una guerra no declarada, por órdenes de presidentes a los que ni siquiera han elegido? ¡Pero si apenas tienen edad de votar!

Eran conscientes de que los soldados pobres y de clase obrera, fuesen blancos o negros, tenían más posibilidades de recibir entrenamiento para combate que los soldados con mayores privilegios económicos y educativos. Ellos cumplían una misión por la que debían dar apoyo e instrucción a las tropas del sur, vietnamitas que luchaban contra el comunismo del norte. También debían mantener sesiones informativas constantes con el general Thomson sobre cualquier sospecha de aproximación del enemigo.

El pelotón a cargo de Paul pilotaba helicópteros Slicks de transporte de tropa en diferentes unidades de compañías médicas y ambulancias aéreas, un grupo que se distinguía por llevar pintado en el fuselaje una enorme cruz roja sobre un fondo blanco. Iban desarmados, salvo en algunos casos en los que incorporaban artilleros de puerta.

Dust off era el término que utilizaban en su particular jerga para expresar los lugares inverosímiles en mitad de la jungla en los que deberían aterrizar. Paul quería transmitir a sus muchachos la necesidad del destacamento médico, y que un rescate a tiempo con la suficiente organización les permitiría trasladar a cualquier soldado herido a un hospital en menos de una hora, y eso marcaba la diferencia entre la vida y la muerte para un herido. Sus palabras les infundían valor, les hacían sentirse más fuertes, y en cierto modo se alejaban del miedo.

Paul se había reunido con los muchachos aquella noche: tampoco él podía dormir. Se habían unido al grupo algunos pilotos de caza. Berger, uno de los

comandantes al mando de ese particular batallón, de cuerpo atlético y rostro risueño, se encargaba de poner la nota cómica en aquella extraña noche.

—Ser piloto de caza es una especie de locura —proclamaba con orgullo—. Además de glorioso, por supuesto. Siempre me he sentido asombrado de mi trabajo: ¡me pagan por divertirme! No me refiero a eso de lanzar bombas, sino a volar: me siento como un pájaro ahí arriba. —Señaló con el dedo índice hacia el techo.

—¿No cree usted que es peligroso? —preguntó Alfred, el chico asustadizo.

—Bueno, depende de cómo lo mires. Hay quienes dicen que somos unos locos del aire, algo que yo jamás discuto, me encanta la velocidad, y eso es arriesgado.

—¿Sabías que los pilotos como tú tienen un índice más bajo de suicidio? —bromeó Paul con la pregunta.

—Es cierto —continuó Berger—, es una estadística que comparto, aunque algunos nos llamen putos locos suicidas.

Los muchachos sonreían, y el ambiente se hacía distendido.

—Si me desvelo de noche —siguió Berger—, me concentro en la misión que tengo por delante. Cuando estuve en Corea no podía dormirme pensando en el día siguiente, en la mañana siguiente; constantemente, cada día.

—¿No se diría que eso es estar un poco desequilibrado? —ironizó Bob.

—Puede ser. Una antigua novia me decía: «Padeces algún tipo de perturbación profunda» —pronunció agudizando la voz para que pareciese femenina—. Tal vez la padezca —sonrió pensativo.

—¿Tal vez? —añadió de nuevo Paul.

Antes de que el sol apareciese sobre el horizonte, todos estaban en sus puestos, preparados para el turno de reconocimiento. Hasta ese momento, el Congreso había estipulado que se abstuviesen de cualquier tipo de ofensiva y que se limitasen al perímetro de la base.

Da Nang tenía el mismo aspecto que cualquier otro pequeño aeropuerto

municipal del Extremo Oriente, aunque rodeado por alambre de espino a ambos lados de la carretera. Los soldados survietnamitas eran inconfundibles, no por sus uniformes color caqui, sino porque utilizaban varias tallas por encima de las que les correspondían, y eso les daba un aspecto más menudo del que gozaban.

En los primeros vuelos, Paul había comprobado, tal y como imaginaba, que el calor y la humedad hacían que los helicópteros respondiesen de forma más lenta, y puso en alerta a los chicos antes de despegar, ya que era algo que podría hacerles perder fácilmente el control del rotor de cola.

—Tranquilos, muchachos, eso nos ha ocurrido a todos en algún momento, no os precipitéis —comunicó tratando de que no se viniesen abajo—. Comprendo que tengáis miedo, pero oídme bien, vosotros lo dominaréis, ¿entendido?

—Sí, señor —contestaron al unísono.

—Jamás lo conseguiré —repuso Albert.

—Lo harás. Recuerdo a un compañero que tenía tanto miedo a volar que la primera vez que subió a un helicóptero sufrió una crisis de ansiedad, pero después le cogió el gusto. Recuerda que tu mente debe estar alerta, nada puede dominarla —alentó a Alfred, y luego se dirigió al resto—: Tened presente que la experiencia no se aprende, se adquiere.

Se distribuyeron en grupos de cuatro tripulantes: el comandante del aparato, el copiloto, el tripulante jefe, encargado de mantener el helicóptero en condiciones de vuelo, y el artillero de puerta, que además de limpiar y acondicionar las armas debía ayudar al tripulante jefe.

Cuando todo estuvo a punto, Paul tomó el mando y les hizo una señal. Le preocupaban sus caras, sabía que debían perfeccionar esos detalles que no se enseñaban en la Academia. Paul les sonrió. Era de vital importancia que asimilasen rápidamente los buenos hábitos e ignorasen los malos.

A la noche siguiente, sobre las tres de la madrugada, los comunistas habían rodeado la base y atacaban todo lo que tenían a su alcance. Los morteros hacían impacto de manera muy precisa y el fuego llegaba a la alambrada. Parecía que se desataba el infierno.

El sargento Julius Gregg, otro médico del equipo, fue el primero en saltar

de su cama; cogió su ametralladora y salió del barracón. Todos le siguieron. Paul y Bob corrieron a salvar los suministros médicos, mientras los miembros de la USSF defendían el campamento. Berger y Daniel corrieron a sus puestos subidos en sus *jeeps*. En esos momentos, el aeropuerto de Da Nang no tenía luces, y eso era algo que les beneficiaba porque les permitía utilizar el factor sorpresa. En la primera ráfaga, Berger y Daniel resultaron sorprendentemente ilesos. Por su parte, los marines desplegados en líneas combatieron hacia la línea opuesta del perímetro. Berger y sus muchachos realizaron un ataque aéreo de más de veinte minutos de tensión que acabaron doblegando al enemigo.

Algunos soldados había sufrido heridas graves mientras se encontraban en el perímetro lanzando explosivos, por lo que acababan de ser trasladados a la tienda que hacía las veces de hospital; algunos no lograron sobrevivir. Y todos sintieron por primera vez que estaban en guerra.

XXXVI

Hacía días que Marcial parecía distraído, ausente. Como norma, hablaba sin cesar, uniendo frases y contenidos diferentes en una misma conversación, y Sara se limitaba a observarle.

—¡Ya no puedo más! —estalló Marcial una mañana en el despacho tras suponer que Sara no se inmiscuiría en sus asuntos.

—¡Vaya!, algo le ocurre a mi amigo. Soy toda oídos.

—No he querido hablar con nadie hasta anoche, ni siquiera con Óscar, que se movía en la cama como una lombriz de tierra y no pude más.

—¿Y...?

—Verás, llevo semanas con un proyecto en mente, y me hace dudar. En ocasiones me he sentido eufórico; en cambio otras, me he derrumbado.

—¿De qué se trata? ¡Vamos! Tienes la habilidad de ponerme nerviosa.

—¿Yo? ¿A la reina de las intrigas? Bueno, no daré más rodeos. Quiero hacer algo que ya se está llevando a cabo en otros lugares de América, más o menos, pero que nadie se atreve a decirlo abiertamente.

—¿Y ahora tengo que hacer de adivina? —preguntó ella enarcando una ceja.

—No, ya casi lo eres. Quiero escribir artículos en una revista para concienciar a la gente de que los gays no somos enfermos mentales —explicó sin respirar.

—¿Escribir? ¿Dónde? —quiso saber, entusiasmada con su idea.

—Todo empezó a gestarse desde nuestra asociación, esa clandestina que tenemos desde hace años. La difunta esposa de mi amigo Alex, que en gloria

esté, trataba con nosotros esas cuestiones y era una entusiasta de mis ideas. Le he hablado a Alex de ello ¡y nos va a ayudar!

—¡Eso es genial! Necesitaréis una revista, y ¿por qué no gratuita? Tienes mi apoyo, y ya sabes que me fascina colaborar en esos proyectos en los que nadie invertiría un solo dólar.

—Subiendo la moral, ¿no? Gracias.

—Lo siento. Se trata de la realidad, no nos engañemos, Marcial.

—Tienes razón, y eres estupenda. Lo que sucede es que no queremos relacionar a Elisa & Co. con esos manifiestos gais, y tampoco queremos una revista homosexual. No habría muchos dispuestos a comprarla.

—¡Eso es completamente absurdo!

—Verás, resulta que un día me dio por pensar que en el siglo pasado los homosexuales éramos considerados como aquellos hombres que manteníamos relaciones románticas discretas, ¡y entonces se toleraba! Ahora que avanzamos en el tiempo, vamos como los cangrejos, caminando hacia atrás. Quiero decir que la cosa empeoró hasta considerarnos peligrosamente enfermos. ¡Un horror! Desde nuestra asociación, ayudamos a los jóvenes que se sienten marginados, no solo por la sociedad, sino por sus propias familias y amigos. Sé lo que es eso. No podemos tolerar que tengamos que reunirnos de manera clandestina, ni que los bares que frecuentamos sean desconocidos para muchos de nosotros; en definitiva, que no podamos vivir como el resto de los mortales.

—Eres una caja de sorpresas. Me encantas y me encantan tus ideas, pero dime, ¿qué vais a hacer entonces si no escribís para una revista propia?

—Alex tiene muchos contactos, y lo que pretendemos es escribir artículos con contenidos de peso, experiencias de nuestro entorno, que tenemos multitud de ellas; podrían calar en los lectores. Verás, sería algo así como introducir de manera sutil el problema de un individuo; dejamos entrever los estragos que causa en la persona y después analizamos los motivos. No tengo claro el enfoque, pero creo que acercaríamos a los lectores a esa realidad que muchos rechazan y tratan de obviar.

—¡Pero esa es una idea brillante! —añadió Sara ante su perspicacia.

—Estos artículos se incluirían en revistas y periódicos que la gente

compra habitualmente, tratados con naturalidad. Si lo conseguimos, pasará a la historia. Solo hace falta que Alex sea capaz de convencerles de que nos dejen publicar. Sé que es un reto complicado, pero Alex es un genio.

—Ojalá lo consigáis, aunque si tenéis problemas, no dudes en hacerlo desde nuestra compañía, nos daría ese aire innovador y desmedido que me seduce.

—Eres rara, ¿lo sabías?

—No tanto. De pronto he pensado que tal vez artículos procedentes de Hollywood sobre la bisexualidad podrían resultar atractivos, ¿no te parece? Por supuesto, bajo el anonimato. Nadie estaría dispuesto a perder su fama, ni sus contratos..., no sé, habría que estudiarlo, de sobra es conocido la existencia de The Sewing Circle.

—¿Quééé, qué es eso? —preguntó colocando la mano en la barbilla.

—En nuestro idioma, El Círculo de la Costura. ¿En serio no sabes a qué me refiero? Son las actrices que durante más de una década ocultan su orientación sexual. No puedo creer que no sepas nada al respecto.

—Nunca me ha interesado la homosexualidad femenina, lo siento.

—La costura era la excusa perfecta para dar rienda suelta a su imaginación, a su homosexualidad, su promiscuidad... —Sara sonrió—. ¿Por qué pones esa cara de diablillo?

—Es por lo de ser promiscua... Siempre me has incluido en ese grupo.

—Mira, cariño —dijo sirviendo el té—. Jamás encasillo a nadie. Eres libre, y soy feliz cada vez que sales con alguien. Por cierto, ¿qué tal ese Eric?

—No me interesa; se ha vuelto demasiado cursi.

Marcial comprobó que Sara aun llevaba el anillo que Paul le regaló.

—Algunos dejan una huella que jamás se borra, ¿no es eso?

—Sí, a ti no puedo engañarte. Cuando conozco a un hombre, me descubro tratando de encontrar en él algo que me recuerde a Paul, en la mirada, en la forma de caminar. Sé que no está bien, pero tampoco me preocupa. Ellos buscan sexo y yo, sinceramente, no lo sé. Tampoco me veo con tantos hombres. Leo comienza de nuevo a acosarme. Mi vida es como estar en la orilla de un mar lejano en el que las olas vienen y van.

Una llamada de teléfono interrumpió la conversación. Se trataba de Amy.

Hacía muy poco que habían iniciado una amistad, aunque Paul no era consciente de ello. Le explicaba que pronto contraería matrimonio con Tom y que Paul vendría de permiso un par de días para acompañarles en ese día tan especial. Pero había algo más: deseaba hablar con ella de un asunto que le inquietaba, y a la mañana siguiente se reunía con ella en Elisa & Co.

—Verás, Sara, estoy segura de que mi padre sabe del asunto de Vietnam mucho más de lo que nos cuenta a mi madre y a mí. Por eso le ha ofrecido a Paul un puesto en Washington, aunque él no ha aceptado.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Sara sorprendida.

—No debería pedírtelo, pero... había pensado que, si le vieses, tal vez a ti te escucharía.

—Amy, te equivocas. Hace años que no nos vemos y no querrá saber nada de mí. Le envié una carta en la que dejaba muy claro que lo nuestro era imposible y que debíamos terminar. —Sara necesitó tomar aire para explicarle todo lo sucedido.

Amy no daba crédito de hasta dónde su padre había sido capaz de llegar.

—No ha sido justo, Sara. Paul debería tener la oportunidad de decidir. También se opone a mi matrimonio, y ni siquiera estoy segura de que acuda a la boda; mis padres casi no se hablan. Mi madre ha sido quien me ha pedido que venga a hablar contigo.

—¿Tu madre?

—Sí, está convencida de que eres su última esperanza. Perdónanos, Sara.

—No, Amy. —La abrazó—. No hay nada que perdonar, y haría cualquier cosa por él.

—Lo arreglaré para que puedas verle.

Sara no podía negarse, pero sentía que lo había traicionado de mil maneras diferentes, y estaba aterrada con la propuesta.

Transcurrieron algunos días antes de que Amy volviera a contactar con ella. Pero esa vez fue Madeleine quien se puso al teléfono.

—Siento no conocerla en persona, Sara. Debe de ser usted una mujer

extraordinaria, de lo contrario, mi hijo no se habría enamorado de usted.

—Es muy amable, señora Slater, aunque no merezco sus cumplidos y deseo que sepa que no planeé enamorarme de él.

—Conozco su situación y lo lamento, aunque entenderá que soy católica y no comparto su estilo de vida, si bien la respeto. Tal y como le dijo Amy, estoy desesperada. La situación en Vietnam es muy complicada. Yo también he cometido errores, por ello hace años que no juzgo a nadie. Y sé que Paul tiene valores, principios, y que nunca abandonará a sus compañeros. Acudo a usted como último recurso. Le ruego que hable con él.

—Señora, lo intentaré, aunque creo que comete un error. Pase lo que pase, no debe culparse, Paul ha tenido la opción de elegir.

—Sea cual sea la decisión que tome mi hijo, gracias, Sara.

El mes de septiembre de 1965 se estrenaba, y a escasos días de la boda, Sara pensaba que se reencontraría con él. Volvería a verle, pero la vida había continuado y ella siempre arrastraría su angustia, sus desaciertos, sus verdades y sus mentiras.

Contaba con el ingenio de la señora Dawson. Ella había citado a Leo en su casa en Montauk, rodeada de montañas y con la inmensidad del Atlántico al fondo. Le propondría negocios lucrativos que, acompañados de buen vino y algunas de sus chicas, eran más que suficiente para que el italiano se olvidase de que Sara existía.

El sol arañaba la ciudad y los haces de luces iluminaban los rascacielos, Cosme acababa de arrancar el vehículo y la mirada de Sara se detuvo en los haces de luces que encendían los edificios. «Es el efecto Tyndall», recordó a Julia y su etapa de estudiante. ¿Qué había hecho con su vida? Deslizó la mano a través del cristal, queriendo atrapar el polvo en suspensión como aquel lejano día hizo sobre el cristal de la ventana de clase; la imagen desapareció en el instante en que Cosme cambió de dirección poniendo rumbo a Highland Falls.

Se reclinó en el asiento trasero, respiró profundamente y cerró los ojos;

no podía creerlo. Se pellizcó en el brazo para asegurarse de que no estaba soñando.

Llevaba días sin dormir y, aunque había tomado tranquilizantes, tenía los nervios a flor de piel.

—¿Crees que tengo ojeras, Cosme?

—No, señora, usted siempre está radiante.

—No te pago para que me adules.

—Lo digo en serio. Susan siempre comenta que usted tiene mucho estilo.

—Gracias, aunque no sé si creerte.

Cosme sonrió y puso la radio, sonaba *I Wanna Hold Your Hands*, un rotundo éxito de The Beatles.

—Me encanta esa canción. Dale voz, por favor, necesito alegrar mi alma.

—Trató de evadirse sin éxito, y cuando los cuatro de Liverpool dejaron de sonar, Sara se encerró de nuevo en sus pensamientos. No sabía qué decirle; había ensayado algunas frases, pero todas sonaban absurdas y tenía miedo.

Amy la esperaba en el estrecho camino que circundaba el bosque. Bajó del vehículo y continuaron a pie, adentrándose en la espesura entre los juegos de luces y sombras que proyectaban los árboles. Amy caminaba deprisa y Sara la seguía mientras observaba cada rincón a paso ligero. Estaba nerviosa, y sin embargo su mente trataba de visualizar imágenes de la niñez de Paul, de su adolescencia en aquellos parajes. Le invadió un profundo sentimiento de culpa: Paul era limpio igual que el aroma a verde de aquel lugar, y ella se vio sucia.

—Nos hemos criado aquí y conozco cada palmo de esta tierra —dijo Amy antes de alcanzar el claro a orillas del río.

—Ahora todo queda en mis manos, aunque te aseguro que no estoy en condiciones de convencerle, algo que deseo tanto como vosotras.

—Si algo le ocurriese a mi hermano, no lo superaría. Pero a nuestro alcance solo está intentarlo, y por ello agradezco tu presencia. Mi novio es muy especial y me anima, pero sabe que Paul es muy importante para mí. Si todo sale bien..., ¿asistirías a mi boda? —Amy la miró con los ojos entrecerrados, molesta por el sol. Las pecas sobre la nariz le daban un aire ingenuo muy especial, y súbitamente Sara se sintió innoble.

—Ya sabes que no sería buena idea.

Amy la besó y regresó a casa. Paul no tardaría en llegar.

Sara la observó hasta que se perdió entre la arboleda y dirigió la mirada al frente, hacia el río. Vio su imagen reflejada en el agua. La corriente discurría inquieta, sin detenerse sobre ella, que, como la vida, permanecería estancada. Al cabo de un rato oyó el sonido de unos cascos, miró el camino y le vio: allí estaba él, que bajó del animal y mientras le ataba dirigió hacia ella la mirada. Y Sara se sintió de nuevo una intrusa que irrumpía en su vida.

—¿Otra vez tú? Te estás convirtiendo en una pesadilla —repuso Paul tratando de no mostrar sus sentimientos.

—Sí, soy yo otra vez...

—¿Qué quieres, Sara? —preguntó mirándola a los ojos.

—No quiero molestarte, Paul, después de tantos años...

—Deberías dejar esos juegos de adolescente, ¿no te parece?

Se sintió avergonzada y patética.

—Tienes razón, Paul, ha sido un error venir; será mejor que me marche.

—Al menos dime qué has venido a buscar. Siento curiosidad; mi hermanita está por medio y me intriga —repuso con ironía.

—Lo siento por ella y por tu madre.

—¿Una especie de complot? —especuló enarcando una ceja.

—Tal vez —replicó ella avergonzada

—¿Ahora juegas a divertirte de ese modo?

—No se trata de un juego, y lo sabes. Me pidieron que tratara de convencerte para que no regresases a Vietnam: temen por tu vida. No sabes lo duro que es esto para quienes te aman sabiendo que estás allí, rodeado de destrucción y muerte.

—¿Duro? Soy yo quien está allí, y es asunto mío, de nadie más. Aunque no entiendo por qué han recurrido a ti.

Sara guardó silencio. Comprendió que ella era la última persona en la que Paul confiaría. Le miró. Estaba frente a ella y guardaba las distancias. Se sintió perdida, y le temblaba todo el cuerpo. No podía mantener la mirada o se derrumbaría.

—Me marchó, Paul. Siento haber venido. Tal vez no me he detenido a

pensar que ha pasado demasiado tiempo y que vivo entre recuerdos.

—Tiempo... ¿Tienes idea de cómo he vivido todos estos años?

Sara guardó silencio. Le miró a los ojos, y Paul recordó a aquella muchacha que conoció en el *Doria*, triste y descarada, y no pudo contenerse. Se acercó hasta ella y la rodeó con los brazos. La besó sin pensar, apartando de su mente el daño que le hacía. Sara temblaba entre los brazos de Paul, y él la sintió indefensa.

—Dios mío, Paul, lo siento, lo siento —expresó entre sollozos.

Paul levantó el rostro de Sara, necesitaba encontrarse en sus ojos verdes, que anhelaba cada una de sus noches solitarias.

—Sara, ¿por qué es todo tan complicado contigo? —Paul mantenía su frente pegada a la de Sara y le susurraba en la boca. Ella percibía su aroma, el que le recordaba al dulzor de la mermelada caliente, recién hecha, el mismo que percibió la primera vez que le besó. Ese olor tan especial, limpio, que llevaba años soñando despierta—. ¿Tienes idea de cómo me he sentido desde que nos despedimos?, ¿eh? No he dejado de pensar en ti, Sara, ni un solo día, ni una sola de mis noches. Te he imaginado de mil maneras diferentes, pero eras como el humo, intangible, y desaparecías.

—Paul, yo....

—Sss, no digas nada ahora. He deseado tenerte cerca. No formas parte de mi vida más que en mis sueños. —La abrazó sintiendo su cuerpo frágil entre los brazos.

—Paul, perdóname, no he podido elegir, no puedo elegir, y lo sabes.

—¿Una carta? ¿Imaginas cómo me sentí aquel día? —suspiró—. ¿Por qué no me contaste la verdad? —Paul no podía apartarse de ella; tenía el rostro de Sara entre las manos y los labios tan cerca que los rozaba.

—¿Qué sabes? —preguntó Sara perpleja.

—Pediste a Amy que no dijese nada a mi madre sobre esa carta, pero no que no pudiese contármelo a mí. Aunque prefiero no hablar de eso ahora, son asuntos que solo le conciernen a mi padre y los arreglaré o no con él. Ahora solo me importa el daño que nos ha causado. —Paul saboreó los labios de su amor imposible, la lengua, y se sintió atrapado entre los brazos de ella que se aferraban a él: no existía en el mundo nada parecido a aquella sensación.

—Paul, te quiero, te quiero. Lo sabes, ¿verdad? ¿Me crees? —musitó con lágrimas en los ojos—. Desde el primer momento en que te vi, supe que eras la persona que ocuparía mi corazón el resto de mis días, aunque te cueste creerlo.

—¿Qué puedo decir, Sara? ¿Qué esperas de mí? —preguntó secando las lágrimas de Sara con los dedos.

—Nada, Paul, no espero nada porque no tengo nada que ofrecerte.

—Han pasado algunos años y ya no soy aquel muchacho que conociste, que tembló desnudo con el roce de tu cuerpo y que descubrió a tu lado lo que era amar; ahora todo es diferente.

—Espero que no me guardes rencor. No te mentí entonces, y nunca lo haré.

—¿Rencor? Te quiero, Sara, pero no es justo que aparezcas y desaparezcas de mi vida de ese modo, sin avisar. Me quedo perdido cuando te marchas, sin saber por dónde caminar, y cuando consigo reanudar mi vida a duras penas, te presentas ante mí de nuevo. Eso debes entender que no puede continuar siendo así.

Sara guardó silencio, le miró a los ojos y le acarició el mentón con dulzura.

—¿Desde cuándo llevas barba? —sonrió con timidez.

—Hace meses. Allí donde estamos no tenemos tiempo ni ganas de mirarnos al espejo; te pasas el día en alerta, cuidando de todos, en tensión. Ahora me he acostumbrado a ella.

—Estás muy guapo.

Paul la besó de nuevo; no podía dejar de hacerlo, de acariciarla. Y ella sintió aquel beso como el primero. Le cogió de la mano y le guio hasta un gran árbol, invitándolo a sentarse a su lado. Paul la siguió. En ese momento lo haría a cualquier lugar del mundo que le pidiese, aunque de nuevo lo dejaría desconcertado cuando volviese a desaparecer otra vez de su vida.

—Tengo miedo —le susurró en los labios—. ¿Me amarías sin preguntas, Paul?

No respondió. La besó de nuevo y desabrochó los botones de una blusa que delineaban la silueta de los senos, firmes, y mientras lo hacía, se

excitaba.

—¿Por qué ejerces esta atracción sobre mí, Sara? Me había prometido no ceder a la tentación, y ahora que te tengo cerca, todo deja de tener sentido, todo menos tú.

—Por favor —murmuró—, no pensemos en nada, solo en el ahora: tu y yo, aquí.

Sentados sobre la hierba húmeda, se amaron. Paul se había dejado caer a su lado, la besaba y le acariciaba los pechos, sintiendo el sabor de la saliva, de su lengua cálida enredada a la suya. Un placentero escalofrío les recorrió el cuerpo, desde la cabeza a los pies, y Sara sentía como el cuerpo le ardía de deseo.

Cerró los ojos durante unos segundos. Necesitaba disfrutar del tacto de sus manos templadas deslizándose por la piel, de unos dedos hábiles que le bajaban la cremallera del pantalón. Sara le quitó la camisa ansiosa por besar el cuerpo de Paul, quien, medio desnudo, contemplaba la belleza de Sara. Sara se apresuró a desabrocharle el cinturón; deseaba tanto hacerlo que sus manos temblorosas no atinaban.

—Ya lo hago yo —le susurró Paul en los labios, mordisqueándole la lengua, inundando la boca de ella al borde de la asfixia.

—¡Oh!, Paul, he soñado con tu cuerpo enredado en el mío tantas veces..., y he llorado de rabia porque no estabas.

Paul recorrió con los labios el cuello de Sara, el escote y los pechos; le excitaba su olor de mujer. Mordió con los labios los pezones, subido sobre ella, y Sara sintió que su humedad resbalaba por el interior de las piernas separadas. La erección de Paul la buscaba y ella deseaba que la penetrase. Era como estar al borde del abismo, el fino hilo que separa la realidad del sueño. Paul recordó con placer el tacto suave y húmedo del interior del cuerpo de Sara.

—Te necesito Paul, te quiero —gemía, le besaba y le alborotaba el cabello.

Se amaron sobre la espesura de la hierba.

—Estás temblando, Sara —susurró.

—No puedo creer que seas real.

—Puedo asegurarte que lo soy. —Paul estaba en su interior y se estremecía excitado, sintiendo que ella se aferraba a él acariciándole la espalda.

Las embestidas de Paul le resultaban tan placenteras que gemía sin control, y él la sentía suya. Sara deseó abandonar el mundo, instalarse en ese momento y congelarlo para siempre. Una tras otra las oleadas de calor le recorrían el interior del cuerpo, en cada movimiento. Paul la besaba apoyado sobre los brazos para contemplarla, necesitaba verle la cara, saber que era cierto. Sara le miraba a los ojos.

—Te quiero, Sara. Eres mía, siempre lo serás. —Paul oscilaba las caderas aprisionando el cuerpo de Sara.

—Sigue, Paul, continúa así —murmuró con la respiración acelerada.

Paul perdía el control dejándose llevar por el placer. Llegaron al clímax, y se estremecieron abrazados.

—Te quiero, Paul, desearía huir junto a ti de este mundo sin sentido.

Paul reclinó la frente sobre la de Sara.

—¿Qué me estás haciendo? —repuso extenuado, y salió de su interior despacio.

—Lo siento. No sé qué te hago ni qué me estoy haciendo, pero a tu lado puedo alcanzar el cielo. En Manhattan no existe para mí, porque no estás tú.

—¿Qué? —preguntó con esa media sonrisa que tanto seducía a Sara.

—Marcial me dijo que necesitaba tocar el cielo, sentirme viva. Allí no puedo, estoy prisionera. Solo se trata de eso. Desearía permanecer a tu lado hasta cerrar los ojos por última vez.

—No hables de ese modo, por favor —le pidió besándola en los labios.

Permanecieron unos minutos en silencio, abrazados, oyendo el rumor de las hojas de los árboles y el discurrir de la corriente del río.

—¿Nos bañamos? —sugirió Paul acariciándole la nariz.

Cogidos de la mano bajaron por una vereda que se adentraba en el agua. Paul se zambulló y luego le tendió la mano, la rodeó con los brazos por la cintura y la besó una vez más.

Sara percibía la realidad como un mundo de ensueño, mágico. Un paisaje cubierto de frondosos árboles y flores silvestres, algunas de las cuales habían

caído sobre el agua y discurrían flotando corriente abajo, formando una alfombra de color.

—¿Ves?, la vida se ilumina cuando estoy a tu lado.

Paul la besó nuevamente.

—Desearía detener el tiempo, Sara, pero no podemos, y la vida poco a poco nos va alejando.

Sara se había aferrado al cuerpo de Paul mecido por la corriente; no deseaba regresar a la realidad.

—No me sueltes, me da miedo. Nunca me he bañado en el río y está turbio.

—Ven, no temas, nademos al otro lado; conozco un lugar muy especial.

El río tenía una zona de aguas tranquilas y bajas, sin apenas corriente, donde unas enormes rocas formaban una cueva natural.

—A esta zona la llamábamos *flast*; es una zona baja donde aprendí a nadar.

—Háblame, cuéntame cosas sobre ti. ¿Veníais a menudo?

—Sí. —La cogió de la mano y la abrazó—. No te separes de mí. Solíamos venir a bañarnos y también a pescar algo más abajo; era divertido.

—Cuéntame, ¿cómo eras? Necesito saber más, atesorar todo sobre ti.

—Era un niño muy bueno. —Hizo una mueca bajando el labio inferior.

—Igual que ahora. —Sara sonrió y le besó.

—Quizás demasiado; los chicos buenos nunca triunfan.

—No digas eso. Sigue.

—Nunca peleé con nadie, a menos que me molestasen, a mí o a mi amigo Bob; por ahí no pasaba. Obediente, demasiado. ¿Y tú?, también quiero saber.

—Era inquieta, esa es la palabra adecuada, voluble, y estudiaba, pero me distraía con una mosca... —sonrió.

—Te quiero, Sara, inquieta o no, te quiero.

Un momento dulce y placentero que se oscureció de pronto: en algunas horas dejaría de verle, tal vez para siempre. Paul la besó apasionadamente.

—Sé en qué piensas, puedo adivinarlo solo con mirarte. No te marches, Sara. Sabes que me quedaré en tu vida si me lo pides: lo dejaría todo por ti.

Sara guardó silencio. Salió del agua y fue a sentarse sobre la arena suave

del río. Echó el cabello mojado hacia atrás y después agachó la cabeza.

—Sabes que no puede ser; me haces daño pidiéndome un imposible. Me sentiré culpable si por mi causa no te alejas de esa maldita guerra. Y sabes que no puedo abandonarle, ya hemos hablado de ello. En cambio tú..., no te marches, por favor, ¡quédate! Me moriría si te sucediese algo.

—¿Para jugar a ser tu amante?

Sara se sintió muy mal y comenzó a llorar.

—Perdona, Sara, no he querido ofenderte, pero de este modo no quiero seguir.

—Tienes razón, tal vez no debí venir.

—¿Te arrepientes? —preguntó cogiéndole el rostro y mirándola a los ojos.

—En absoluto, solo es que...

—Debes marcharte. ¿No es eso?

—Necesito vestirme, por favor. ¿Me acompañarás?

Regresaron junto al árbol y se pusieron la ropa en silencio.

—Tú no significas sexo en mi vida, Sara, pero no voy a volverme loco. Ya tengo suficiente en aquel infierno como para soportar una y otra despedida cada vez que apareces; no juego, Sara...

—Tampoco tú eres un juego en mi vida, Paul.

—Me ofreces un día y quiero una vida.

—¿Es una despedida, Paul?

—Yo no decido, lo haces tú.

Cuando al anochecer Sara llegó a su casa en Manhattan, estaba destrozada. No podría borrar la imagen de Paul mientras viviese. No se perdonaría jamás haberle dicho adiós. Vomitó, y sintió asco de sí misma.

XXXVII

—Los niñitos que van a las universidades no acaban en lugares como este, abrasados por el napalm. A ellos les dan prórrogas para que finalicen sus estudios. O van a lugares seguros donde no se llenan de fango.

—No es del todo cierto —adujo Paul a Spencer, un bocazas que acababa de unirse a su grupo.

—Con todos mis respetos, señor, no sabía que estaba escuchándome.

—No pasa nada, pero no faltes a nadie.

—Sin faltar, ¿puedo expresarme libremente?

—Adelante.

—De acuerdo, señor. Pienso que los médicos estáis un poco locos: la mayoría pasáis media vida estudiando y luego la otra media, ¿arriesgando la vuestra en malditas junglas como esta? Pues no lo entiendo.

—Nunca lo harás si lo ves de ese modo —apuntó enfadado Ted, un joven médico al que habían reclutado justo al finalizar la carrera.

—Calma, chicos, cada uno es libre de opinar lo que quiera —contemporizó Paul tratando de que calmar los ánimos. Desde el ataque a la base, todos estaban muy alterados.

—Tal vez tengáis razón —continuó Spencer dirigiéndose a Ted—. Pero me jode escuchar a esos cretinos que se sacan de la manga papeles que se extienden a sí mismos y se imposibilitan para luchar. ¿Nunca lo habéis hecho?

—Creo que el único cretino eres tú. Deja de desvariar, no haces bien a nadie —replicó Paul cansado de aguantar estupideces que no conducían a

nada.

—Te lo dije, hablas demasiado —apostilló Albert en voz baja.

—¿Acaso tú no estás preocupado, don sabelotodo? Pues deberías saber que ese maldito gas naranja con el que pretenden sacar de su escondite a los del Vietcong va a acabar con nosotros antes que con esos putos amarillos —remató de manera apenas audible Spencer, antes de guardar silencio bajo la mirada inquisitiva de Paul.

Sabía que los nervios se habían caldeado y no quería fomentar la discusión.

A mediados de 1965 se inició la Operación Starlight, con la que la Infantería de Marina pasó su primera gran prueba en Vietnam. La supremacía aérea estadounidense y el uso eficaz de los helicópteros habían servido para conseguir que los norvietnamitas saliesen de la selva.

Pero esa estrategia no había durado demasiado, y las fuerzas orientales no volvieron a luchar en campo abierto. Habían aprendido la lección y estaban convirtiendo la guerra en actos de sabotaje y emboscadas que empezaban a minar los nervios de los soldados.

Paul lideraba un grupo de seis helicópteros UH-1, en el que le acompañaban Albert, Spencer y Ted. La cabina era grande y podían transportar a una docena de heridos.

—Bien, chicos, llevaremos dos ametralladoras y un lanzagranadas; no voy a arriesgar vuestras vidas volando sin protección. La situación es muy complicada. Hay tropas de infantería acorraladas a cien kilómetros al norte de Saigón.

Paul extendió un mapa sobre un bidón de agua oxidado y les explicó a los chicos las instrucciones que debían seguir.

—Eso me gusta, al menos volaremos con armamento —añadió Spencer sonriente.

—Las armas solo las utilizaréis en caso de extremo peligro. Debéis estar centrados en vuestro trabajo y dejar eso para los chicos de ataque, ¿de acuerdo, Spencer? Nuestra misión no es combatir. Si lo prefieres, puedes acompañar a Lucke.

Stuart Lucke era el comandante del HH-3, listo para salir. Pilotaba un

helicóptero de mayor dimensión, preparado para el ataque, y les acompañaba en cada misión, abriéndoles paso y cubriéndoles mientras realizaban su trabajo.

Cuando llegaron a su objetivo, el fuego era intenso en la zona de aterrizaje, y aunque Paul era hábil, si el enemigo les sorprendía en pleno rescate, lo pasarían muy mal; necesitaba centrarse.

—No podremos aterrizar, mi comandante —adujo Albert comprobando la proximidad con la que los norvietnamitas disparaban.

—Nos darán por todos lados antes de que descendamos —añadió Ted mirando hacia la zona rocosa.

Paul le hizo una señal a Stuart, indicándole que iba a alejarse y rodear el lugar; de ese modo intentaría localizar el lugar más apropiado para el descenso. Necesitaba que el HH-3 alejase de allí al enemigo, pues los soldados se encontraban acorralados y se habían resguardado en una zona de difícil acceso.

—¡Mi comandante, ahí llega un precioso Sandy! —informó Spencer aliviado cuando vio aparecer por su lateral derecho un Skyraider, un tipo de avión de ataque al que llamaban de ese modo por el código que utilizaban.

—Sí, ahí está. ¡Demonios, pero si es mi viejo amigo Pet, el muy loco! Lleva su nombre dibujado en la cola. —Paul se sintió gratamente sorprendido al verle.

—¿Le conoce, mi comandante? —preguntó Albert agitado por la tensión.

—Sí, ambos estudiamos en West Point, y no nos fallará; llevamos buena escolta, muchachos. —Paul también tenía miedo, pero necesitaba transmitirles confianza.

Peter cumplía una misión en el momento en el que le informaron de que un grupo de soldados se hallaban en peligro. Tomó posición y les escoltó hasta una zona segura. Peter estaba listo para atraer sobre él el fuego enemigo.

—¡Estás loco, Pet! —bromeó Paul a través de su radio—. Bien, vamos allá.

—Ten cuidado, Paul, esos cabrones son listos —alertó Pet antes de lanzar hacia tierra un cohete de fósforo blanco con el que les indicaba la ruta exacta.

—Gracias, te debo una —dijo Paul acercándose a las rocas.

Cuando el helicóptero estuvo cerca de los soldados, el Skyrider se alejó tratando de distraer al enemigo. Jamás volaban cerca de los helicópteros para no llamar la atención de los norvietnamitas durante el rescate, aunque no siempre era fácil.

Paul indicó a Spencer que dejase descender el penetrador, un gran peso sujeto a la extremidad de un cable cabrestante en el que los soldados se irían enganchando uno a uno hasta ser izados todos a salvo.

—Hay un hombre herido abajo, señor —gritó el primer soldado rescatado.

—Yo voy, señor —se ofreció Spencer preparándose para el descenso.

—De acuerdo, pero ten cuidado, chico.

A su alrededor se oían disparos de ametralladoras por todas partes. Junto a ellos se precipitó un avión enemigo al que habían alcanzado y que se estrellaba contra las rocas a escasos metros de ellos.

—¡Ese puto chino casi nos la pega! —exclamó Spencer antes de bajar.

Se deslizó con destreza salvando las zonas complicadas, y en pocos minutos conseguía sujetar al oficial herido con el cuerpo. Paul se sintió orgulloso de aquel joven bocazas: había actuado con habilidad y precisión.

—Bien hecho, Spencer —se apresuró a decir Ted mientras ayudaba a sujetar al muchacho herido.

—Regresamos a la base. Toma el mando, Albert, estos chicos me necesitan.

Albert se hizo con el control del helicóptero. Estaba asustado, pero comprendió que en esos momentos la vida de todos dependía de él. Paul pasó a la parte trasera para socorrer a los soldados. El más perjudicado tenía una herida muy fea en la pierna.

Mientras, Pet continuaba su recorrido protegiendo al UH de Paul, que se dirigía de inmediato hacia la zona de seguridad. Albert continuaba pálido, pero Paul supo que lo lograría.

El Sandy de Pet sería el último en abandonar el lugar. El Skyraider era un avión lento y pesado y que podía ser alcanzado fácilmente. Temió por su amigo, y durante solo unos segundos se cuestionó cómo habría acabado Peter

pilotando uno de esos. La última vez que había sabido de él se encontraba en un destructor. «Siempre rozando el riesgo», pensó.

El soldado rescatado se retorció de dolor; tenía una herida de metralla en la pierna y perdía mucha sangre. Paul hizo un torniquete y le suministró de inmediato antibióticos junto con sedantes.

—Te pondrás bien, chico, ya lo verás —le alentó acariciando el hombro del soldado.

Dio entonces órdenes a Albert para que se dirigiese hacia la base más cercana; aquel muchacho debía ser atendido de inmediato. Albert puso rumbo hacia Bien Hoa, al norte de Saigón, y hasta allí fueron escoltados.

Los disparos no cesaban, aunque afortunadamente no lograron alcanzarles. Paul levantó la cabeza y miró a su alrededor: el resto de los chicos rescatados tenían dibujados el miedo en el rostro. Maldijo las guerras.

Durante la noche se oían los motores de aviones y helicópteros que vigilaban el perímetro de la base; no conciliaría el sueño. Supo que el oficial rescatado tenía la pierna y la clavícula rotas. Se alegró por él, pues eso suponía un billete de regreso a Estados Unidos.

Necesitaba dormir algunas horas o de lo contrario no le sería útil a nadie. Llevaba demasiado tiempo alejado del mundo y le pesaba cada día, inmerso en un infierno que ni él ni nadie deseaba que existiese.

Hacia algunos meses que recibía cartas de Cynthia, la pelirroja del Cherry Bar, como la llamaba Bob, continuaba en Washington y trabajaba como enfermera. Le hablaba de una idea que le rondaba la cabeza: presentarse como voluntaria en Vietnam para ayudar a los soldados. Pero Paul evitó que tomase aquella decisión; le caía bien y temió por su vida.

Había sido una grata sorpresa recibir sus cartas, como también las de su madre y Amy, que continuarían preocupadas hasta que el conflicto cesase. En cambio, no había tenido noticias de su padre. El día de la boda de Amy salió de Highland tras celebrarse la ceremonia, felicitó a los novios y se marchó. Amy lo comprendió, quedarse allí habría supuesto discutir con su padre, y Paul no iba a estropear el día más feliz de su vida. Amy sintió que un trocito de su corazón se alejaba de su vida.

Paul no llevaba el camafeo que le había regalado Sara, ni tampoco el

anillo. Desde que se despidieron se había propuesto olvidarla. Ya no estaba dispuesto a ver pasar sus días como quien ve circular un tren desde el andén y nunca sube a él. ¿Qué había hecho hasta entonces?, ¿lograr triunfos académicos y enamorarse de un sueño, un imposible? Eso no era un estilo de vida libre.

Esa noche se había detenido a pensar en Cynthia. No sabía cómo demonios había conseguido dar con él en mitad de aquel inhóspito lugar, y eso le produjo un grato sentimiento. En su última carta, le contaba que su trabajo en el St. Louis absorbía todo su tiempo, que trabajaba en la planta de pediatría y que le encantaban los niños; cuidarles era gratificante, decía. Le hablaba también de su tío, del bar, y de que ella no regresaría a Quantico, aunque en ocasiones le visitase. Y que le esperaría en Washington, aunque solo fuese para tomar una cerveza con él. Paul sonrió: le había conmovido la honradez de esa chica nada complicada.

Sabía que no habría ninguna como Sara, pero debía encerrarla en lo más profundo de su corazón. Aunque en esos momentos pensaba en su presente, inmerso en un país que se había convertido en una zona de guerra; no había una línea del frente: todo Vietnam lo era.

Los helicópteros de rescate se habían convertido en parte integrante del conflicto, simbolizaban la salvación para cualquier soldado herido, y eso le daba fuerzas para continuar; pensando en ello se quedó dormido.

A la mañana siguiente recibieron noticias del general Brown de las fuerzas norteamericanas, quien solicitaba refuerzo militar urgente, dado que se iba a llevar a cabo una operación aérea a gran escala con la aprobación del presidente de los Estados Unidos. Los objetivos iban enfocados a la destrucción de la industria y todo tipo de comunicaciones norvietnamitas.

Paul recordó las últimas palabras que su padre pronunció: «El asunto en Vietnam se pondrá muy feo; deberías salir de ahí». Después de todo, el bocazas de Spencer tenía razón: solo algunos estaban allí porque querían. Tal vez si le hubiesen dado a elegir, en esos momentos estaría en cualquier hospital del mundo ayudando a personas que no estaban siendo destruidas por sus congéneres, sino por enfermedades reales.

XXXVIII

Transcurrían los años y Marcial se había propuesto propiciar un encuentro entre Sara y Alex. Era consciente de que ninguno de ellos estaba preparado para iniciar un romance, pero no soportaba verles de ese modo.

—¿Vas a hacer de casamentera? —le preguntó Óscar tras escuchar su idea.

—¿Eso crees? Bueno, tal vez, aunque no me avergüenzo en absoluto. No trato de convertirles en pareja, pero ambos viven situaciones parecidas, complejas. No están con quienes aman, son desgraciados, y no lo soporto. Alex jamás olvidará a su esposa y Sara tiene a Paul tatuado en el cerebro.

—Tienes razón, Marcial, si bien lamento decirte que no lo apruebo. No debes interferir en sus vidas o puedes acarrearles más problemas.

—¿Pero qué demonios dices? Sería una válvula de escape, así de sencillo.

—Haz lo que quieras..., siempre acabas haciéndolo —le reprochó.

—Por supuesto que haré lo que me apetezca. ¿Quién eres tú para encauzar mis ideas a tu antojo?

—No empieces. Ya sé, ahora dirás que eres un espíritu libre, que tienes cincuenta y cinco años y que eres mayor para... bla, bla, bla.

—Muy gracioso. Ahora déjame, por favor, estoy intrigado.

Tomó asiento, se reclinó sobre el respaldo del sillón con el diario de Sara entre las manos; ella siempre le permitía leerlo. Miró hacia la puerta, Óscar la había cerrado despacio al salir, y sonrió. Reconoció que se comportaba de un modo irascible con todo el mundo cuando se trataba de Sara.

Observó la letra, inclinada y cuidada. Se lo acercó a la nariz. Adoraba las

pertenencias de Sara: todas desprendían un olor incomparable, especial, dulce y limpio. Volvió a sonreír y abrió el diario por sus últimas páginas.

Abril de 1966

Querido diario:

Han pasado cinco años desde que te guardé en mi preciosa caja de madera. Cinco años que trataré de resumir, por supuesto. Hay cuestiones que jamás he escrito en mi diario (promesa de amor, la llamaría yo), pero eso es otra historia de la que no puedo hablar. También he de decir que me he visto involucrada en ciertos asuntos que omitiré contar. Lo cierto es que he estado demasiado ocupada. Dejémoslo mejor así.

Hoy he salido con mi amigo Marcial para celebrar nuestros cumpleaños. Los dos nacimos en abril, aunque él acaba de cumplir cincuenta y cinco y yo treinta y cuatro.

Tiene un amigo muy especial que nos acompañó: se llama Óscar y es español. No sé si alguna vez he hablado de él, hace tanto tiempo que no escribo... Marcial continúa trabajando junto a mí, pero ya no acaparo tanto su tiempo como acostumbraba a hacer. No sería justo arrastrar su vida junto a mis miserias; tan solo comparte mis glorias y mis secretos.

Hemos almorzado en el club del edificio Chrysler, en el lado este de Manhattan. Ellos viven en la calle 42, en un precioso apartamento, y yo tengo mi peculiar negocio en la Quinta Avenida, donde también vivimos, o mejor dicho, vivo, pues mi íntegro marido casi nunca está.

El día que te guardé, mi querido diario, recibí una llamada: era Julia, para comunicarme que mi padre había muerto. Hubiese preferido no saberlo, pero no le dije nada. No viajé a España; hubiese sido absurdo. ¿Para qué? Ni siquiera estoy segura de si lo sentí. Supongo que en cierta manera tal vez fue así. Sin duda fue una sensación desagradable que me tuvo nerviosa varias semanas. Leo me ha tenido... secuestrada, se podría decir.

Al año siguiente de mi padre, falleció mi madre; lo esperaba. Julia me había hablado de su crítico estado de salud. Demasiadas muertes en poco tiempo.

Leo siempre creyó que mis padres habían muerto cuando yo era una

niña, así que mis sentimientos, fuesen los que fuesen, tuve que disimularlos como pude.

Mi única obsesión era y es mi niña. Siempre he querido huir, pero me da miedo que Leo quiera hacerme daño, pagándolo con quienes más quiero. No me fío en absoluto de este hombre.

Le pedí el divorcio. Siempre andaba, y aún continúa, viéndose con fulanas a las que cambia como quien cambia de camisa. Me respondió que no, así de simple. Gritó que sería su esposa mientras viviese. No sé si me ama o me odia. Está haciéndome compensar, dice, el amor no correspondido.

Traté de ponerme en contacto con un inspector de policía. Ahora, al parecer, mi marido tiene negocios respetables y no puedo demostrar que no me deja salir de Nueva York sin estar vigilada por sus hombres. La verdad es que me tiene amenazada y yo no lo puedo demostrar.

Me dedico al mundo de la moda. Cada uno de mis diseños los hago pensando en mi pequeña. Paso los días imaginando cómo vestiría a mi niña, qué tejidos elegiría, los colores que mejor le irían a su piel, a los ojos, al cabello.

Elisa tiene trece años. Me envía fotos y cartas, aunque no con tanta frecuencia como desearía; las guardo con todo mi cariño. Pero dice que no le apetece viajar. Julia me escribe y me dice que pasa todo el día escuchando música; sale con sus amigas y todas esas cosas propias de la edad, pero no le gusta demasiado estudiar, aunque no va del todo mal. Tiene a quien salir: yo tampoco fui buena estudiante.

Julia no ha podido tener hijos y vuelca todo su amor en mi hija. La entiendo, a mí me hubiese ocurrido algo parecido si hubiese tenido junto a mí a Simoneta, la hija oculta de Leo. No sé si he dicho alguna vez que mató a su primera esposa y a su amante; después entregó a la pequeña al cuidado de su familia. Una historia muy triste.

Sé que Elisa se va olvidando de mí, poco a poco, y no puedo hacer nada para cambiar eso, aunque Julia lo niegue para no hacerme daño.

Llegué a contactar con un mercenario, y estaba dispuesta a pagarle una gran cantidad de dinero para que acabase con la vida de Leo; tal era mi

desesperación por reunirme con mi hija, por recobrar mi vida, por retomar mi promesa de amor, esa que me ciega y que me lleva a pensar las más viles de las locuras. Afortunadamente para Leo, aquel hombre se negó rotundamente a realizar mi encargo al saber de quién se trataba. Me dijo que estaba loca, que eso sería firmar su propia sentencia de muerte.

Entonces me deprimí. No sabía qué hacer. Estuve en tratamiento psiquiátrico algunos meses. Durante ese tiempo no supe bien qué giro dar a mi vida.

Marcial y Óscar se convirtieron en todo mi apoyo. No sé si he contado alguna vez que su amor fue un flechazo. Al principio yo dudé, aunque no se lo dije, al contrario, le animé, y afortunadamente se aman muchísimo. Fue precisamente él quien me contagió su entusiasmo por la moda. Me mantiene distraída y a Leo no le molesta que yo tenga mis propios negocios; sin embargo, no deja de vigilarme.

Marcial permaneció reclinado sobre el asiento pensativo y cerró el diario en el instante en el que llegó Sara.

—¡Vaya!, ¡qué madrugador! ¿Tanto te intriga mi diario?, si me conoces mejor que yo.

—Deberías dejarlo: lo guardas y te olvidas. ¡Ya!

—¿A qué viene tanta histeria?

—Pues a que... Anda, salgamos, me apetece curiosear por la ciudad.

Sugirió desayunar en La Petite Boulangerie, una cafetería que se había puesto de moda entre la Sexta y la 59. De propietarios franceses, y una peculiar clientela, ofrecía unos exquisitos pasteles que se habían convertido en la última tentación de Marcial. Sabía que Alex era asiduo al local, y estaba dispuesto a organizar un encuentro casual, nada formal.

—No sabes lo afortunada que eres, Sara, no engordas, ¡siempre en el peso perfecto! Este lugar acabará con mi silueta.

—No soy tan golosa como tú, eso es todo, y deja de abusar del chocolate.

Marcial dejó a Sara sin dar explicaciones y se dirigió hacia la mesa en la que Alex parecía absorto tras un ejemplar de *The New York Times*.

Era un local acogedor, decorado en madera oscura, y sobre las paredes

rojas lucían pequeños cuadros con bonitos paisajes. En especial llamó la atención de Sara uno en el que una vieja locomotora serpenteaba entre montañas y unos niños corrían por el campo tratando de alcanzarla.

Sara se sentía fuera de lugar, buscó una mesa junto a una ventana y dirigió la mirada hacia Marcial charlaba con alguien, un hombre de mediana edad que llevaba gafas de pasta oscura y el cabello descuidadamente largo. Tal vez le había visto en alguna de las reuniones de la asociación de homosexuales que organizaban sus amigos.

El camarero le dejó la carta y ella reparó en la cantidad de pasteles que había tras un gran mostrador de cristal. Los había de todas las formas y colores. Le gustaba el olor concentrado de cremas, chocolates y bizcochos, mezclado con el intenso aroma a café. Sonrió, convencida de que Marcial conocería todas las pastelerías de Manhattan.

No quiso interrumpir su animada conversación con el desconocido, y durante unos instantes le invadió la sospecha de que se tratase de un amante, pero descartó esa posibilidad: Marcial no era así y jamás engañaría a Óscar.

Suspiró y pidió al camarero que le sirviese un pastel de chocolate y una taza de té. Al cabo de un rato, Marcial se despedía del hombre desaliñado y regresaba junto a ella. Esperaba que Sara preguntase por él, pero no fue así.

—También se marcha a Vietnam, a cubrir noticias —desveló tratando de crear intriga.

—¿El hombre con el que hablabas? —comentó sin esperar respuesta, y continuó conversando—. Hace algunos días hablé con Amy. Paul está al norte de Saigón, y está bien. No se habla con su padre y no está dispuesto a regresar.

—Qué calladito lo tenías —añadió Marcial curioso.

—Verás, Marcial, no le he escrito y no voy a interferir en su vida nunca más, pero necesitaba saber que está bien, solo eso. La última vez que nos vimos fue un encuentro muy especial, aunque no acabó bien: nos despedimos y las heridas no son fáciles de curar. Pero Amy me guarda el secreto.

—Siempre lo he imaginado, aunque he preferido no inmiscuirme, y déjame decirte que solo te haces daño y que creo que en el fondo te gusta martirizarte. —Y así lo hizo, sonriendo para relajarla.

En ese instante se acercó Alex a despedirse de Marcial. Sara le dedicó una sonrisa a modo de saludo sin reparar en él. Marcial sabía que, cuando hablaba de Paul, el mundo se detenía.

—Sigue, cariño —la instó después de despedirse del periodista.

—Me preguntó aquella vez si me dejaría ayudar: estaba dispuesto a enfrentarse a Leo. ¡Imagínate! Le respondí todo lo que ya sabes, y salió con que, en ese caso, no le amaba lo suficiente. Y me dijo adiós.

XXXIX

En 1968, la perseverancia del pueblo vietnamita significó el rotundo fracaso para las fuerzas norteamericanas, a pesar del despliegue de armamentos y la duración de la contienda. El orgullo estadounidense había quedado tocado y la opinión pública comenzaba a mostrar su insatisfacción por la implicación de su país en un conflicto tan lejano.

—¿Has *sentito la noticia*, Sara? Una pura locura esto de Vietnam — comentó Leo sentado en la terraza frente a una copa de bourbon. Sara no se pronunció, la guerra de Vietnam también se había convertido en su guerra particular.

Sara luchaba más que nunca por todas aquellas causas que consideraba injustas, en especial la lucha por la igualdad del ser humano y los grupos de apoyo a los homosexuales. Pese a las discrepancias de Leo, participaba en marchas y manifestaciones, como la del año anterior, en abril de 1967. Una marcha masiva contra la guerra de Vietnam, donde cientos de miles de personas se dieron cita en Central Park.

Se retiró a su habitación; no soportaba el desfase de Leo en cuanto a las noticias. Esa noche cenaban con un grupo de nuevos inversores en arte, y después le perdería de vista. Sus vidas solo tenían en común la Fundación Di Benedetto.

Pese al declive financiero que Leo había sufrido a finales de los cincuenta, Sara había invertido suficiente tiempo y dinero hasta lograr convertir la Fundación en una de las más importantes de Norteamérica. Un verdadero referente para cualquier artista. Por ello, Sara aparentaba mantener

una relación cordial con su marido, aunque eso conllevarse aceptar que alguna vez Leo acudiese a su alcoba en mitad de la noche. Sabía fingir, miraba el techo en la oscuridad y soportaba el peso de su cuerpo balanceándose sobre ella como un reptil. Por suerte, solo sucedía una vez al mes, y los rituales de Leo eran afortunadamente escasos. Un día de sacrificio, y el resto del mes libre como un pajarillo, pensaba cuando Leo salía de su interior, dejándola impregnada en el vomitivo olor a semen, y ella corría al cuarto de baño a ducharse. Su sacrificio había resultado en cierto modo inútil, pues jamás recuperaría a Elisa, aunque al menos sí la mantendría a salvo de él.

Antes de vestirse, aún en ropa interior, cogió la carta de Julia y volvió a leerla: siempre la misma historia. Elisa no quería oír su nombre.

Hizo añicos la carta para no dejar rastro de ella y le prendió fuego sobre el cenicero. Mientras la observaba arder, convertida en llamas amarillas y naranjas, tornándose rápidamente en cenizas, pensaba en su viaje a España.

Hacía algunos meses que había visitado su país, su ciudad, después de suplicar a Leo durante semanas que le permitiese hacerlo. Sin duda, había sido un lamentable error revelar a Elisa su verdadera identidad, porque Elisa se enfadó con el mundo.

Sara se había convertido hasta ese momento en un modelo, pero al conocer la verdad, todo se había ido por la borda. En una milésima de segundo había pasado de ser un ángel a convertirse en la mujer lejana y frívola que la había abandonado. Julia y Manuel trataron de hacerla entrar en razón, pero Elisa no supo, o no quiso, aceptar la comprometida y difícil vida de su madre, que regresó a Nueva York con la frustración como compañera de viaje.

Julia trataba de consolarla en sus cartas e insistía en la complicada edad de Elisa, una adolescente de dieciséis años que pronto maduraría y acabaría comprendiendo los motivos por los que no había vivido junto a su madre.

No había sido ella quien había precipitado la situación. Manuel y Julia habían dado por hecho que era el momento apropiado. Se equivocaron, pero no sería ella quien les culpase; no sería justo.

Y cada vez que buscaba la causa a todos sus males, el rostro de Leo aparecía ante ella como un maquiavélico espectro. Se sentía tremendamente

sola.

El tiempo también transcurría para Paul, inmerso en una horrible y absurda guerra que parecía no acabar nunca.

Con el tiempo, las cartas de Cynthia se habían convertido en una terapia, algo que le acercaba a la realidad de un mundo que solo recordaba en sueños. Sus palabras reconfortaban su profundo dolor tras el accidente mortal que hacía algunos meses había sufrido Bob durante una complicada operación de rescate. Paul sufría su ausencia.

El helicóptero de Bob había comenzado a recibir disparos sobre el fuselaje y le hicieron perder el control. Era hábil y pudo restablecer cierta normalidad, pero el UH-1 comenzó a fallar. Debía abortar la misión y regresar a la base. Paul permaneció allí, pues los helicópteros cañoneros no tardarían en regresar al haberse retirado para repostar y rearmarse. Aunque él también se estaba quedando sin combustible. Realizó una aproximación hacia la línea de árboles en la que se encontraban los soldados y en pocos minutos lograron rescatarles mientras que por la ventanilla vio acercarse a un vietcong; Alfred no dudó en dispararle. Cuando tomaron altura vieron aparecer a Bob, y Paul le hizo una señal para que regresase a la base. Se había colocado justo delante de él, y apenas había esbozado una sonrisa cuando, por sorpresa, una bomba salida de la nada impactó sobre el helicóptero de Bob provocando que se precipitase al vacío.

Paul no podía creerlo, gritó horrorizado y se lanzó en picado en su busca.

—¡Estoy harto de esta puta mierda! —gritó mientras descendía a pesar de las súplicas de Spencer, que le pedía que reaccionase o acabarían también con ellos.

La imagen de un amasijo de metal en llamas quedaría para siempre grabada en su memoria. Albert tomó el mando y Paul lloró desconsolado como no lo había hecho jamás. Obligó al muchacho a regresar al lugar del accidente, dispuesto a bajar y a buscar el cuerpo de su amigo. Pero aunque lo intentaron, allí abajo no había más que fuego. Ahora vivía la pérdida de Bob

en soledad; le echaba de menos cada instante de su vida, y así sería siempre.

Pese a los intentos de su padre por hacerle regresar a Estados Unidos, Paul no abandonó. Muchas noches sufría pesadillas en las que Bob aparecía vivo y después moría de mil maneras diferentes delante de sus ojos sin que pudiese hacer nada. Para alejar a esos fantasmas de la cabeza, escribía a Sara, aunque aquellas cartas jamás las envió; ni siquiera sabía por qué lo hacía.

Después escribía a Cynthia y se sentía aliviado. Antes de acostarse o antes de emprender una nueva misión lo hacía, y comenzaba algo hermoso, aunque sabía que no estaba enamorado de ella. Cuando recibía sus fotos las colocaba sobre la pared junto a la cama, y pensaba que tal vez era ella la mujer que necesitaba como definitiva compañera en el viaje de su vida.

Pero la pesadilla continuaba y los militares de Estados Unidos presionaban para llevar a cabo misiones cada vez más agresivas contra la ruta de Ho Chi Minh, una red de caminos que los vietnamitas del norte utilizaban para desplazarse hasta Vietnam del Sur a través de Laos y Camboya. No se trataba de una carretera, sino de sendas y veredas a través de las cuales transportaban todo tipo de provisiones y soldados.

—Se les está yendo de las manos —expuso Paul a sus compañeros durante un despliegue de reconocimiento sobre la ciudad de Saigón.

A finales de enero de ese mismo año 1968, y coincidiendo con la celebración del Tet, Año Nuevo vietnamita, el sonido de los fuegos artificiales pronto fue sustituido por el de los morteros y las granadas en un ataque por sorpresa a la Embajada norteamericana en Saigón, y este hecho había debilitado aún más sus ánimos.

—Tengo ganas de regresar a casa. Esto se ha convertido en una carnicería —dijo Ted mientras colocaba un vendaje limpio sobre una antigua herida en el brazo de Albert que volvía a sangrar.

—Sí, chicos, tal vez tengamos el material bélico más ofensivo de la historia, pero esos putos chinos juegan con el factor sorpresa —señaló Spencer mientras fumaba un cigarrillo.

—Deberías dejar de fumar. Si no te matan esos amarillos, como les llamas, lo hará el tabaco —bromeó Ted.

—Nos mienten, a todos, a los que están en casa y a los que estamos aquí.

Lo he dicho siempre, esta guerra no significa otra cosa que demostrar la supremacía política sobre China y Rusia. El presidente afirma por televisión que se están llevando a cabo grandes progresos, pero eso no es cierto — apostilló como siempre Spencer con su habitual ironía.

—¿Ha hablado con su padre sobre ello, señor? —preguntó Albert a Paul.

—No hablo con él desde hace años, aunque leo algunas de sus cartas. En ellas deja entrever ciertos secretos del Pentágono, con lo que pretende hacerme regresar, y, sinceramente, estoy dispuesto a hacerlo algún día. Pero llegado ese momento, daré a conocer a la prensa lo que el mundo necesita saber acerca de lo que en realidad significa esta guerra. La guerra de Vietnam. Aunque con ello consiga que me odie el resto de su vida.

—¿Qué hace aquí entonces, señor? —preguntó a su vez Ted, tras curar la herida a Albert.

—No puedo responderte; quizás algún día pueda explicármelo.

La base de Khe Sanh, localizada a unos veinticinco kilómetros de la frontera con Vietnam del Norte, contaba con una amplia pista de aterrizaje situada sobre una meseta en uno de los valles más bellos del sudeste asiático, y estaba dotada de numerosos hangares para helicópteros, además de estar equipada con un polvorín para munición y combustible. La presencia en Khe Sanh de las fuerzas norteamericanas desde enero del 68 era de unos seis mil marines.

Tenían muy presente lo que había sucedido a los franceses en 1954 y no iban a permitir que se repitiese lo de entonces, cuando las tropas coloniales disponían de muy pocos helicópteros y los aviones escaseaban. El Estado Mayor trataba de evitarlo, enviando vuelos de todo tipo de aparatos, transportando cargas que en lonas colgaban de los helicópteros. En esos momentos todos llevaban a cabo cualquier misión que se les encomendase. Y el uso del aprovisionamiento en vertical que llevaban a cabo los helicópteros se había hecho fundamental.

La base estaba rodeada de colinas de más de mil metros de altura, selvas frondosas y ríos profundos. Desde el aire podían ver la niebla que frecuentemente se acumulaba en aquella zona, y tanto para Paul como para sus compañeros descender sobre aquel punto era como adentrarse en un lugar

lejano donde la civilización había desaparecido.

Durante el viaje, las encrucijadas aparecieron diminutas ante sus ojos. El día estaba claro a pesar de que llovía, y durante unos instantes Paul se olvidó de que aquella zona era la mejor defendida de la ruta Ho Chi Minh, mientras atravesaban cientos de kilómetros de selva. Después de que Paul hiciese el comentario acerca del Pentágono, todos habían guardado silencio, inmersos en sus pensamientos sobre aquel terrorífico destino. El peor día de todos había sido uno en el que un disparo de artillería en la base había hecho explotar un depósito de municiones y había causado numerosos daños dentro de su perímetro.

Se hacía de noche y a medida que avanzaban la niebla se hacía más espesa. A Albert le había parecido ver focos bajo ellos, pero cuando alertó a sus compañeros, estos habían desaparecido y un paisaje oscuro se dibujaba abajo.

—¿Estás bien, Albert? —preguntó Paul.

—Sí, mi comandante, solo es que de repente he imaginado que nos tendían una emboscada.

Tenían muchas posibilidades de ser atacados, y Paul era consciente, pero su deber era llegar hasta Khe Sanh cuanto antes.

De pronto el helicóptero comenzó a recibir impactos desde atrás, y Paul reaccionó dirigiendo el aparato hacia la zona contraria, pero parecía que la hélice había sido dañada y los mandos respondían mal. Descendió hasta alcanzar poca altura. Tenía la certeza de que se estrellarían sin poder evitarlo, y optó entonces porque el golpe fuese lo menos violento posible, perdiendo casi el control. Entonces le pareció identificar a ras de suelo bultos en movimiento.

—¡Una emboscada, señor! —gritó Ted.

Paul continuaba aferrado a los controladores y trataba de evitar que el aparato se fuese contra las montañas. Mientras, Spencer sostenía su arma con el dedo en el disparador, y sudaban. Inevitablemente, la hélice se enganchó en la rama de un árbol; Paul miró hacia abajo y comprobó que había un saliente en la montaña.

—¡Tenemos que saltar, no perdáis tiempo!

El peso del helicóptero arrancó las ramas y se deslizó varios metros sobre la pendiente, y poco después se precipitaba al vacío. Por fortuna, habían salido justo a tiempo. Estaban vivos.

—Permanezcamos unidos. Nos ocultaremos hasta que comience a clarear.

Se agruparon sentados formando un círculo, apoyados en las espaldas, de modo que conseguían tener una visión completa y circular bajo un montón de grandes ramas espesas. La lluvia comenzaba a arreciar, y ellos continuaban inmóviles. Llevaban colgadas sus ametralladoras, las M60.

Antes del amanecer rastrearon con cautela el lugar. La bajada por aquellas colinas era complicada, pero necesitaban comprobar si la radio de su helicóptero aún funcionaba. Llevaban algunas bengalas en los chalecos, aunque era imposible utilizarlas sin alertar al enemigo.

Paul hizo un gesto con el dedo índice a los muchachos al percibir presencia de movimiento. Supuso que se trataba de fuerzas enemigas y decidió que permanecerían ocultos en aquel tramo de bosque, donde la cubierta vegetal se convertía en un aliado.

—¡Mirad! —exclamó Paul señalando huellas de pisadas, y ordenó a los chicos que le siguiesen.

Comenzaba a clarear, y entre los árboles, algo alejados, descubrieron que tenían frente a ellos un grupo de oficiales estadounidenses. Interrogaban a soldados norvietnamitas, quienes no dejaban de gritar *chuhoi, chuhoi*, en su argot, «me rindo», pero abrieron fuego a quemarropa sobre ellos.

Rápidamente, el grupo de oficiales dirigió la mirada hasta donde Paul y sus hombres se hallaban.

—¿Qué diablos hacéis vosotros aquí? ¡Parecéis fantasmas! —repuso uno de ellos. Tenía la cara salpicada de la sangre de sus víctimas y se limpiaba con la manga de la chaqueta.

—Hemos tenido que saltar de nuestro helicóptero antes de que acabásemos todos muertos. Soy el comandante Paul Slater, pilotaba un UH-1, de salvamento médico y carga de material para la base.

—Soy el sargento Norton, mi comandante —cambió de actitud y se acercó a saludarles—. Hemos descubierto en la zona enemigos ocultos entre los árboles. Tienen suerte de no haberse encontrado antes con algunos de

estos infectados —señaló al tiempo que escupía en el suelo.

Paul guardó silencio. Había aprendido que en Vietnam matabas o te mataban, y la moral de los soldados estadounidenses estaba muy tocada. Las palabras del general Curtis, al decir que los norvietnamitas debían cuidarse o les enviarían a la Edad de Piedra, habían convertido a muchos militares en verdaderos asesinos.

—De modo que sois los chicos buenos de esta guerra, ¿no es eso? —preguntó el coronel al mando, un tipo con aires de saberlo todo—. ¿Apoyáis a los soldados sin apoyar la guerra o algo así? —continuó sin dejar de mascar chicle.

—Cada uno tenemos una visión particular de lo que hemos venido a hacer aquí —contestó Paul antes de que Spencer soltase algunos tacos.

A partir de ese momento, el comandante daba por concluida la misión y fue a avisar por radio al helicóptero de apoyo. Pasó por encima de los cadáveres como si se tratase de un montón de basura.

—Estas tierras están llenas de túneles; destruimos con explosivos cien y volvemos a encontrar doscientos —añadió uno de los voluntarios que se hacían llamar *ratas de túnel*: eran los encargados de penetrar por los agujeros, ya que sospechaban que justo allí debajo se escondían documentos y mapas que encerraban la clave del Vietcong.

—Creo que es la misión más antinatural de todas —comentó Albert al oír lo que decían de aquellas misiones.

—Sí, chico, hay que tener las pelotas muy bien puestas para arrastrarte durante horas a través de esos túneles. Además de unos nervios de acero —dijo otro que les miraba como a bichos raros.

Paul percibía que aquellos hombres estaban muy alterados debido al constante nerviosismo en el que vivían. No se percataron entonces de que los guerrilleros del Vietcong les acechaban en silencio. A través de la línea de árboles una ametralladora ligera RPD abrió fuego contra ellos; ahora sí que les habían tendido una emboscada. Paul gritó a todos que se pusieran a cubierto, mientras ráfagas de metralla llovían sobre ellos desde todas partes. Los marines lograron silenciarles con granadas de fragmentación, pero eran tan numerosos que se sintieron durante algunos segundos perdidos.

Afortunadamente, aquel ruido ensordecedor pronto se vio silenciado por un helicóptero de ataque y otro de salvamento que llegaban en su ayuda, haciendo saltar por los aires a las fuerzas del Vietcong.

Paul había sufrido una herida a escasos milímetros del corazón, además de algunas costillas rotas por el impacto de la caída; pese a ello no descansó hasta localizar los cuerpos con vida de sus compañeros. Perdía mucha sangre y al cabo de unos minutos se quedó inconsciente.

Cuando despertó, iba rumbo a casa.

LX

Marcial llevaba días organizando una fiesta sorpresa en la terraza del edificio en el que vivían. Coincidió el cumpleaños de Óscar con la apertura del nuevo sueño de Sara, Fresh de Elisa & Co., el nuevo local que abría sus puertas en la 34, y que era tal como imaginaba Sara a Elisa: una chica fresca, dinámica y efervescente.

Marcial había contratado a un decorador de exteriores: todo debía quedar perfecto, aunque imponiendo su sello personal. Un par de carpas, una gran barra y una pequeña zona de baile.

—Yo pago, yo elijo —alegaba cuando alguien le contradecía.

Corría el mes de julio de 1968, y Sara, como de costumbre, estaba melancólica a pesar de sus triunfos. Amy le había hablado del regreso de Paul, de su recuperación y también de Cynthia.

—Gracias, Amy, me alegro de que esté bien —dijo conteniendo las lágrimas.

—Sara, lo siento.

—No te preocupes, hay que aceptar la realidad, y yo no estaba hecha para él.

Hacía algunos días que había mantenido esa conversación con Amy. Con el transcurso de los años se habían hecho amigas, pero las palabras golpeaban sus pensamientos cuando menos lo esperaba.

—Después de todo, era de esperar —le había contado a Marcial—. Han pasado tantos años que nos hemos hecho adultos sin darnos cuenta.

—Lo siento, Sara, mi niña, créeme, pero es hora de rehacer tu vida, y

¡quita esa cara de vinagre! —le pidió antes de abrir la puerta de la terraza.

Alex encendió el alumbrado y una multitud de luces diminutas brillaron desde todos los rincones, convirtiendo aquel lugar en algo mágico. Sara entonces imaginó un universo repleto de estrellas.

—¡Espectacular! —exclamó Óscar.

—¿Os gusta? Lo sé, nadie me gana en efectos especiales; siempre causo sensación, aunque esté feo que yo lo diga. He quedado con los invitados dentro de media hora, a excepción de Alex, que me ha ayudado con toda esta parafernalia... ¡Alex!, deja ya de esconderte detrás de esa palmera —solicitó en voz alta—. Y sí, Sara, no me mires de ese modo: también es tu fiesta.

—¿Mía? Gracias, pero no lo merezco, Fresh es el trabajo de todos.

—Cariño, siempre te digo que tienes la virtud de convertir en oro todo aquello que tocas —replicó Óscar eufórico sin dejar de mirar a su alrededor.

Alex se había acercado a felicitarles. El hombre que Sara recordaba como el del cabello desaliñado y las gafas de pasta, en ese momento estaba muy atractivo.

—¡Felicidades! —Alex la miró a los ojos y le ofreció una copa de champán.

—Gracias, pero insisto en que no es mi noche.

—Debería serlo. Marcial no deja de hablar de ti, y yo tenía ganas de conocerte. Me consta que eres muy especial para ambos.

—Ellos también lo son para mí —sonrió.

—¿Es cierto que eres tan solitaria como dice Óscar?

—¿En serio dice eso de mí? Puede ser. Desde luego no soy como reflejan esas revistas de moda. Por cierto, tú eres periodista, ¿verdad?

—Sí, pero no me dedico a ese tipo de noticias. Me interesan otros temas.

—¿Te parecemos gente frívola? —preguntó enarcando una ceja.

—En absoluto. Conozco a Óscar y a Marcial desde hace mucho y admiro su compromiso con todas esas causas, complicadas, por cierto. También sé algo sobre ti y tus proyectos: admirable. Solo es que yo no trato los asuntos de sociedad.

—¡Chicos, la hora de los canapés! —les avisó Marcial agitando una campanilla cuando los invitados llegaron.

Sara se acercó a la mesa central a saludar a un grupo de amigos que, animados, organizaba un viaje de placer.

—¿No te gustaría unirme a nosotros en nuestro próximo viaje, Sara? Creemos que Marcial y Óscar sí lo harán: están agotados y necesitan unas vacaciones —propuso Alan, un joven chistoso al que nunca le afectaba nada.

—Lo pensaré —dijo Sara—. Tal vez con un par de escoltas mi marido me permita viajar —añadió.

El chico y su grupo rieron a carcajadas, todos creyeron que Sara bromeaba.

—¿Es cierto eso que acabas de decir? —preguntó Alex, que estaba a su espalda.

—¿No lo crees?, pues si bajas y miras frente a la entrada del edificio, encontrarás a Cosme —Sara le susurró cerca del oído, y fue a reunirse con sus amigos en la zona de baile.

—Soy como un pato mareado. Diana Ross me supera —confesó Marcial algo sonrojado por el alcohol y la agitación de la noche. Vestía de color blanco, y deseaba paz y amor a todo aquel que se le acercaba.

—Solo te falta dejar crecer tu cabello y utilizar gafas redondas: serías John Lennon dentro de algunos años.

—¿Por qué dentro de unos años?

—¿Porque eres mayor que él? —dijo Sara abrazándosele al cuello para bailar.

—¿Me estás llamando viejo? —Frunció el ceño.

—Sí. —Sara sonrió—. Todos nos hacemos mayores cada día.

—¡No te pongas filosófica que me amargarás la noche! ¿Qué, te has fijado en mi amigo? —indagó curioso.

—¿Cuál de ellos?, ¿el más bajito?, ¿el más alto?, ¿aquel inconfundiblemente gay que no deja de beber? Te juro que ya me da igual, si lo que buscas es relacionarme con alguien, cualquiera servirá. —Sara rio.

—No seas irónica, te conozco muy bien y sabes que me refiero a Alex.

—No está mal, pero te aseguro que no es mi tipo; demasiado..., no sé.

Alex observaba a Sara mientras bailaba. Tenía la sensación de que debía de ser difícil acercarse a ella, y optó por marcharse. Aquella mujer le había

causado un efecto provocador y no se había sentido cómodo. Desde que su mujer falleció se negaba a iniciar una aventura. Nunca estaba preparado.

—¿Te marchas? —preguntó Sara acercándose a él cuando acabó la canción.

—Estoy cansado y mañana toca viajar. Aunque si te apetece una última copa...

—Perfecto.

Sentados, charlaron sobre el trabajo de Alex, siempre junto a la noticia cualquiera que fuese el lugar donde esta se hallara.

—¿Nunca has temido por tu vida? —quiso saber interesada.

—Por supuesto, aunque si viviese solo todo sería diferente. Pero está mi hijo, y la situación se complica cada día más: se hace mayor y me necesita cerca.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciséis, una edad difícil.

—Lo es, sin duda.

—Desde que perdió a su madre trata de acaparar mi atención, y no siempre me es posible estar. Mi hermana pequeña se vino a vivir con nosotros. Es una soltera empedernida que me echa una mano cuando tiene tiempo, y también es periodista.

—¡Vaya! Me alegro, no es bueno estar solo. ¿Y mañana, a dónde vas?

—A Washington. Hay un tipo al que quiero entrevistar. Recibí una llamada suya hace algunas semanas; está recopilando datos muy interesantes sobre la guerra de Vietnam, y creo que a ambos nos interesa ese asunto. Sus fuentes son fiables, su padre creo que es un tal... coronel Slater, sí, eso es.

—¿Cómo has dicho?

—Slater, él es Paul Slater. ¿Te suena?

Sara había palidecido, aunque trató de sonreír.

—Tal vez, aunque no estoy segura. Puede que le haya confundido con otra persona a quien conocí hace ya mucho tiempo. ¿Y dices que te reúnes mañana con él?

—A las ocho sale mi avión; me recogerá en el aeropuerto.

—Pues... supongo que eso es bueno. Se trata de noticias, ¿no?

—Exacto. Aunque es un trabajo delicado; tiene documentos secretos del Pentágono. Entre otras cuestiones se pone de manifiesto el engaño hacia todos los ciudadanos sobre lo que realmente es la guerra de Vietnam.

—¿No es peligroso? —preguntó temiendo por Paul.

—La vida en sí misma lo es, ¿no te parece? Ahora buscan una salida digna para retirar las tropas. Pero nos han metido hasta el fango y continúan muriendo soldados.

—Cierto, y desde el asesinato de Martin Luther King... ¡Dios mío, el mundo está loco!

—Antes te comentaba que escribo otro tipo de artículos, reflejo el malestar de la sociedad americana, simplemente la verdad. Hoy día todos nos cuestionamos por qué continuar malogrando vidas en una guerra perdida. Hay deserciones, la militancia racial hace recelar a los afroamericanos..., no sé, hay mucho fanático suelto, suicidas que buscan la gloria y arrastran a sus tropas.

Sara le escuchaba absorta. Le parecía un buen hombre, comprometido, pero el miedo se le había instalado en el cuerpo como si fuese una segunda piel.

—Ahora he de marcharme. No hables de esto a nadie, hazme el favor. — Y le hizo un guiño—. Me alegro de haberte conocido y espero volver a verte.

—¿Qué, te cae bien mi amigo? —preguntó Marcial con dos canapés y una copa cuando le vio marchar.

—¿Sabes que mañana se reúne con Paul? —le informó con la mirada perdida.

—¡Coño! —dijo, e inmediatamente rectificó—: Siento ser vulgar, pero lo necesitaba. Totalmente de mi tierra, ¡es que la cosa tiene miga...! —Se dejó caer en el asiento junto a Sara y bebió de un solo trago el contenido de su copa.

Paul aguardaba en el coche aparcado frente a la puerta del hospital. Cynthia salía del turno de tarde, y mientras la esperaba, pensaba en los

documentos que al día siguiente entregaría a Alex. Hacía lo correcto, aunque era arriesgado.

También lo hacía por Bob. Antes del accidente habían decidido que cuando todo acabase, ambos harían cuanto estuviese en sus manos para divulgar las atrocidades cometidas en aquella terrible guerra.

Pensaba en su amigo con frecuencia y le dolía el alma. Sintió ira por las pérdidas humanas de ambos bandos. Detrás de cada uno de ellos había una vida, una historia. Lo más valioso del ser humano expuesto a la ambición de unos cuantos sin escrúpulos.

Cuando visitó a la mujer de Bob, comprobó que estaba destrozada; no parecía la misma chica que había conocido hacía tan solo unos años. El pequeño de Bob era igual que su padre y le vio reflejado en él. Había prometido a Mary que se ocuparía del pequeño y estaría siempre cerca.

Sus pensamientos se esfumaron cuando la vio salir. Cynthia charlaba con una compañera en los escalones. Le gustaba: era simpática, sencilla, amiga y amante.

—Hola, Paul —dijo al entrar en el coche y besarle en los labios.

—Hola. ¿Qué tal la tarde?

—Cinco nuevos ingresos, todos con problemas estomacales. Creo que es este calor que nos afecta a todos —sonrió.

Antes de poner en marcha el vehículo la miró: tenía un precioso cabello rizado, rojizo como el fuego, y pecas anaranjadas sobre la nariz. Era algunos años más joven que él, pero lo suficiente madura como para saber lo que hacía.

—Bueno, ya que estás libre, ¿qué tal si cenamos fuera? —propuso Cynthia sin perder la sonrisa.

—Mejor otro día, he de revisar todos esos documentos.

Paul había sido promovido al rango de coronel, y condecorado con la Cruz al Servicio Distinguido, la segunda más importante al heroísmo. Pero la había rechazado, añadiendo que no le interesaban sus estúpidas condecoraciones, ni medalla alguna. Según su padre, había demostrado un desprecio absoluto por todo aquello por lo que había luchado.

—No es mi guerra, papá, nunca lo fue. No me avergüenzo de lo que hago

ahora y tampoco me enorgullezco de haber estado allí; solo fui a ayudar, simplemente. —Con esas palabras dio por finalizada la conversación con su padre en su despacho en el Pentágono.

Antes de salir le miró: estaba rojo de ira, aunque se mantenía erguido; jamás le abandonaría esa soberbia innata. Paul no le dijo adiós, cerró la puerta y se marchó sin más.

Después de aquello había conseguido un puesto como profesor en la Facultad de Medicina en Washington, y además trabajaba para el Departamento de Investigación de Enfermedades Raras.

Desde que Paul regresó de Vietnam, Cynthia se había convertido en su mayor apoyo, y le había ayudado a mejorar física y emocionalmente. Pero Paul sabía que Cynthia era una de esas chicas que buscaban un compromiso serio como el matrimonio, así que él le había pedido tiempo y ella se lo había concedido. Se veían algunos días a la semana, y Cynthia comenzaba a cansarse de una vida junto a él sin planes de futuro.

Paul decidió ir directamente al apartamento que tenía alquilado desde que regresó de Vietnam. Cynthia compartía piso con dos de sus compañeras, aunque algunas noches las pasaba con él.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer, Paul?

—Completamente. Ya te contaré algo cuando regrese.

—¿Tiene que ser mañana? Tengo dos días libres —preguntó acercándose a él en actitud insinuante.

—¿Qué quieres? —sonrió.

Ella le quitó los documentos, dejándolos sobre la pequeña mesa de cristal, y desabrochó despacio los botones de su camisa.

—¿No me echas de menos?

—Claro —respondió acariciándole el cabello y besándola en los labios.

Cynthia le besaba sentada a horcajadas sobre él: despertaba su deseo carnal. Era una mujer preciosa y le decía que le amaba aferrada al cuerpo para no dejarle escapar, aunque él jamás pronunciaba esas palabras que Cynthia tanto deseaba escuchar.

Le desabrochó el pantalón buscándole el sexo, y él le bajó las bragas acariciándole las nalgas, las caderas... La penetró y gimió de placer. Ella

oscilaba las caderas excitada, ansiosa por poseerle, mordiendo la boca con pasión, aunque en el fondo sentía que no era del todo suyo.

La claridad del sol entró tenue a través de las gruesas cortinas que cubrían la ventana. Miró su reloj: eran casi las siete de la mañana. Se levantó despacio y fue a ducharse. Mientras sentía caer el agua sobre el cuerpo pensaba en su relación con Cynthia. No estaba seguro de cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Había hablado con ella en otras ocasiones sobre sus dudas, sus miedos, y le había prometido que no le mentiría jamás, a lo que Cynthia siempre le respondía que todo lo que le sucedía era normal, que vivir una guerra no era fácil para nadie, y que los sentimientos podían aparecer confusos, contradictorios. Tal vez tenía razón. Salió del baño, se vistió y antes de marcharse la besó en la frente.

XLI

Sara despertó con el sonido de las olas en su casa de Coney Island, y al hacerlo notó el cuerpo de Molly dormida junto a ella; estaba muy mayor y dormía todo el tiempo. La acarició, era como su niña pequeña, la que siempre provocaba una sonrisa en ella. Sabía que no viviría mucho más y eso también la llenaba de angustia.

Marcial y Óscar regresaban esa tarde de su crucero por el Pacífico y estaba feliz. Y Leo había viajado a Italia por asuntos de negocios, lo que hacía que se sintiera bien; se conformaba con tenerle lejos.

El Chevrolet Corvette rojo bajaba por el camino de acceso a la vivienda, y ella fue a su encuentro.

—¡Qué guapos! —exclamó al verles.

—¡Mi niña! ¡Cuánto te he echado de menos! —Marcial lloriqueaba.

—Ha pasado medio viaje gimoteando y el otro medio comprando regalos para todo el mundo —explicó Óscar cogiendo las maletas.

—Es que he regresado muy sensible. He paseado por lugares que visité con Florence durante mi juventud. Bueno, no se hable más, no quiero parecer una muñeca llorona de esas que rifan en las ferias. ¿Y quiénes dices que vendrán? ¡Me encanta! Ahora que Óscar no nos oye, he de decirte que prefiero estar aquí. Echaba de menos nuestro mundo —le susurró al oído.

—Se nota que estás aquí —afirmó Sara agarrada a su brazo.

—¿Por qué?

—Porque no paras de hablar —sonrió.

Antes de que llegasen los invitados, Sara salió a la terraza a comprobar

que todo estaba en orden. Habían colocado mesas alargadas, con manteles blancos que daban protagonismo a los arreglos florales y a las velas, a punto de ser encendidas. Todo lucía armónico y vibrante.

—Incluso una hoja de lechuga queda bonita. ¿No es así, Sara? — murmuró a su espalda Marcial, que acababa de unirse a ella.

—¿Cómo sabes que pensaba en Florence?

—Has heredado sus gustos... Siempre estará en nuestros corazones. Te quiero, Sara..., nadie de mi familia haría por mí lo que haces tú.

—Yo también te quiero, y recuerda: la mejor familia es la que buscamos.

Anocheecía. La gente se divertía frente a un mar en calma, y las pequeñas olas se sucedían unas tras otras iluminadas por la luz de la luna.

El último en llegar había sido Alex. Y lo hizo con una excusa:

—Lo siento, Dylan está insoportable; ese crío va a volverme loco.

—Hola, me alegro de que hayas venido. Los críos son como son y no entienden a los padres. Jamás, eso es algo que deberías asumir —se apresuró a disculparle la anfitriona.

—¿Tienes experiencia? —preguntó Alex sonriendo.

—Bueno, digamos que... sé cómo actúan.

Alex estaba sorprendido por la belleza de Sara: su sencillo vestido negro realzaba las insinuantes curvas. Llevaba el cabello más corto que la última vez que la vio, y dejaba al descubierto un precioso escote que mostraba la espalda.

Durante la cena, Alex se sentó junto a ella. Sabía que el recuerdo de su esposa siempre le acompañaría, pero quería conocer a aquella mujer que no escapaba de sus pensamientos.

—¿Te estás divirtiendo? Si lo deseas puedes entrar a telefonar a tu hijo; quizás ya no esté enojado —propuso sintiéndose observada.

—Gracias, prefiero que se acostumbre a no tenerme pendiente de él cada vez que le da una pataleta. Ya es mayor para eso, incluso tiene algo de barba —adujo sonriendo.

—Sí, tienes razón.

—Desde lo de su madre, se aferró a mí, y mi vida es un ir y venir; no puedo estar con él todo el tiempo.

—Lo lamento, debéis de haberlo pasado muy mal, aunque no quiero que hables sobre ello.

—No te preocupes, lo hago a menudo; mi mujer lo era todo para mí. Mi amiga, mi compañera, mi amante. Al pensar en ella revivo esos momentos. Es como si me acompañase a todas partes, no sé si me entiendes, o tal vez pienses que estoy loco.

—En absoluto. Imagino cómo te sientes, también perdí a la persona que amaba. De forma diferente, pero... ¿Te apetece pasear por la orilla?, es una buena terapia, te lo aseguro.

Alex sonrió, había en ella algo diferente: era dulce y no parecía una de esas mujeres que buscan un hombre desesperadamente. Se descalzaron y caminaron por la arena aún caliente hasta llegar a la orilla; las olas entonces les mojaron los pies y sonrieron.

—¿Y tu marido?, ¿nunca te acompaña?

—Casi nunca, pero aunque te sorprenda, es mejor así, créeme.

—Pensé que te referías a él cuando me decías que lo habías perdido. — Sara rio a carcajadas durante un buen rato. No podía creer que Marcial jamás le hubiese dicho a Alex algo al respecto—. ¿Tan gracioso te parece lo que acabo de decir?

—Sí, mucho. Hace años hubiese llorado, pero a estas alturas de mi vida, no.

—Entonces no me he equivocado. Tenía la impresión de que algo triste te acompañaba.

—¿Tanto se nota? Pero no hablemos de eso ahora. ¿Qué tal tu trabajo, conseguiste aquellos informes?

—Sí, un buen hombre, sin duda, ese Slater. —Sara sintió cómo su pulso se aceleraba y se agachó a recoger agua con las manos para mojarse la cara—. No podrías imaginar la cantidad de información que posee, y no quiere nada a cambio, tan solo la satisfacción de verlo publicado. Aunque eso no es fácil.

—Suena arriesgado.

—Sí, todo apunta a que el Gobierno de Johnson fingió el incidente de Tonkin para...

—¿Es eso cierto? —preguntó Sara sorprendida.

—En ello estamos, por eso es complicado. Slater está convencido de que se disfrazó de ese modo para intensificar la guerra. Es más, tiene en su poder copias de la Agencia de Seguridad Nacional en las que se concluye que no existió dicho ataque.

Sara le escuchaba perpleja; se había detenido y le miraba a los ojos presa del miedo. Esos hombres se estaban adentrando en un terreno peligroso.

—¿Pero quién va a atreverse a...?

—Está decidido y lo estamos estudiando; no podemos tomarlo a la ligera. Slater no es el único que está recopilando pruebas; hay otras personas implicadas y afirma que el presidente lo consiguió de ese modo.

—No os van a permitir que hagáis pública una noticia de esas características de ser cierta.

—Por eso te comentaba que no es fácil. Pueden alegar que fue un fallo del radar del Maddox y que detectaron esas lanchas torpederas norvietnamitas por error. Aunque tengo amigos en *The New York Times* que están dispuestos a ayudarnos. Slater ha fotocopiado documentos que respaldan la versión. Su padre es miembro de no sé qué departamento del Pentágono y esto sin duda le perjudicará. ¿Te sucede algo, Sara?, estás pálida.

—Estoy sorprendida, pero continúa, por favor, nos afecta a todos.

—Son informaciones pendientes de contrastar, pero lo que sí puedo decir es que analizando los hechos resulta increíble comprobar lo sencillo que le resultó a algunos engañar a toda una nación y a medio mundo. Querían hacernos creer que una supuesta escaramuza contra dos navíos norteamericanos había sido el primer golpe norvietnamita. Y entonces lanzaron sobre Vietnam en unas pocas semanas el triple de bombas que en toda la Segunda Guerra Mundial.

—Eso es horrible, cuánto habrán sufrido tantos pobres inocentes, de ambas partes.

—Sí, muchos regresan bastante tocados. Slater tiene razón, y, aunque la guerra es un infierno, las mayores atrocidades las cometen quienes con un bolígrafo aprueban lo que ellos creen justo. Ahora trabaja en una evaluación

de la guerra, da clases en la facultad e investiga sobre enfermedades raras. Un gran tipo, aunque no sé si duerme, porque le queda poco tiempo libre — bromeó.

Sara tenía muchísimo miedo. Paul era, sin duda, un hombre ejemplar, pero podía sucederle cualquier cosa.

Corría el mes de junio de 1971, y Sara esperaba cada viernes como un soplo de libertad: ese era el día en el que durante algunas horas se olvidaba de su caótica vida.

Molly le había dicho adiós hacía un par de años, durante una noche de tormenta. Dormía apoyada sobre el brazo de ella, abrigada, tierna, como lo fue siempre, pero dejó de respirar. Fue muy duro para Sara; era su pequeña, su niña, quien la escuchaba mirándola con sus dulces ojos almendrados y su pelo blanco alborotado. Movía las orejas y la hacía sonreír. «Viendo al ser humano actuar como lo hace, más amo a los animales», había hecho pública esa frase, y Sara fue ganando partidarios y detractores. Pero se había sentido bien al pronunciarla y durante esos segundos había sido ella misma, libre.

Todo se disipaba a su alrededor y solo le quedaban recuerdos. Al perderla se había ido con ella un trocito del corazón, otro más. «A ese ritmo, me quedaré sin él», pensó.

Marcial y Óscar continuaban con su particular labor, apoyando siempre a los más débiles. Al fin se habían decidido a lanzar su propia revista y habían adquirido todo un edificio en Brooklyn, en el que habían instalado un complejo de oficinas.

Innovación era el nombre con el que lanzaron a la venta la revista. En ella colaboraban muchos amigos, compañeros en su mayoría de Alex. También continuaban sus habituales citas de viernes o *reuniones clandestinas*, como las llamaban desde hacía años. Afortunadamente, eso había cambiado algo la situación de los homosexuales y se sentían orgullosos de pertenecer a aquella particular asociación en pleno centro de Manhattan.

Sara y Kate se habían convertido en dos pilares fundamentales. Dos

mujeres comprometidas y respaldadas por el equipo de abogados de Dawson. Y allí estaba Alex, siempre aportando ideas. También era un hombre libre, fuerte, arriesgado, aunque Sara no pretendía causar a Dylan más problemas de los que ya tenía, ya que siempre miraba con lupa a cualquier cosa con falda que se acercase a su padre.

Alex y Paul trabajaban en la distancia, siempre tratando de aportar luz al sentido de una guerra perdida, si bien Sara había decidido mantenerse al margen de esa historia que no le reportaba nada bueno, o Paul sería su eterna sombra.

—Sara, estoy investigando a la mafia —le confesó una noche Alex mientras ella se vestía para regresar a casa.

—¿Y? —preguntó.

—¿Tanta prisa tienes? ¿Te sirvo una copa?

—No me encuentro bien, Alex, lo siento.

—No me he atrevido a preguntarte, pero hoy has estado distante.

—He recibido otra carta de Julia. Elisa continúa igual. No quiere saber nada de mí; la he perdido para siempre y cuesta asimilar algo así —reconoció rotunda.

—No hagas caso, fíjate en mi hijo. Tal vez cambie de opinión algún día, cuando menos lo esperes. Deja pasar el tiempo, pero sin renunciar a vivir. — Le hizo un guiño desde la cama.

—Tiene novio, ¿sabes? Se llama Tomás, y espero que la haga muy feliz y pueda compensar el cariño que yo no he podido darle —suspiró.

—Pero eso no es cierto, Sara. Tú..., esa niña lo es todo para ti, no te martirices.

—No insistas, no voy a hacer de esto un melodrama; estoy cansada.

Sara le miró a los ojos. Sabía que tenía razón, él y todos los que le insistían en que debía vivir. Pero jamás podría librarse de ese sentimiento de frustración: ella era una madre en la distancia, simplemente una desconocida.

—De acuerdo, te escucho. —Recapacitó acercándose a él, que, tumbado sobre la cama, solo se tapaba con la sábana parte del cuerpo, y Sara adoraba la silueta de Alex.

—Intentaba decirte que quieren echarle el guante a un traficante de

heroína que se mueve en los círculos de Leo. No sé si tienen algo entre manos, o se trata de un simple contacto.

—No es nada nuevo, Alex, llevo oyendo eso toda mi vida. Pero, créeme, no sé por qué, pero a nadie le interesa lo que hace; todos sacan tajada de un modo u otro —respondió cansada, y deslizó el dedo índice por el torso.

—Me haces cosquillas —reaccionó risueño él.

—Por eso lo hago —sonrió Sara con malicia.

—Si te digo que uno de ellos se ha ido de la lengua y que en estos momentos se están produciendo una larga lista de detenciones, la cosa cambia, ¿no? Se rumorea que están cayendo policías. —Reclinó la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿En serio? Aunque no sé qué tiene que ver conmigo; hoy no ando avispada.

—No quiero que te salpique, Sara. La gente con la que Leo trata está más nerviosa que de costumbre; les debe dinero a algunos, y no poca cosa. Déjame ayudarte, Sara, por favor.

—No.

—¿Por qué eres tan testaruda? —La miró sin comprenderla.

—Quedamos en que cada uno era libre para hacer su vida a su manera, sin preguntas ni reproches ni tampoco consejos paternales.

—Vale. Pero yo necesito algo más que vernos aquí, a escondidas.

—No vivo asustada, ya te dije a qué tengo miedo. No es por mí, es solo por mi hija, por Marcial, mis amigos, y estoy cansada de dar esa imagen de mujer triste.

—No te enfades, sé cómo eres.

—No, no me conoces, no sabes mucho sobre mí, y créeme, es mejor así. Y deberías tener cuidado, Alex, te estás adentrando en un terreno peligroso; eres un periodista suicida. De modo que no sé exactamente quién está cruzando la línea.

—No me hables igual que Sally, por favor —imploró el periodista.

—Ella tenía razón, buscas la noticia a costa de cualquier cosa —replicó Sara.

—Te he dicho que no la nombres —le pidió él seriamente.

Sara se levantó y se marchó sin despedirse. Cosme la esperaba.

Alex se vistió despacio. Aquella relación no iría a ninguna parte si Leo continuaba a su lado. Continuaría investigando; de ese modo le sería más útil, ya que tal vez el italiano pronto podía acabar entre rejas para siempre. Sabía que había sido grosero con Sara, pero no soportaba que nombrase a su mujer. Nunca la olvidaría, y oír su nombre en boca de otra mujer le hacía sentir que la traicionaba.

XLII

Sara se encontraba aquella mañana reunida con Óscar, mientras Marcial, empeñado en cambiar la imagen exterior de Elisa & Co., charlaba con los decoradores en la acera contemplando los escaparates. Y de repente entró pálido, seguido de cuatro tipos desconocidos. Sara intuía que la buscaban y les invitó a reunirse con ella en privado, pidiendo a Cosme que se mantuviese al margen.

El que llevaba la voz cantante era un extraño personaje, un hombre de mediana edad muy grueso, que la siguió escaleras arriba, asfixiado y sudando en exceso. Le acompañaban tres matones, a juzgar por su aspecto, que no se separaban de él.

—Tomen asiento, por favor. No debería recibirles sin previo aviso, aunque supongo que no se trata de una visita de cortesía, ¿me equivoco?

—Para, muñeca... —ordenó el que parecía el jefe.

—Oiga —le interrumpió—. Cuide el modo en el que se dirige a mí. No me hable así o le juro que llamaré a la policía. Estoy cansada de soportar a gente como usted. No me subestime, señor...

—Luca —respondió mirándola a los ojos.

Sara estaba de pie. Tenía las manos apoyadas sobre la mesa y el cuerpo ligeramente adelantado en actitud desafiante.

—Tranquila, no vengo a hacerte daño. —Tomó asiento, en tanto que los tres hombres que le acompañaban continuaron de pie delante de la puerta—. Mi nombre completo es Luca Bagglieto. No me escondo, solo deseo conocer el paradero de Di Benedetto.

—¿Leo? —sonrió—. Créame que me encantaría decirle que ha desaparecido del mapa, pero lamentablemente no es así; a estas horas debe de estar volando hacia Palermo, o tal vez ya esté allí, en su adorada Italia.

—¿Palermo? Interesante. Y... ¿cuándo regresará?

—Ni lo sé ni me importa.

Baglietto comenzaba a sentirse incómodo con la actitud de Sara, pero no le interesaba armar jaleo en pleno centro de Manhattan, de modo que les hizo una señal a sus gorilas.

—¿Es que tratan de intimidarme? —enarcó una ceja.

Baglietto la miró de arriba abajo frunciendo el ceño, y al moverse en el asiento con cierta dificultad, Sara comprobó que iba armado. «Lo sospechaba, todos los de su calaña eran igual de valientes», se dijo.

—Señor Baglietto, no sé cuándo regresará Leo; no puedo decirle más.

—Nos debe mucho dinero, dígaselo de mi parte cuando le vea. Y, o él nos paga, o usted tendrá que afrontar la deuda, le guste o no. Y veo que no le va nada mal —consideró echando un vistazo a su alrededor.

Sara no le contestó, le miró fijamente a los ojos y se dirigió hacia la puerta mostrándoles la salida. Marcial aguardaba allí, sosteniendo entre sus manos la pequeña botella de agua de azahar y les repasaba de arriba abajo sin pronunciar una sola palabra. Sabía que Sara actuaba segura de sí misma.

Regresaron a la semana siguiente y a la otra, cada vez un día diferente para sorprenderla, y las amenazas iban en aumento. Sara comenzaba a desesperarse, aunque trataba de convencerse de que aquellos hombres no le pondrían una mano encima; no tenían nada contra ella, solo querían su dinero. Leo les debía una suma desorbitada y no estaba dispuesta a pagar a aquellos asesinos. Cansada, se había puesto en contacto con Vittorio Cacciatore; solo él podría ayudarla.

Esperó al viernes. No estaba segura de que Leo continuase en Palermo. Cosme sospechaba que tal vez había regresado y se refugiaba en Richmond, en casa de su antigua amiga Linda.

Ese día Cosme había estacionado el vehículo en el mismo callejón oscuro en el que una vez se ocultó Pietro, y Sara bajó decidida. Aquella noche, Los Cinco Corazones disfrutaba de música en vivo y había mucha gente en el

local. Sara se sintió segura al ver a Rosalind detrás de la barra.

—Hola —saludó acercándose a ella, tratando de obviar a algunos tipos que, apoyados sobre la barra, la miraban de manera obscena.

—Dejad a mi amiga, chicos, no os acerquéis o tendréis que rendir cuentas a Vitto —advirtió Rosalind amenazante.

Sara le dedicó una sonrisa de complicidad y buscó con la mirada a Cacciatore.

—¡Eh, Tom, encárgate tú de servir las copas!, he de ausentarme unos minutos —pidió Rosalind elevando la voz, apenas perceptible por la música. Después acompañó a Sara a la habitación donde se encontraba Vittorio.

—Pasa, estaremos más tranquilos aquí —invitó el Camaleonte cuando Rosalind abrió la puerta.

—Gracias por atenderme, señor...

—Siéntate. ¿Te apetece un cigarrillo?

—Gracias, no fumo.

—Una sana costumbre —añadió Rosalind mientras servía unas copas—. Ese Luca es un mal tipo, nunca me gustó. ¿No es cierto, Vitto?

—Sí, no te puedes fiar de él, pero yo le controlo... —respondió Cacciatore mientras encendía un puro.

—Estoy cansada de sus amenazas, de sus constantes visitas a Elisa & Co.: asusta a mis chicas y espantan a la clientela.

—Entiendo. Él me debe algunos favores... —añadió rascándose la sien—. Creo que es el momento de cobrarlos.

—Estoy dispuesta a pagarle...

—No, no quiero dinero. Leo también le debe favores a uno de mis hombres y eso no nos gusta, ¿entiende? En mi círculo nos respetamos; cada uno devuelve el favor que se le hace, de un modo u otro. En cambio, Luca y Leo van por libre, y eso está empezando a calentar mis ánimos. Le obligaré a que espere a Leo y que ajuste sus cuentas con él, que nos deje al margen a todos o tendré que actuar.

—¡Ese Leo es una rata cobarde! Dejar a su mujer sola a merced de tipos como Bagglieto y largarse. No es de hombres —intervino Rosalind.

—Es justo ese tipo de individuo —afirmó Sara dando un sorbo a su copa.

—Hace muchos años le pregunté a Pietro por qué te casaste con Leo, un ser despreciable, y no supo qué contestar.

—Pietro es un gran hombre. Respecto a Leo, no le conocía. Cometí el mayor error de mi vida, y créeme que lo estoy pagando con creces.

—Lo siento, Sara, me consta que eres una mujer extraordinaria —se sinceró Rosalind, queapuró de un solo sorbo el contenido de su vaso.

—Tal vez nos veamos muy pronto, Sara —zanjó Vittorio con su peculiar voz de agudos y graves—. No te preocupes por Luca, no volverá a molestarte.

Cuando Sara salió de Los Cinco Corazones, respiró profundamente. Cosme la esperaba al volante con la cara pálida.

—¿Qué te ocurre?, parece que hayas visto a un fantasma.

—No, señora, es que no me gusta merodear por aquí.

—Te entiendo, y por eso te estoy doblemente agradecida. Te recompensaré.

Luca no volvió a aparecer por Elisa & Co. Tampoco Leo daba señales de vida. Una noche en la que había llegado a casa después de verse con Alex, tuvo un mal presentimiento. Le extrañó ver todo a oscuras, pues siempre dejaba alguna lámpara encendida. Se dirigió despacio al salón, olía a tabaco. El corazón le dio un vuelco cuando encendió la luz. Leo estaba allí, sentado en su sillón, fumando. Debía de llevar horas a juzgar por el cenicero repleto de colillas.

—¿De dónde vienes? —preguntó con calma. Sara no respondió—. ¿Con quién te has estado viendo? —insistió tras un silencio tenso.

—¿Qué insinúas?, ¿que tengo un amante? Desapareces ¿y ahora soy yo quien engaña? —Sara tuvo miedo, supuso que Leo la había estado siguiendo.

—No pensaba en eso. Porque tú no me engañas, ¿verdad? —preguntó levantándose de su asiento y acercándose despacio por la espalda. Sara sintió su aliento cerca; olía a alcohol, y era como si le abrasase la piel de la nuca.

—Estás bebido, Leo. Ten cuidado con lo que haces.

—¿Cuidado? —repitió acariciándole el rostro.

De repente le tiró del cabello hacia atrás y le dio una bofetada que la hizo retroceder y caer al suelo.

—Mis hombres te han visto hablar con Luca Baglieto. ¿Qué le has contado?

—¿Baglieto, dices? Me ha amenazado, le debes mucho dinero. Y ¿te atreves a pegarme, además? ¡Cobarde! —gritó.

—¡Ese Luca miente! —gritó él a su vez golpeándola de nuevo.

—¡Me importa una mierda: tú, tus negocios y toda tu gente! —Sara seguía gritando, y Leo furioso la cogió del cuello y apretó con fuerza hasta hacerla sentir que se ahogaba. Ella buscó algo con lo que golpearle. A su espalda sobre la mesa había un jarrón, lo cogió y le asestó fuerte, pero Leo lo esquivó y solo le hirió en la sien. Sangraba.

—¡No eres más que una puta que me ha arruinado la vida! —gritaba furioso.

—¿Yo? ¡Estás completamente loco! Es cierto que ese hombre ha venido a buscarte, pero yo no le he dicho nada. —Sara trataba de refugiarse detrás de la mesa.

—Le dijiste que estaba en Palermo, mandó a uno de los suyos a buscarme y me ha fastidiado el negocio —chillaba encolerizado—. ¡Eres una maldita embustera! —vociferó cogiéndola de los brazos—. ¿Tienes dinero? —De pronto su voz sonaba distinta.

—No empieces; conoces mis cuentas. Estás borracho. Lárgate de aquí.

Forcejearon y Sara se golpeó contra el suelo quedándose inconsciente. Cuando volvió en sí, Leo había desaparecido.

—¿Por qué no le denuncias, Sara? —propuso Alex después de que Marcial le contase lo sucedido.

—¿Puedes hacerme un favor, Alex? —preguntó Sara.

—Lo que quieras.

—No quiero que nada de esto salga en la prensa, por favor.

Sara se refugiaría en su casa de Coney Island: necesitaba estar sola.

XLIII

Cosme le guardaba algunas cosas en el maletero mientras Marcial le suplicaba que la cuidase en su disparatada huida.

—¿Me lo prometes, verdad, Cosme? —preguntó sosteniéndole del brazo.

—Sí, señor Reverte, se lo prometo —le tranquilizó cerrando el maletero.

—¡No me llames de ese modo! Y recuerda, si no la cuidas...

—¡Déjale! —le pidió Óscar.

Sara les sonrió, convencida de que Marcial temía que perdiese el juicio.

—Estaré bien, en serio, no te preocupes. ¡No voy a enloquecer!

—Déjame acompañarte. No notarás que estoy en casa. Seré invisible y mudo. —Sara enarcó una ceja—. Bueno, tal vez mudo... no del todo...

—Marcial, en serio, necesito estar sola. He aceptado que Cosme me acompañe para vuestra tranquilidad, pero nada más. ¿De acuerdo? Os necesito aquí, y no va a sucederme nada.

—Llama en cuanto nos eches de menos —imploró Óscar tendiendo un pañuelo a Marcial.

—¿Es que ya no me quieres, Sara? ¿Supongo una carga para ti? Se trata de eso, ¿verdad? Claro, me hago mayor... —Marcial no dejaba de lloriquear.

—No digas tonterías. Eso nunca, mi querido amigo, eso nunca. —Le abrazó y besó antes de entrar en el automóvil.

—Deja a la niña, necesita espacio. Esto no tiene nada que ver con nosotros —añadió Óscar mientras retiraba a Marcial, que se aferraba a la puerta del coche.

—Tienes razón. Cosme es un buen guardaespaldas: silencioso, discreto y

además parece tener ojos en todas partes —reconoció tratando de conformarse.

Cosme puso rumbo a Coney Island, y Sara les dijo adiós desde el asiento trasero. Les quería muchísimo, pero necesitaba estar sola.

Ya en su refugio, aspiraba la suave brisa, fresca, allí, rodeada de kilómetros de playas, de arenas blancas y suaves dunas. Imaginaba que no había nadie más, solo ella entre el océano y la bahía.

Necesitaba saborear la soledad, encontrar a esa muchacha que un día vivió en ella y que se había perdido en algún lugar de su existencia. Contempló el amanecer, una de las vistas más espectaculares que la naturaleza nos regala cada día, a pesar de que pasa inadvertida a las miradas que ignoran su grandiosidad.

El mar estaba en calma y el sol parecía salir de él inundando todo con un colorido mágico, regalándole mil colores a sus sentidos. Miró las gaviotas, libres, que adornaban el cielo que comenzaba a clarear y que con sus movimientos rítmicos parecían jugar al compás de sus graznidos.

Respiró profundamente y recordó su paso por la vida. No habían existido muchos momentos felices, pero sonrió al mar, al sol, al aire que respiraba en ese preciso instante.

Dejó la mente en blanco; solo deseaba contemplar la belleza que había a su alrededor, sentir el suave calor del sol que poco a poco le reconfortaba la piel, el cuerpo. Solo sentía paz.

Había buscado en su interior: nadie podría ayudarla a salir de aquella burbuja de cristal en la que caminaba sola. Rodeada de amigos de los que nunca podría disfrutar plenamente si continuaba allí, encerrada, prisionera de la tiranía, del rencor y la mentira. Todo cuanto odiaba la envolvía, como cadenas alrededor del cuerpo que acabarían asfixiándola si no reaccionaba.

Se colocó boca abajo sobre la toalla. No había nadie a su alrededor. Los primeros bañistas no llegarían hasta pasadas las once, y para entonces ella ya habría regresado a casa.

Dibujó en la arena líneas y círculos sin sentido, y de repente se dio cuenta de que había escrito el nombre de Paul. «Paul», susurró, y borró las letras con

la mano, dejando ondulaciones en la arena. Hacía tiempo que no sabía nada de él. Era mejor de ese modo; había aparcado su pasado para siempre. Todo cuanto había amado, Leo se lo había arrebatado. Le odiaba.

Dirigió la mirada hacia el camino de acceso, y allí estaba él, solo, tal y como habían acordado; Luca Bagglieto caminaba desarmado hacia ella.

Gracias a los favores de Cacciatore, Bagglieto no la molestaría a cambio de cierta información. Ahora era ella quien debía devolverles a ambos el favor; pero no le pesaba.

Apenas cruzaron un par de frases y Luca se marchó. Sara entró en la casa mientras Cosme preparaba el desayuno.

—¿Todo bien, señora? —preguntó sin levantar la cabeza al tiempo que servía unos huevos revueltos.

—Sí, Cosme, gracias. Nadie debe saber nada acerca de este encuentro —le recordó.

—¿A qué encuentro se refiere, señora?

Sara le sonrió.

—Pronto regresaremos a casa.

No era cuestión de dinero. Vitto y Luca habían llegado a un acuerdo: no se molestarían mutuamente si Leo desaparecía del mapa. Los diferentes clanes eran conscientes de la manipulación de Leo en la guerra mafiosa y no estaban dispuestos a perdonárselo. Solo necesitaban algunas buenas excusas y ninguna familia se molestaría en averiguar nada.

Cacciatore había descubierto que Leo poseía una serie de documentos con mapas y nombres sobre la mafia de Nueva York en los que todos estaban implicados de un modo u otro. Sara se los entregaría cuando Leo desapareciese; de ese modo, nadie, ni siquiera los Di Benedetto, volverían a molestarla. Pero esos documentos debían ser destruidos.

Leo con ellos intentaba chantajear a la organización. Había perdido el juicio y trataba de ponerles a todos contra las cuerdas si no le rendían cuentas solo a él: deseaba poder, de cualquier modo. Y si esa información que Leo

había preparado minuciosamente caía en manos de la policía, resultaría muy peligroso para todas las familias. De sobras era conocida la estrecha relación que unía a Di Benedetto con algunos de los principales dirigentes de la ciudad, por lo que todos tenían cierto recelo.

Ninguno de los clanes se atrevía a tomar cartas en el asunto sin el beneplácito de las principales familias; tenía que a ser un trabajo conjunto y limpio. Sobre ninguno de ellos debían recaer las sospechas. Nadie quería responsabilizarse de nada, y solo Sara sabía dónde se encontraba.

A la una de la madrugada del 3 de julio, la policía llamaba a la puerta de su casa en Coney Island. Estaba despierta, ajustó la lazada de su bata y fue a abrir.

Dos hombres sin uniformar se identificaron mostrando sus placas.

—Señora, ¿podemos pasar?

—¿Qué sucede?

—Verá, su marido ha sufrido un atentado en Richmond, y lamentamos comunicarle que ha fallecido. Hemos intentado localizarla en su casa de Manhattan, pero...

Sara enmudeció. No fingía, porque una extraña sensación la invadía. Los agentes aguardaron unos segundos antes de que Sara se hiciese a un lado y les permitiese pasar.

—Están analizando el perímetro, aunque todo apunta a que se encontraba solo en el automóvil cuando el artefacto explotó.

Sara suspiró. Todo había sucedido tal y como le habían prometido. «Nadie más saldrá herido», le había dicho Luca. Les atendió en el salón; el más joven, el detective Johnson, tomó asiento frente a la impresionante cristalera con vistas al mar. Estaba oscuro, pero la luz de la luna iluminaba la estancia. Sara entonces encendió una pequeña lámpara de mesa y respondió a sus preguntas durante más de una hora. Un chico joven a quien le resultaba extraña la impassibilidad de su expresión.

El inspector Andrews, de unos cincuenta años, paseaba a su antojo por la casa con una orden de registro en la mano, encendiendo y apagando luces, abriendo y cerrando muebles.

—Lamento tener que molestarla a estas horas, pero sería conveniente que

nos acompañase a comisaría.

—¿Sospechan de mí, agentes? —preguntó Sara enarcando una ceja.

—Es pura rutina —repuso Johnson.

—Le entiendo. ¿Ha encontrado algo que le sea útil, inspector Andrews? —se interesó Sara al pasar él por su lado en dirección al dormitorio. Ninguno de aquellos hombres la intimidaría.

Andrews sospechaba de ella, aunque estaba convencido de que sus manos estaban limpias. Cosme no la acompañaría en esta ocasión, así se lo había pedido Sara; se trataba de algo que le concernía solo a ella, a nadie más.

A las cuatro de la mañana, sentada en una incómoda silla de comisaría, respondía a las preguntas de otros dos policías. En el lateral izquierdo, sobre la pared, había un gran espejo. Sabía que alguien la vigilaba tras él.

—¿Van a continuar haciendo las mismas preguntas durante más tiempo? ¿La persona que se esconde detrás de esos cristales sospecha que he seguido a mi marido y le he asesinado? —interrogó cansada—. Ya les he dicho que llevaba días en Coney Island.

No tenían nada contra ella, y al cabo de dos horas la dejaron en libertad.

—¿Desea que alguno de nuestros agentes la acompañe, señora? —propuso el joven detective Johnson.

—No, gracias. Ya han perdido un valioso tiempo interrogándome. —Sara salió con paso decidido, cogió un taxi y pidió al chófer que la llevase a Richmond. Necesitaba ver la escena con sus propios ojos.

Cuando el taxi se detuvo, los bomberos abandonaban la zona, y la policía retiraba el cordón del perímetro de seguridad se restablecieron la circulación.

«Ya habrán recogido muestras suficientes en sus pequeñas bolsas de plástico —pensó—. Los restos de Leo mezclados con toda aquella porquería.» No sintió nada, solo liberación.

Caminó despacio. Bajo sus zapatos de tacón chirriaban los trozos de cristal que había esparcidos por todas partes, y un extraño olor a quemado inundaba la atmósfera. Miró el suelo: parecía una alfombra de diminutos

brillantes. Se agachó y cogió un puñado, los observó sobre la mano, y luego la cerró con fuerza: necesitaba sentirlos. Después regresó en el taxi a su casa en Manhattan.

Amanecía. Volvió a mirar los cristales y la piel arañada por ellos: no le dolía. Al fin había estallado en mil pedazos su prisión de cristal.

Cuando bajó del coche alzó la vista hacia el cielo: lo vio con claridad. El precioso cielo de Manhattan estaba a su alcance.

XLIV

Admiró la luz del sol que lentamente daba color a su nueva vida. No podía creer que, al fin, después de todos aquellos años prisionera del maléfico plan de un ser sin escrúpulos, pudiese respirar y contemplar la vida en todo su esplendor.

Lanzó los cristales con fuerza hacia arriba; nadie volvería a retenerla. Y los observó, brillantes en el cielo de Manhattan.

Cuando entró en la casa, le pareció más bonita, clara y alegre que nunca; simplemente era distinta.

«No siento dolor. Me siento igual que si estuviese inmersa en un sueño, flotando. La policía me ha interrogado hasta agotarme. Regresarán, y puede que incluso me detengan; aunque ellos no podrán culparme, jamás. Ha sido un ajuste de cuentas entre bandas del crimen organizado y nada más.»

Escribió en su nuevo diario antes de dirigirse al baño. Llenó la bañera hasta arriba, roció el agua con esencia de rosas y se sumergió en ella.

Al cabo de algunas horas llegó Alex con un ejemplar del periódico en la mano.

—Te he llamado. Cosme no ha querido decirme dónde estabas.

—Respondía a la policía, preguntas de rutina.

—Pero ¿cómo no se te ha ocurrido llamar a tu abogado?

—¿Para qué?, no tengo nada que ocultar.

—Sara, ¿te encuentras bien? Te noto extraña

—¿Cómo quieres que esté? Acabo de convertirme en viuda.

—Déjate de ironías.

—Estoy muy cansada. Ya hablaremos, ¿de acuerdo? Sé que voy a tener a la prensa atrincherada frente a mi casa durante algunos días. No voy a salir, no voy a pronunciarme al respecto; encárgate tú. ¿Harás eso por mí?

—Pues claro, lo sabes.

Sara le acompañó a la puerta y le dio un beso de despedida. Era un buen hombre, pero ella necesitaba respirar; no podía continuar dando explicaciones acerca de su vida a nadie, nunca más.

Alex se giró antes de salir, la miró y supo que algo en ella había desaparecido. Era el miedo.

Marcial pasó el día a su lado. Estaba sorprendido y feliz.

—No puedo evitarlo, Sara, soy inmensamente feliz. Ya era hora de que se hiciera justicia. Ese hombre era..., bueno, punto y final. Te prometo que no volveré a hablar de ello —aclaró después de que Sara le dedicase una simple mirada.

—¿Sabes que he visto el cielo con claridad? Tal y como me decías.

—Puedo imaginarlo, cariño —contestó tumbado sobre la cama junto a ella—. ¿Qué piensas hacer? ¿Vivirás con Alex?

—No. Ahora solo necesito paz, disfrutar de las cosas sencillas que llevaban prohibidas demasiados años —respondió ella con la cabeza apoyada sobre el hombro de su amigo.

—Sí, mi niña, eres libre. Libre de nuevo para hacer lo que quieras —sonrió y la besó en la frente—. ¿Crees que me he convertido en un ser malvado por disfrutar de este modo? No respondas; los malvados eran ellos —dijo sin perder la sonrisa.

—Esperaré a que pase la tormenta. Quiero viajar. Iré a España.

—¡España! Yo también, a eso me apunto. Pero por ahora haz lo que quieras, nosotros cuidaremos de todo. Me he encariñado con este lugar; adoro Nueva York.

—Yo también, pero no voy a decidir dónde viviré, ni qué haré, ni siquiera mañana o dentro de una hora. Solo lo que me apetezca en cada momento.

Alex la telefoneó por última vez pasados algunos días. No volvería a hacerlo si Sara se negaba a vivir con él, no estaba dispuesto a correr tras ella.

—Lo siento, no creo que sea el momento adecuado. Necesito viajar, encontrarme a mí misma: me perdí hace muchos años entre estas paredes y estoy confusa, soy incapaz de asimilar mi libertad. Solo tenemos una vida, Alex —confesó sosteniendo el auricular con el hombro y el mentón mientras revolvió entre sus cosas; tenía un nuevo pasaporte y no necesitaba nada más.

—Dime la verdad: nunca llegará ese momento, ¿no es cierto? Hay algo diferente en ti, presiento que has cambiado.

—¿Imaginas que nada me afecta? ¿Puedes comprenderme, Alex? Respirar —pronunció despacio—. Solo te pido que me dejes espacio; ya hablaremos cuando regrese, por favor.

—¿Respirar, dejarte espacio? ¿Eso significa que tengas que alejarte de mí?

—En cierto modo, sí. Pero no tiene nada que ver contigo. Hemos estado bien hasta ahora. ¿Por qué te empeñas en complicar las cosas? ¿He de recordarte que fuiste el primero en aclarar que estaríamos juntos solo cuando nos apeteciese y que seríamos siempre libres? Da igual, Alex, no precipitemos los acontecimientos.

—¿Precipitar, dices? De acuerdo, no voy a continuar esta conversación absurda por teléfono. Estoy trabajando. Cuando tengas una respuesta mejor, vienes, nos vemos y hablamos... si nos apetece a ambos, por supuesto —repuso con ironía.

Sara colgó el auricular y continuó revolviendo entre sus cosas. Organizaba un viaje a España, a Salamanca. Lo deseaba, pero también lo temía.

—Alex, Alex, no me asfixies —dijo en voz alta—. Jamás ningún hombre me dirá lo que tengo que hacer; no has aprendido nada.

Se reclinó sobre el sillón y observó el reloj de carrillón que se erigía solemne en mitad de la sala. Sería para su niña ese que tanto le había llamado la atención. Se lo enviaría a Julia para no molestarla; Elisa era tan irascible...

Estaba convencida de que algún día adornaría la casa de su hija junto a Tomás. Un buen chico, pensó. Hacía algunos días que había recibido una

postal suya; se la había enviado a escondidas de Elisa, y era la tercera o cuarta vez que lo hacía. Confiaría en él, tal vez lograse ablandar el corazón de su pequeña.

A la mañana siguiente, Cosme aguardaba en el vehículo. La llevaría al aeropuerto y desde allí elegiría su primer destino. Toda una aventura. Llamaría a Marcial cuando aterrizase en algún lugar del mundo; no le gustaban las despedidas y no se marchaba para siempre. Marcial lo pasaba muy mal, lloraba y bebía agua de azahar de manera compulsiva. Sonrió.

Le gustaba observar los edificios, el bullicio de las calles de Nueva York. No tardarían en llegar al aeropuerto Kennedy, aunque recorrer el centro de Manhattan hasta allí suponía al menos media hora de trayecto.

—Cosme, ¿la familia de Leo...? —Antes de que acabara la frase, él la interrumpió.

—Nadie ha hecho preguntas. Todos siguen con su vida igual que antes. Parece ser que se había convertido en una carga para ellos, un verdadero lastre.

—Lamentable, ¿no te parece?

—Sí, señora. Que no se acuerden de uno ni siquiera su propia familia demuestra que fue un mal bicho. Aunque ya se sabe, de tal palo tal astilla. La señora Carola parece ser que fue la única que lloró la muerte de Francesca y ahora la de su hermano. Leo nunca se vio afectado por el fallecimiento de su madre, aunque tampoco el resto de sus hermanos. De todos modos, ¡qué más da! Ya sabe que me desligué de ellos hace años. Prefiero el trabajo de chófer, y como al señor Reverte casi nunca le apetece conducir... —explicó con una sonrisa.

—No le llames de ese modo, sabes que no le gusta —rió.

Llevaba poco equipaje: una maleta y un gran bolso de mano.

«Sara, no te molestes en guardar toda esa ropa inútil. Ya compraremos algo cuando lleguemos a nuestro destino. ¿Qué harás entonces con tanta carga?», le decía Florence siempre que viajaban, y lo hacían a menudo. Junto a ella, cada día era una sorpresa, y así debía ser su nueva vida.

Se acercó hasta el panel de vuelos y observó las salidas con detenimiento.

—Washington... Aparecía en primer lugar. Su cuerpo se estremeció igual

que el de una jovencita cuando piensa en su primer amor. Ya tenía treinta y nueve años, y no podía permitírselo. «Aunque el corazón siempre es niño», pensó.

«Madurarás y continuarás siendo una chiquilla, Sara, pero no cambies: eso te dará fuerzas para superar con creces las adversidades que te rondarán a lo largo de tu vida», le aleccionaba Florence.

Se dirigió al mostrador número nueve y aguardó su turno. Tal vez no habría billetes de última hora. No le preocupó; aguardaría al siguiente. Necesitaba revivir aquellos momentos junto a Paul, rememorar los tesoros que guardaba en su mente, encerrados durante tantos años y que siempre permanecerían vivos hasta el final.

Cuando subió al avión, sintió que volaba de mil maneras diferentes y percibió la libertad como una caricia. Se hospedó en el mismo hotel, el Carlton, y en la misma habitación, la Suite Imperial. Allí todo seguía casi igual, y conservaba el mismo estilo que siempre le cautivó.

Se tumbó sobre la cama dejando caer al suelo sus zapatos; allí se amaron. Tembló y lloró su ausencia. Jamás lograría olvidarle después de tanto tiempo, y todavía, cuando cerraba los ojos, le imaginaba cerca, y su cuerpo vibraba desde la cabeza a los pies. Se abrazó, imaginando las manos de él, la suavidad con la que la acariciaba, su ternura y su aroma; aquel olor que tenía grabado en su ser, como impreso en su código genético.

Después de su visita a Washington se propondría cambiar; pero en esos momentos necesitaba aspirar los recuerdos, emborracharse de ellos por última vez.

Se dirigió al baño, se desnudó y dejó correr el agua sobre la cabeza. Se lamentaba de los años perdidos, de tanto amor que se había escapado con la brisa de los amaneceres y las puestas de sol. Cada día sin él había sido un día no vivido.

Respiró profundamente. Y salió a la gran ciudad, decidida a recorrer cada rincón que visitó a su lado.

Hacía un bonito día. Subió a un taxi y se dirigió al museo. Sonrió al entrar, recordando que aquellos días hacía mucho frío. Pero ella no lo sentía cuando él estaba cerca. Se paró frente al mural de Minerva donde él se

detuvo, pues algo había llamado su atención. Le recordaba allí, de pie, tan elegante y sexi. Continuó caminando alrededor de aquellas estatuas donde la fotografió.

La media sonrisa, los labios. Era consciente del daño que se hacía, pero no podía evitarlo; necesitaba hacerlo.

—¿Dónde estarán aquellos momentos? ¿Se habrán quedado atrapados en la esencia de la ciudad? —se preguntaba reclinada sobre la estatua.

Necesitaba llamarle. No tenía ningún derecho, pero no podría abandonar Washington sin hacerlo. Era consciente de que cada vez iba dando un paso más, pero algo la empujaba a hacerlo. Salió del museo con esa idea en la cabeza. Telefonaría a Amy, a James: alguno de ellos le diría algo. Soportaría todo, humillación, desprecio, ignorancia, pero necesitaba escuchar su voz, una sola y última vez.

Buscó un teléfono público y llamó a Amy. No estaba en casa. Colgó el auricular y decidida hizo lo propio con James. Pero al oír su voz, le recordó tanto a la de Paul que tuvo conciencia de que había pasado demasiado tiempo y que la vida había seguido sin esperarla a ella.

—Sara, ¿dónde estás? —preguntó James sorprendido.

—Aquí, en la ciudad, pero después de tantos años... Olvídalo, lo siento.

—Paul está aquí, en la ciudad. Vive cerca, y supongo que se alegrará de verte. No creo que después de tanto tiempo tenga un mal recuerdo de ti.

Sara se quedó sin palabras. El corazón le dio un vuelco, dejó de respirar, y de repente supo que no quería saber nada de él: era mejor así. Ella era solo eso, un recuerdo, alguien que había irrumpido en su vida sin avisar y del mismo modo se había marchado. El pánico se había apoderado de ella y colgó el auricular sin más. Sara regresó al hotel.

Cuando entró en la habitación aún temblaba. Se sentó y trató de serenarse. Levantó el auricular y llamó a Marcial.

—¿Cómo se te ocurre marcharte sin avisar? Pero ya lo sabía, suponía que harías algo así. ¡Estás completamente loca! Aunque yo hubiese hecho lo mismo en tu lugar —añadió tratando de mejorar su estado de ánimo.

—He llamado a James. Paul vive aquí, en Washington. —El silencio se hizo al otro lado de la línea telefónica—. Marcial, ¿estás ahí?

—Creo que me he muerto.

—Deja de decir tonterías.

—¿Tonterías? Estoy completamente muerto.

—Estás perdiendo el juicio.

—A tu lado, ¿quién no?

—Por favor, atiende. Le he colgado sin más, me ha dado un ataque de pánico. ¿Qué pensará de mí?, ¿qué pensará Paul si se lo dice? Dios mío, creo que tienes razón y que estoy loca.

—Sí, pero, a ver, centrémonos. ¿Qué te ha dicho? ¿Te ha hablado de Paul?

—No le he dado tiempo a responder: le he colgado sin más. Ha sido tan infantil por mi parte, una maleducada. Pero no era mi intención. De todos modos, Paul debe de conocer la noticia a estas alturas.

—¿A qué te refieres? —trató de disimular Marcial.

—No te hagas el tonto, que no estoy para jueguecitos, y perdona que sea tan brusca. Es que ¿no te das cuenta de que si Paul sabe lo de Leo y no me ha llamado es que no le interesa en absoluto mi vida?

Marcial guardó silencio durante un rato. Sara repetía la misma frase una y otra vez sin parar. Cuando por fin se tranquilizó, se dirigió a ella con calma.

—¿Llevas tu bolso blanco, ese de las enormes asas doradas?

—Sí. ¿A qué viene eso ahora?

—Abre la cremallera trasera.

—No sé dónde lo he dejado, aguarda. —Sara dejó el teléfono sobre la mesita de noche y fue a buscar el bolso; abrió la cremallera y allí, pequeña, había una botella azul con agua de azahar. Sonrió, la abrió y dio un gran sorbo—. Eres consciente de que sabe fatal, ¿verdad? —dijo cogiendo de nuevo el auricular.

—Sí. Pero te ayudará. La puse ahí a escondidas; supuse que uno de estos días emprenderías el vuelo y saldrías del nido. Respecto a Paul, no sabes nada sobre él, tú misma te negaste a querer saberlo. ¿Qué esperas? Quizás se haya casado o tal vez no. Pero un hombre como él no corre tras una mujer para recoger sus desechos. Yo en su lugar no lo haría; tendría la sensación de que me estaba aprovechando de tu situación.

Sara guardó silencio unos segundos.

—No sé qué haría sin ti.

—Poca cosa —reconoció—. Ahora sal, o quédate ahí, pero no pienses.

Ya sabes que nuestro lema es dejar la mente en blanco y *carpe diem*.

—Gracias, trataré de tranquilizarme.

XLV

Sara se descalzó y eligió unas sandalias planas: pensaba caminar hasta agotarse. Haría fotos, trataría de distraerse y no pensar.

Entró en la cafetería y pidió un sándwich vegetal con queso. Le haría caso a Marcial, que siempre le decía que debía comer; sentada a la mesa en la que aquella vez desayunó junto a él. Comportándose de aquel modo, no lograría dejar la mente en blanco. Recordó su manera tan especial de mover la cucharilla, del lado contrario a las agujas del reloj. Pensó.

Cuando pisó la calle respiró el aroma de la ciudad. Había cambiado algo, aunque en esencia todo continuaba igual que entonces. Caminó durante algunas horas sin rumbo fijo, deteniéndose a tomar fotos sin sentido: a un niño jugando en un parque, un árbol, una flor. Andaba pensativa. Observó a una joven pareja que, cogidos de la mano, caminaba delante de ella. Recordó cuando Paul la tomó en brazos y cruzó la calle para que no mojase sus botas.

Entonces divisó a lo lejos el gran obelisco blanco. Caminó hasta allí. No tenía nada de especial a excepción de su inmensidad. Había turistas hundiendo las manos en el agua del estanque por el asfixiante calor. Se sentó en el borde más próximo al oeste, en dirección al monumento Lincoln. Allí recordó que Paul había hecho algunas fotos.

Miró su reflejo en el agua, serena, brillante por los rayos del sol. Como en un espejo. Continuó ensimismada durante un largo rato. No oía los sonidos a su alrededor; era como estar sola con sus recuerdos, los traía a su presente y le reconfortaban. Contemplar el agua le aportaba sosiego. Los juegos de luces y sombras parecieron cambiar sin que apenas se percatase de ello.

—¿Otra vez tú? —oyó a Paul a su espalda.

Sara sintió que el corazón se desbocaba como cientos de caballos salvajes en su interior.

Se sentó junto a ella. Estaba tan emocionado al verla que no pudo decir más. La miró a los ojos. Era aún más hermosa de como la recordaba, y aquellos ojos, los mismos en los que un día su vida se detuvo sin pensar.

—Paul —se atrevió a pronunciar temblorosa. No había cambiado en nada; continuaba siendo el mismo hombre atractivo del que se enamoró, aunque llevaba el cabello más largo. Se perdió en sus ojos azules y de los suyos brotaron algunas lágrimas que no pudo contener.

—Sss —la tranquilizó Paul secándolos con los dedos. Sara sintió el roce de la piel como un regalo y quiso besarlos, pero no se atrevió. No sabía nada sobre su vida, y sin embargo, la suya era una página abierta en cientos de periódicos esparcidos por el país.

—Siento...

—... irrumpir así en tu vida —Paul acabó la frase que ya había oído de esos labios otras veces.

Sara volvió a dirigirle atenta la mirada y esbozó una tímida sonrisa. Se sentía avergonzada. Se comportaba como una niña asustada y pensaba que tal vez a él solo lo provocaba lástima. Paul entonces le acarició el rostro con delicadeza.

—Llevo horas buscándote. James me llamó y supuse que te alojabas en el mismo hotel, pero cuando fui a buscarte no estabas. Entonces comencé a recorrer todos los lugares que visitamos aquella vez. Solo me faltaba este — dijo retirando los cabellos que ocultaban los brillantes ojos de Sara.

Ella no sabía qué decir. Sentir la mano cerca era mágico, y hasta ella llegó su inconfundible aroma. No quiso preguntarle acerca de su vida: tenía pánico a conocer una verdad que la destrozase para siempre.

Paul la observó igual que lo hizo aquella noche en el *Doria*, cuando ella contemplaba el mar desde la barandilla, y cuyo rostro, iluminado por la luz de la luna, hizo que sintiese miles de mariposas revoloteando en su interior.

Ya no era un niño, ese joven que entonces no conocía el significado de tantos sentimientos, amar, sufrir, odiar, mentir... Había madurado en todos

los sentidos, tal vez demasiado, y sus vidas habían seguido caminos diferentes.

Guardaba silencio. No quería romper ese momento mágico que le transportaba a aquel preciso instante en el que se enamoró.

—¿No vas a hablarme, Sara? —preguntó al cabo de unos minutos ladeando ligeramente la cabeza para admirar sus rasgos. Tenerla junto a él era una sensación placentera, llenaba todas sus ausencias, y el mundo dejaba de girar. Supo que jamás le había sucedido nada tan maravilloso.

—No puedo, no me atrevo a mirarte a los ojos. Ha pasado tanto tiempo desde entonces que no sé qué puedo decir.

—Me alegro de que estés aquí. Creí que no volvería a verte nunca más.

—Ya ves, soy como una pesadilla que se repite en tu vida.

—¿Pesadilla? —repitió elevando la barbilla con suavidad—. No eres una pesadilla, Sara. Siempre has sido un sueño en mi realidad, en mi vida — declaró clavando su mirada en ella, y acercó el rostro despacio. Le besó los labios con delicadeza y Sara se estremeció. Cerró los ojos y respiró profundamente; con timidez le devolvió el beso. El roce de los labios les conmovió a ambos.

—¿Recuerdas aquel día en el río? —evocó Paul con su media sonrisa.

—Igual que si hubiese sucedido ayer —respondió ella. Estaba tan nerviosa que su voz sonaba como un susurro.

—Me preguntaste si me atrevía a amarte sin preguntas; te dije que sí. Solos tu y yo en aquel lugar perdido del mundo. Y me olvidé de todo cuanto te rodeaba, a pesar de mi miedo a volver a perderte. ¿Harías lo mismo tú ahora? ¿Amarme sin preguntas? ¿Sin importarte nada acerca de mi vida? Solo tú y yo, ahora —preguntó mirándola a los ojos.

Sara se turbó. En ese momento él estaba allí, junto a ella, era real, como la luz del sol de ese atardecer que les alumbraba. Aceptaría su proposición sin dudar. No le interesaba saber si existía alguien más en su vida, solo quería amarle, sin reservas ni miedos. Lo sentía suyo y contra eso nadie podía luchar.

—Sí, lo haría sin dudar —afirmó devolviéndole la mirada.

Paul se levantó y le tomó la mano. Le gustó su tacto suave. A Sara le

temblaban las piernas e intentaba disimularlo. Con sus zapatos planos estaba tan pequeña a su lado que no le fue difícil ocultar el rostro. Subieron a un taxi y se dirigieron al hotel, como aquella vez. Estar cerca volvía a ser un sentimiento nuevo, pero no desconocido. Un regalo que la vida les ofrecía una vez más y que no estaban dispuestos a dejar pasar.

Sara cerró la puerta de la habitación y Paul la abrazó, atrayéndola con fuerza, y aspiró el aroma de la anhelada boca que acabó en un beso, dulce, apasionado, que acariciaba los sentidos y dejaba a flor de piel sentimientos que vivían atrapados desde hacía mucho tiempo.

Se fueron a la cama buscándose con la mirada, con las manos y los labios, excitados. Había química, magia. Solo ellos dos, sin pasado ni futuro.

Se dejaron caer sobre la cama acariciándose, despojándose de la ropa con el nerviosismo de la primera vez para descubrir unos cuerpos que ya conocían y que añoraban.

Paul la besaba, acariciaba unos pechos que codiciaba, y un nudo en el estómago le recordaba que era ella, siempre sería Sara, como si formase parte de su vida desde el principio de los tiempos. Le acarició las caderas y deslizó las manos al interior de los muslos. Una sensación indescifrable. Y la penetró. Sara gemía y su voz era música para los oídos de Paul. Jamás había sentido nada igual, con ninguna mujer, era una sensación de plenitud inigualable. La atrajo sintiéndola suya, con la admiración de recuperar su esencia. Conocía cada rincón de ese cuerpo y sabía cómo hacerla disfrutar. Sara se aferraba a las nalgas; no podía dejarle escapar. Oscilaba las caderas sintiendo la humedad de su interior mezclada con él, como un apéndice más de su cuerpo. Eran ellos dos en ese instante, y el mundo se detuvo.

—Sara, Sara, tenías que ser tú —le susurró en la boca. Todo lo demás había quedado relegado a un segundo plano, y cerró los ojos para desconectar todo sentido que no fuese ella.

Se acariciaron disfrutando cada centímetro, el sabor de los cuerpos, de la textura de la piel. Y un vértigo placentero les llevó al clímax y un cosquilleo, frenético, les recorrió la piel. Se buscaron con la mirada y sonrieron. Nada en el mundo podía explicar lo que sentían.

—¡Dios mío, Paul! —exclamó al reparar en la cicatriz marcada en su

torso, y se reclinó a besarla. Tenía el cuerpo más impresionante que había visto nunca. Pero no se trataba de su belleza, era su calor, su aroma, su presencia de hombre que le envolvía el cuerpo y la transportaba lejos.

—No puedo creer que seas real, Sara —le dijo mirándola a los ojos, y le besó suavemente el rostro. Necesitaba verla, saber que era ella, y que era real, no un sueño. Salió de su interior espacio.

—Te quiero, Sara, te quiero —dijo sin apartar la mirada.

—Paul, nada tiene sentido sin ti; llevo años experimentando ese sentimiento.

—Eh, eh, no llores —le pidió él secando unas lágrimas que se le escapaban de los ojos—. ¿No te ha gustado y por eso lloras? —bromeó divertido—. ¿Tan mal amante soy? —Y le dedicó esa media sonrisa que tanto adoraba.

—No bromees. Nunca he amado en mi vida de este modo, a nadie, y ha pasado tanto tiempo que... necesito saber si eres libre, si hay alguien en tu vida. Yo...

Paul le besó los labios con dulzura haciéndola callar.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste algo parecido en el *Doria*?

—No sé a qué te refieres —respondió nerviosa aferrada a su cuerpo.

Paul inclinó la frente sobre la de Sara hasta rozarse las narices, y le musitó en los labios:

—Te dije que podías estar segura de que si estaba contigo era porque no había nadie más. No soy esa clase de tipos que va engañando por ahí a las mujeres. Realmente, no engaño a nadie... —La volvió a besar. Sara lloraba aferrada a él—. Sara, no llores, por favor. Necesito verte sonriente, con esa sonrisa que me ha acompañado siempre aun estando tan lejos de ti.

—¿Por qué no me lo has dicho? ¿Por qué lo has ocultado hasta ahora? Te he amado con miedo, dudando de que existiese alguien...

—Perdóname. Solo quería que entendieras cómo me he sentido todo este tiempo, en el que durante años aparecías y desaparecías de mi vida sin pertenecerme.

Sara le abrazó con fuerza. Tenía razón, él la había amado sin condiciones, siempre.

—Repítemelo, Paul, dime que no hay nadie más, prométemelo.

—No miento, Sara, deberías conocerme. Hubo alguien, pero no eras tú. Simplemente no podía funcionar.

Sara acariciaba la cicatriz de su cuerpo imaginando cuánto había debido de sufrir.

—No es eso lo peor que me sucedió en Vietnam.

—Lo sé, Amy me habló de Bob. Lo sentí muchísimo. Sé que era como un hermano para ti.

—Lo fue. Entonces te escribí cartas que después rompí. Te necesitaba, quería tenerte a mi lado, que consolases mi dolor. Pero estabas lejos y pensé que nunca volverías junto a mí.

—Paul, no puedo expresar lo que siento. No he vivido ni respirado ni amado. Tampoco voy a mentirte: ha habido algunos hombres con los que trataba de olvidar mi patética vida, porque tú no estabas y te buscaba en mis días y mis noches, en mi dolor.

—No necesito saber nada de tu pasado, aunque tampoco voy a pedirte que no hables de ello. Forma parte de ti, de tu vida, y te amo, con todo lo que has vivido, sin excepción. Te quiero con tu pasado, con tu presente y tu futuro. Sin todo eso, no serías tú, la persona maravillosa de la que estoy profundamente enamorado. —Paul le tomó las manos—. Prométeme que nunca te marcharás.

—Prometido —contestó firme, radiante de felicidad.

Paul llevaba de nuevo su cadena colgada al cuello, con la chapa donde guardaba su foto. Ambos llevaban los anillos. Se miraron sin necesidad de decir más y volvieron a besarse, con la certeza de que no sería la última vez.

—¿Tienes algo que hacer, Paul? —preguntó sintiendo que era libre para hacer todo cuanto deseara: respirar, amar, viajar...

—Permanecer a tu lado el resto de mi vida —respondió besándola en los labios.

A José Luis, Adrián y Borja para siempre

Biografía



Yolanda Cruz Ayala nació en Gibraltar el 1 de diciembre de 1963 y la ciudad de La Línea de la Concepción la ha visto crecer.

Apasionada de la literatura y de imaginación creativa, ha conseguido conjugar desde muy niña estudios y, posteriormente, trabajo con la escritura.

Siempre ha tenido muy claro que desea dejarse llevar por la imaginación, crear historias en las que perderse, y dar vida a personajes de quienes siempre

acaba aprendiendo.

Aunque reconoce que sus prioridades son su marido y sus dos hijos, le apasiona escribir.

Su primera novela formal quedó entre las finalistas del Premio Planeta en 2013.

Cristales en el cielo de Manhattan es su segunda novela publicada y le ha servido para impulsar su carrera como autora de novelas en el Grupo Planeta.

Acaba de finalizar su tercera obra, que no tardará en ver la luz.

Twitter: @yolandacruz_a

Cristales en el cielo de Manhattan

Yolanda Cruz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Ildiko Neer / Arcangel

© Yolanda Cruz, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-08-13535-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

[Mermelada de pétalos de rosas](#)

Yolanda Cruz / Maribel Sánchez

[Pétalos de luna](#)

Maria Pilar Clau

[Mamá se muere otra vez](#)

Pe Farray

[Pecados que cometimos en cinco islas](#)

Carmela Díaz

[Los viajes de Jimena](#)

Carmela Díaz

Lenguas vivas
Lola López Mondejar